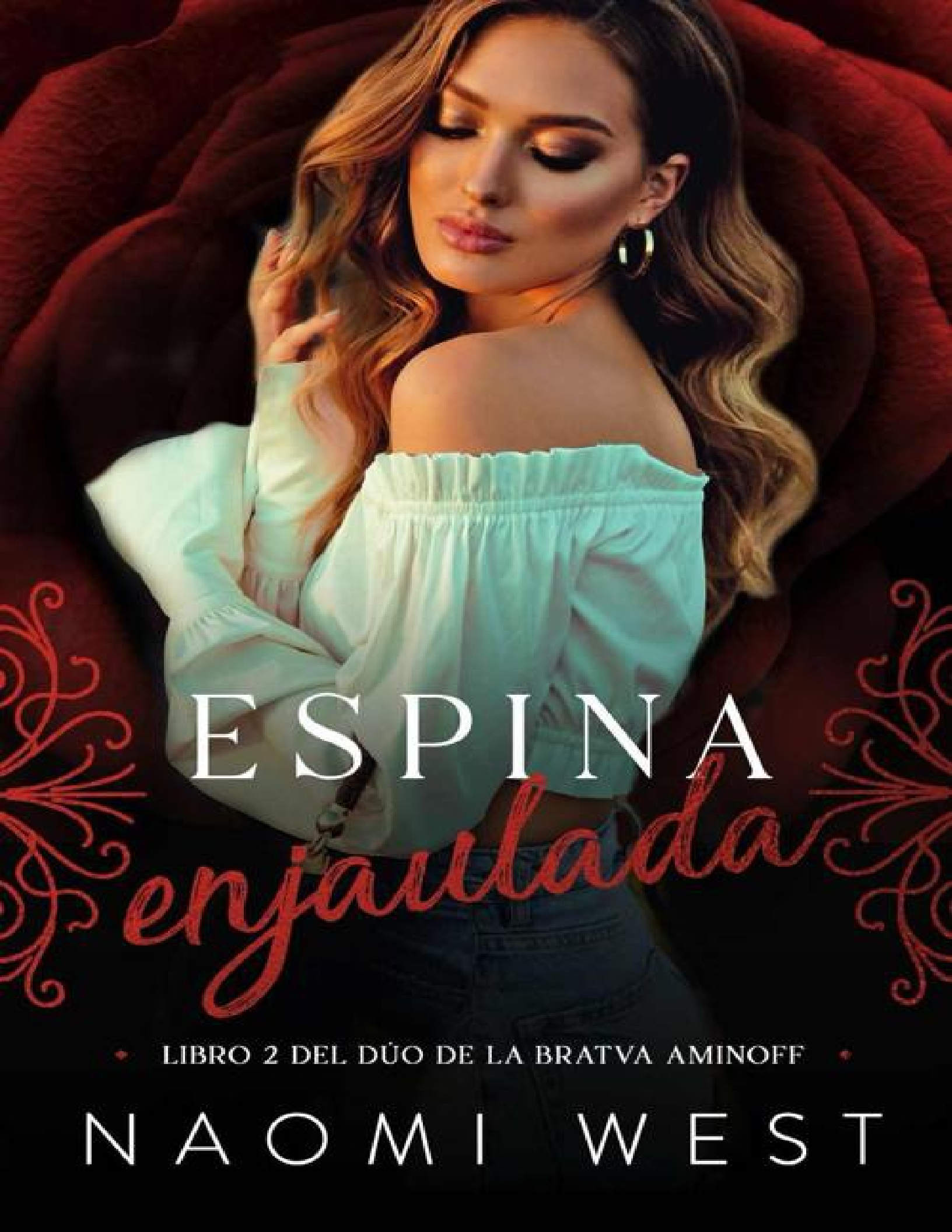


LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA AMINOFF

NAOMI WEST

ESPINA ENJAULADA

LA BRATVA AMINOFF

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Espina Enjaulada

1. Kon
2. Iris
3. Kon
4. Iris
5. Kon
6. Iris
7. Iris
8. Kon
9. Iris
10. Kon
11. Iris
12. Kon
13. Iris
14. Kon
15. Kon
16. Iris
17. Kon
18. Iris
19. Kon
20. Iris
21. Kon
22. Kon
23. Iris
24. Iris
25. Kon
26. Iris
27. Kon
28. Iris
29. Kon
30. Kon
31. Iris
32. Kon
33. Iris
34. Kon
35. Iris
36. Kon

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

la Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

ESPINA ENJAULADA

LIBRO 2 DEL DUETO DE LA BRATVA AMINOFF

Hace diez años, hui de mi casa.

Hoy estoy corriendo de regreso.

La diferencia esta vez es que mi hijo viene conmigo.

Volvemos al lugar al que juré que nunca volvería.

De vuelta a las mentiras, los desamores y el sitio del día que cambió mi vida para siempre.

En realidad, hay otra diferencia:

Esta vez, alguien me sigue.

Konstantin Aminoff no es el tipo de hombre que “deja pasar las cosas”.

Arruinó mi vida hace diez años y luego volvió para arruinarla otra vez.

Puso su anillo en mi dedo. Puso su beso en mis labios.

Lo peor de todo es que puso su huella en mi mundo.

Y, si se sale con la suya, le hará lo mismo a nuestro hijo.

No puedo permitir que eso suceda.

Así que estoy huyendo, tan lejos y tan rápido como puedo, para mantenernos a mí y a mi hijo alejados del hombre que tiene nuestros corazones y nuestras vidas en sus manos.

Solo puedo que esperar que sea suficiente.

ESPINA ENJAULADA es el segundo libro en el dueto de la Bratva Aminoff de la exitosa autora de suspenso romántico mafioso Naomi West. La historia de Kon e Iris comienza en el Libro 1, ¡ROSA ENJAULADA!

KON

Cuando eres niño, la idea de que tu padre muera parece imposible.

Se supone que eso debe desaparecer a medida que creces. Aprendes sobre el mundo y te das cuenta de que las personas que te trajeron a él no son inmortales ni infalibles. Pueden romperse, como todo lo demás.

Pero mientras estoy allí, intentando procesar el hecho de que el hombre que me crio ya no está, me pregunto si en realidad nunca superé ese concepto original. Había estado enfermo durante muchos años, pero se aferraba a la vida con obstinación. Una hierba. Un elemento fijo de la casa en la que crecí, tan permanente como las paredes. Una figura decorativa que se marchitó y encogió, sí, pero que nunca, jamás, se derrumbó.

Hasta ahora.

Yefim parece tan aturdido como yo, aunque quizá por razones diferentes. Mira la puerta cerrada del dormitorio, que mi esposa acaba de cerrarnos a ambos.

Mi esposa.

Toda la razón por la que mi padre está muerto.

Menos mal que no creo en los malos presagios. Si lo hiciera, este matrimonio parecería bastante jodido desde el principio. Está en mal estado, así como está. No se necesitan presagios para eso.

—¿Viste el cuerpo? —pregunto en voz baja.

Yefim traga y asiente. —Sí. Yo mismo me ocupé de él. Pero no quería enterrarlo hasta… —se calla, mirando nerviosamente alrededor de la habitación, como si esperara que los Kuzmin irrumpieran aquí en cualquier momento—. Pensé que querrías estar allí para enterrarlo, es lo que digo.

—¿Bala?

—A través de la cabeza —confirma Yefim—. No debe haber sentido nada.

—Qué jodido consuelo.

Él se acerca a mí. —Escucha, Kon…

Con un rugido repentino, me giro, agarro una lámpara a mano y la arrojo contra la pared más cercana. Ni siquiera se rompe satisfactoriamente. Solo suena contra el cemento y luego contra el suelo.

Al parecer, nada puede salir bien.

—¡Nunca debió haber ido allí! —grito—. ¿En qué estaba pensando?

—Pensó que podría intentar reparar parte del daño —explica Yefim—. Kon, hermano… ¿qué esperabas?

Sus palabras flotan pesadamente en el aire denso de la habitación del hotel.

No tengo una respuesta.

—Quédate aquí —le ordeno. Camino hacia la puerta y la abro.

Iris camina de un lado a otro frente a la cama donde está acostado Max, profundamente dormido y pacíficamente ignorante de la tormenta de mierda a su alrededor.

Ella se detiene en seco cuando me ve. La falda de su precioso vestido ondea inquietamente a sus pies. Sus ojos están envueltos en sombras, pero igual puedo ver el dolor en ellos.

Le hago un gesto hacia mí, pero ella niega con la cabeza. Así que me acerco. Sé que la estoy asustando… se tensa de inmediato. Toda sensación de comodidad y calma se extingue en el momento en que me acerco lo suficiente para tocarla.

Pero no lo hago. Mantengo las manos a mis costados, porque no estoy muy seguro de qué carajos haré con ellas si no tengo cuidado ahora mismo. Solo la miro fijamente.

Ella vuelve a mirar hacia arriba. Mucha gente en este mundo tiene miedo de mirarme a los ojos, pero Iris nunca ha sido una de ellas. Ni siquiera al principio.

Puedo leer sus pensamientos como si estuvieran escritos en su mirada. *No me importas. Esto no significa nada. Ni siquiera me sorprende.*

Sin embargo, no engaña a nadie con esas mentiras.

Y menos ella misma.

—Iris —susurro suavemente.

Cierra los ojos por un momento. Veo su pecho subir y bajar. Cuando vuelve a abrir los ojos, veo el acero en ellos.

—Aquí no —dice.

Ella pasa a mi lado y atraviesa la sala de estar. Dudo por un momento antes de seguirla.

Noto que Yefim se queda en el balcón cuando pasamos, pero no hace contacto visual. Solo mira al horizonte.

En nuestro dormitorio, los pétalos de rosas rojas esparcidos por todas partes parecen un poco más siniestros que cuando llegamos. Más un funeral que una celebración. Y, diablos, quizá sí es una

especie de funeral. La muerte de un matrimonio antes empezar en realidad. Una unión que nació muerta.

Iris se detiene en el centro del espacio abierto y se da vuelta para mirarme. —¿Cómo pudiste hacer esto?

—Iris…

—No te atrevas a decirme que no entiendo. Ni te atrevas. Es una evasión y lo sabes.

Suspiro y dejo que mi puño caiga a un costado. —Es la verdad.

—Explícamelo —ordena—. Ahora.

Doy un paso adelante, pero ella retrocede al instante, así que me detengo en seco. —Hubo un acuerdo hace años. Un acuerdo. Entre mi padre y…

—¿El de Anika Kuzmin? —escupe. Puedo ver cuánto le duele solo nombrar a la niña.

—Sí.

—Sigue.

—Uniríamos a las dos Bratvas… a través del matrimonio.

Tiembla tanto de furia y tristeza que me pregunto si su esqueleto podrá soportar todo ese peso, toda esa tensión. —¿Y tú estuviste de acuerdo?

—Nadie me pidió mi puta opinión. Se acordó cuando yo tenía veintidós años —digo—. Sabía que se necesitarían al menos diez años para que una boda se concretara. No parecía un problema con el que tuviera que lidiar pronto.

—¿Diez años? —pregunta—. ¿Por qué diez años?

—Nestor quería que Anika se graduara de la universidad antes de casarse.

Los ojos de Iris se abren de par en par por la sorpresa. —Ay, Dios —jadea, llevándose una mano a la boca—. ¿Aceptaste casarte con… *una niña de doce años*?

—Escúchame, Iris —le digo con urgencia—. Acepté casarme con la niña, sí. En ese momento, tú no estabas precisamente en escena. Hice lo que tenía que hacer por mi Bratva.

Frunce el ceño. —Dime la verdad: ¿te habrías casado con ella si no me hubieras encontrado?

No tengo que pensar, porque sé la respuesta. Y no le mentiré ahora. Ni siquiera si la mentira se siente bien.

—Sí —digo sombríamente—. Lo habría hecho.

Sus ojos verdes se ponen vidriosos por un momento y mira más allá de mí durante varios segundos antes de recuperarse.

—Su padre mató al tuyo —dice.

No es una pregunta, pero respondo de todos modos. —Sí.

—En represalia por lo que le hiciste a su hija.

—No dejaré les pase nada, a ti ni a Max —le digo de inmediato.

Una burbuja de risa sin humor se escapa de sus labios. —¿Cómo puedes prometerme eso? ¡Tu padre está muerto, Kon! ¿Quién puede decir que no eres el próximo? ¿O nosotros?

Aprieto los dientes. —Debió haberme consultado antes de reunirse con Nestor —digo—. Tomó una decisión estúpida.

—¿Entonces fue su propia culpa que lo mataran? ¿Es eso lo que se supone que debo decirme a mí misma para sentirme mejor?

—Tú no tienes nada que ver con esto.

Se queda boquiabierta, incrédula. —¡Lo mataron porque te casaste conmigo! —exclama—. ¿Cómo se supone que eso me hará sentir, Kon?

—Esto no es culpa tuya, Iris —digo de nuevo.

Las lágrimas oscurecen el verde de sus ojos. Lágrimas calientes y furiosas, de esas que pican cuando caen. —Puede que no lo sea —murmura—. Pero un día me mirarás y verás la muerte de tu padre en mi cara.

—Eso nunca sucederá. Te lo juro.

Pero mis palabras chocan contra oídos sordos. Se aleja de mí y se lleva la mano al pecho para tirar de la suave tela de su corpiño. —¿Por qué de pronto este vestido está tan ajustado, joder? —murmura para sí misma.

Respira hondo tres veces, pero ninguna parece ayudar. Luego se detiene de repente, justo frente a mí, con los ojos brillando de agitación. Su voz suena entrecortada y sin emociones.

—A la luz de todo lo que acabo de escuchar, esta es probablemente la pregunta menos importante para hacer, pero tampoco puedo dejar de hacerla.

—Adelante.

—¿Cómo es ella?

—Iris…

—Responde, joder —insiste—. ¿Cómo es? Sé que es joven. ¿Es bonita?

—¿Que importa? La niña nunca significó nada para mí.

—¿Cómo se sintió? —pregunta Iris—. ¿Acerca de todo este asunto del matrimonio concertado? —cuando suspiro, ella estalla en una risa oscura—. Estaba totalmente de acuerdo, ¿no? Estaba ansiosa por casarse contigo. Apuesto a que estaba muy entusiasmada al respecto.

—El sentimiento no era mutuo.

—Así que su papi mató al tuyo para compensar el corazón roto de su hija —infiere—. Por lo menos ella tiene un padre que la respalda. Debe ser lindo.

Hay una pizca de oscuro resentimiento en sus palabras, que no tiene nada que ver conmigo. —Tienes que creerme cuando digo que tú y Max no tienen nada de qué preocuparse.

—Ah, ¿no? —exige—. Porque, a mi modo de ver, tenemos todo un mundo de qué preocuparnos. Despreciaste a la hija de un hombre peligroso por mí. Max es tu hijo. Tu "heredero", para usar una palabra que me repugna. Si este hombre es tan despiadado para matar a un amigo de toda la vida por el error de su hijo, no lo pensará dos veces antes de deshacerse de Max y de mí.

—Nunca se acercará lo suficiente para intentarlo.

Una vez más, es como si nunca hubiera hablado. A ella le importa una mierda lo que estoy diciendo, si es que se molesta siquiera en procesar las palabras. Simplemente niega con la cabeza, como si creerme fuera un riesgo que se niega a correr.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? —pregunta—. ¿O alguna parte de esto?

—Porque no quería que la fealdad de mi mundo manchara el tuyo.

—¡Entonces quizá no deberías haberte casado conmigo! —se ríe maniáticamente. Es una risa cruel y burlona. Un dardo dirigido tanto a ella como a mí.

Pero que me condenen si me siento aquí y dejo que ella se torture por algo que está en mis manos. Yo arreglaré esto. Empezando por arreglarla *a ella*.

Doy un paso adelante y esta vez, cuando intenta alejarse de mí, la cojo del brazo y la atraigo hacia mi cuerpo. Ella golpea mi pecho y se queda quieta de inmediato.

—Claro que me casé contigo. Eres *mía*, Iris —gruño—. Hasta el fin de los putos tiempos.

Ella se retuerce en mis manos. —Suéltame.

En respuesta, solo la acerco más a mí. —Me encargaré de esto. Tienes que confiar en mí.

—Ese barco ya zarpó, Kon —dice entre una miserable risa y un sollozo. Ella niega con la cabeza —. ¿Qué harás ahora?

—Bajaré al lobby del hotel y discutir algunas cosas con Yefim —le digo—. Nos iremos a primera hora de la mañana.

—¿Para el funeral de tu padre? —pregunta.

Trago. *El funeral de mi padre*. Todavía no puedo creer que se haya ido. Probablemente no lo creeré hasta que vea su cuerpo tendido frente a mí. Ahora soy el don en todos los sentidos de la palabra. Incluso los hombres que fueron leales a mi padre responderán ante mí, y solo ante mí.

No es la victoria triunfal que siempre imaginé que sería.

—Sí, Iris. Para el funeral de mi padre.

Debe ver algo en mi cara o escuchar algo en mi voz, porque se suaviza imperceptiblemente. —¿Cómo era él?

—Era un bastardo duro —le digo sin dudar—. Que estuvo preparado para la muerte durante mucho tiempo. No desperdicies tu energía sintiendo lástima por él.

Ella frunce el ceño. —¿Qué pasa contigo? —pregunta—. ¿Puedo sentir algo por ti?

Mira mi pecho. Su mano está sobre mi corazón. Mi mano cruza su muñeca. Nuestros anillos son visibles, brilla a la luz.

—No te molestes con eso tampoco. Estoy bien.

—Patrañas.

—Es la Bratva —le digo simplemente—. Estas cosas pasan.

Se aleja de mí. De mala gana, la dejo ir. Se levanta la falda y se deja caer en la cama. Sus ojos verdes están llenos de una nueva y agitada tristeza, y una desesperada sensación de pérdida.

—Estoy tan cansada —murmura para sí misma—. Creo que nunca estuve tan cansada en mi vida.

Sé lo que debo hacer. Debo acercarme, abrazarla y asegurarle que todo irá bien. Pero mis piernas parecen de madera y mi capacidad de ofrecer comodidad es menos funcional que nunca.

Ella necesita un esposo, pero la verdad del asunto es que no tengo ni idea de cómo serlo.

Durante toda mi vida, las mujeres fueron y vinieron. Siempre supieron cuál era mi posición. Si salieron con el corazón roto, fue su culpa. Yo no cargaba ninguna culpa.

Ahora tengo una esposa. Un hijo.

Y la responsabilidad por ellos recae directamente sobre mis hombros.

—Intenta descansar un poco —le digo—. Te avisaré cuando estemos a punto de irnos.

Ella no dice nada. Solo apoya la cabeza sobre una almohada, con las manos justo debajo. Sube las piernas, que desaparecen debajo de su vestido. Una nube blanca que se mueve de vez en cuando mientras la recorre un sollozo que no puede controlar.

Aprieto los dientes por lo que esa vista me provoca. Luego, me doy vuelta y salgo de la habitación. Yefim está parado afuera de la puerta, haciendo ese molesto chasquido que hace con la lengua cuando está impaciente.

—Kon…

Levanto la mano. —Bajemos al bar del hotel. Podemos hablar ahí. Necesito una bebida.

Bajamos las escaleras. El bar se adapta a mi estado de ánimo. Madera oscura y latón por todas partes; camareros de rostro adusto y bigotes espesos que no hacen preguntas.

—Whisky —le digo al más cercano.

—Lo mismo para mi —añade Yefim.

Nos sentamos juntos, pero ninguno de los dos habla hasta que nuestras bebidas están colocadas sobre el bar. Tomo mi vaso y lo bebo todo de un trago.

—Otro —le digo al camarero antes de que tenga la oportunidad de alejarse.

Me vuelve a llenar y luego se va con una mirada prolongada hacia nosotros dos. Yefim toma el primer sorbo de whisky y suspira. —Joder, necesitaba eso.

—¿Cómo pasó? —pregunto.

Yefim sabe a qué me refiero. —En la cara —dice—. Por lo menos no lo puso de rodillas como a un perro. Stepan habría sabido que esto iba a suceder. Le dio la oportunidad de afrontarlo como un hombre.

—Lo sabía antes de salir de casa —murmuro—. Puede que Otets fuera imprudente, pero no era estúpido.

—De tal palo tal astilla.

Le lanzo una mirada fulminante. —Puede que seas el único hombre vivo que puede salirse con la suya diciéndome cosas así en este momento.

—Es la única razón por la que lo dije —dice Yefim—. Necesitas que te digan la verdad. No soy un hombre sumiso.

—Solía pensar que eso era algo bueno.

—Aún lo haces —me asegura—. Solo estás… tambaleándote.

—Él comenzó una guerra —gruño, tomando otro sorbo de mi segundo whisky.

—Kon, tú empezaste la maldita guerra —responde Yefim—. La empezaste en el momento en que le pediste a Iris que se casara contigo.

El juicio flota fuera de él. Intenta reprimirlo por mí, pero está ahí, grabado en sus rasgos, una acusación tan buena como cualquier otra. Duele todavía más viniendo de él.

—Igual no me arrepiento.

—Dios, hombre —Yefim se pasa una mano por la cabeza—. Tu padre está muerto.

—Mi padre está muerto —concuerdo—. Él conocía los riesgos de lo que hacía. Eligió ir a pesar de ellos. Y, de todos modos… esto iba a suceder tarde o temprano, pase lo que pase.

—¿Lo que significa…?

—Lo que significa que este tipo de muerte era preferible a que su cuerpo se apagara lentamente —digo—. Él no habría podido soportarlo.

—Entonces es algo bueno, ¿es eso lo que intentas decir?

Lo miro con ira. —Cuidado, Yefim. Es posible que puedas salirte con la tuya en muchas cosas. Pero hay límites, incluso para ti.

Suspira y mira su vaso. —No quise ofenderte, *sobrat*.

—La muerte es parte de la Bratva. La muerte violenta, más aún. Todavía estoy dispuesto a saldar la deuda que tenemos con los Kuzmin. Tengo los medios. Pero Nestor acaba de complicar las cosas. El asesinato de Stepan no puede simplemente ignorarse.

Me levanto del taburete y tiro un billete de cien dólares sobre el mostrador. —Llama a los hombres, prepáralos. Aumenta la seguridad alrededor de mi propiedad, así como de la de Stepan. Y prepara el avión. Nos iremos en el momento en que haya sido repostado.

Yefim asiente. —Hecho. ¿Y… tu mujer?

—Necesitará tiempo.

—Necesitará mucho más que tiempo —advierte Yefim—. Ella no es Bratva, Kon.

Me trueno el cuello. Primero en un sentido y luego en el otro. —Lo es ahora.



DEJO ATRÁS a Yefim mientras subo las escaleras. Mi cabeza está llena de pensamientos oscuros, y el whisky que pensé que me ayudaría no hizo casi nada para calmarlos. Al menos la escalera está silenciosa. También la habitación cuando entro. En realidad, un silencio mortal.

Demasiado jodidamente silencioso.

Algo está mal.

El instinto revolotea por mi cuerpo mientras tomo nota de todos los elementos esenciales que faltan, y que previamente estaban esparcidos por el espacio.

La chaqueta de Iris.

Las zapatillas de Max.

Sus mochilas.

Con el corazón acelerado en el pecho, voy a la habitación en la que dormía Max. La cama ahora está vacía, pero las sábanas conservan la cálida huella de su pequeño cuerpo. Puedo ver las señales de una salida apresurada por todas partes.

Mi esposa acaba de tomar a mi hijo e irse.

IRIS

—No entiendo por qué tuvimos que irnos —se queja Max. Me mira entrecerrando los ojos, aturdido por el sueño.

—Surgió algo —explico por décima vez.

—¿Qué clase de algo?

Suspiro, deseando los días en los que nunca se le habría ocurrido la idea de interrogarme. —Cariño, es complicado y no puedo explicártelo todo ahora.

—Quiero saber dónde está Papá.

Papá. Me estremezco. Aunque no puedo culparlo exactamente. Nos vio casarnos hace doce horas. Vio una vida a corta distancia… nosotros tres, juntos y felices. Una familia real.

En cambio, volvemos a ser nosotros dos, huyendo del sol naciente en el billete de autobús más barato que pude encontrar para salir de California.

Las luces del autobús captan mi anillo esmeralda, que brilla furiosamente, como si intentara comunicarse conmigo. Lo giro con las piedras hacia adentro para no tener que mirarlas.

Me lo quitaría y lo tiraría a la zanja al borde de la carretera, pero no quiero correr el riesgo de perderlo. Por el momento, es lo más valioso que tengo. Necesitaremos cada centavo para alejarnos de Kon.

—Quiero saber dónde está Papá —vuelve a preguntar Max—. ¿Por qué no está con nosotros?

—Tenía algunos… asuntos que atender.

—¿Asuntos de Bratva? —pregunta Max.

Reprimo un suspiro. —Sí.

—¿Por qué no nos lleva Roscoe entonces?

Miro a mi hijo. Sus ojos conmovedores son casi exactamente del mismo tono de gris que los de Kon. Excepto que, donde los ojos de Kon contienen experiencia y peligro, en los de Max hay inocencia y confianza.

Odio mentirle, quizá más que nunca. Pero ahora no es momento de la verdad. Apenas puedo

admitirme la verdad a mí misma, mucho menos a él. —Porque estaba ocupado. Tampoco conozco toda la historia, Max. Lo único que sé es que tuvimos que irnos de inmediato.

Él frunce el ceño. —¿Estamos en peligro?

Esto es algo que puedo responder honestamente mirándolo a los ojos. —Sí, eso creo.

El ceño de Max se profundiza. —Pero si eso fuera cierto, Papá nunca nos dejaría.

Lo dice con tal convicción que mi corazón se estremece de manera desigual. ¿Cómo es que le ha entregado todo su corazón a un hombre que entró en su vida tan recientemente?

Por otra parte, ¿quién soy yo para juzgar? Hice lo mismo después de dos horas con Kon. Unas pocas palabras y estaba dispuesta a morir por él. Dispuesta a morir *con* él.

—Te lo dije amor, es complicado. Solo… confía en mí, ¿vale? Trata de dormir.

Él asiente de mala gana y sus párpados caen un poco. Son las cuatro de la mañana y está increíblemente agotado. Se inclina hacia mis brazos y lo sostengo cerca mientras se queda dormido.

Yo no duermo. Ni un segundo.

~

CUANDO EL AUTOBÚS se detiene en las afueras de California, despierto a Max suavemente y salgo con algunos de los otros pasajeros.

—Mamá —Max entrecierra los ojos en la oscuridad del desierto antes del amanecer—. Estoy cansado…

—Lo sé, cariño. Voy a buscar un lugar donde quedarnos, ¿vale?

Hablo con la oficial de la terminal de autobuses y me informa de un motel no lejos de aquí. —Un paseo de diez minutos como máximo —añade, mirando a Max con simpatía.

Le doy las gracias y llevo a Max detrás de mí. Tiene que arrastrar una de las maletas, y puedo notar que no está de humor para esta escapada nocturna. Ya somos dos.

—Mamá…

—Lo siento, cielo —digo cuando vemos el motel. El letrero al frente dice “Motel Arcoíris”.

No tiene nada de arcoíris. Son simplemente tonos grises moteados superpuestos, quemados por el sol implacable y miles y miles de cigarrillos colectivos fumados bajo su saliente de hojalata corrugada.

En la oficina, un anciano está desplomado detrás del mostrador, profundamente dormido y roncando lo suficientemente fuerte como para derribar el techo. Convenzo a Max para que se siente en una silla destartalada. —Volveré enseguida —le digo—. No te muevas.

Le dejo mis maletas y me acerco al escritorio. Toco el timbre y el hombre se incorpora de un

salto, farfullando en su propia saliva.

Luce más joven cuando está consciente. Probablemente cuarenta, o cuarenta y cinco. Su camisa roja a cuadros está cubierta de manchas de comida y tiene un chicle pegado a la barba de tres días.

—Perdón por despertarte…

Entrecierra los ojos con sospecha. —¿Por qué me resultas familiar?

Me congelo. No esto. No aquí. No ahora. —Tengo… una de esas caras.

Él resopla. —Esa es una mentira descarada. Te conozco. No tienes una de esas caras en absoluto. Tienes una de *esas* caras.

—¿Hay otro motel a la vuelta de la esquina? —pregunto.

—Ay, vamos, no seas así.

—Entonces, ¿puedes darme una habitación o no?

Suspira y toma un portapapeles que descansa cerca de su codo. —¿Nombre?

Espero que no sea una trampa, pero para estar segura, le doy un nombre falso. El primero que me viene a la cabeza. —Stephanie Jacobson —necesito todo de mí para no jadear y estremecerme cuando sale de mis labios. No digo su nombre en voz alta desde hace más de diez años.

Hace una pausa con el bolígrafo flotando sobre la página y me mira con los ojos enrojecidos. —El nombre no te queda bien.

Me encojo de hombros. —Háblalo con mis padres.

Suspira de nuevo y garabatea mi nombre. —¿Número y dirección de correo electrónico?

—¿Es eso realmente necesario?

—Es solo para fines de facturación.

Saco mi billetera. —¿Cuánto cuesta una habitación?

—Cincuenta dólares más impuestos la noche, por una habitación doble.

—Aquí tienes —digo, entregando el dinero en efectivo—. La habitación está pagada por la noche, así que no te opondrás a solo entregarme la llave de la habitación, ¿verdad?

—¿Huyes de la ley o algo así? —ríe—. El niño no es víctima de secuestro, ¿verdad?

—El niño es mío —digo—. Y solo quiero que se acueste en una cama cálida y cómoda.

—Bueno, puedo darte cálida —coge una de las llaves del tablón de anuncios marrón detrás de él —. Pero la comodidad está en el ojo de quien mira, o lo que sea.

—Tomaré todo lo que pueda conseguir.

Agarro la llave que me ofrece y camino hacia Max. —Cariño, ven. Tengo una habitación para

nosotros.

—Quiero volver al hotel con Papá —dice, medio dormido.

—Vamos, bebé.

Se obliga a ponerse de pie y se apoya contra mí. Lo rodeo con un brazo y trato de recoger mis maletas. Afortunadamente, el tío detrás del mostrador decide ser un caballero.

—Lo tengo —arrastra los pies alrededor del escritorio para levantar ambas maletas y una de las mochilas.

—Ah. Muchas gracias.

Nos lleva a través del estacionamiento casi vacío hacia un tramo de escaleras y hasta el segundo piso. Estamos en la cuarta habitación desde abajo. Como tengo la llave, la abro y lo dejo pasar con nuestras maletas. En el momento en que llevo a Max adentro, lo guío hacia la cama individual más cerca de la ventana.

Tiene los ojos cerrados antes de que su cabeza toque la almohada. Le acaricio el cabello hacia atrás sobre la frente y beso su mejilla. Luego me vuelvo hacia el recepcionista, que se detiene junto a la puerta después de colocar nuestras maletas junto al pequeño televisor.

—¿Estás segura de que no eres alguien a quien yo conocería? —pregunta receloso—. ¿Alguien famosa o algo así?

—Muy segura. Solo una madre cansada.

—Vale. Bueno, si necesitas algo…

—Te llamaré.

—Correcto. El número está en la tarjetita junto al televisor.

Él sale deambulando. Cierro la puerta tan pronto como él la cruza y tiro el cerrojo, luego la cadena, luego me dejo caer contra ella con alivio.

El silencio es reconfortante. Solo el suave crujido del aire acondicionado de la unidad de ventana y los suaves ronquidos de mi hijo. Ya no estamos en un hotel cinco estrellas, pero estamos a salvo y eso es lo que cuenta.

Busco mi bolsa de artículos de tocador entre nuestras maletas. Empacamos a toda prisa, así que lo encuentro escondido entre los pliegues de mi vestido de novia.

Mis dedos se mueven inconscientemente sobre la gasa blanca. Todavía se siente soñador, surrealista. Demasiado perfecto para ser verdad.

En muchos sentidos, eso es exactamente lo que fue.

Una hermosa mentira.

Saco la mano y cierro la maleta.

El baño está decorado con azulejos de un amarillo enfermizo que me recuerdan a un hospital. Me

lavo el maquillaje de la cara y me recojo el cabello en un moño desordenado en la parte posterior de mi cabeza. Evito mi reflejo el mayor tiempo posible.

Pero, cuando finalmente me miro en el espejo, me doy cuenta de que tengo un río de lágrimas silenciosas corriendo por mis mejillas. ¿Cuándo fue la última vez que lloré así? Ni siquiera puedo recordarlo.

Me muerdo el labio hasta que el deseo de sollozar desaparece. No quiero despertar a Max. Luego me limpio las lágrimas con un trozo de papel higiénico, apago las luces y vuelvo a la habitación oscura. Me dejo caer en la segunda cama individual y miro el techo manchado de agua, esperando poder dormir una o dos horas sin soñar antes de que salga el sol.

Me quedo allí durante treinta minutos antes de rendirme. El ruido blanco reconfortante del aire acondicionado ahora me irrita como papel de lija. Cada pausa entre la inhalación y la exhalación de Max hace que mi corazón se detenga.

Termino saliendo de la habitación para tomar un poco de aire fresco. La noche afuera no es mucho más tranquilizadora que la habitación adentro, pero me acurruco contra la pared de estuco y me envuelvo en un abrazo para protegerme del frío.

Jadeo cuando veo una figura encapuchada parada en la esquina. —¡Joder! —siseo.

—Vaya —dice el tío, poniéndose de pie—. Tranquila. No quise asustarte.

Una vez que mi corazón deja de latir de manera errática, me doy cuenta de que no es un hombre en absoluto. Es una niña vestida con jeans holgados y una sudadera con capucha negra calada hasta el rostro.

Ella se quita la capucha y sonríe. —Solo salí a fumar, eso es todo. No podía dormir. Supongo que igual que tú —extiende su paquete de cigarrillos—. ¿Quieres uno?

—Estoy bien, gracias.

—Como quieras —me mira de arriba abajo mientras lo enciende. Incluso cuando exhala, no desvía la mirada—. Papá debe haberte amado.

—¿Disculpa?

—Mi papá. Él es el dueño de este agujero de mierda.

—Ah. Vale.

—Ya te ha coqueteado, ¿verdad?

—Realmente no presté atención.

—Por supuesto que no —se ríe. Tiene un piercing en la nariz y otro en la ceja. Su cabello es de un negro oscuro como la tinta. Tiene lo que Liza llamaría “características publicitarias” … sencilla pero agradable, identificable, con una vibra accesible… pero ha tomado medidas minuciosas para ocultarlo. La respeto mucho más por eso.

—¿Lo ayudas con este lugar?

—Limpio —responde—. No estoy contenta con eso, pero me paga decentemente y vivo aquí sin

pagar alquiler. Así que eso es algo.

Me acerco a la barandilla y me apoyo en ella mientras contemplo la vista sin nada especial. El desierto aquí no es nada bonito. Solo tierra estéril hasta donde alcanza la vista.

Ella se une a mí un segundo después. —No parece que pertenezcas aquí —observa, curiosa.

—No pertenezco a ningún lado.

—Maldición. Estás pasando por algo, ¿no?

—Sí, algo así.

—¿Qué podría estar mal en tu vida? —pregunta—. La gente bonita siempre la pasa bien.

Me río con tristeza. —Te sorprenderías.

—¿Cuál es tu problema entonces? —pregunta—. ¿Elegiste a un mal hombre?

Mi expresión me delata de inmediato. Ella sonríe con complicidad. —Ah. Apuesto a que él también era atractivo.

No le doy ninguna información, pero no parece dispuesta a dejarme sola. —Tuve una de esas situaciones a principios de este año —dice—. Me enamoré de un chico. Fui lo suficientemente estúpida como para pensar que duraría para siempre.

—¿Qué pasó?

—Se acostó con mi hermanastra —me estremezco con simpatía y ella asiente con gravedad—. Sí. Así fue como reaccioné. La chica tiene la personalidad de una tostada quemada, pero un enorme pecho. No tuve ninguna posibilidad.

—¿Siguen juntos?

—Joder si lo sé —se ríe—. No haré preguntas sobre ellos y no escucharé respuestas. Entonces, señorita, ¿siempre eres tan misteriosa?

—¿Con completos desconocidos? —pregunto—. Sí.

—Soy buena guardando secretos.

Sonrío. —Yo también.

Ella se ríe de eso y da una larga calada a su cigarrillo.

—Esa cosa te matará, ¿te das cuenta? —espeto, traicionando a la madre dentro de mí.

—Algo tiene que hacerlo —dice con una risa espantosa.

Me sonrojo en el aire fresco del desierto. —Disculpa. Eso fue grosero.

—No me ofendo —inhala, exhala—. ¿A dónde te diriges desde aquí?

Siento que mi pecho se oprime ante el pensamiento. He estado evitando decisiones como esa durante el mayor tiempo posible. Pero llega el amanecer y, con él, la creciente presión de elegir

nuestro próximo paso. —Me estoy quedando sin opciones. Así que supongo que me dirijo a mi último recurso.

—Déjame adivinar: ¿de vuelta a casa con los padres?

Parpadeo, sorprendida. —¿Cómo lo supiste?

—¿Por qué crees que estoy aquí? —pregunta—. Yo también me quedé sin opciones.

Asiento. —¿Cómo te ha ido hasta ahora?

Se ríe sin humor. —Horrible. Pero tienes que hacer lo que tienes que hacer para sobrevivir.

Miro hacia la ventana de mi habitación y asiento. —Tienes razón.

—¿Qué hizo él para que te fueras? —pregunta—. Si no te importa que entrometa.

—Se casó conmigo —digo en voz baja.

—¿Disculpa?

Sacudo la cabeza y me levanto de la barandilla. —Debería irme a la cama. Mi hijo y yo saldremos temprano, así que necesitaré dormir un poco.

—Sí. Claro.

—¿Fue agradable conversar contigo…?

—Kaley.

—Kaley —digo—. Encantada de hablar contigo, Kaley.

—Y tú eres Stephanie, ¿verdad? Eso es lo que decía en los documentos de facturación.

Dudo solo un momento. —Sí —digo en voz baja—. Soy Stephanie.

Iris Keller está muerta.

KON

—Creo que la encontré —dice Yefim cuando me recibe fuera del hotel—. Motel Arcoíris. Justo al otro lado de la frontera con Arizona.

—Suena como una pesadilla —gruño, regresando al coche y cerrando la puerta.

Ni siquiera espero a que Yefim cierre la puerta del lado del pasajero para salir corriendo en dirección a este agujero de mierda olvidado de Dios donde se ha refugiado mi esposa.

—Kon, ¿tenemos tiempo para esto? —pregunta Yefim mientras aceleramos.

—¿Para qué?

Otro de mis Vors sabría callarse basándose únicamente en mi tono. Pero Yefim siempre ha sido insensible, especialmente cuando tiene algo que desahogar.

—Sé que ella es técnicamente tu esposa…

—¿Técnicamente? —ladro—. No tiene nada de técnico. Ella *es* mi esposa.

—Eso es lo que me preocupa —murmura Yefim. No me di cuenta de que él esperaba que todo fuera una estratagema.

—¿De verdad crees que me casaría para lucirme? —exijo—. ¿Que no me aseguraría de que fuera legítimo?

—Solo digo que, si no fuera legítimo, sería más fácil deshacerlo.

—¿Con qué fin? —digo—. Incluso si estuviera dispuesto… lo cual, para ser claro, no lo estoy… ¿de verdad crees que me casaré con la hija del hombre que asesinó a mi padre?

Yefim suspira. —Solo estoy intentando controlar los daños aquí.

—Bueno, deja de intentarlo —gruño—. Ese es mi trabajo.

—Deberíamos regresar a la hacienda —continúa Yefim—. Tus hombres te necesitan, Kon. Tu Bratva te necesita.

—Sé que no me estás sermoneando sobre lo que *mi* Bratva necesita.

—Los hombres están listos —dice simplemente—. Tal como ordenaste. Pero ¿listos para qué?

—Lo que sea —digo bruscamente—. Deberían estar listos para lo que sea.

—Así que no tienes un plan real.

—Mi plan es encontrar primero a mi esposa y a mi hijo. Todo lo demás es secundario.

—¡Ella claramente no quiere que la encuentren! —señala Yefim con frustración—. Salir a hurtadillas en medio de la noche no precisamente grita: "Ven a buscarme".

—Está en shock —digo—. Tiene mucho que procesar en poco tiempo, gracias a ti.

Yefim me lanza una mirada furiosa. —Ah, vaya, qué torpe de mi parte. ¿Hay un buen momento para decirte que tu padre ha muerto?

Aprieto los dientes, tratando de no pensar en el cadáver esperándome en la hacienda. El duelo no debe procesarse… hay que prenderlo fuego y dejarlo arder. Así que solo enciendo la radio. Por los altavoces suena una música rock dura y agitada. Yefim suspira exageradamente, pero la música lo ahoga.

Pasamos buena parte del trayecto en silencio.

Yefim es quien lo rompe a medida que nos acercamos a nuestro destino. —Maldita sea, ese es un edificio deprimente.

No se equivoca. A la luz de la mañana, es de un gris enfermizo y nauseabundo. —¿Estás seguro de que vino aquí? —pregunto.

—La recepcionista del hotel dijo que pidió un horario de autobús antes de irse. Hablé con uno de los encargados de la venta de billetes, y me dio la ruta de autobús que eligió. Le pedí a uno de mis contactos locales que revisara restaurantes y moteles en los alrededores, y el tío que dirige este local mencionó una belleza de cabello negro azabache y un niño somnoliento. Así que sí, bastante seguro.

—Puto motel Arcoíris —gruño, pisando el freno y saliendo del jeep. Yefim sigue resoplando cansinamente. Lo ignoro.

Nos acercamos a la pequeña oficina que se anexa al costado del edificio como un tumor. El hombre sentado dentro casi se ahoga con su sándwich cuando atravesamos la puerta.

—Por el amor de Dios, eres un tío grande —observa.

—Hubo una mujer que se registró aquí anoche —gruño—. Iris Keller. Encuéntrala.

Frunce el ceño y mira su portapapeles. La mostaza tiñe las páginas blancas. Sigue masticando con la boca abierta.

Luego traga y me mira, encogiéndose de hombros con indiferencia. —Aquí no hay una Iris Keller. Lo siento, amigo.

—Revisa otra vez.

—Mira, hombre…

—Cabello oscuro, ojos verdes, muy hermosa —interrumpo—. La reconocerías si la vieras.

Veo la luz que parpadea en sus ojos y sé de inmediato que ella está aquí. Pero cierra la boca y vuelve a encogerse de hombros. —No me suena de nada. E incluso si así fuera, no puedo simplemente dar ese tipo de información, hombre.

Planto mis manos sobre su escritorio y me inclino hacia adelante, lo suficientemente cerca como para que el sabor amargo de su comida me queme las fosas nasales. —Diré esto una vez —le gruño en la cara—. No soy el tipo de hombre con el que jodes. Y lo que estás haciendo ahora es joderme. Así que esto es lo que pasará: buscarás en ese pequeño y confuso recuerdo tuyo a la persona que coincida con la descripción que te acabo de dar. Revisarás esa lista y averiguarás en qué habitación está. Me llevarás allí y luego estarás fuera de mi vista por el resto de tu vida. ¿Entendido?

El hombre de repente suda. Saca la lengua y se limpia una mancha de mostaza de la comisura de la boca. Ni siquiera se molesta en volver a mirar el portapapeles… sabe muy bien en qué habitación está mi esposa.

—Claro —gruñe—. Stephanie Jacobson. Unidad 214.

—Excelente. Vamos.

Está pálido y tembloroso mientras saca un llavero pesado y sale de detrás del escritorio. Yefim y yo seguimos el paso mientras él nos lleva por el estacionamiento, sube las escaleras y llega hasta la mitad del porche del segundo piso. Paramos fuera del número 214.

—Ábrelo —le instruyo.

—Realmente no se supone que deba…

—Ahora.

Suspira y mete su llave maestra en la cerradura. Hacen falta algunos movimientos, pero la cerradura cede parcialmente.

—Bien. Ahora, sé un buen niño y sal corriendo.

No necesita que se lo digan dos veces. Baja las escaleras contoneándose tan rápido como sus pies le permiten y desaparece de la vista.

Me vuelvo hacia la puerta. Puedo ver el brillo de la fina cadena que mantiene la puerta cerrada.

—¿Y si ella pelea? —pregunta Yefim.

—Por supuesto que va a pelear. Está en su naturaleza.

—Suenas extrañamente orgulloso de eso —observa.

No me molesto en responderle. Inclino mi peso hacia atrás, y luego tiro mi hombro contra la puerta entreabierta tan fuerte como puedo.

La cadena se rompe. La puerta rebota en la pared interior con un fuerte golpe metálico.

Lo que me espera adentro son dos camas vacías y poco más. Solo me lleva un minuto explorar el lugar. No hay rastro de ellos, salvo un envoltorio vacío en el cubo de basura del baño.

—¿Bien? —pregunta Yefim cuando reaparezco—. ¿Están ahí?

—¿Qué parece?

—¿Buscan a alguien?

Miro hacia un lado a una mujer joven que sube las escaleras. Tiene el cabello negro como la tinta, corto y puntiagudo, junto con varios piercings y una actitud desafiante que se desprende de ella en ondas.

—¿Viste a la mujer que se quedó en esta habitación anoche? —pregunto—. Estaba aquí con un niño.

La chica no me quita los ojos de encima. —¿En qué pensaba? ¿Huir de ti?

Entrecierro los ojos. —¿Ella estuvo aquí?

La chica asiente. —Ella estuvo aquí —luego, saca un trozo de papel del bolsillo de su sudadera —. Me dijo que te diera esto, de hecho.

Le arrebato el papel de las manos y lo desdoblo. Es un documento estacionario de hotel, con una elegante cursiva que lo atraviesa. Noto el pequeño agujero de ceniza de cigarrillo quemado en la esquina superior.

—¿Lo leíste? —le pregunto a la chica.

Se encoge de hombros. —Soy entrometida.

Aprieto los dientes, molesto, y vuelvo a la carta.

Querido Kon,

No sé qué te impulsó a querer casarte conmigo, pero sea lo que sea, claramente fue mentira. Todo nuestro matrimonio lo es. Te lo ruego: consigue la anulación. Termina con esto para que ambos podamos ser libres otra vez.

Mientras tanto, me llevo a Max y me voy. Es hora de que pruebe un camino diferente.

Por favor, no nos busques. No quiero poner a mi hijo en mayor peligro del que ya está. Merece la oportunidad de llevar una vida normal. Creo que dejé que mis sentimientos por ti me cegaran. Esto nunca se trató de nosotros… se trata de él. Y por él tengo que tener la fuerza para alejarme de ti. Si te hace sentir mejor, no creo que lo hubiera hecho por ningún otro motivo.

Déjalo ir, Kon. Déjame ir.

Yo cuidaré de él, lo prometo.

Adiós.

Iris

—¿Kon? —interviene Yefim—. ¿Qué dijo?

—Larga historia. En pocas palabras, ella lo dejará —dice la chica casualmente—. ¿Qué hiciste? No la golpeaste, ¿verdad?

—¿Dijo a dónde iba? —pregunto.

—No. Ni siquiera supe que se iba hasta que hice la ronda esta mañana. La nota estaba pegada en la puerta.

Paso junto a la chica y bajo las escaleras de dos en dos. Yefim me sigue y volvemos a subir al jeep. La chica nos observa alejarnos desde su posición en la barandilla del segundo piso, fumando un cigarrillo.

—¿Puedo ver la carta? —pregunta Yefim.

Se lo entrego y lo lee rápidamente.

—Vale… esto debe haber sido difícil de leer…

—No lo fue.

Yefim me mira por el rabillo del ojo. —Hermano, sé que es una pérdida dura. Pero…

—¿Pero? —espeto, volviéndome hacia él con fuego en mis ojos—. Aquí no hay ningún puto "pero", Yefim. La encontraré. Ella es mi esposa.

—Me parece bastante claro que ella ya no quiere ser tu esposa.

—Porque está herida —digo—. Y asustada por Max. Ahora está actuando según las emociones, y son abrumadoras. Una vez que todo se calme, ella me necesitará.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Porque la conozco —digo—. Conozco a la mujer. Es testaruda, terca y llena de orgullo.

—Te estás describiendo a ti mismo.

—¿Cómo crees que la conozco tan bien?

Se frota la barbilla. —¿Puedo ser el abogado del diablo por un minuto?

—No.

—Kon, me hiciste tu mano derecha por una razón —me recuerda Yefim—. Estoy destinado a ser la voz de la razón cuando lo necesitas. Y ahora lo necesitas más que nunca.

—Siempre supe que ese pequeño discurso se volvería en mi contra.

Yefim sonríe. Luego frunce el ceño y sé que tendré que resistir el impulso de darle un puñetazo en el momento en que empiece a hablar.

—Aún podrías casarte con Anika.

Tenía razón sobre los puñetazos. Mis puños aprietan con fuerza el volante. —Jesucristo —frunzo el ceño—. Esta mierda no.

—Lo digo en serio —dice—. Una anulación podría manejarse rápidamente, y luego…

—Me casaré con Anika Kuzmin sobre mi cadáver, joder.

—No es una pena de prisión. Sí, sé que no es ideal para ti, pero esta podría ser la única manera de evitar una guerra total.

—Estoy preparado para la guerra.

Se pasa una mano frustrada por el cabello. —Kon, es tu orgullo el que habla.

—¿Cuándo te volviste tan cobarde? —gruño.

La mandíbula de Yefim se cierra de golpe. Sus ojos brillan de ira, pero sabe que, si me golpea, le devolveré el golpe. —Estoy tratando de hacerte entrar en razón.

—Toda esperanza de razón se fue por la puerta cuando Nestor apretó el gatillo.

—Hermano…

—Si realmente fueras mi hermano, entenderías por qué tengo que hacer esto —interrumpo—. Y, para que sepas, esto no se trata solo de mis necesidades. También lo estoy haciendo por la Bratva.

—Ay, me encantaría escuchar esto —arrastra las palabras—. Dime por qué esto es tan desinteresado y noble de tu parte.

—No quiero estar en deuda con los Kuzmin. Cuanto antes nos los quitemos de encima, mejor.

—Nestor no es un advenedizo novato al que puedas pisotear sin pensarlo dos veces —señala Yefim—. Es un titán del inframundo.

—Yo también lo soy.

—Estás endeudado hasta el cuello, y él acaba de dispararle a tu padre en la cabeza. No pareces tan fuerte en este momento, Kon.

Miro a Yefim. —¿Crees que hice ese trato con Tikhon Kusnetsov por diversión? —exijo—. ¿Pensaste que me diversificaba para completar mi CV?

Yefim frunce el ceño. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que estaba endeudado hasta el cuello antes del acuerdo con los rusos. Ahora solo me llega hasta los tobillos.

Se le cae la mandíbula. —No bromeas, ¿verdad? Mierda. No lo haces.

—No, no lo hago. Hice todo lo posible —digo—. Asumí riesgos y dieron sus frutos. Te expliqué los números, Yef… deberías entenderlo. La heroína es la mina de oro en la que mi padre debió haber invertido hace décadas. Ese era el problema de Otets: desconfiaba de nuevos contactos. Se mantenía en su rincón y hacía negocios con gente conocida. Pero solo porque conozcas a un hombre desde hace décadas no significa que puedas confiar en él. Pregúntale a Nestor.

Yefim niega con la cabeza. —No soporto cuando tienes razón.

Disfrutaría más de su irritación si no estuviera tan sumido en la crepitante sensación de dolor que estoy tratando de hacer a un lado. Puedo sentir la muerte de mi padre en mis huesos.

Soy solo yo ahora.

Yo soy el don.

—Kon, entiendo por lo que estás pasando —comienza lentamente Yefim—. Te están arrastrando en media docena de direcciones diferentes a la vez. Pero es necesario priorizar correctamente. El cuerpo de tu padre aún no ha sido enterrado. Necesitamos regresar, arreglar los preparativos de su funeral y luego decidir qué hacer con Nestor.

Quizás tenga razón. Mucho depende de lo que decida hacer a continuación. Pero cada célula de mi cuerpo me empuja hacia otra parte.

Hacia Iris.

Hacia Max.

Stepan no tuvo la oportunidad de conocer a ninguno de los dos. Me alegro de no ser un hombre sentimental, o esa realización podría destriparme. Pero quizá eso sea lo mejor. Así, mi hijo nunca verá al hombre duro que se encargó de moldearme.

Yo haré las cosas de manera diferente.

—Tenemos que volver a la hacienda —finaliza Yefim—. Los hombres necesitarán saber de ti. Ahora eres el don.

Suspiro y vuelvo a agarrar el volante mientras el velocímetro pasa de cien y el desierto pasa volando por nuestras ventanas. —Siempre fui el don, Yefim. Incluso cuando el viejo todavía estaba vivo… yo era don.

IRIS

Pasaron once años desde la última vez que estuve aquí.

Pero parece que me fui ayer. Todavía recuerdo cómo lo hice: un pie delante del otro sin mirar atrás ni una sola vez. Estaba tan segura, tan *jodidamente* segura, de que nunca más volvería a poner un pie en Wyoming.

Y sin embargo aquí estoy, de vuelta en Crosse Valley, con las mismas dos maletas estropeadas y también con un niño de nueve años a mi nombre.

Max bosteza irritado y se deja caer sobre su maleta. —Mamá, ¿a dónde vamos?

Me agacho frente a mi hijo exhausto y tomo su rostro entre mis manos. —Lo siento, sol. Sé que esto es difícil, pero teníamos que huir.

—Pero, ¿dónde está Papá?

—Él está… lidiando con algunas cosas en casa —le digo, lo cual es bastante cierto.

—¿Por qué no pudimos ayudarlo a lidiar con eso?

—Porque no nos involucraba —le explico—. Y también porque podríamos haber estado en peligro si hubiéramos ido con él. Y mi trabajo es mantenerte a salvo.

—Ah —él frunce el ceño, su rostro todavía arrugado por el sueño—. Pero… ¿eso significa que él está en peligro?

—Kon puede arreglárselas solo —digo con firmeza—. Ahora, ¿hay espacio para mí en esa maleta, o eres demasiado grande para compartirla estos días?

Él sonríe por un breve segundo antes de que se desvanezca nuevamente y se mueva. Me pregunto cuánto tiempo aceptará mis explicaciones a medias. Esquivé preguntas durante dos días y medio de viajes en autobús a través del país, pero no hay forma de que dure mucho más.

De una forma u otra, descubrirá la verdad.

Me romperá el corazón.

Suspiro y me limpio el sudor de la frente. Hace más calor de lo que recuerdo en esta época del año, y nuestro próximo autobús llega tarde. Ya me quité la chaqueta que llevaba y me subí las

mangas de la camiseta hasta los hombros, pero, aparte de quitarme los jeans, no hay nada más que pueda hacer.

—Entonces, ¿esta ciudad en la que estamos ahora? Aquí es donde crecí.

Me lanza una mirada que me recuerda tanto a Kon que mi corazón se contrae dolorosamente. —¿El abuelo vive aquí? Pensé que no te gustaba hablar de él.

—No me gusta —digo con una mueca—. Es… complicado.

Él refunfuña y apoya su barbilla en su puño cerrado. —Dices eso todo el tiempo.

Lo rodeo con mi brazo. —Sé que ya eres mayor, pero dame un poco de paciencia, ¿vale? Es difícil para mí pensar en ti como en otra cosa que no sea mi bebé.

Me dedica una sonrisa tímida y trata de zafarse de debajo de mi mano.

—Relájate, tonto —le bromeo—. No hay nadie cerca para vernos.

Nos sumimos en un frágil silencio durante un rato, lanzando piedras al cartel del pueblo que se encuentra justo a las afueras de la estación de autobuses. *Crosse Valley*, dice. *Población 5.794. Hogar de los Campeones Estatales de Béisbol Masculino AA de 1983. Cartel Patrocinado por Construcciones Jacobson.*

Entonces, veo una nube de polvo a lo lejos. Muy pronto, un autobús se asoma.

—Venga —digo, levantándome—. Aquí llega nuestro autobús.

El autobús se detiene con un jadeo delante de nosotros. No miro muy de cerca por miedo a que me reconozca alguien con quien crecí, pero podría jurar que el conductor del autobús es el mismo que me sacó de este lugar hace diez años. Recuerdo esa lata de Diet Gulp en el portavasos, esa expresión de "mátame ahora" en su cara aburrida.

Max y yo subimos con nuestro equipaje y buscamos un asiento. Solo hay un puñado de pasajeros más. El viaje transcurre rápidamente. Demasiado rápido, en realidad. Pasamos por un borrón de Crosse Valley.

Algo ha cambiado. La mayoría no.

En poco tiempo, Max y yo estamos bajando nuestras maletas del autobús. Luego, con otro gemido mecánico y silbido de aire, avanza pesadamente por la carretera y desaparece de nuevo.

Es silencioso sin el ruido del motor. El mismo cielo infinitamente abierto y el mismo silencio opresivo que siempre me daban ganas de gritar. Pero es el tipo de silencio que se traga tus gritos, sin importar cuán fuertes fueran.

Yo lo sabría… estuve ahí.

—Venga —le digo a Max—. Es por aquí.

Caminamos a paso lento, porque estamos agotados por el turbulento viaje. También tengo todo el equipaje emocional, y ese no es un peso pequeño.

No puedo dejar de imaginarme la cara de Kon. Todo guapo y orgulloso, limpio y furioso. Sus

hermosos ojos grises llenos del tipo de pena reprimida que te hace querer acercarte e intentar arreglarlo cuando lo que realmente deberías hacer es huir lo más rápido que puedas.

Apenas recuerdo las cosas que dijo antes de que nos fuéramos. Lo que sí recuerdo es la forma en que me miró. Eso no cambió ni un poco. Posesivo, exigente, enojado, apasionado.

Su rostro me persigue en mis momentos de vigilia, y sé muy bien que también perseguirá mis sueños. Por eso, a pesar del cansancio, no tengo sueño.

Dormir me asusta ahora.

—Otros dos minutos y doblaremos la esquina hacia la calle en la que crecí —le informo a Max.

Él me mira. —¿Estás contenta de estar de regreso?

—En realidad, no —admito—. Para nada.

—¿Por qué?

Suspiro. La verdad parece querer salir a la luz. Cuanto más trato de mantenerla enjaulada, más despotrica, lucha y exige ser libre.

—Mi infancia no fue muy buena, cariño —le digo en voz baja, disminuyendo un poco el ritmo. Vacilo, sí, pero esta idea tiene colmillos y duele cuando la suelto—. Mis padres… no eran amables. Ambos eran personas destrozadas, y con mucho sobre sus hombros.

—¿Cómo qué?

—Mi madre era muy hermosa —le explico—. Y muy triste. Ella solía… beber un poco. A veces, también tomaba medicamentos. No en el buen sentido.

—¿Qué tipo de medicina?

—El tipo de medicina que te hace feliz. En su caso, sin embargo, solo la entristeció más.

—¿Por qué estaba tan triste? —pregunta Max.

Me muerdo el labio inferior. —Es la pregunta que me hago desde que tuve edad suficiente para hacerla, cariño. Le habían sucedido algunas cosas malas en su vida, pero no le gustaba hablar de eso con nadie. ¿Sabes que siempre digo que es mejor compartir tus sentimientos para poder dejarlos ir? Mi mamá no era tan buena en eso. Y, cuando se ponía muy triste, tomaba muchos medicamentos y se encerraba en una habitación durante días.

Parpadea mientras procesa. —Eso debe haberte puesto triste a ti también.

—Me puso muy triste —concuerdo—. Pero a veces uno se acostumbra a las cosas tristes. Empiezan a sentirse normales. O ni siquiera te das cuenta de que son tristes, hasta que ves que hay otras maneras de hacer las cosas.

—¿Dónde estaba tu papi?

—Él… trabajaba mucho. Salía de casa muy temprano y volvía muy tarde.

—Ah. Vale. ¿Tu mamá también está aquí?

Sacudo la cabeza. —No, cariño. Ella falleció cuando yo era una adolescente.

—¿Qué pasó?

Reduzco la velocidad hasta detenerme. Esto no debería todavía doler como lo hace. He tenido años y años para superarlo. Pero aun así duele. Una especie de dolor raspante, profundo hasta los huesos, que me hace rechinar los dientes.

—Un día tomó demasiada medicina y se quedó dormida. Y luego, los médicos no pudieron lograr que despertara.

—Ah.

Hay tantas cosas desgarradoras contenidas en ese pequeño "Ah". *Él no debería saber sobre la muerte aún*, quiero gritar a las montañas, indiferentes en la distancia. *No es justo*. Mi hijo no debería tener que saber sobre el divorcio o la adicción o los padres ausentes o los hogares rotos. Debería preocuparse por andar en bicicleta, jugar con sus amigos y construir maquetas de trenes. Todas las pequeñas cosas inocentes y felices que ama sin reservas.

Pero a algunas personas simplemente no se les permite crecer inocentes. El mundo se les impone demasiado pronto. Deja una marca indeleble. Nos convierte en un metal oxidado que no puede volver a su forma.

Llegamos a la esquina y giramos. Intento no distraerme de la conversación, pero el césped marrón irregular y los cubos de basura descoloridos por el sol hacen que mi corazón se estremezca de malestar.

Es la calle que conocía. Solo más oscura, más triste, más vieja.

Paramos de nuevo tres casas más abajo. —Ahí está —susurro.

—¿Esta es la casa en la que creciste? —pregunta Max—. Parece… triste.

Reprimo una risa amarga. Ni siquiera sabe cuánta razón tiene.

Extiendo la mano y tomo su mano entre las mías. —Escúchame, cariño. Te traje aquí porque no teníamos otra opción, ¿vale? Pero no nos quedaremos para siempre. Lo prometo. Pronto tendremos una casa con un gran jardín, y podrás tener un dormitorio grande para ti solo. Te lo prometo, bebé. Mami lo promete.

Frunce el ceño como si quisiera preguntar algo más, pero no lo hace. Suspiro y me inquieto en mi lugar, sacudiendo el dolor en mi cuello y mi espalda. Todo duele de repente, aunque estoy bastante segura de que es más psicológico que físico.

El pequeño porche frente a nosotros alberga dos sillas blancas y sucias, media docena de telarañas y un montón de botellas de cerveza vacías. Algunas están llenas. La mayoría no. Las colillas de cigarrillos tachonan el jardín como una maleza invasora.

Nos dirigimos a la puerta. Cada paso es difícil. Pero, cuando nos acercamos lo suficiente, me obligo a tocar sin esperar. Hay que arrancar la tirita, ¿cierto? No tiene sentido retrasar lo difícil.

Se me ocurre que probablemente debería haber llamado a mi padre y avisarle que llegaríamos. Pero no quería encender mi teléfono. ¿Qué pasa si Kon llamaba o enviaba un mensaje de texto?

No estoy segura de haber tenido la fuerza para ignorarlo.

Tengo que tocar dos veces más antes de escuchar el movimiento de sus pies. Primero veo su silueta, que se materializa detrás del turbio cristal esmerilado. Luego abre, y nos mira a Max y a mí a través de la puerta mosquitera.

—¿Qué carajo…?

—Papá —digo—. Qué bueno verte de nuevo.

No lo es, por supuesto. De hecho, siento que mi corazón va a arder. Max está quieto y en silencio a mi lado, asimilando todo.

Mi padre tiene el mismo aspecto, pero desgastado. Como esta calle. Como esta casa.

Está más delgado de lo que recuerdo, y todavía lleva una camiseta y su habitual cadena de plata enrollada alrededor del cuello. La camisa manchada es tan vieja como él.

Ha perdido mucho cabello y uno o dos dientes en el lado izquierdo de la boca. Sus ojos se han hundido un poco, haciéndolos más prominentes y un poco más aterradores. Lo que más me llama la atención es lo *pequeño* que parece. Reducido, de algún modo indefinible. Estoy más o menos cara a cara con él, pero siento como si lo mirara desde kilómetros más arriba.

Los ojos de Papá permanecen en mí durante treinta segundos completos antes de desviarse hacia Max.

—¿Este es tu niño? —gruñe.

—Sí, este es Max —digo—. ¿Nos dejarás entrar?

No responde ni se mueve para abrir. Solo mira las maletas, receloso. —¿Qué pasó?

—Vinimos a verte.

—Patrañas —por fin abre la puerta—. No regresarías aquí a menos que algo saliera mal.

Max me mira, esperando una respuesta que no tengo. —Es complicado —me escucho decir.

Papá alza una ceja peluda. —¿No es así siempre? Entra, date prisa, que estás dejando entrar a los bichos —se da vuelta y entra cojeando. Max y yo lo seguimos.

De repente me pongo nerviosa y tímida cuando estamos dentro. Aquí apesta como un cenicero, y todo lo que recuerdo todavía está en su lugar, aunque amarillento y apestoso por el tiempo y el abandono.

Mi papá está parado en la encimera de la cocina, bebiendo un vaso de agua turbia del grifo. —Em, Papá —digo—, Max está muy cansado, así que ¿quizá lo pondré en mi antigua habitación?

Se gira y mira a Max de arriba abajo. —Es un niño guapo.

Max da un paso a medio camino detrás de mí. No ha hecho eso en años. Esto es mucha novedad a la vez, por supuesto, pero eso no es lo que le preocupa. Solo hay un aire en este lugar. Una mala vibra que no puedes dejar atrás.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta mi padre.

—Nueve.

—Nueve. Hm. Parece tener unos trece años. Su papá debe ser grande —por alguna razón, no suena exactamente como un cumplido saliendo de su boca.

Max se asoma detrás de mi cadera y comienza a decir—: Mi papá…

—Max —lo interrumpo antes de que llegue demasiado lejos—. ¿Por qué no te muestro mi antigua habitación? Puedes descansar un poco. Apenas dormiste —luego, me dirijo a mi padre —. Lo pondré en mi habitación. Yo tomaré la que está al final del pasillo.

La habitación en la que durmió mi madre durante los últimos cinco años de su vida.

—Vale, vale —dice con desdén—. Haz lo que quieras.

Pero puedo sentirlo mirándonos mientras subimos las escaleras hacia el segundo piso. Se abre a un largo pasillo de tres puertas.

Vivíamos en un círculo extraño los últimos años. Mamá en una habitación, Papá en otra, yo en la tercera. Desconectados, doloridos y escondidos el uno del otro.

El papel pintado del pasillo está descolorido y despegado en las esquinas. Si alguna vez funcionó la luz del techo, no lo recuerdo.

Llevo la maleta de Max a la primera habitación de la derecha. Se siente incluso más pequeña que antes. La cama individual sigue ahí y el colchón desnudo me mira fijamente. Paredes desnudas. Un armario acumulando polvo.

—¿Esta era tu habitación? —pregunta Max críticamente.

Antes de Kon, nunca nos alojamos en los lugares más elegantes. Los apartamentos que encontraba para nosotros eran, en el mejor de los casos, modestos. Pero al menos estaban limpios. Ciertamente no eran así. Destartalados y apestosos, con los recuerdos de viejas pérdidas y dolores enterrados durante mucho tiempo.

—Lo siento, cariño. Te ayudaré a limpiar más tarde. Por ahora pongamos una sábana limpia en la cama y podrás descansar.

Encuentro mis sábanas en el mismo cajón debajo del armario. Están descoloridas. El desuso les ha dejado manchas en sitios aleatorios. Arrugo la nariz y las sacudo un par de veces antes de ponerlas sobre el colchón. Las lavaremos por la mañana.

Max me ayuda con los rincones como siempre que cambiamos la ropa de cama en casa. En el momento en que termina, se deja caer en la cama y suspira.

—¿Mamá? —murmura, boca abajo contra el colchón.

—¿Sí, cariño?

—¿Cuándo podremos volver a casa?

Escucho el anhelo en su voz y siento que el dolor en mi corazón se hace más grande. —No lo sé,

Max. Tendremos que esperar y ver.

Sus ojos se cierran cuando cierro las cortinas y salgo. Tendré que organizar mis propios arreglos para dormir, pero no creo que esté preparada para eso. Primero necesito un minuto para recomponerme antes de aventurarme a entrar en esa habitación.

Cuando bajo, Papá está sentado junto a la mesa del comedor con una cerveza en las manos.

No busco pelea, así que mantengo la boca cerrada sobre la cerveza en la mañana. Tomo asiento frente a él. Es una mesa pequeña, y estoy lo suficientemente cerca como para olerlo. Huele a alcohol y descomposición.

—Te ves diferente, Iris —comenta.

—¿Sí?

—Te pareces a ella.

Miro hacia la pequeña mesa auxiliar colocada al azar contra una pared. No va ahí, ni combina con ninguno de los muebles. Solía haber dos fotos encima. Una mía. Una de Mamá.

Ambas se han ido ahora.

Papá se da cuenta de que estoy mirando. —¿Querías que pasara toda mi puta vida mirándolas? —ladra, atrayendo mi atención hacia él—. ¿Después de que ambas se fueron?

—No actúes tan inocente.

—¿Qué carajo dijiste?

—No tuviste nada que ver con que nos fuéramos, ¿verdad?

Él se burla y toma un trago de su cerveza. —Solo trabajé duro para ti y tu madre. Pero nunca fue lo suficientemente bueno. Ustedes dos querían cosas que yo no podía darles.

—Creo que estás recordando mal —le digo con frialdad.

—Nunca recuerdo mal —responde—. ¿Quieres una cerveza?

Pienso en todas las discusiones que tuve con él en mi cabeza durante los últimos diez años. Todas las acusaciones que quiero lanzarle. El resentimiento y el odio y el dolor que llevo dentro de mí en todo momento, que son resultado directo de *su* comportamiento, *sus* acciones, *sus* pecados.

Pero al final estoy de vuelta aquí, en esta casa. Estoy pidiendo su ayuda. Así que, ¿quién puede decir que yo sea inocente?

—Vale —suspiro—. Tomaré una cerveza.

KON

Ella no ha vuelto a encender su teléfono.

No es que haya intentado llamar o enviar mensajes de texto. Pero la señal de seguimiento está muerta. Ya van dos días.

—Don Aminoff.

Me doy vuelta y veo a mis hombres parados afuera de la puerta, esperándome. El funeral se celebrará en la propia hacienda de Stepan. Es lo que él hubiera querido. Morir donde vivió.

Al menos, creo que es lo que él hubiera querido. Juego a las adivinanzas desde que regresé a estos terrenos. Mi padre no era un hombre que pasara mucho tiempo pensando en la muerte, así que nunca lo planeó.

Irónico, considerando que sabía que estaba enfermo. Quizás sabía exactamente lo que hacía cuando fue a hablar con Nestor esa noche.

En lo que respecta a las muertes, una bala en el cerebro es exactamente el tipo de final llamativo que alguien como Stepan apreciaría. Morir como un anciano en su cama solo lo habría avergonzado.

—Es hora —dice Roscoe en voz baja.

Paso junto a los hombres y bajo un nivel. Yefim me espera al pie de las escaleras. Está todo vestido de negro, y luce inusualmente sombrío.

Me hace un gesto silencioso y caminamos juntos hacia el jardín. El terreno está desenterrado. Un agujero negro cavernoso con bordes perfectos tallados en la hierba. No hay sacerdotes. La religión nunca fue parte de nuestras vidas, y no será parte de nuestras muertes.

Los hombres están reunidos alrededor de su tumba. Todos aquí son Vors, hombres del círculo íntimo de Aminoff. La única excepción es Khariton y su séquito de seis personas, que llegaron esta mañana temprano en su jet privado.

Vinieron para completar un segundo trato. Cuando Khariton se enteró de la noticia, insistió en quedarse para asistir al funeral. En aras de nuestra nueva relación, estuve de acuerdo.

AHORA SE PARAN RESPETUOSAMENTE en un grupo a un lado, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Todos se separan cuando se acerca el cuerpo de Stepan. Lo bajan a la tumba sin ninguna fanfarria. Nadie dice una palabra.

Ni siquiera hago un discurso. Quiero acabar con las fanfarronadas y las tonterías. No voy a hablar interminablemente sobre sus triunfos, pero tampoco pretendo pasar por alto sus errores.

Estar muerto no lo libra de culpa.

Así que, al final, no digo nada. Es mejor así.

Una vez que lo bajan, arrojo el primer puñado de tierra. No espero a ver qué pasa después. Dejo que los hombres presenten sus respetos y regreso a la casa.

Ahí es donde me encuentra Khariton unos minutos después, con un vaso de ginebra en la mano. —Ese fue el funeral más rápido al que he asistido —me dice con un humor sutil e irónico.

—De nada.

Él sonríe sombríamente. —Lamento tu pérdida.

—Es parte del trabajo.

Khariton asiente. —Debo admitir que, cuando vine por primera vez, no estaba seguro de si ofrecerte mis condolencias o felicitaciones.

Arrugo la frente. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, he oído que ahora estás casado.

Las noticias vuelan. —Sí, lo estoy.

—¿Quién es la afortunada? —pregunta Khariton—. Sería un honor conocerla.

—Ella está… indispuesta en este momento —digo—. Y lo estará en el futuro previsible.

—Ya veo —duda, y luego añade—: Don Aminoff, si necesita ayuda o protección para su familia…

—¿Qué has oído? —pregunto, interrumpiéndolo.

—Nestor Kuzmin está en camino de guerra —dice sin rodeos Khariton—. Aparentemente, rompiste un pacto hecho de buena fe.

—Veo que la fábrica de chismes ha estado trabajando horas extras.

—¿Es un chisme si es verdad?

Lo miro con escepticismo. —Pareces saber mucho, Khariton. Especialmente, para un hombre de una organización que recién acaba de irrumpir en Estados Unidos.

Sonríe plácidamente, aunque sus ojos brillan con astucia. —Puede que sea nuevo en este país, pero no lo soy en este mundo.

—Estás evitando la pregunta.

—¿Hubo alguna pregunta? —me pregunta—. Debí habérmela perdido.

—Hoy no es el día para joderme, Khariton.

Bebe un sorbo de su bebida y chasquea los labios. —Nestor Kuzmin se puso en contacto conmigo —dice finalmente.

—Sus espías son buenos —admito—. ¿Qué te ofreció?

—El doble que tú —se apoya con confianza en el bar. Se acerca y se sirve un segundo sorbo de mi mejor ginebra.

—¿Estás aquí para decirme que nuestra relación comercial llegó a su fin? —pregunto con exhausto desinterés.

—¿Crees que haría algo así en el funeral de tu padre?

—Tú dime.

—Mi primo Tikhon pensó que era una oferta que valía la pena, pero lo convencí de lo contrario.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque me gustas, Don Aminoff —dice casualmente—. Creo que nuestra relación durará mucho más que cualquier alianza que podamos esperar hacer con Nestor Kuzmin.

—Lo que significa que el hombre es mayor y no tiene herederos, y tú proteges tus resultados.

—Lo que significa que Don Kuzmin se deja llevar por sus emociones. Quiere venganza desesperadamente. Quiere hacerte sufrir —explica Khariton con paciencia—. Prefiero no tratar con hombres que se sienten arrinconados. Los animales salvajes son malos compañeros.

Asiento. Es un consuelo pequeño, pero es mejor que nada. —¿Entonces todo sigue igual?

—Exactamente igual —me asegura.

Extiendo mi mano y él la toma. —Te lo agradezco, Khariton —digo—. Pero, para que conste, nunca es el día para joderme.

Él asiente y se inclina. —No esperaría menos, Don Aminoff. Nuevamente mi más sentido pésame por tu pérdida y mis felicitaciones por tu boda. Que tu reinado y tu unión sean largos y fructíferos.

Luego desaparece, se disuelve en un enjambre de rusos estoicos de duros ojos azules mientras él y sus hombres se marchan.

Yefim llega poco después. Se quita la chaqueta y la tira sobre la silla. —Tu padre está descansando —me informa.

Resoplo. —No podía descansar cuando estaba vivo. Dudo que mucho cambie ahora que está muerto.

—¿Qué piensas tú? —reflexiona Yefim mientras se afloja el nudo de la corbata—. ¿Te gusta el concepto del cielo y el infierno? ¿O la reencarnación? ¿O simplemente se apagan las luces por la

eternidad, ahora eres comida para insectos, se acabó el juego?

Me vuelvo hacia él. —¿De verdad piensas en esa mierda?

—Por supuesto. Todo el tiempo. Desde que me dispararon por primera vez.

—Entonces pierdes el tiempo —gruño—. Solo existe el ahora. En eso debes concentrarte.

—Qué típico —murmura en voz baja. Luego, suspira con cansancio—. ¿Tienes un plan?

—Sí. Reúne a los hombres. Nos vamos.

—¿A dónde? —pregunta Yefim.

—Vamos a visitar a Nestor.

Yefim se sienta erguido en su silla. —¿Nestor? —repite horrorizado—. ¿Hoy? ¿*Ahora*?

—Nestor —repito—. Hoy. Ahora.

Bebo el resto de mi bebida y me dirijo a la puerta principal. Yefim me sigue con la misma expresión de shock plasmada en su rostro. —¿Has pensado en esto? ¿Cuál es la meta aquí, Kon?

—No me dejaré intimidar por ese viejo cabrón —gruño—. Él tiene que saber eso.

—Está enojado ahora mismo.

—¿Sí? —pregunto, girándome—. Bien. Yo también lo estoy.

Hago que algunos de los chicos saquen los jeeps. El resto de los hombres Bratva salen de la casa con sus trajes funerarios. Me gusta la imagen. Un ejército de hombres peligrosos vestidos con sus mejores galas.

Envía un bonito mensaje.

—Kon, ¿por qué vamos allí? —pregunta Yefim de nuevo. Da golpecitos con el dedo del pie nerviosamente, como siempre hace cuando cree que estoy siendo imprudente.

Subo al coche. —Para pagar una deuda —digo.

Luego cierro la puerta de golpe.



EL CAMINO hasta la hacienda de Kuzmin es puro silencio. A medida que nos acercamos a las puertas cerradas, hago señales a los dos vehículos detrás de mí para que me adelanten. Un segundo después, se oyen disparos.

La puntería es precisa y perfecta. Los agujeros atraviesan las puertas en rápida sucesión y ambos Wranglers las atraviesan de golpe, arrancándolas de sus bisagras con el torturado chirrido del metal retorcido más allá de su punto de ruptura. No freno ni una fracción; simplemente vuelo justo detrás de ellos y me detengo bruscamente en el camino de grava.

Salgo del Wrangler, pero no saco un arma. No hay necesidad; mi furia por sí sola es un fuego

con potencia suficiente. Abro la puerta principal de una patada y entro. Dos hombres de Kuzmin corren hacia adelante para interceptarme y buscan sus armas, pero golpeo mi codo en la cara de uno de ellos y pateo al otro en el estómago. Ambos caen gimiendo.

Presiono la punta de mi bota contra la garganta del soldado más cercano. —¿Dónde está el viejo? —gruño.

Él niega con la cabeza, con los labios sellados con fuerza, así que me giro y le pisoteo la rodilla en el sentido equivocado. Grita de dolor. No hay duda de que todos los demás hombres de esta casa oyen el llanto. Curiosamente, ninguno sale corriendo para salvar a su camarada.

—Lo siguiente que pisoteo es tu cráneo —escupo—. ¿Dónde carajo está el viejo?

—A… abajo… por el pasillo…

Asiento y me giro hacia el amplio pasillo, dejando que farfulle a mi paso con una rodilla destrozada. Otro guardia sale corriendo de una habitación cercana. Me valgo de su impulso para estrellarlo de cara contra la pared opuesta. Como los demás, cae y no vuelve a moverse.

Abro la primera puerta que encuentro, pero no hay nadie. Yefim está justo detrás mío, así que le hago un gesto con la barbilla. —Revisa la habitación —ordeno—. Por si se esconde debajo del sofá.

Luego, sigo deambulando por el pasillo. Solo hacen falta dos puertas rotas más para encontrarlo en la biblioteca.

Está de pie junto a las ventanas, mirando hacia la propiedad. Lo miro al mismo tiempo que miro al astuto hijo de puta escondido detrás de la puerta. Respira demasiado fuerte y se arrastra con demasiada ansiedad para escapar de mi atención.

En un movimiento borroso, le golpeo la puerta, le arranco el arma de las manos y le rompo el cuello con un rápido tirón. Luego, arrojo su cuerpo inerte fuera de la habitación.

Derramar sangre nunca se sintió tan bien.

Un último vistazo rápido me dice que ahora estoy a solas con el viejo. Se escuchan algunos disparos más en la casa detrás de mí, pero luego todo queda en silencio.

—Nestor —digo fríamente—. Pensé en pasar a saludar.

Se gira y mira mi arma con recelo. —¿Eso es todo lo que vienes a decir?

Lo guardo y camino hacia él. Está tenso, lleno de miedo, pero hace un buen trabajo para ocultarlo. Sus ojos se dirigen a la puerta rota cada pocos segundos.

—No, ni siquiera cerca. Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

—No era una pregunta.

Hace una mueca, pero se sienta con cuidado en el borde de un sillón.

Me dejo caer sobre el amplio sofá de cuero y pongo mis pies manchados de sangre sobre la mesa

de café. —Hoy enterré a mi padre —comento.

Nestor me mira sin pestañear. —Puede que yo haya apretado el gatillo, pero tú cargaste el arma —dice—. Tú hiciste esto. Tus tontas acciones provocaron…

—Ahora parece un momento muy imprudente para empezar a echar culpas, amigo mío.

—Tengo más hombres aquí de los que crees.

—¿No crees que vine preparado para eso? —me burlo.

Se detiene en seco y, de nuevo, sus ojos se dirigen hacia la puerta.

—Pareces asustado, Nestor —observo—. Creo que nunca antes te había visto asustado.

—¿Qué quieres, Kon?

—¡Yefim! —grito.

El anciano se estremece ante el grito inesperado. Me hace sonreír. Está asustado. Tan jodidamente asustado que no sabe qué hacer, dónde poner ese miedo.

Por suerte, tengo la intención de mostrárselo.

—Tú y tu padre me dieron su palabra —dice Nestor, aferrándose al único y lamentable salvavidas que tiene—. La rompiste.

—¿Y tu respuesta fue asesinar a tu viejo amigo a sangre fría?

—Eligió un momento inoportuno para traicionarme —gruñe. Levanto las cejas y él vacila, traga, y luego carga imprudentemente hacia adelante de todos modos—. Nunca había visto a mi hija llorar así. No desde que era niña. Todo para que pudieras casarte con esta… esta…

Se calla justo antes de soltar un insulto que no podrá retractarse. Ve la forma en que mis ojos se abren y mi nariz se dilata y, sin más, el insulto muere en su lengua.

Me pongo de pie justo cuando Yefim cruza la puerta destrozada con un maletín grande. Le hago un gesto para que lo deje sobre la mesa de café. Cuando me mira, lo descarto.

—Asegúrate de que no nos molesten —agrego.

—¿Y la niña? —pregunta Yefim en un tono casual.

El rostro de Nestor palidece.

—Mantenla en su habitación —le digo—. Necesito asegurarme de que su padre y yo nos entendamos.

Yefim asiente y desaparece.

En el momento en que volvemos a estar solos, los ojos de Nestor encuentran los míos. —¿Me matarás?

—Tal vez —digo honestamente—. Aún no lo decido.

—Anika es… Ella es especial.

—Todos pensamos eso de nuestros hijos, ¿no?

Él niega con la cabeza. —La he cuidado toda mi vida. Sin mí, ella no tiene a nadie.

—Entonces, ¿pensaste que podrías casarla conmigo y terminar con eso?

—¡Quería que la cuidaran!

—Quiero una mujer que pueda cuidar de sí misma —gruño—. Una pareja, no una mascota.

—Habría sido la esposa perfecta —insiste Nestor—. Aún puede serlo.

Ladeo la cabeza. —Lamentable. Aquí estás, mirando la muerte a la cara, y todavía crees que puedes engañar a tu hija para escapar de ella. Más que lamentable, en realidad… es jodidamente vergonzoso.

La respiración se atasca en su delgado pecho. —Ella viene con un nombre y una fortuna. También con una cantidad considerable de poder. La Bratva Kuzmin no es un ejército pequeño.

—Todo esto lo sabía antes —señalo—. Eso no me impidió casarme con otra mujer. Una sin nombre, sin fortuna. Y sin ejército.

—Entonces, eres un tonto.

—Tú eres el que tiene una pistola en la cara, Nestor. Tu error fue creer que yo era exactamente como mi padre. Él me enseñó mucho. Principalmente, qué no hacer.

—El trato que hizo conmigo mantuvo viva a tu Bratva todo este tiempo.

—Los hombres desesperados hacen cualquier cosa. Dime, Nestor: ¿eres un hombre desesperado?

Sus cejas se juntan. —¡No te atrevas a tocar a mi hija!

—No me des una razón —digo, aún calmado. Empujo el maletín hacia él—. Ábrelo.

Duda por un segundo antes de inclinarse hacia adelante y abrir los cierres. En su interior hay veinticuatro millones de dólares.

—Es la deuda de mi padre contigo —le explico—. Hay diez más como este esperando afuera.

No se molesta en ocultar su sorpresa. —¿Me estás pagando?

—La deuda está pagada en su totalidad. Mis tratos con la Bratva Kuzmin han terminado. Al igual que nuestra alianza —me dirijo hacia la puerta—. No pienses que esto es misericordia, Nestor. Esto es simplemente una advertencia. La próxima vez que vengas a mí, de cualquier forma, responderé con sangre. ¿Lo entiendes?

Nestor me devuelve la mirada, su orgullo en guerra con su sentido de autoconservación.

Te reto, le advierto en mi cabeza. *Te reto a que me desafíes, joder.*

—Te pregunté si entiendes, viejo.

Recibo una mínima fracción de asentimiento como respuesta. Tendrá que ser suficiente.

Me estoy volviendo hacia la puerta cuando me detiene. —¡Konstantin! —grita—. Mi hija… Anika…

—Enséñale a ser su propia mujer —le digo por encima del hombro, sin darme vuelta—. En lugar de cualquier versión de mujer que algún hombre quiera que sea. Quizá entonces te resulte más fácil casarla con alguien. Solo no seré yo.

IRIS

—¿Max?

Está tirando piedras en el patio trasero. De hecho, con fuerza. Es un poco inquietante verlo moverse de manera tan abrupta y violenta. No es el movimiento de un niño pequeño… es la fuerza de un hombre adulto.

—No quiero hablar contigo.

—Cariño…

—¡Me estás mintiendo otra vez! —espeta, girándose para mirarme. Tiene los puños apretados a los costados.

No recuerdo la última vez que peleamos. Si es que alguna vez peleamos. Ver la ira en sus ojos cuando se gira me hace temblar. También lo hace parecerse más a Kon.

Puedo ver el hombre en el que tiene potencial para convertirse.

También puedo ver el hombre en el que está en peligro de convertirse.

De cualquier manera, pase lo que pase… es mi culpa.

—Max…

—No le dijiste a Papá que nos íbamos, ¿verdad? —acusa—. Nos fuimos en medio de la noche porque él no sabía que nos íbamos, ¿verdad?

Respiro profundamente. —No. No se lo dije. Él no sabía.

—Lo sabía —dice, enojado y orgulloso de sí mismo por haberlo descubierto—. Me habría llamado. Nos vigilaría si supiera dónde estábamos. Enviaría a Roscoe con nosotros.

¿De dónde viene toda esta confianza? ¿Cómo logró Kon ganarla todo tan pronto, después de apenas unos meses con Max?

—Cariño, es…

—¡No es complicado! —grita Max—. No quiero estar aquí. ¡Tú tampoco quieres estar aquí! Han pasado dos días y ni siquiera hemos salido de la casa.

Me muerdo la lengua, sintiéndome tan desesperada y tan perdida. No tengo idea de qué decirle, ni idea de cómo explicárselo. Debo haberme perdido esta parte del manual para padres. *Capítulo 12: Cuando huyas de tu esposo, el jefe de la mafia, asegúrate de comunicar los detalles de tu fuga a tu hijo de nueve años temprano y con frecuencia para no obstaculizar su desarrollo psicoemocional. Además, siempre lleva bocadillos al cine.*

La parte egoísta y odiosa de mí quiere arrojar todo lo que Kon hizo a los pies de mi hijo. Ver cómo eso afecta a la confianza eterna de Max en su padre.

Pero no lo hago. No puedo. No lo haré. Por muy enojada que esté con Kon, no lo arruinaré ante los ojos de su hijo.

—¿Por qué nos fuimos, Mamá? —pide. Exige, en realidad—. Tú y Papá acaban de casarse. Eras feliz. Te vi. Te *vi* —su voz vacila y capta las últimas palabras.

—Lo sé, cariño —digo. Me arrodillo y trato de alcanzarlo, pero él se aleja de mis manos extendidas, así que las dejo caer a mi costado—. Max, lo siento. Yo solo… descubrí algo que me asustó. Y supe que no podía quedarme. Supe que *nosotros* no podíamos quedarnos.

Se detiene en seco. —¿Papá hizo algo?

—Él… me ocultó muchas cosas, Max —admito—. Tiene secretos.

—¿Y? Todo el mundo los tiene —afirma—. Tienes que darle tiempo para que te cuente todos sus secretos, Mamá.

Suspiro. Tanta lealtad. ¿Qué se supone que debe hacer una madre ante un amor así? Sí que no lo sé. He tenido una relación retorcida con el amor y los padres desde el día en que nací.

—Sabes que te amo, ¿no? —pregunto.

Él frunce el ceño. —Quiero algo más que solo amor, Mamá. Quiero la verdad.

Luego, se da vuelta y regresa a la casa. La puerta mosquitera se cierra con un fuerte ruido y me hundo en el patio marrón seco y apoyo la cabeza sobre las rodillas.

Unos momentos más tarde, oigo el crujido de la hierba bajo unos pies que se acercan. Levanto la cabeza y veo a mi padre acercarse a mí con un cigarrillo recién encendido en la mano.

—El niño tiene tu espíritu —observa.

—¿Podrías no hacerlo?

—Fue un cumplido.

—Realmente lo dudo.

Agarra una silla blanca descolorida, inclinada de lado durante tanto tiempo que está medio devorada por las malas hierbas, la endereza y se deja caer.

—¿Cómo es que no me invitaron a la boda? —pregunta.

Me quejo. —¿Has oído todo?

—El niño me contó ayer de la boda —me dice—. Cuando pensaba que no le mentías.

—No está preparado para ciertas verdades.

—Suena como una excusa conveniente.

—¿Puedes solo fumar en silencio, por favor? O vete. Eso también estaría bien.

Expulsa más humo y me ignora por completo. —Es un bonito anillo —dice, mirando la esmeralda en mi dedo.

Tuve la intención de quitármelo desde que llegué a esta ciudad. Pero, por alguna razón, lo sigo olvidando. *Lo haré después. Lo haré esta noche. Lo haré mañana*. Y luego el "después" nunca llega.

—Debe ser un tío rico, si eso es lo que puede costearse.

Mis párpados se sienten increíblemente pesados de repente. —No estoy pidiendo tu sabiduría, Papá.

—Bueno, lástima, porque la vas a obtener. Por lo que sé, el niño ama a este hombre. Es rico y está dispuesto a cuidar de ti. ¿Por qué diablos lo dejarías?

—Porque descubrí algo.

Él lo rechaza como si no importara. —Si él te da una vida cómoda, ¿qué importa?

—Importa —digo en voz baja, deseando a Dios que esta conversación termine—. A mí me importa.

—¿Qué pasa con el niño? —reflexiona—. ¿Su opinión cuenta en absoluto?

Levanto mi mirada hacia la suya. —Tiene nueve años. Mi trabajo es protegerlo. Él entenderá por qué cuando sea mayor.

—O te culpará por ello —sugiere mi padre—. No cometas el error de elegir por él.

Sacudo la cabeza y lucho por ponerme de pie. —Eres descarado, ¿lo sabías?

—¿Yo? —pregunta inocentemente.

—Actuando como si tuvieras derecho a aconsejarme —le escupo—. Actuando como si ocuparas un terreno moral superior. Noticia de última hora: no fuiste el padre del año.

Sus ojos se estrechan. —No lo fui, ¿ah? —pregunta—. ¿Quién pagó por tu educación? ¿Quién te compró tres pares de tenis el verano en que creciste quince centímetros? ¿Quién trabajó duro para mantenerlas a ti y a la ingrata de tu madre?

—¡Eres mi papá! —grito—. ¡Es lo que se suponía que *debías* hacer!

Actúa como si no me hubiera escuchado. —¿Sabes lo malo que fue, lo humillante que fue ser despedido del trabajo en el que pasé casi dos décadas?

Por alguna razón, nunca esperé que él mencionara esto. Mencionar "ESO" en mayúsculas. Pensé que habíamos llegado a algún tipo de acuerdo tácito de que nunca iríamos allí.

Pero quizá el acuerdo tácito estaba todo en mi cabeza y Papá nunca lo mencionó antes porque esperaba mi momento más bajo para poder patearme cuando estuviera mal.

—Eso no fue mi culpa…

—Claro, por supuesto que no. Fue *su* culpa. Tú eres un corderito inocente. Me olvidé.

Me estremezco y parpadeo para contener las lágrimas de enojo. Incluso después de todo este tiempo, todavía no me cree.

—Eres un gilipollas —le digo—. Simplemente un completo maldito gilipollas —me doy vuelta y camino hacia la puerta al costado de la casa.

—¡Crees que eres mucho mejor que yo, niña! —me llama—. Pero al final del día, somos más parecidos de lo que piensas. Apuesto a que eso te cabrea más que nada.

Me alejo rápido, odiando la forma en que sus palabras me siguen como un hedor del que no puedo deshacerme. No he estado a más de un par de metros de la casa desde que llegamos, pero ahora mismo quiero alejarme lo más posible.

He hecho esta caminata antes. Cuando era una niña perdida, desesperada, rota.

Lo odié entonces.

Lo odio ahora.

Quiero enfurecerme y enojarme y gritar como una adolescente, pero tengo un hijo en quien pensar. Una cosa es obvia: no hay manera de que pueda quedarme en esta ciudad. Es veneno y ya me he quedado demasiado tiempo.

Camino y pienso y pienso y camino. No me concentro en el lugar al que voy, pero mis piernas tienen memoria muscular. Y me llevan directamente a la casa que cambió mi vida de una manera que ni siquiera podía imaginar.

Solo salgo de mi fuga cuando miro hacia arriba y me doy cuenta de dónde estoy. El ladrillo descolorido que se tragó mis gritos. Ventanas del piso de arriba con contraventanas que impedían que cualquiera viera las pesadillas que se desarrollaban en el interior.

A diferencia de la casa de Papá, esta está bien mantenida. Todo parece envejecido, pero está limpio. Pintura fresca en la cerca, césped regado, sano y verde.

En la ventana de la sala veo la silueta de un sofá, un televisor… y luego pasa una sombra.

Siento un gélido ataque de nervios que me atraviesa cuando veo la silueta. Me doy vuelta y empiezo a alejarme lo más rápido que puedo sin echar a correr frenéticamente.

No se me puede ver parada afuera de su casa. Ni siquiera debería estar en esta calle.

Tardo cuatro o cinco cuadras en calmarme. Mi teléfono da vueltas en mi bolsillo, pero todavía no lo enciendo. La cuestión es que quiero ver si me llamó, me envió un mensaje de texto o cualquier cosa.

No debería importarme, pero sí me importa.

No debería querer saber nada de él. O verlo. O estar con él.

Pero sí quiero.

Deambulo por un parque en el que solía jugar cuando era niña. Cada vez que mis padres empezaban a gritarse, yo venía aquí y me sentaba en los columpios hasta que se ponía el sol.

Una madre solitaria empuja a su pequeño en esos mismos columpios. Es joven, no tiene más de veintitrés o veinticuatro años, lleva un mono de jean, cabello corto y un aro en la nariz.

—¿Qué tal si jugamos en el arenero, Ollie? —arrulla mientras saca al niño del columpio y lo carga sobre el mantillo.

Me siento en un banco y sonrío cuando ella me mira. —Es muy lindo —le digo.

Ella le devuelve la sonrisa. —Gracias.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi dos.

—Recuerdo esa edad. Vagamente. Son divertidos.

Deja a su hijo en el arenero y se sienta en el borde. —¿Tienes un hijo?

—Un niño. Ahora tiene nueve años.

—Ah, vaya. No pareces lo suficientemente mayor para tener un niño de nueve años.

Me sonrojo. —Tenía diecinueve años cuando lo tuve.

—Yo tenía veinte años cuando tuve a Ollie —ofrece—. Solía pensar que ser una madre joven sería genial. Luego lo hice y me di cuenta de que todavía me quedaba mucho por crecer.

—Sin embargo, no es el tipo de decisión que puedas revertir.

—No, señor —está de acuerdo—. Aunque no me arrepiento.

—No, yo tampoco.

Ella me mira con curiosidad y reconozco la expresión… está tratando de descubrir dónde me ha visto antes.

Su pequeño me mira y me ofrece una sonrisa tímida. Siento que mi corazón hace ese ruido que solía hacer cuando Max era un bebé. El anhelo regresa, como siempre, pero ahora es un poco diferente de lo que solía ser. Este anhelo no se trata de querer que sigan siendo pequeños para siempre. Se trata de anhelar que avancen ilesos por la vida, incluso cuando sabes que eso es imposible. Se trata de anhelar que te vean como alguna vez te vieron… invencible, impecable… en lugar de como te ven ahora… marcada y destrozada, como todos los demás.

—Me pareces familiar —dice ella.

—Trabajé como modelo en Los Ángeles —digo, ofreciendo la información por mi cuenta por primera vez en mi vida.

Sus cejas suben por su frente. —No puede ser.

Asiento con la cabeza. —Regresé a la ciudad para ver a mi papá.

—¿Planeas regresar pronto a Cali?

—No lo sé —admito—. Quizás haya terminado con esa vida.

—¿Qué pasa con tu carrera?

Me encojo de hombros. —Mi carrera significa para mí mucho menos de lo que pensé —le digo —. Creo que en este momento quiero paz y tranquilidad más que cualquier otra cosa.

—Creo que tal vez corregiste demasiado al venir aquí —se ríe—. Esta ciudad pasó por la paz y la tranquilidad y aterrizó en somnoliento y aburrido.

Me río. —Soy consciente. Créeme, soy muy consciente.

Me levanto y camino hacia el arenero, donde su hijo intenta con todas sus fuerzas meterse un puñado de arena en la boca. Paso mis dedos por su dulce y redonda mejilla.

—Él es hermoso.

—Lo es, ¿no? —dice con orgullo—. No puedo esperar a tener otro.

Estoy a punto de agregar que tampoco puedo esperar antes de darme cuenta de que tal vez nunca tenga la opción. Así que, ¿cuál es el punto de querer? No crea más que esperanza innecesaria. La esperanza duele demasiado como para dejarla vivir.

—Soy Iris.

—Sara.

—Fue un placer conocerte, Sara —digo, poniéndome de pie.

—Tú también, Iris. Ten cuidado ahí fuera.

Coge la muñeca adorablemente regordeta de su hijo y se despide con la mano. Le devuelvo el gesto, luego me enderezo y comienzo el camino a casa.

Me siento más confundida ahora que cuando me fui. Intento decirme a mí misma que no tiene nada que ver con estar separada de Kon durante tanto tiempo. Pero, como no estoy segura de poder convencerme a mí misma, elijo no pensar en ello.

Estoy tan perdida en mi propia cabeza que apenas me doy cuenta del coche hasta que es demasiado tarde.

IRIS

Cuando finalmente lo veo, lo único que puedo pensar es: *¿Por qué tardó tanto?*

La puerta del conductor comienza a abrirse. Actuando por instinto ciego, cargo hacia adelante y lo cierro de golpe en su cara. La ventana se baja y lo veo de nuevo.

—Tenemos que hablar —gruñe Kon.

Es tan abrupto. No hay preparación para este momento, no hay una gran partitura dramática cantando de fondo. En un segundo estamos a medio país de distancia; al siguiente está aquí, actuando como si solo fuera un día más.

—¡Joder que necesitamos! —siseo—. Dije todo lo que necesitaba decir en lo que… lo que se *suponía* que sería nuestra suite de luna de miel. Ya terminé de hablar.

Su voz es un gruñido salvaje. —Pues yo no.

—¿Sabes qué? —digo—. Realmente me importa una mierda. Ya terminé.

Sus ojos se oscurecen. —¿Terminaste?

—Terminé —repito tan brutalmente como puedo—. Casarse fue un error.

Sus ojos se deslizan hacia la esmeralda en mi dedo. —Entonces, ¿por qué sigues usando el anillo?

Meto la mano detrás de mi espalda para ocultarla. —Hablaba en serio en mi carta, Kon —insisto —. Esto se acabó.

—Entra al coche.

Parpadeo hacia él. —¿Qué?

—Entra al coche —vuelve a decir—. ¿O preferirías intercambiar insultos aquí hasta que Max nos encuentre?

Estoy ardiendo con tanta frustración que me niego a liberar que empiezo a preocuparme de que vaya a surgir de una forma diferente. Algo que podría meterme en muchos problemas.

Pero las opciones son subirse al coche con él ahora o arriesgarse a complicar las cosas haciendo que Max se aventure afuera y vea qué está sucediendo.

—Eres un gilipollas —murmuro.

—Eso lo sabías cuando te casaste conmigo.

Pongo los ojos en blanco y camino por el lado del pasajero. Apenas estoy en el coche cuando él pisa el acelerador y la puerta se cierra por sí sola, el sonido de la goma sobre el asfalto chirriando en mis oídos.

—¿A dónde vamos? —exijo.

—A algún lugar tranquilo —responde—. Algún lugar donde podamos hablar.

—Solo gira la esquina y estaciona en cualquier lugar —le instruyo—. Toda esta ciudad es tranquila.

Para mi sorpresa, hace exactamente lo que le digo. Doblamos una esquina y luego nos deslizamos hasta detenernos suavemente frente a un terreno baldío. Me giro hacia él, pero me aprieto contra la puerta para dejar el mayor espacio posible entre nosotros.

Por muy grande que sea este coche, igual me acerca demasiado a él. Tres estados de diferencia ya era demasiado cerca. Esto es peor.

Aun así, no puedo evitar dejar que mis ojos vaguen. Lleva una camisa azul oscuro con las mangas arremangadas hasta los codos, mostrando tatuajes y venas onduladas. Su cabello es más corto de lo que recuerdo, pero tiene una capa reciente de barba incipiente a lo largo de su mandíbula. Luce sexy como el pecado.

—Quería desaparecer —le explico torpemente. Dejo que mis ojos caigan hacia donde mis manos yacen como pálidas arañas muertas en mi regazo.

—¿Entonces viniste aquí? —se burla—. Si realmente no querías que te encontraran, ¿por qué me lo pusiste tan fácil?

—No era como si tuviera muchas opciones —espeto.

—Tenías opciones —dice en voz baja y gutural, impregnada de acusación—. Elegiste correr.

—No te atrevas a juzgarme por eso. No tienes ningún derecho después de lo que me hiciste.

—Mi único defecto es lo que *no* te hice —dice—. O sea, hacerte correr tan fuerte para que olvides tu propio nombre.

—¿Disculpa?

Él sonríe cruelmente. —No consumamos nuestro matrimonio.

—¿Eso es realmente de lo que quieres hablar? —digo con incredulidad—. Vale. Excelente. Entonces es nulo y sin valor. Supongo que en realidad no estamos casados.

—Tengo un certificado de matrimonio que dice lo contrario.

—Quémalo entonces —digo—. Quémalo y lanza las cenizas al espacio. No importa.

—Importó cuando me dijiste que sí —dice.

—Eso fue cuando creí que estabas siendo honesto. Y antes de intentar decir que lo fuiste, recuerda que una mentira por omisión sigue siendo una mentira. Especialmente una mentira como *esa* —espeto—. No trates de torcer esto, Kon. Deberías haberme dicho la verdad desde el principio. No lo hiciste.

Inclina la cabeza hacia un lado y me mira con frialdad. —¿Habrías escuchado?

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué?

—No me mires así. No me acuses así. No pongas esta mierda a *mis* pies de esa manera. Esto es culpa tuya, Kon.

—No estoy culpando…

—¿No? —le grito—. Yo soy la difícil, así que ocultarme cosas está justificado. Soy una perra, así que está bien mantenerme a oscuras. Eso es lo que estás insinuando, ¿no?

—Nunca dije que fueras difícil.

—Entonces, ¿qué soy? —exijo.

—Apasionada —responde, sus ojos recorren mi rostro—. De voluntad fuerte. Determinada. Rebelde. Te gusta pelear, Iris… y lo entiendo. Toda tu vida ha sido una pelea.

—Tampoco hagas eso. No sabes nada sobre mi vida.

Él suspira. Su colonia es sutil y poderosa al mismo tiempo. No se ha movido de donde está apoyado contra la puerta, pero se siente como si o se está haciendo más grande o el coche se está haciendo más pequeño, no estoy segura de cuál.

—Sé que dejaste esta ciudad porque huías de algo.

—Tal como lo vi, estaba corriendo hacia algo. Estaba corriendo hacia una vida mejor. Un futuro mejor.

—¿Lo encontraste?

—Te encontré a ti —escupo—. Así que supongo que no. Quizás debí haberme quedado quieta.

Él se ríe, que es lo más irritante que podría responder. —¿Es eso lo que quieres que crea? ¿Que te arrepientes de haberme conocido? No hagas *eso* —se burla.

—La única razón por la que no puedo arrepentirme es porque obtuve a Max de esa noche —le digo, tratando de hacer que mis ojos se vuelvan duros y fríos como lo están haciendo los suyos en este momento—. Pero de lo contrario…

—¿De lo contrario qué? —él pide—. ¿No me habrías seguido a esa habitación de hotel?

—Elegí lo que elegí. No culpo a nadie más que a mí misma. Me dejé absorber por tu mundo… y todo porque me gustaba tu cara. Lo que quiero decir es que era una niña estúpida e ingenua y ya no puedo darme el lujo de ser esa niña.

—¿Cómo fuiste “absorbida por mi mundo”? —pregunta con curiosidad—. Estuvimos un par de horas juntos una noche. Desapareciste justo después. Nuestros caminos no se volvieron a cruzar hasta una década después.

Me enojo y miro por la ventana. Una familia joven camina hacia nosotros con un bebé regordete en un cochecito y un perro de orejas caídas con una correa. Me pregunto qué pensarán de este auto absurdamente caro, estacionado en un lugar al que ciertamente no pertenece. Me pregunto si tienen alguna idea de lo que sucede dentro de él.

—No quiero tener esta conversación —digo al fin.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que revele la verdad?

Lo miro. —¿Y cuál es la verdad que crees que escondo, Kon? Diviérteme. Soy todo oídos.

Su respuesta es rápida. —Que lo único de lo que te arrepientes de nuestra noche juntos hace diez años fue de salir de esa habitación de hotel, en lugar de quedarte.

Esas palabras se sienten como clavos en mi piel, tratando de arrancar una parte de mí que necesito mantener oculta de él. Pero estoy preparada para esto. No me delato.

En cambio, lo miro fijamente, levantando mi barbilla desafiante. —Me dijiste que este pequeño y sórdido acuerdo entre tú y tu prometida…

—Ella ya no es mi prometida.

—¿Se supone que eso me hará sentir mejor?

—No se supone que debe hacerte sentir nada —me dice con frialdad—. Te estoy contando lo que pasó. No es más que la verdad.

—La verdad —me río—. Como si esa palabra significara algo para ti.

—No puedo hacerte creerlo. Pero es la verdad. No te lo dije antes porque no quería que te tocara un mundo que tenía tanta fealdad —dice—. No quería que los pecados de mi padre te afectaran a ti ni a nuestro hijo.

—¿Tu padre?

—Él fue quien arregló el matrimonio y me obligó a cumplirlo.

—Bueno, él murió por eso —digo con crueldad.

Kon asiente, aparentemente indiferente. —Ciertamente lo hizo.

Examino su rostro. El dolor que vi allí cuando se enteró por primera vez de la muerte de su padre ya no existe. Ha sido reemplazado por una aceptación inquebrantable. Quizás hasta alivio.

O eso, o simplemente lo está escondiendo en algún lugar al que la luz no pueda llegar.

—¿Lo enterraste?

—Sí.

Odio sentirme culpable por no haber estado allí. Intento decirme a mí misma que no le debo

nada, pero el anillo en mi dedo sigue brillando intensamente, como si el universo se clavara en mi cerebro una y otra vez para recordarme a quién y a qué me até.

Debí haberlo tirado en el momento en que decidí irme.

—Esa noche, cuando nos conocimos… ¿sabías sobre Anika? —pregunto—. ¿Ya se había arreglado el compromiso para entonces?

—Sí.

Cero dudas. No es la respuesta que esperaba y siento que se me ponen los pelos de punta al instante. —¿Tú lo sabías?

—Sí.

Mis ojos se estrechan. —Te acostaste conmigo esa noche.

—Creo recordar eso, sí.

Me giro hacia el parabrisas, tratando de procesar eso. Es tan sarcástico y frívolo como siempre. —Estabas comprometido para casarte con otra persona cuando…

—¡Jesucristo, Iris! —espeta, alzando la voz por primera vez—. No es lo mismo. No era un puto compromiso. No compré un anillo y me arrodillé. No elegí a la mujer. Mi padre y el de ella me informaron que me casaría con Anika cuando ella fuera mayor de edad. Estaba destinada a ser una alianza política, una forma de unir dos Bratvas aliadas bajo un solo don. Anika Kuzmin tenía entonces doce años. Era una maldita niña. Esa es la única forma en que la veía entonces y es la única forma en que la veo ahora. Tenía los siguientes diez años para mí solo, para vivir como quería. No hay una persona en este planeta que podría haberme quitado eso.

—¿Así que fui sólo una víctima de tu racha de soltero salvaje? Qué reconfortante —me alejo de él, mi corazón tiembla con fuerza en mi pecho—. Tienes que irte, Kon.

—Planeo hacerlo —me asegura—. Pero tú y Max vendrán conmigo.

Resoplo burlonamente. —Eso nunca sucederá.

Él se encoge de hombros. —Esa es tu elección. Max merece tener la suya.

Me giro hacia él bruscamente. —No lo harías. No te atreverías.

—Ya no es un niño, Iris. Tiene nueve años. Puede pensar por sí mismo.

—¿Estás bromeando? —digo en shock—. ¡Él no sabe toda la historia! Te estás aprovechando de un niño que esperó toda su vida por un padre.

—Y ahora tiene uno.

—Un padre cuya vida no es más que violencia y caos. Debería haber pensado en eso antes de decirte que sí. Mis sentimientos me cegaron. Pero créeme: no dejaré que eso vuelva a suceder. No dejaré que Max sea víctima de tu arrogancia.

Él extiende la mano y agarra mi brazo tan rápido que no tengo tiempo de alejarme de su alcance. Me jala hacia él hasta que su cara está a centímetros de la mía. Sus ojos son oscuros por la furia y

hay una mueca de desprecio en sus labios, que hace que mi cuerpo tiemble de miedo.

—Si no has creído ni una palabra de lo que he dicho hasta ahora, que así sea. Pero créeme esto: nunca, *nunca* permitiré que le pase nada a Max. Lo protegeré con mi vida.

Una parte de mí quiere hacerme un ovillo y cerrar los ojos ante su ira cegadora. Es como volar demasiado cerca del sol. No estoy lista para soportarlo. Ciertamente no estoy lista para luchar contra ello.

Pero algo en mí me dice que, si retrocedo ahora, lo haré toda mi vida. Lo único a lo que responderá un hombre como Kon es a la fuerza.

—Puede que no tengas otra opción —le digo—. Si el padre de Anika…

—Me encargué del padre de Anika —dice bruscamente.

Me detengo en seco. —¿Qué significa eso?

No me suelta el brazo. Puedo ver cada mota del brillante azogue en sus ojos. Puedo contar sus pestañas individuales.

—Exactamente lo que dije. El hombre sabe que no debe volver a joderme.

—¿Lo mataste?

—No.

Exhalo bruscamente. Ni siquiera me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. —Habría pensado que eso es exactamente lo que harías.

Kon se encoge de hombros y afloja su agarre. —Tal vez por eso no lo hice.

Él mira el lugar donde sus dedos rodean ligeramente mi muñeca. Luego, respirando suavemente, recorre con la yema del dedo calloso mi antebrazo hasta la suave curvatura de mi codo. Sube por mi caja torácica hasta el borde de mi clavícula. Sube por mi garganta hasta el costado de mi mejilla.

—Puedes fingir todo lo que quieras, Iris —dice con voz áspera—. Pero se acabó el tiempo de fingir. Sé lo que quieres. Sé lo que necesitas.

—No sabes una mierda —digo, aunque suena débil y poco convincente incluso para mis propios oídos.

Se inclina y pasa sus labios por la curva de mi garganta. No puedo detener el escalofrío en mis huesos, la bola de fuego en mi vientre ardiendo más y más brillante con cada célula de contacto entre nosotros.

Se detiene en mi oreja y muerde mi lóbulo. Luego, susurra—: Sé que, si no quisieras que te encontrara… no lo habrías dejado tan fácil.

KON

Puedo sentir la piel de gallina en su piel y ella ni siquiera lo sabe.

Puedo sentir su cuerpo inclinándose sutilmente hacia el mío y ella ni siquiera lo sabe.

Puedo sentir la suave calidez de sus exhalaciones, el temblor desgarrado de sus suspiros, los latidos a un ritmo estrangulado y desesperado de su corazón… y ella no sabe nada de eso.

Hace la vista gorda ante lo que sucede cuando nos tocamos para poder demostrarse a sí misma que no necesita a nadie más que a ella.

Es una pelea que no la dejaré ganar.

Moriré antes de dejarla ganar.

Se aleja de mí al instante. Saca su mano de mi alcance. —Me voy a casa —anuncia, alcanzando la puerta.

La encierro antes de que pueda siquiera tocar la manija. Se da vuelta y me mira. —No seas un niño. Déjame salir.

—Esta no es tu casa, Iris.

—Lo es por ahora —insiste—. No voy a volver contigo.

Me hundo en mi asiento y suspiro. —Te llevaré de regreso.

—Puedo caminar.

La ignoro y saco el coche del estacionamiento. Apenas tardamos dos minutos en regresar a la pequeña y triste calle donde se encuentra la casa de su padre. Todo el lugar bien podría ser un cuadro en blanco y negro. Un sombrío cansancio se aferra al paisaje.

Cuando me detengo, ella sale del coche de inmediato, pero antes de que pueda salir corriendo, yo también salgo.

—¿Qué diablos crees que haces? —espeta, caminando alrededor del vehículo hacia mí.

—Voy a saludar a mi hijo.

—De ninguna manera —gruñe—. No quiero que sepa que estás aquí.

—Asustada, ¿verdad?

—No estoy asustada. Estoy preocupada.

—No hay necesidad de ninguna de las dos —le digo mientras la rodeo hacia la casa—. Estoy aquí ahora.

—¡Kon! —grita, al mismo tiempo que otra voz grita—: ¡Papá!

Max aparece desde la parte trasera de la casa. Detrás de mí, Iris maldice en voz baja.

Él se acerca corriendo, su cabello oscuro ondea detrás. De alguna manera, en los últimos tres días se ha vuelto más largo. Podría jurar que también se ha vuelto más alto. Más delgado. Más sombrío en el rostro, más triste en los ojos. Cada segundo que pasa se parece más a mí.

Me rompe el maldito corazón.

Se lanza a mis brazos. —¡Sabía que vendrías!

—Es bueno verte, niño.

—A ti también. ¿Quieres venir a ver el patio trasero? Encontré una pelota que podemos lanzar.

—Lidera el camino.

Mantengo mi atención en Max, pero puedo sentir a Iris justo detrás de nosotros, observando nuestra interacción. Nos sigue hasta la parte trasera de la casa, pero no dice una palabra en todo el tiempo.

Puedo sentir la tensión entre madre e hijo. Max apenas la saludó. La helada es evidente. Lo suficiente como para hacerme temblar.

El frente de la propiedad no era exactamente lo que llamarías encantador, pero la parte trasera de alguna manera tiene aún menos que recomendar. Una mesa oxidada sucumbe a la maleza en un rincón, rodeada de sillas caídas como soldados muertos. En lugar de plantas vivas en el jardín, veo latas de cerveza esparcidas por el suelo.

—¿Papá? —pregunta Max mientras cruzamos la puerta—. ¿Qué pasó? ¿Por qué Mamá y yo tuvimos que irnos de repente?

Se arriesga a echar un rápido vistazo a Iris por encima de mi hombro. La pregunta queda suspendida en el aire. La helada entre ellos se enfría unos cuantos grados más.

—Hubo algunos… problemas con los que tenía que lidiar —le digo—. Y quería que tú y tu mamá estuvieran lejos mientras yo resolvía todo.

Max frunce el ceño. Piensa mucho por un segundo, luego me mira con los ojos entrecerrados. —Podrías haberme llevado contigo, ¿sabes? —sugiere.

—¡No! —arremete Iris—. Max, tienes nueve años.

—Ya no soy un bebé, Mamá —insiste—. No eres mi jefe. Ahora tengo un papá y prefiero escucharlo a él antes que a ti.

La mandíbula de Iris se cierra con tanta fuerza que me pregunto si se habrá cortado la lengua. Para ser honesto, parece que eso dolería menos que las palabras que Max acaba de lanzarle a la cara.

Es algo irreal ver a una persona que amas romperse en tiempo real. Al ver grietas que forman telarañas a lo largo de su superficie, dirigidas directamente a algo vital, uno debe preguntarse si podrá hacer algo a tiempo para evitar que se desmoronen por completo.

No siempre hice lo correcto cuando se trata de proteger el corazón de Iris.

Pero puedo hacer algo ahora.

—Max —no levanto la voz, pero mi inflexión oscura llama su atención de inmediato. Se vuelve hacia mí con cautela mientras me arrodillo ante él—. Nunca debes hablarle así a tu madre. Nunca. ¿Me entiendes?

Todo el orgullo en su pequeño pecho se desinfla de inmediato. Vuelve a parecer un niño herido que no sabe qué hacer a continuación.

Lo dejo asimilar por un momento y, mientras lo hace, lo estudio. Tiene la forma de mi cara y la inclinación de mis ojos. Pero, ahora que estoy de cerca, veo algo más que a mí mismo en el niño… también veo a Iris. Es profundamente sensible, de una manera que a mí me faltó cuando era niño. Es más amable y tolerante. Es más rápido para perdonar y más rápido para amar.

Ella le enseñó esos poderes a él, no yo. Ella le dio esos dones a él, no yo.

Apoyo una mano en su hombro. Por muy grande que sea para su edad, todavía se lo traga. —Oye, Max. Sé que esto no ha sido fácil para ti. No digo que sea justo. Pero hay algunas cosas que simplemente eres demasiado joven para saber.

—No sabes eso.

—Sí, lo sé —respondo—. Y te prometo que te lo contaré todo cuando seas mayor. Pero, por ahora, debes saber que cualquier cosa que haga tu mamá, lo hace para mantenerte a salvo. Eres lo único que le importa.

Mira a Iris por el rabillo del ojo. —Lo sé —murmura.

—Es lo más difícil del mundo recordar qué es importante cuando estás enojado. Las cosas cambian de forma, y lo que realmente importa de repente puede parecer mucho más pequeño que las cosas que no importan en absoluto. Un hombre de verdad siempre sabe a dónde pertenece su corazón.

Suspira y le tiembla el labio inferior. —Lo sé. Yo solo… te extrañé —susurra.

—Lo sé. Yo también te extrañé, amiguito.

—Tenía miedo de no volver a verte nunca más.

—Eso nunca sucederá.

Me ofrece una sonrisa tentativa. —¿Lo prometes?

—Lo prometo —digo con confianza—. Pero hay que saber que mi vida… puede complicarse.

Puede haber momentos en los que yo tenga que irme o tú tengas que irte. Puede que entonces haya cierta distancia entre nosotros, pero recuerda que volveré. Siempre, siempre volveré.

Max asiente y se traga las lágrimas que brotan. —Vale.

Pero no lo liberaré tan fácilmente. —¿Hay algo que quieras decirle a tu madre?

Se vuelve hacia Iris, que se tambalea al borde de un precipicio emocional del que me niego a dejarla caer. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, y se muerde el labio inferior como si fuera un juguete para masticar.

—Mamá —dice—, siento haberme enojado contigo.

Ella le dedica una sonrisa tensa. —Lo sé, mi amor. Está bien. Yo también lo siento. Todos estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo aquí.

Él se acerca a ella y se abrazan, pero los ojos de Iris permanecen en mí todo el tiempo. Cuando se separan, ella se obliga a volver a mirarlo. —Cariño, Kon y yo realmente necesitamos hablar. ¿Puedes darnos unos minutos?

Él asiente y regresa a la casa. Cuando la andrajosa puerta mosquitera se cierra de golpe, se vuelve hacia mí.

—¿Se supone que debo arrodillarme y agradecerte ahora? —arremete con amargura—. Kon al rescate, ¿no es así? Puedes ser padre y don y esposo y prometido, todo al mismo tiempo, ¿no es así? Todos somos jodidamente afortunados de estar en tu órbita, *¿no es así?*

Cuando termina, su voz se hace añicos y su pecho palpita por el esfuerzo. Respiro con frialdad, con calma. Entiendo lo que significa usar la ira para tapar tus heridas. Está herida y asustada. Esto es lo que hace la gente herida y asustada.

—No eres bueno para él, Kon —termina con un susurro ronco—. No eres bueno para ninguno de los dos.

—Es un niño, Iris. Un día será un hombre. No puedes evitar que eso suceda. Lo asfixiarás si lo intentas.

—¡Lo he mantenido a salvo! —llora.

—¿Qué quieres decir? —exijo—. ¿Qué yo no puedo?

—Peor. Que no lo harás.

—Cuidado —le advierto.

Sus ojos brillan como un relámpago verde en lo más profundo de la tormenta. —No, tú eres quien debe tener cuidado —sisea—. Puede que seas el gran y malo don, pero no me asustas. He tratado con hombres como tú toda mi vida. Hombres que piensan que pueden tomar lo que quieran. Bueno, nunca me he comprometido a complacerlos. Nunca me rendí. ¿Qué te hace pensar que serás diferente?

Tomo una bocanada de aire que llena mis pulmones con su aroma. Es un poco desconocido. Al parecer, este pueblo tiene un hedor que se pega a todo lo bello.

Pero todavía puedo sentirla *a ella* justo debajo. La verdadera ella, con cicatrices y todo. Cada vello de mi cuerpo se eriza simplemente sabiendo que ella está así de cerca, a mi alcance.

—Aquí hay amor —digo en voz baja—. Eso es lo que es diferente.

Su nariz se levanta como si acabara de lanzarle un insulto abominable a la cara. Me empuja, trata de salir de debajo de mí, pero mi cuerpo se niega a darle ni siquiera el más mínimo espacio.

—Quizá yo ya no te amo —murmura.

—Esa mirada en tus ojos dice lo contrario.

—Eso no es amor. Eso es desprecio.

Me encojo de hombros. —¿No quieres hablar de amor? Está bien. Dejemos el amor a un lado. Quizá era demasiado esperar que dos personas destrozadas como nosotros pudiéramos encontrar algo tan puro como eso.

Noto que algo se desliza por su rostro cuando lo digo, pero ella todavía evita mis ojos, todavía trata de ocultarme sus pensamientos más íntimos. Como si no fueran todos deslumbrantemente obvios si sabes dónde buscar.

—Pero hay otra cosa entre nosotros que diez años de espacio y tiempo no han logrado sofocar.

—Suéltame —gruñe.

La miro directamente a los ojos. —Es lujuria —termino—. Y la lujuria puede ser tan poderosa como el amor.

—Mucho más destructiva —responde.

—Muy cierto —asiento con la cabeza—. Pero ya encendimos la cerilla, *kiska*. Mejor podríamos disfrutar de las llamas.

IRIS

Pensé que iba a besarme, pero no lo hizo.

Pensé que me iba a hacer daño, pero tampoco lo hizo.

Al final, simplemente me miró fijamente durante unos segundos más, luego regresó a su coche y se fue sin decir una palabra más. Me fui a la cama.

Por la mañana me despierto sintiéndome borrosa e insatisfecha. Todavía puedo sentir calor en todos los lugares que me tocó ayer. Pequeñas llamas invisibles, lamiendo arriba y abajo mi piel. Se ha comido la poca paz que me quedaba.

Ya es bastante extraño simplemente estar aquí. En este pueblo, sí, en esta casa, por supuesto, pero, sobre todo, en esta habitación. Aquí es donde Mamá venía a esconderse cuando la ansiedad llegaba a ser demasiado difícil de soportar.

La cama está apretujada en la esquina cerca de la puerta, lo más lejos posible de la ventana, que estaba tapiada para que nadie pudiera ver el interior. No recuerdo quién pensaba que miraba… extraterrestres, CIA, FBI, FDA. Cambiaba todo el tiempo.

Frente a la cama hay un tocador polvoriento con un espejo ovalado de borde escarchado. La recuerdo sentada allí la mayoría de las noches, peinándose su largo cabello negro. Contaba hasta mil cepilladas cada vez. Ni más ni menos.

Le pregunté qué pasaría si alguna vez hiciera demasiados o menos. Ella me dio una mirada sesgada que decía que nunca lo entendería. Sabía lo que ella quería: que yo fuera a mi habitación y me abstuviera de perturbar su paz nuevamente.

Obedecía… la mayoría de las veces. Excepto las noches en que no escuchaba ni un solo sonido desde el interior de la habitación. Luego entraba para ver cómo estaba. O estaba peinándose mientras murmuraba el conteo en voz baja, o acostada en la cama con una almohada sobre la cabeza, así que igual pensaba que estaba muerta.

Me cubro la cara con las manos y respiro profundamente. —Ya se ha ido —me digo a mí misma —. No tiene sentido volver atrás.

Me levanto de la cama y me arrastro hasta el baño adjunto. Esa fue otra razón por la que hizo suya esta habitación… no tenía que salir de ella en todo el día si así lo deseaba.

Fue desmantelado y frotado hasta los huesos inmediatamente después de su muerte y, por lo que parece, no ha sido tocado desde entonces. El vaso para los cepillos de dientes está vacío y con costras, la cortina de la ducha rígida por el desuso.

Me cepillo los dientes y me doy una larga ducha con las tuberías de agua gimiendo de fondo como fantasmas. Luego me pongo mis jeans descoloridos y una camiseta negra con cuello en V. Cuando bajo las escaleras, puedo escuchar la voz de mi padre en la mesa del comedor.

Max está sentado a su lado, comiendo su cereal. Todavía lleva su pijama de cohetes, y tiene los ojos tan hinchados que sé que ha tenido una buena noche de descanso. Tengo la sospecha de que eso tiene que ver con la reaparición de Kon en nuestras vidas.

—Deberías comer algo más sustancioso —dice Papá con voz áspera. Su voz se ha vuelto más grave. Supongo que dos paquetes al día te harán eso—. Comida de hombre. Salchichas, tocino, huevos sobre tostadas. Ese tipo de mierda.

—¿Te refieres a todo lo que necesitas para un buen ataque al corazón? —pregunto, uniéndome a ellos en la cocina.

Papá me lanza una mirada molesta. —Es un niño en crecimiento, Ris. Necesita un desayuno de verdad.

—Le gusta el cereal.

Él resopla. —Comida femenina.

—¿Es femenino alcanzar una esperanza de vida promedio? —murmuro mientras tomo el cereal para mí misma.

—Solo los maricas desayunan así —dice, mirando mi plato.

Golpeo la caja sobre la mesa. —¡Papá!

—¿Qué?

—¿Qué tal si comemos sin hablar?

—¿Es esa otra regla marica que obligas al niño a seguir?

Aprieto los dientes, resistiendo el impulso de arrojarle mi plato sobre la mesa. Max parece darse cuenta de que, si esta conversación continúa, solo empeorará.

—Está bien, Mamá. Ya terminé, de todos modos —dice, levantándose.

—Niño —gruñe mi padre—, hoy voy al mecánico. Puedes venir conmigo.

—No creo que eso sea…

—¿Puedo, Mamá? —pregunta Max al instante.

Arrugo la frente. —Cariño…

—Sube y vístete, muchacho —dice Papá con firmeza, hablando por encima de mí.

Probablemente sintiendo que se avecinaba una pelea, Max sube corriendo las escaleras para

cambiarse. Me vuelvo hacia mi padre una vez que se ha ido, pero, antes de que pueda abrir la boca, empieza a hablar.

—Mimas demasiado a ese niño.

—No puedes hablarle así, Papá.

Se recuesta en su silla de plástico y me mira con los ojos entrecerrados. —¿Cómo le hablo?

—Como un proyecto que necesita arreglarse —espeto—. Tiene nueve años. Deja de intentar convertirlo en tu versión tóxica de lo que es un hombre.

Da una larga calada al cigarrillo, sin decir palabra durante un buen rato. —¿Cuánto tiempo se quedarán ustedes dos aquí? —pregunta abruptamente.

Es obvio que está eludiendo algo más. Es inusual para él, pero tengo la sensación de que sé por qué. —¿Es esa realmente la pregunta que quieres hacer?

Él gruñe de nuevo. —Ese hombre que vi ayer… No esperará para siempre.

Mis ojos se agrandan. —¿Viste a Kon?

—Él es quien te dio ese anillo, ¿no?

Sin mirar hacia abajo, meto la mano debajo de la mesa. —Tal vez.

—Te casaste con el bastardo —dice—. ¿Por qué huyes de él ahora?

—Tengo mis razones.

—Unas estúpidas.

—¿Y si te dijera que me engañó? —pregunto—. ¿Qué pasa si digo que me golpeó?

Da otra calada. El cigarrillo brilla y se atenúa. —Yo te diría que a veces hay que pagar un precio por una vida cómoda.

Me quedo boquiabierta. —¿Hablas en serio?

—¿Te ha golpeado?

—No.

Él asiente. —No lo creí. Entonces, no tienes derecho a quitarle el niño a su padre.

Suspiro y dejo que mi frente caiga sobre la fría y pegajosa superficie de la mesa. —¿Max te lo dijo?

—Sí, me dijo. También me habló de la mansión en la que vivían antes de que decidieras desarraigar al niño y traerlo aquí.

—Es mucho más complicado que…

—Hazlo sencillo —espeta—. No todo es un maldito gran drama, Ris.

Puedo sentir la ira, el resentimiento en su voz. El pasado avanza, listo para volver a ejercer su

peso sobre mí.

Y, justo así, es como si no hubiera pasado tiempo desde que me fui. Sin embargo, estoy segura de que no quiero hablar de lo que pasó en ese entonces, así que me concentro en el ahora.

Levanto la cabeza. —No quiero que le digas a Max cosas innecesarias —digo en voz baja—. Hacerlo sentir que no es un niño de verdad si no quiere hacer cosas. No permitiré que intimides a mi hijo.

—Tendrá que aprender de alguien a ser un hombre.

—Bueno, no será de ti.

Resopla, solloza y se levanta de la silla. —¿Crees que tu tío es tan diferente? —exige—. Ayer vi al hijo de puta. No tolerará una mierda débil. Mierda de marica. Mierda de *mujer*.

Dios, me cuesta mantenerme erguida. Mi columna se siente como papel de seda, mi cuello grita de debilidad y cada parte de mí está tan cansada y tan pesada. —Como dije…

—Voy a llevar al niño al taller —dice Papá, interrumpiéndome con impaciencia—. ¡Max!

La voz de mi hijo flota escaleras abajo. —¡Voy!

Aprieto los dientes. No vale la pena pelear algunas batallas. De todos modos, últimamente no soy tan buena eligiendo.

—¿Cuándo van a volver? —pregunto huecamente.

—Volvemos cuando volvemos —responde.

Max baja las escaleras y mi papá asiente. —Te tomo bastante tiempo. Venga, niño. ¿Por qué tardaste tanto ahí arriba… arreglándote el maquillaje?

Max murmura algo que no escucho y se desliza por la puerta mosquitera hacia el camino de entrada. Sin embargo, no oigo que se cierra de golpe y cuando miro hacia arriba, me doy cuenta de por qué.

Papá me está mirando desde el umbral.

Algo en su expresión me molesta. —¿Qué? —exijo.

Apaga el cigarrillo en el cenicero junto a la puerta y lo deja allí, ardiendo. —Siempre estabas huyendo —remarca—. Siempre.

Luego, antes de que pueda responderle, se da vuelta y se va. La puerta se cierra de golpe.

—Que te jodan —le suspiro a la casa vacía—. Que me jodan a mí también.

Vuelvo a mi plato de cereal, que se quedó empapado en leche. Incluso si no fuera así, perdí completamente el apetito. Fuerzo dos bocados solo para sentir que no lo desperdicio, luego tiro lo que queda a la basura y vuelvo arriba.

No tengo idea de qué debo hacer con mi mañana, aunque sé que lo que me gustaría hacer es tomar una página del libro de mi mamá, enterrar mi cabeza debajo de una almohada y dormir el

resto del día.

Me detengo en la escalera. ¿La sensación de ahogo en mis entrañas es la misma que ella sintió hace tantos años? ¿Es así como justificó tomar todas esas pastillas? ¿Solo para que ese dolor pare?

¿O simplemente quería unas cuantas horas ininterrumpidas de dormir sin sueños? Quizá pensó que, si conseguía eso, podría despertarse y empezar de nuevo. Esta vez de verdad, hacer lo posible por intentar hacer las cosas. Hacerlas bien.

Me pregunto si consiguió lo que quería. Lo dudo. Dios sabe que yo nunca lo conseguí.

Estoy en el rellano del segundo piso, a mitad del pasillo, cuando noto movimiento en mi antigua habitación. En el que Max durmió anoche.

Me congelo en el lugar. Siento que mi corazón va a estallar fuera de mi pecho. *Muévete, Iris,* me regaño a mí misma. *Tú no crees en fantasmas.*

Camino de puntillas, saltando el suelo chirriante a la derecha, y doblo el umbral. Por un momento de locura, creo que voy a ver el fantasma de mi madre. Y luego…

—¿Kon?

Está parado frente a mi armario, hojeando las páginas del diario que llevé durante las dos primeras semanas de la escuela secundaria. Me mira casualmente, como si fuéramos dos viejos amigos que se cruzaron en la calle.

—Iris.

Me adelanto y le arranco el diario de las manos. —No tienes derecho a leer eso.

—Solo hay tres entradas. No te ofendas, pero ninguna de ellas es muy interesante.

—Sí, bueno, yo no era de las que llevaban diarios. Nunca adquirí el hábito.

—Tiene sentido. No querrías que nadie tuviera un acceso fácil a tus secretos.

—Bueno, parece que estaba justificada —señalo—. Considerando que aquí estás y todo eso. ¿Cómo llegaste aquí?

—Soy ingenioso.

—Este es un comportamiento similar al de un acosador.

—¿Por qué acosaría a mi propia esposa?

Me estremezco y me erizo al mismo tiempo. —No voy a ser tu esposa por mucho más tiempo. No te tengo *miedo,* Kon —espeto furiosamente—. ¿Por qué estás aquí, para empezar?

—Tenía curiosidad por tu infancia.

Miro alrededor de la pequeña y triste habitación. Además de la cama individual y el armario destartalado, hay un pequeño escritorio justo delante de la ventana y varias cajas de cartón amontonadas en un rincón junto a la puerta. Las cajas están llenas de mis cosas. Ropa, zapatos,

juguetes y libros viejos que coleccioné a lo largo de los años. Le dije a Papá que podía donar las cajas o tirarlas. Por supuesto, no hizo ninguna de las dos. Supongo que dejar que los insectos y el moho se encarguen es deshacerse de las cosas a su manera.

—Bueno, como puedes ver, no era nada interesante.

—Te gustaban los Backstreet Boys —señala, mirando hacia un cartel que sobresale de una de las cajas.

—¿A quién no?

Él resopla. —Puedo pensar en una persona.

Pongo los ojos en blanco. —Para ser honesta, en realidad los odiaba —admito—. Pero el grupo de chicas con el que salía en ese momento estaba obsesionado. Así que solo… seguí la corriente.

—Eso no suena propio de ti.

Hago un gesto. —Esto… lo que soy ahora, quién soy… no sucedió simplemente por accidente. Algo pasó cuando era joven y me cambió. Me hice promesas. Todavía no las rompí.

Él asiente lentamente mientras absorbe todo lo que dije. Me pregunto cuánto de mí entregué sin siquiera darme cuenta. Como siempre, Kon toma mucho más de lo que yo estaba dispuesta a ofrecer.

—¿Por qué estás aquí? Odias esta ciudad, Iris.

Aparto la mirada de él. —No la odio.

—¿No? —pregunta—. Porque llevas días aquí y apenas has salido de la casa.

Lo miro enojada. —¿Me has estado espiando?

—Estoy demasiado ocupado para espiar por mi propia cuenta. Pero tengo gente que lo hace por mí.

—Eres despreciable.

—La palabra es “ingenioso”.

—Tengo otra palabra para ti: “gilipollas” —escupo.

La forma en que me sonríe es extremadamente irritante. Él solo se queda ahí, completamente indiferente a mi enojo, completamente separado de la timidez que siento al verlo entrometerse en mi espacio. Es tan grande que parece que toca todo a la vez. Todas mis cosas y todos mis recuerdos al mismo tiempo. Todo de *mí* al mismo tiempo.

—Supongo que lo sabrías —dice—. Teniendo en cuenta cómo es tu padre.

—¿Qué sabes sobre mi padre?

—Solo lo que me has dicho hasta ahora —dice—. Solo el hecho de que le has estado enviando dinero todos los meses, y él no solo lo acepta, sino que ha llegado a exigirlo.

Me muerdo la ira y trato de mantenerme tan sensata como él parece. Si tan solo pudiera modelar

ese tipo de calma, tal vez sería él quien intentaría evitar sus sentimientos poco nobles.

—Kon, tienes que irte.

—No, no lo creo. Aún no estoy listo para irme —dice—. Le prometí a Max que volvería a verlo.

—Max estará fuera toda la mañana, así que te sugiero que te vayas y nunca vuel…

Me detengo cuando él acorta la distancia entre nosotros en un solo paso. Me alejo rápidamente, pero mi espalda golpea la puerta y accidentalmente la cierra de golpe.

—Lo mejor para Max es que estemos de acuerdo, Iris.

—Deja eso —espeto.

—¿Dejar qué?

—Deja de hablar con esa voz tranquila, madura y superior —le gruño—. Te excita verme desmoronarme, ¿no? Te gusta verme enloquecer porque llegas a ser el que está tranquilo, estable y en control. El todopoderoso Kon el Inquebrantable.

—No estoy fingiendo —dice en voz baja—. Esto es lo que soy. Pero tienes razón en una cosa: sí me excita verte desmoronarte. Aunque estoy bastante seguro de que tenemos definiciones muy diferentes de lo que constituye desmoronarte.

Trago, sintiéndome terriblemente vulnerable. Es inquietante saber que puedes ser traicionado no solo por tus amigos, no solo por tu familia, sino también por tu propio cuerpo. Tus propias emociones ayudándote a atar la soga alrededor de tu cuello y apretar.

—Nosotros… tenemos que hablar con Max —balbuceo.

Él asiente. —¿Sobre qué exactamente?

Me presiono contra la puerta cerrada. —Tenemos que decirle que cometimos un error al casarnos. Que vamos a obtener una anulación.

—¿Es eso lo que vamos a hacer? —pregunta. Suena divertido.

—¿De verdad crees que podría seguir casada contigo después de todo esto? —exijo—. Olvídate del hecho de que Max estará en constante peligro por parte de tus enemigos. Me *mentiste*.

—Entonces, ¿debería enojarme porque me mentiste sobre tu pasado? —exige con calma.

Me detengo en seco. —¿Cómo he mentido?

—Hay una razón por la que dejaste esta ciudad, Iris. Hay una razón por la que odias a tu padre, pero aun así sientes que le debes algo. Hay una razón por la que mantienes a la gente a distancia, incluso sin ningún motivo para hacerlo. Así que dime... ¿sobre qué me mentiste?

—Yo… nunca mentí sobre nada —tartamudeo, impotente—. Solo… hay cosas que no quise… compartir.

—"Una mentira por omisión sigue siendo una mentira". ¿No fueron esas tus palabras exactas?

Sacudo la cabeza, como si eso fuera a hacer que se fuera. —Eres bueno en esto —digo—. Eso no

significa que tengas razón.

—¿Por qué luchas tanto contra esto?

—¡Porque debí haberlo pensado mejor, joder! —grito—. Debí haber sabido que esto era demasiado bueno para ser verdad. Debí haber sabido mantenerte a raya en lugar de invitarte a nuestras vidas.

—¿A eso se reduce todo esto? —pregunta—. ¿Tienes miedo de salir lastimada?

—No lo entenderías —digo entre lágrimas.

No importa lo que me diga a mí misma. No importa cuánto luche. Estoy perdiendo la batalla con mi propio cuerpo. Porque este anhelo dentro mío… solo hay una manera de saciarlo.

Y Kon también lo sabe.

—¿Tienes miedo de lo que sientes? —gruñe, su brazo me atrapa contra él—. Únete al maldito club, Iris. Es hora de dejar de huir de la vida.

KON

Probablemente esté esperando que la bese.

Y joder, quiero hacerlo.

Pero no voy a recompensar a la descarada después de huir de mí. No se lo haré fácil. No cuando reconozco esa ardiente necesidad en sus ojos. Esa forma hambrienta y desesperada en la que me mira, esperando que rompa sus límites porque tiene demasiado miedo para hacerlo sola.

Besarla ahora mismo no sería misericordia… sería un perjuicio. De algunos agujeros tenemos que salir nosotros mismos.

Así que, en lugar de ceder ante la bestia salvaje dentro de mí que ruge *BÉSALA*…

La dejo ir.

Ella tropieza, desconcertada por la repentina liberación del espacio que decía necesitar tanto. La camisa se le ciñe fuertemente a las costillas. Sube y baja con cada respiración laboriosa. Sus pezones apuñalan el material, dolorosamente afilados.

Sin romper el contacto visual, me desabrocho la camisa lentamente y me la quito. Los ojos de Iris se desorbitan. —¿Qué estás haciendo? —sisea.

No digo nada. Solo tiro mi camisa a un lado y me pongo a desabrocharme y quitarme los pantalones. Me los quito de las caderas. Cuando aterrizan alrededor de mis pies, los aparto de una patada.

Mi polla está increíblemente dura. Se tensa contra la tela de mis calzoncillos negros. Dejo que mi mano la roce. No miro hacia otro lado. Nunca aparto la mirada.

Lentamente, me deslizo los bóxers por mis piernas y me los quito. Empiezo a masajear mi polla, subiendo y bajando lentamente.

Iris traga. Observo su garganta subir y bajar y una sola gota de sudor nervioso corre por su pómulo. Ella me mira masturbándome con una emoción animal en sus ojos. Ha empezado a moverse un poco, como si ya no supiera qué hacer con su cuerpo.

—Huye de esto, Iris —gruño—. Te reto a que huyas de esto.

Ella se estremece cuando hablo, pero no responde. Escupo en mi palma abierta y sigo

tocándome. El rubor que se extiende por su cuerpo es casi lo suficientemente caliente como para quemarme a mí también.

—Contéstame —gruño.

Ella traga saliva.

—Di que quieres. Di que vas a hacerlo. Te reto. Te desafío, Iris.

Abre la boca para responder, luego la deja cerrar sin que una sola palabra salga de sus labios.

Hermosa. Eso es lo mejor que podría decir.

Le sonrío oscuramente. —Quítate la camisa.

—Kon…

—Hazlo —espeto.

Su cara… sorprendida, excitada, temerosa y lujuriosa al mismo tiempo… es lo único que necesito para excitarme. Podría hacerlo ahora mismo; así de dolorosamente erecto estoy. Podría decorar su bonito conjunto con mi semilla para que todo el mundo sepa a quién pertenece.

Pero me contengo. Me muero por la persecución. La anticipación debe aumentar antes de que pueda justificar la liberación.

Y todavía no terminé con ella.

Con una mueca por alguna angustia interna, se quita la blusa y deja al descubierto un sencillo sujetador beige con copas medias que dejan ver parte de sus perfectos senos. Tampoco se detiene allí… se desabrocha el sujetador y se lo quita de los hombros. Cuelga en sus manos por un momento antes de dejarlo caer al suelo.

—Continúa.

Se muerde el labio inferior mientras sus manos revolotean inseguras hasta el cierre de sus pantalones. Unos cuantos mechones largos de su cabello oscuro caen sobre un hombro y acarician su pecho derecho. Luego, como si estuviera tomando una decisión, asiente una vez, se desabrocha los jeans y se los quita.

Respiro profundamente al ver su cuerpo casi desnudo. Sus bragas son de color nude, lo suficientemente cerca del tono de su piel como para fundirse con ella. Trabajando rápidamente, como si tuviera miedo de que la desaceleración dejara entrar los malos pensamientos, también sale de ellas y las deja a un lado.

Está mojada. Puedo verlo desde aquí. Puedo olerlo. Su deseo brilla en la tenue luz gris que se filtra a través de las persianas.

—Kon, yo…

—Tócate —le ordeno.

Vuelve a morderse ese labio. Su mano izquierda flota hacia abajo. Más allá de sus senos, más allá de sus costillas, más allá de sus caderas. Se detiene flotando justo encima de su coño.

Empiezo a acariciarme más rápido. Mi polla está en plena atención. Cada gota de sangre en mi cuerpo la hincha. Ni siquiera la estoy tocando y es la cosa más sexy que hemos hecho jamás.

Iris deja que la punta de su dedo roce su clítoris. Veo cómo le tiemblan los párpados y se le corta el aliento. Pero no aparta la mirada.

—Esa es una buena chica —canturreo con aprobación—. Mantén tus ojos en mí mientras te follas con los dedos.

Coloco una mano en la puerta cerrada al lado de su cabeza. Desliza un dedo vacilante entre sus pliegues. El pequeño jadeo que sale de sus labios es lo suficientemente delicioso como para darse un festín.

Sus piernas deben estar temblando, porque se hunde contra la puerta como si fuera lo único que la mantiene erguida. Su ritmo comienza a acelerarse para igualar el mío. Nuestra respiración se enreda entre nuestras caras, a centímetros de distancia, pero aún sin tocarse.

¿Cuánto tiempo podremos seguir así? Estamos aquí, estamos justo aquí, cada uno está *jodidamente aquí* para que el otro lo tome.

Pero nos mantenemos separados. ¿Por qué?

Ella lo hace porque cree que mi toque la corromperá.

Yo lo hago porque sé que así será.

—Dime —digo con brusquedad a través de las espirales de placer que corren por mi cuerpo—. ¿Cómo se siente?

—Rico —gime ella—. Ay, Kon, es tan… tan rico…

—Dime qué quieres ahora —le digo—. Dime qué tienes tanto miedo de decir en voz alta.

Sus ojos vuelven a tener miedo. El placer está ahí, sube como la marea, pero el miedo es demasiado dominante para dejarlo pasar por el momento.

—Dilo, Iris. Es la respuesta a una pregunta muy simple: ¿qué quieres?

Por un momento, me pregunto si me desafiará con su silencio. Luego sus labios se abren y se escapa otra cálida exhalación, con palabras susurradas en voz tan baja que apenas las escucho.

—Quiero… quiero…

—Continúa —insto—. Termínalo. Ya casi estás ahí.

Sus dedos se deslizan dentro y fuera de su coño. Puedo oír lo mojada que está. Va cada vez más rápido. Y ahora que se ha roto el dique de su silencio, parece que la pequeña *kiska* tiene más que decir.

—Quiero… ay, te quiero a ti… dentro de mí…

Me acerco y apunto mi polla directamente a sus dedos. Está jadeando. Su aliento florece caliente contra mi pecho desnudo.

Agarro su muñeca con mi mano libre y la alejo suavemente de ella. Gime de frustración, pero me deja clavarla en la pared al lado de su cabeza.

—Buena chica —canturreo de nuevo—. Estás siendo una chica tan buena.

El primer toque es un ligero roce. Solo la cabeza de mi polla roza casi imperceptiblemente los labios de su palpitante coño. Ambos siseamos al mismo tiempo. Muerdo el interior de mi mejilla con tanta fuerza que pruebo la sangre.

Empiezo a frotarme arriba y abajo por su raja sin aventurarme más. Está deliciosamente madura para ser tomada.

Tiene los brazos extendidos a ambos lados de la cara, como si se estuviera rindiendo a mí. Llevo mi polla contra su apretada entrada y pellizco mis dedos alrededor de su pezón derecho. Lo masajeo suavemente, aumentando la presión mientras sus ojos brillan y arden de deseo.

—Joder —gime, retorciéndose—. Kon, fóllame… por favor… fóllame…

Escucharla suplicar es más dulce de lo que imaginé. Es lo que pretendía desde el principio, ¿no? Quería arrancar esas palabras de su boquita desafiante, ¿no?

Y ahora las tengo. Así que sería muy fácil terminar lo que comencé. Follarla contra esta pared hasta que se deshaga de la manera que solo puede deshacerse por mí.

Pero eso frustraría el propósito.

Puedes llevar un caballo al agua, pero no puedes obligarlo a beber. Yefim dice eso todo el tiempo. Es más cierto de lo que hubiera imaginado, porque le mostré a Iris el mundo que podría tener, prácticamente la ahogué en él una y otra vez, y ella todavía sigue intentando escabullirse.

Tengo que mostrarle la dicha… y luego tengo que hacerme a un lado y dejar que ella se acerque para tomarla por sí misma.

Lo intenta ahora. Me pregunto si seguirá intentando después de lo que voy a hacer.

Le doy una última mirada para memorizar su rostro… desesperado, suplicante, abierto y vulnerable… la cosa más sexy que vi en toda mi vida…

Y luego doy un paso atrás.

—Nunca debiste haber huido de mí —le digo con frialdad.

Los ojos de Iris se abren con incredulidad. —¿Q-qué?

Mi polla me grita: *¡Idiota, ¿qué estás haciendo?* Mi erección probablemente durará todo el camino de regreso a Los Ángeles. Me obligo a sonreírle con crueldad. Se ve tan pequeña y frágil atrapada en un rincón como este.

—¿Tenías más mentiras para mí? —pregunto—. ¿O deberíamos empezar a ser finalmente honestos el uno con el otro?

—¡Tú primero, gilipollas! —sisea. Agarra mi camisa, que se entrelazó con la suya, y me la arroja.

—¡Mamá! ¡Estamos de vuelta!

—Joder —jadea Iris, mirando aterrorizada hacia la puerta—. ¡Sal ahora!

Quiere alcanzar sus bragas tiradas en el suelo, pero antes de que pueda, me lanzo hacia adelante, las recojo y las meto en mi bolsillo.

—Un pequeño recuerdo para mí —digo con una sonrisa.

Ella me fulmina con la mirada, airada, pero no hay tiempo para discutir. Se pone sus jeans sin bragas y se pone la camisa lo más rápido que puede.

Yo, en cambio, me tomo mi tiempo. No estoy de humor para escabullirme como entré.

Está casi vestida cuando se abre la puerta y entra Max. —Ma… ¿Papá? ¡Papá!

—Hola, amiguito —digo con calma, mientras Iris me lanza una furiosa mirada de advertencia—. Pensé en pasar a verte. Tu mamá me estaba dando un recorrido por la casa.

Max sonríe. —No es tan bonita como la tuya.

—La nuestra, ¿recuerdas? —digo, incluso cuando siento a Iris vibrar de ira detrás mío—. Es nuestra casa.

—¿Cuándo volveremos?

—Tan pronto como pueda solucionar este problema que tengo.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Max—. ¿Puedo ayudar?

Iris sacude la cabeza con un frenético “no” justo por encima del hombro de Max, tratando de decirme que mantenga mis asuntos de Bratva lejos de él.

Suspiro. —Es complicado. Todo lo que puedo decir es que hay una mujer que está siendo muy, muy terca. Así que llevarlos a casa está tardando más de lo que me hubiera gustado.

No es exactamente sutil. Las vibraciones de Iris aumentan un poco.

—Max —nos interrumpe deliberadamente—. ¿Cómo estuvo el taller mecánico?

—Ah, estuvo bien. El abuelo tomó unas cervezas y se peleó con el jefe mecánico.

—Jesucristo —gime Iris—. ¿Estás bien, cariño?

Se encoge de hombros. —Bien.

Reprime un suspiro. —Tienes grasa en tu camiseta. ¿Por qué no te duchas y bajas?

Max se vuelve hacia mí. —¿Y luego podemos ir a algún sitio a dar una vuelta?

Asiento. —Claro, chico.

Me sonríe, agarra una toalla y algo de ropa limpia y se dirige al baño. Iris no dice una palabra. Ella simplemente me señala y luego señala la escalera.

Mi polla palpitando en mis pantalones me recuerda lo que podría haber tenido. Pero no

consumaré mi matrimonio en este puto basurero, rodeado de los peores recuerdos de mi esposa. Especialmente, no con Iris todavía negando obstinadamente que lo que hay entre nosotros es real, eterno e innegable.

Cuando finalmente haga mi reclamo, nunca podrá negar que es mía.

Camino escaleras abajo. Llegamos al final de la escalera e Iris señala la puerta. —Puedes esperar en el jardín por…

—Ah, me pareció escuchar voces.

—¿Por qué no tengo suerte? —Iris gime en voz baja antes de volverse hacia su padre.

Lo he visto varias veces, pero siempre de lejos o en alguno de los expedientes de Yefim. Parece más pequeño en persona. Sus ojos son desgarbados y asustadizos, sus mejillas pálidas y hundidas. Es un milagro desconcertante que este bastardo sea responsable de alguien tan hermoso como Iris.

—Tú debes ser el padre del niño —comenta—. Soy Roy.

—Roy —saludo—. Kon.

—Buen nombre fuerte. Iris —ladra—, ve a buscarnos unas cervezas.

Antes de que Iris diga alguna palabra, intervengo. —No quiero un trago —digo con firmeza—. Iris, siéntate.

Ella me mira y noto que la ira en sus ojos se suaviza un poco. Todos nos sentamos en la abigarrada colección de sillas y sillones esparcidos por la sala de estar.

Roy me mira con interés, pero su sonrisa roza la tontería. —Es un buen reloj —gruñe—. ¿Rolex?

—Hublot.

—¿Cuánto costó?

—¡Papá! —protesta Iris. Suena realmente mortificada—. No puedes preguntar eso. Es una pregunta de mala educación.

—No soy tu niño. No me corrijas como si lo fuera —pone los ojos en blanco en mi dirección, como si me impresionara que menospreciara a su propia hija.

La pierna izquierda de Iris comienza a saltar nerviosamente, pero Roy está obsesionado conmigo. Me pregunto si es consciente de la tormenta que conjura. Probablemente no.

—Entonces, ¿cuál es la historia entre ustedes dos? —pregunta—. Tienen un pequeño bastardo, pero acaban de casarse. Iris es silenciosa como la noche al respecto.

—Porque no es asunto de nadie más que nuestro —dice Iris con firmeza. Me alegra escuchar un poco de mordisco en su tono.

Max baja las escaleras de un salto un segundo después, acelerado y listo para partir. Lleva unos jeans nuevos y una camiseta.

—¿Qué carajo llevas puesto, niño? —gruñe Roy.

Max se detiene en seco. Mira su ropa y luego mira a su último abuelo vivo. —¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo, cariño —dice Iris de inmediato.

—¿Ah? Parece una puta niña con ese color —se burla Roy—. Ninguna sangre mía ira fuera luciendo así.

Me levanto, regresando la atención de Roy a mí. —Max, quédate donde estás —se acerca instintivamente a Iris y me recuerda que, a pesar de su altura, a pesar de su madurez, a pesar de todo el *yo* que veo en él… todavía es un niño pequeño. No debería tener que crecer antes de tiempo.

—Roy —le digo en un tono lo suficientemente frío como para poner la piel de gallina—, nunca vuelvas a hablarle así a mi hijo, o te romperé de maneras que no podrán repararse.

Me vuelvo hacia Max. —Te ves bien, hijo. Vamos a dar un paseo.

El anciano me mira sorprendido con la boca abierta. Pongo mi mano en el hombro de Max y salimos de la casa uno al lado del otro.

Cuando estamos en el porche, Max se gira para mirar por encima del hombro. —Mamá —llama a través de la puerta de malla—. ¿Vienes?

Iris me mira a los ojos solo por un momento. —Sí —gruñe entre un sollozo que se niega a soltar —. Voy.

IRIS

Por esto quería huir.

Por esto no quería volver a verlo ni a hablar con él.

Porque sabía que poco a poco me convencería de que huir era un mecanismo de defensa. Nada más que mis viejos traumas asomando sus viejas y feas cabezas una vez más.

No me convencería con palabras o promesas, sino con sus acciones. Con su exasperante él. Con su confianza sin complejos y su completa e inquebrantable seguridad en sí mismo.

En muchos sentidos, él es el hombre de mis sueños.

En muchos otros, él es mi peor pesadilla.

—Caminemos primero —sugiere Kon mientras llegamos a la acera—. Quiero ver la ciudad.

—No hay mucho para ver —digo, escuchando y odiando la amargura en mi voz.

Max mira a Kon. —A Mamá no le gusta esta ciudad —susurra con esa forma de niño pequeño, que cree que no puedo oír.

Arrugo la frente. —Yo nunca dije eso.

—Roy lo hizo —explica.

—¿Qué más te dijo? —pregunto, sintiendo una pequeña burbuja de pánico en mi estómago. Mi padre tiene sus propios planes, eso lo sé. No está por encima de usar a mi hijo de nueve años para lograrlos.

—Solo que aquí no podías llevarte bien con nadie. Dijo que no tenías amigos.

Me muerdo la defensa en mi lengua y trato de darle a Max una explicación que él entenderá. —Tenía amigos —le digo—. Pero… tuvimos una riña.

—¿Una riña? —repite, con el rostro arrugado por la confusión.

Soy consciente de que Kon escucha atentamente. —Significa que tuvimos una pelea y dejamos de hablar.

—Ah. ¿No intentaste hacer las paces?

—Fue una gran pelea —admito, aunque no recuerdo haber peleado realmente. Fue más bien una conversación unilateral.

—Lo siento, Mamá —dice Max, deslizando su mano en la mía.

Es un gesto tan tierno que devuelvo la presión y me encuentro sonriendo a pesar del dolor en mi corazón. A pesar de que Kon me mira a la cara con interés.

—Está bien, cariño. Esas cosas pasan.

—Fue genial lo que Papá le dijo a Roy —dice de pronto, riéndose un poco de su propia osadía.

Me río y Kon sonríe. —Tu abuelo a veces puede ser un matón —digo—. Simplemente no dejes que te presione.

—No tengo miedo de los matones —dice Max con confianza.

—Bien. Porque no hay nada que temer —digo—. Los matones son simplemente personas quebradas que intentan…

—Esconder su quiebre —termina Max sobre mí.

Le sonrío. —Supongo que ya te dije eso antes, ¿eh?

—Sí. Un montón de veces.

—Es un buen consejo —interviene Kon, pero no ofrece nada más.

No tardamos mucho en llegar al tramo principal de la ciudad. Cuando doblamos la esquina hacia la Calle Principal… el nombre de calle más poco original en el mundo… me congelo por un momento.

Algunas cosas cambian. La mayoría no.

Este lugar cae de lleno en este último.

Cerraría los ojos y me imaginaría el día en que me fui, pero no es necesario, porque puedo simplemente mirar a mi alrededor y ver todo exactamente como era. Casi podría jurar que la basura en las alcantarillas sigue siendo la misma, que los cuervos posados en los edificios son los que me vieron partir.

El café de la esquina sigue donde lo dejé. Tuve mi primera cita allí, con un chico llamado Bobby Cosomo. Compartimos pasta de calabaza y un brownie de postre, luego me acompañó a casa, me besó en el porche y me dijo que quería ser mi novio.

No le dije ni una palabra durante dos semanas después de eso. Cuando finalmente me alcanzó un día después de la escuela, me preguntó por qué. Tuve que decirle a Bobby la verdad: Stephanie Jacobson me había hecho prometer que no haría nada más con él, o le contaría todo a todo el mundo.

—¿Iris?

Parpadeo y me encuentro mirando los inquietantes ojos grises de Kon. Me observa atentamente, intentando descubrir mis secretos con cada parpadeo de sus pestañas.

—¿Estás con nosotros? —pregunta.

—Ah, sí. Lo siento —digo, volviéndome hacia Max—. Lo siento, cariño. Ha pasado un tiempo desde que estuve aquí. Muchos… recuerdos.

Max se encoge de hombros y salta hacia delante para pegar su nariz contra el cristal del escaparate de una tienda de tatuajes, contemplando con adoración fila tras fila de diseños negros.

Kon permanece a mi lado mientras seguimos a Max a paso tranquilo. —No quiero hablar de eso —espeto antes de que pueda decir algo.

—No te pedí que lo hicieras —retumba en respuesta.

Estoy en silencio durante unos momentos, pero eso es todavía más irritante que la conversación en este momento. —Lo que pasó en la habitación de Max… No puede volver a suceder.

—¿Qué pasó en la habitación de Max? —pregunta inocentemente.

—Sabes muy bien lo que pasó, Kon.

—No puedo decir que sí —insiste. No me toca, ni siquiera está cerca, y aun así mi cuerpo hormiguea como sí lo haya hecho—. Según lo recuerdo, tú fuiste quien se paró allí y me miró.

El calor se acumula entre mis muslos. Todavía puedo sentir la cabeza de su polla contra mi raja, sondeando mis labios sin siquiera atravesarlos para darme lo que tanto necesitaba.

El punto nunca fue seducirme. Solo estaba jugando más juegos. Quería darme una lección.

Trabajo bien hecho, supongo.

—Espero que sepas que eres un gilipollas.

—Eso sigues diciendo —se ríe—. Parece que ese es tu tipo.

Antes de que pueda responder, Max aparece a mi lado y me agarra la mano. —¡Mamá! ¿Podemos entrar, por favor?

Intento quitarme el rubor de mis mejillas mientras me vuelvo hacia mi hijo. —Cariño, ¿cuál es el punto? No puedes precisamente hacerte un tatuaje.

—Pero quiero ver el arte. Así puedo decidir qué tatuaje hacerme cuando tenga dieciocho años. Por favor, Mamá, ¿por favor? ¿Solo un rato?

Suspiro, derrotada. —Vale, entonces adelante. Sueña con tu pequeño corazón —da un pequeño salto y corre hacia el interior del salón.

Miro a Kon. —¿Esto también es culpa mía? —pregunta, divertido.

—Bueno, ciertamente no tengo ningún tatuaje —señalo, mirando los pocos que puedo ver debajo de las mangas de su camisa.

—No te castigues por eso —ofrece—. No a todo el mundo le quedan bien.

Me deja con el ceño fruncido en la acera y se dirige al salón detrás de Max. Reprimo un gruñido de frustración y me dirijo al café.

No tengo idea de dónde está Bobby Cosomo ahora. Lo mismo con Stephanie. Recuerdo que ella tenía planes de mudarse fuera del estado para ir a la universidad. Quería ser estilista de las estrellas. Su habitación siempre estaba llena de paneles con recortes de revistas de moda y un sinfín de paquetes que entregaban productos de maquillaje en la puerta de su casa.

Quizá esté en Los Ángeles, dice una voz enferma en mi cabeza. *Quizá estuvo cerca tuyo durante todos estos años y ni siquiera lo supiste. No corriste tan lejos como pensabas, ¿eh?*

Cambio de opinión y me alejo del café. Es mejor dejar algunos recuerdos muertos.

Me hundo en el banco de una parada de autobús cercana. Unos momentos después, Max y Kon salen del salón de tatuajes. Las mejillas de Max están sonrosadas de emoción.

—¡Mamá! Sé exactamente lo que me haré cuando cumpla dieciocho años.

Yo sonrío. —Dieciocho está muy lejos, cariño. ¿De verdad crees que querrás hacerte el mismo tatuaje dentro de nueve años?

—Definitivamente —dice con confianza—. Papá me ayudó a elegirlo.

—Qué maravilloso.

Afortunadamente, no nota mi sarcasmo. —Es la locomotora de un tren —me explica, tirándome del brazo con emoción—. ¿Quieres verla?

No puedo exactamente decir que no a toda esa emoción esperanzadora, así que dejo que me arrastre al salón. El tatuador se gira al oír el timbre de la puerta. Sus ojos se agrandan con interés cuando me ve.

Es un tío guapo según los estándares de Crosse Valley, lo que significa que tiene todo su cabello y la mayor parte de los dientes. Tiene suficientes tatuajes como para que a Max también se le salgan los ojos de las órbitas. Mangas en ambos brazos y piernas, cuello tatuado, nudillos que dicen algo que preferiría no leer.

—Maximus —se ríe—, no me dijiste que tenías una novia tan sexy.

—¡Asco! Esa es mi mamá, no mi novia.

Se ríe de nuevo, un sonido profundo y retumbante. —Mea culpa —dice—. Mala mía. Pero sigues siendo un tío afortunado.

Siento que Kon viene detrás de mí, y me tenso sin saber muy bien por qué. La sonrisa flaquea en el rostro del tatuador, como si mi tensión fuera contagiosa.

—Quizás no tengas tanta suerte si sigues mirando así a mi esposa —gruñe.

Es extraño estar excitada y molesta al mismo tiempo por exactamente lo mismo. Pero ahí me encuentro: entre desmayarme y decirle a Kon que deje de entrometerse todo el puto tiempo.

Al final no elijo ninguna de las dos. Me acerco a Max, que está mirando una serie de diseños artísticos flash.

—El de la derecha, segunda fila —me dice, señalándolo.

—Lo veo —es una imagen hermosa e intrincada de un motor. Suficientemente pequeño como para ser discreto y suficientemente grande como para ser inconfundible—. Muy genial, debo decir.

Él sonríe. —Te lo dije.

—Solo faltan nueve años —le recuerdo con un guiño.

—Lo sé —dice con un suspiro melancólico—. Papá ya me dijo lo mismo.

Pongo mi mano en su hombro y lo conduzco fuera de la tienda. Max saluda al tatuador cuando nos vamos, pero él a cambio solo recibe un gesto a medias. No recibo ni una mirada.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunta Max.

—Si seguimos caminando recto, terminaremos en un parque. Es decir, si todavía existe. Solían tener estas grandes barras.

—¡Vamos! —Max sale calle abajo como si tuviéramos una fecha límite para cumplir.

Le lanzo una mirada furiosa a Kon mientras lo seguimos una vez más. —¿Qué fue eso ahí atrás?

—¿Atrás dónde?

—Para de hacer eso. No eres tonto, así que no actúes como tal.

Él se encoge de hombros. —No me gustó su moño de hombre.

—Ay, no lo sé —digo, intentando deliberadamente hacerlo enojar—. Pensé que le quedaba bien.

—¿Lo pensaste? —pregunta con calma.

Sé que estoy pisando territorio peligroso, pero no puedo evitarlo. Tiene la ventaja desde que llegó a esta ciudad. Demonios, tiene la ventaja desde que nos conocimos. Por una vez me gustaría sentir que soy yo quien lleva las riendas.

—Sí. En realidad, pensé que era un poco sexy.

Kon me mira. No hay señales de que nada se geste detrás de sus ojos. Solo la habitual frialdad distante. —¿Por qué no vuelves entonces? —sugiere—. Consigue su número.

Pongo los ojos en blanco. —Eres…

—¿Un gilipollas? —interviene. Su boca se contrae en la más sutil de las sonrisas—. Si lo dices suficientes veces, incluso podría empezar a creer que lo dices en serio.

—*Sí* lo digo en serio.

—Eso dices, princesa. Eso dices.

Nos acercamos al parque infantil. Max ya está colgando de las barras. Avanzo entre los equipos en busca de un lugar para sentarme, sin molestarme en comprobar si Kon me sigue, cuando escucho una voz.

—¡Ay, Dios mío! Iris Keller, ¿eres tú?

Palidezco ante el sonido de su voz. No hay forma de que Kon no se dé cuenta. Me giro hacia la mujer que camina hacia mí.

Está un poco mayor, un poco más gris, un poco más llena de cintura y caderas. Pero su rostro no cambió. Bonitos ojos azules, cabello rubio corto y esos inolvidables hoyuelos en ambas mejillas. Lleva pantalones beige y una camisa blanca con hombros descubiertos.

Mi corazón late de manera desigual. Estaba tan segura de que se habría ido de la ciudad. No habría regresado si hubiera pensado que estaba por aquí.

Pero aquí está. Y el pasado también está aquí, metiendo sus dedos gélidos en algún lugar entre mi incomodidad y su falsa sonrisa y todas las cosas que nunca terminamos de decirnos.

Trago fuerte. —Hola, Stephanie.

Algunas cosas cambian. La mayoría no.

KON

La mujer que camina hacia nosotros parece lo más inofensiva y olvidable posible. Para mí, al menos.

Para Iris no.

—Hola, Stephanie —murmura.

La rubia de ojos brillantes se gira hacia mí y abre las pestañas mientras observa mi rostro. —¿Quién es?

—Él es, eh…

Le ofrezco mi mano. —Soy el esposo de Iris.

Los ojos de la mujer se agrandan, pero la sonrisa permanece pegada a su rostro. —No puede ser. ¿Estás casada, Iris? —no suena como una felicitación.

Iris se sonroja y asiente, con los ojos bajos. —Sí, lo estoy.

Stephanie asiente. —Yo también me casé hace unos años. ¿Recuerdas a Dennis Roddick?

—Lo recuerdo.

—Sí —dice—. Cuando regresé a casa después de la universidad, conectamos. Tenemos un hijo. Tiene un año.

Arroja su información personal como pequeñas estratagemas casuales destinadas a desarmar. Tengo la sensación de que tienen exactamente el efecto contrario.

—Estabas muy enamorada de él, ¿no es así? —añade Stephanie.

La sonrisa en el rostro de Iris parece dolida. —Eso fue hace mucho tiempo.

Stephanie se vuelve hacia mí. —Iris y yo solíamos ser mejores amigas. Aunque estoy segura de que ella no te contó nada sobre mí.

Sus labios están fruncidos de un modo que dice que espera mi reacción. Sus palabras no salieron así simplemente; ella las eligió intencionalmente. *Solíamos ser*.

—¿Cuándo se casaron ustedes dos? —sus ojos se detienen en mi cara, antes de obligarse a mirar

a Iris.

—Recientemente —responde Iris—. Muy recientemente.

Ella no ofrece mucho más, incluyendo a Max, que elige este momento para correr hacia nosotros. —Mamá, ¿me viste en las barras? ¡Llegué hasta la cima!

Iris le dedica una sonrisa tensa. —Lo vi, cariño.

—¿Mamá? —repite Stephanie, mirando de un lado a otro entre los dos—. Ay, vaya. Ustedes dos tienen un hijo juntos.

—Es complicado —espeta Max, sorprendiéndonos a todos.

Iris le da una palmada en el hombro a Max. —Cariño, deberíamos irnos.

—¡Pero acabamos de llegar!

—¡Ven a almorzar con nosotros! —gorjea Stephanie—. Me reuniré con algunos miembros de la vieja pandilla en Gables —mirándome, añade—: Es un pequeño pub asqueroso de la ciudad. Allí le di a Iris su primera cerveza. Estoy bastante segura de que la escupió en el vaso.

La mandíbula de Iris vibra de tensión. —Mi padre es básicamente un alcohólico —dice—. Él fue quien me dio mi primera cerveza. Apuesto a que en realidad intentó mezclarla a la fórmula para bebés.

Stephanie le lanza una sonrisa educada. —Cierto. Olvidé lo… poco ortodoxa que es tu familia.

Ya casi termino con esta perra y su cortesía pasivo-agresiva. Paso mi brazo alrededor del hombro de Iris y la atraigo contra mi pecho.

—Deberíamos irnos —digo—. Encantado de conocerte.

—¿Qué pasa, Iris? —demanda Stephanie, sus ojos azules destellan hielo por un momento—. ¿Por qué no deberías venir? No es que hayas hecho nada malo… ¿cierto?

Las dos mujeres se miran fijamente. Arrugo la frente. Hay cosas que circulan por aquí que no sé. No me gusta ni un poquito esa mierda.

—No —dice Iris en voz baja—. No lo hice.

—¡Genial! —dice Stephanie alegremente, como si hubiera ganado—. Entonces vendrás. Estoy segura de que la pandilla se sorprenderá al verme entrar contigo.

—Dudo que siquiera se acuerden de mí —dice Iris, con más esperanza de lo que parece realista.

—Oh, se acuerdan de ti —dice Stephanie. Sus ojos vuelven a brillar—. Déjame buscar a mi niñera.

Se dirige al arenero, donde una pequeña mujer asiática juega en la arena con un bebé flaco con un mono rojo.

—Joder —suspira Iris entre dientes.

—Si no quieres ir…

—Si pongo una excusa ahora, ella pensará… pensará… —Iris me mira y la angustia en sus ojos es suficiente para hacerme querer arrasar esta ciudad como un vikingo y masacrar a todos los que alguna vez siquiera la hayan mirado mal—. Ella pensará que mentí en ese entonces.

Antes de que pueda explicar algo más, Stephanie regresa hacia nosotros. Su niñera la sigue, cargando al bebé flaco. Heredó los siniestros ojos azules de su madre.

—Este es Arnold —dice Stephanie—. Le pusimos el nombre del padre de Dennis.

Iris le ofrece al bebé una sonrisa superficial. —Se parece a ti.

—Creo que se parece más a Dennis —dice Stephanie—. Recuerdas lo guapo que era Dennis, ¿no, Iris? —me mira cuando lo dice, casi como si comparara notas.

—Honestamente, no recuerdo mucho sobre la escuela secundaria —admite Iris.

—Hm. Supongo que eso debe ser útil a veces —comenta Stephanie.

—¿Estamos listos para irnos? —pregunta Max, impaciente.

—Sí. Vámonos —suspira Iris.

Max se pone a mi lado en la parte trasera del grupo e Iris termina caminando junto a Stephanie con evidente desgana.

—¿Dónde lo encontraste *a él*? —Stephanie le pregunta a Iris en voz baja, asumiendo que no puedo escucharlas.

—Em… es una larga historia. Tampoco es realmente interesante.

—Bueno, me encantaría escucharla de todos modos —Stephanie se echa el cabello por encima del hombro—. Dennis se sorprenderá mucho al verte. Farah también estará allí. Se casó con el hermano mayor de Curt, Marcus.

Los hombros de Iris están tensos, llenos de inquietud y temor.

—Papá —me susurra Max—, ¿Mamá te parece rara?

—Tu mamá es una puta guerrera —digo con brusquedad.

Los ojos de Max se abren de par en par por el asombro. —¡Dijiste una mala palabra!

—No me delates.

Él reprime una risita. Iris nos mira a los dos por encima del hombro. Su expresión es a la vez preocupada y desafiante. Como si tuviera algo que demostrar, pero no estuviera segura de tener la fortaleza para quedarse el tiempo suficiente para demostrarlo.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —dice. Escucho el grito reprimido de ayuda en su voz.

Solo puedo ayudarla si ella lo pide. Pero ella aún no llegó a ese punto.

—Aquí estamos —anuncia Stephanie. Señala un cartel de madera desgastado que cuelga de un poste que sobresale del edificio. *Gables*, dice. *La Mejor Cerveza de Crosse Valley.*

Iris espera a que Max y yo las alcancemos antes de colarse dentro. Es como Stephanie prometió: un pub asqueroso. El lugar apesta a cerveza y sudor, y el cuero vinílico de las cabinas está agrietado como la piel de un anciano.

Max corre hacia un toro mecánico en la esquina, donde otros dos niños esperan su turno.

—Ay, Dios —respira Iris.

—Un lugar genial —digo por el costado de mi boca.

Me lanza un codazo afilado en las costillas. —Basta.

—¡Miren quién es, muchachos! —Stephanie llama a la mesa del fondo.

—No lo puedo creer… ¿Iris Keller? —dice una mujer nueva. Se lleva la mano al corazón—. ¿Eres tú?

Iris avanza y saluda al grupo con la mano a medias. —Es un placer verlos —dice. Al menos eso dice con sus palabras. Su tono de fondo dice algo más como: *Por favor, sácame de mi miseria. No me importa cómo lo hagas, hazlo ahora.*

El hombre al que Stephanie se acercó y rodeó mira directamente a Iris. —Iris… joder.

—¡No sabíamos que estabas en la ciudad! —la nueva mujer regaña—. ¿Por qué no dijiste nada?

—Yo… no planeaba quedarme mucho tiempo —explica Iris con torpeza.

—Ay, por favor, ¿no es obvio? —Stephanie interviene—. Estaba tratando de evitarnos.

Avanzo y rodeo a Iris con mi brazo. —Yo ocupé todo su tiempo —le explico.

Los ojos de todos se desorbitan. Iris no está precisamente relajada bajo mi brazo, pero se las arregla para dibujar una sonrisa en su rostro. —Estos son Dennis, Farah y Marcus. Todos, este es Kon, mi… esposo.

Demora la última parte. Pero tiene el efecto deseado.

Farah se ríe como si tuviera veinte años menos. Marcus me dedica una sonrisa educada y un apretón de manos. Dennis simplemente parece atónito.

—Papá —Max corre hacia mí—, ¿me puedes dar un dólar?

Saco mi billetera y reviso mi efectivo. —Me temo que solo tengo de cien, niño —digo, sacando un billete de cien dólares crujiente—. Fíjate si puedes conseguir cambio en el bar.

—Tengo uno de cinco —dice Iris rápidamente, lanzándome una mirada furiosa.

Miro hacia arriba y me doy cuenta de que la mesa me mira con curiosidad renovada. Al parecer, no todo el mundo anda por este pueblo con la cartera llena de billetes de cien.

Max toma el dinero y salta hacia el toro.

—Oímos que tenías un hijo, Iris —dice Farah.

—¿Lo hicimos? —pregunta Stephanie, fingiendo sorpresa.

Farah asiente, claramente sin entender la indirecta. —Sí, Steph, lo discutimos, ¿recuerdas? Ella estaba en la televisión.

Stephanie suelta una carcajada con una cualidad poco convincente de *ay, qué tonta*. —Debo haberlo olvidado.

—De todos modos —Iris se aclara la garganta—, es genial verlos a todos, pero no queremos entrometernos…

—No lo hacen —dice Marcus—. Únanse a nosotros para tomar una cerveza.

—Eso es amable de tu parte, pero…

—Claro —digo, hablando por encima de Iris. Ella me lanza una mirada que ignoro deliberadamente—. Tenemos unos minutos hasta que Max se harte del toro.

Sin otra opción, se ve obligada a ocupar uno de los asientos vacíos que nos han preparado. Paso mi brazo alrededor del respaldo de su silla y, a pesar de su molestia hacia mí, se inclina un poco. Busca consuelo en mí, incluso cuando juró de arriba abajo no necesitarlo.

Los ojos de Stephanie brillan una vez más. Cada vez que la veo me cae peor. —¿Sigues modelando, Iris? —pregunta—. Porque, sinceramente, no te vi mucho últimamente. No es que me queje.

Es lo más agresivo que dijo hasta el momento. Iris no responde y me parece extraño. Ella es una fiera y que simplemente se quede ahí sentada dócilmente mientras esta perra lanza una actitud como esta hacia ella… No cuadra.

—No. No precisamente.

—Qué lástima —dice Stephanie.

—Su esposo tiene la cartera llena de billetes de cien. No creo que necesite trabajar más —dice Farah, moviendo las cejas ante su propio esposo con decepción.

—¿Dónde está tu hijo, Stephanie? —pregunta Iris, claramente tratando de cambiar de tema—. ¿No venían también aquí?

—Estoy segura de que en algún lugar con la niñera —dice descuidadamente—. Hoy se trata de pasar un rato entre adultos.

—Entonces… Kon, ¿eh? —pregunta Dennis, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Es una abreviatura?

—Sí.

Él espera que le dé más detalles. No lo hago. Iris se muerde el labio y mira hacia abajo, y por un momento creo que he logrado hacerla sonreír.

—¿A qué te dedicas? —pregunta Dennis, recuperándose rápidamente.

—Dirijo algunos negocios.

Hay un momento de silencio incómodo, que Stephanie rompe con su risa forzada. —Un hombre

misterioso, ¿eh? Tiene sentido que Iris opte por alguien como tú.

—¿Alguien como él? —repite Iris—. ¿Qué significa eso?

Stephanie se encoge de hombros. —Ay, ya sabes, alguien con confianza. Con dinero.

Puedo sentir los hombros de Iris tensarse aún más. Se pone de pie. —Realmente deberíamos irnos —dice—. Fue agradable verlos de nuevo.

—Pensé que se quedarían a tomar unas cervezas —dice Marcus. Suena genuinamente decepcionado.

—Quizás en otro momento —objeta Iris.

—Pero no tuvimos la oportunidad de ponernos al día, Iris —dice Stephanie—. Ni siquiera has preguntado por mi familia todavía. Mi papi todavía vive en la misma casa, en caso de que te lo preguntes.

Ese músculo tenso en la mejilla de Iris se vuelve rígido como el acero. —Disfruten su comida —dice con los labios rígidos—. ¡Max, vamos!

Salimos a la calle. En el momento en que las puertas se cierran tras nosotros, su rostro cambia y toda simulación desaparece. —Joder —jadea, sin molestarse en ocultarme su angustia—. Joder. Venir aquí fue un error.

La cojo por los hombros y la detengo frente a mí. —Respira —cuando no lo hace, alzo las cejas —. Lo digo en serio.

Ella respira.

—Bien. Ahora, otra vez.

Lo hace y siento que parte de la tensión se libera. La acerco un poco más a mí, pero sus ojos están fijos en la puerta del pub.

—Iris, mírame —sus ojos verdes se vuelven hacia mí—. Tú no eres esta persona.

—¿Cuál persona?

—La asustada. La insegura. La tímida. Así que deja de actuar como si lo fueras.

—No sabes lo que pasó…

—Entonces, dime. O supéralo. Esas son tus únicas opciones.

Frunce el ceño, justo cuando la puerta se abre y Max sale corriendo. —Uf, pensé que me habían dejado.

Iris limpia su expresión de ansiedad de inmediato. —¿Te divertiste, cariño?

—Sí.

—Bien, vámonos a casa.

Estamos a unos pasos del pub cuando las puertas se abren de golpe y sale Farah. —Me alegro de

haberte atrapado. Quería hacerles saber que Marcus y yo organizaremos una fiesta en Milton's esta noche. Deberían venir. Stephanie pensó que no estarías interesada, pero realmente me gustaría que fueran.

Miro a Iris, pero esta vez no me mira buscando apoyo. Cuadra los hombros. —Estaremos ahí.

—¡Genial! Los veremos a ambos esta noche.

Regresa al pub. Miro a Iris con las cejas levantadas. —¿Qué provocó eso? —pregunto.

Ella hace una mueca. —Dijiste que tenía dos opciones. Te equivocaste. Opté por la opción 3: quemarlos a todos hasta los cimientos.

IRIS

Quemarlos. Me pareció una buena idea cuando lo dije. Muy bromista y valiente de mi parte.

Aunque ya no tanto.

—Te ves bonita, Mamá —dice Max, entrando a la habitación.

—Gracias, cariño.

Estoy sentada frente al tocador, con un vestidito negro y el cabello suelto sobre los hombros, mientras me pongo unos pendientes verdes que compré por diez dólares en un mercadillo. Por extraño que parezca, combinan casi a la perfección con mi anillo de bodas.

En lo que respecta al anillo en sí, me dije a mí misma que sería extraño aparecer sin él. Me lo quitaré mañana. Definitivamente mañana.

Max ya está en pijama y, por un momento, todo lo que quiero hacer es ponerme el mío y meterme en la cama con él. Ha pasado mucho tiempo desde que dormimos uno al lado del otro. Cuando era muy pequeño, tenía pesadillas y no podía evitar romper todas las reglas del libro de maternidad al dejarlo dormir a mi lado.

No hace eso desde hace algunos años. Una vez, cuando las cosas con Jake estaban realmente mal, dejé a Max en la escuela, luego regresé a casa y me acurruqué en su cama para poder sentir el calor de mi bebé y su olor y recordar cuando las cosas se sentían más simples.

—Será mejor que te vayas a la cama, cariño —le digo.

—¿Puedo bajar y saludar a Papá?

—Nunca nos iremos si te digo que sí —digo—. Te prometo que lo verás mañana.

Max asiente y deja de lado su decepción. Beso su frente y lo mando a la cama. Luego bajo las escaleras para esperar a Kon. Regresó a su hotel para cambiarse después de decirme que vendría a recogerme a las ocho. Faltan cinco minutos.

—Qué vestido.

Me giro y encuentro a mi padre en el sofá con… sorpresa… un cigarrillo recién encendido y una cerveza fría en la mano. Se puso una camiseta gris para pasar la noche, lo que a sus ojos pasa por ropa formal, y su cabello cada vez más ralo está peinado hacia atrás como si acabara de darse una

ducha.

—Yo… voy a salir.

—Me alegra ver que estás haciendo que las cosas funcionen con el padre del niño.

—No es eso —lo digo no porque se equivoque, sino porque me molesta la idea de que pueda pensar, aunque sea por un segundo, que estoy siguiendo su consejo—. Nos invitaron a una fiesta.

Las cejas de Papá se arquean. —¿La fiesta de quién?

—Farah Daniels —digo—. Fuimos a la secundaria juntas.

—Sé quién es —dice Papá con voz áspera—. ¿Stephanie estará allí?

—Ya me encontré con Stephanie esta mañana —le digo—. Y sí, ella estará allí.

—Hm.

—¿Que se supone que significa eso?

—Pensé que eras una chica inteligente —dice, dando una calada a su cigarrillo.

Pongo los puños en mis caderas. —¿Qué te hace pensar que no lo soy?

—Si crees que Stephanie Jacobson olvidó o perdonó lo que pasó justo antes de que te fueras de la ciudad, entonces claramente no eres tan brillante.

—Fue hace mucho tiempo.

—Para ti, quizá. No para todos —es imposible pasar por alto el resentimiento latente bajo su voz.

Afortunadamente, me salvo del resto de esta conversación cuando el elegante coche de Kon se detiene afuera de la casa. —Tengo que irme —digo—. Max ya está en la cama. No lo despiertes, ¿vale?

Él no responde, así que salgo hacia el coche. El viento me golpea del norte y tiemblo un poco, a pesar de que esta noche hace calor.

Kon camina hacia la puerta del lado del pasajero y me la abre. Considero decirle que soy perfectamente capaz de hacerlo sola, que no lo necesito para todo… o, de hecho, para nada. Luego decido que eso me haría sonar como una perra furiosa y él solo está sosteniendo una puerta, que no me preocupe tanto, bla, bla, bla. Claramente, estoy ansiosa.

No dice nada. Vuelve a sentarse detrás del volante y arrancamos. En un punto del camino, frenamos en una señal de alto y se gira para observarme por el rabillo del ojo.

Su mirada recorre hacia arriba y hacia abajo, quemando dondequiera que vaya. Espero que diga algo. Algo cruel y ambiguo, tal vez, o algo dulce, que a su manera es casi peor.

Pero él no dice nada en absoluto.

Cuando llegamos al bar, suena música a través de la noche y se derrama por las calles. En la acera de enfrente hay algunos grupos de personas hablando, pero no reconozco a nadie.

—Ay, Dios… —murmuro para mis adentros.

La mirada confiada de Kon se vuelve hacia mí nuevamente. —Esto no es propio de ti —dice.

—No me juzgues —respondo—. No pedí tu opinión.

Él no reacciona en absoluto a mi ira innecesaria y mal dirigida. Solo sigue mirándome, esperando que mis secretos salgan a la luz.

Tengo tantas ganas de poder contarle lo que pasó en entonces. Pero eso significaría ser vulnerable con él. Y no puedo darme el lujo de retroceder. Ya hice demasiado de eso.

Suspiro y me caigo hacia adelante, apoyando mi cabeza en el cuero frío del tablero. —Hay mucha historia en esta ciudad.

—¿En serio? —arrastra las palabras—. No me había dado cuenta.

Lo miro con ira y su boca se levanta en una esquina. No es precisamente una sonrisa y no es precisamente reconfortante. Más que cualquier otra cosa, me recuerda lo mal que coincidimos.

Está tan sereno. ¿Y yo? Poco a poco me vuelvo un desastre cada vez más grande. He estado haciendo esto durante diez años y no muestro signos de desaceleración.

—Terminemos con esto de una vez —digo, saliendo del coche antes de que me fallen los nervios.

Kon rodea el auto y desliza su mano por la parte baja de mi espalda. Tengo casi la intención de alejarme de su alcance, pero, en el momento en que sus dedos se posan en mi espalda, me siento un poco más centrada. Un poco menos incierta.

No es justo que tenga un impacto tan grande en mí, pero aquí estamos. No tengo que culpar a nadie más que a mí misma.

Entramos al bar. El ambiente es caótico y familiar al mismo tiempo. Yo diría que es nostálgico, pero no es la palabra correcta. La nostalgia implica anhelo. Yo no anhelo esta mierda en absoluto. De hecho, he pasado toda mi vida huyendo de ella.

Pero ahora que estamos de regreso en el lugar al que juré que nunca volvería, me encuentro deslizándome nuevamente dentro del caparazón que pensé que había dejado atrás. Es como si nada hubiera cambiado. El miedo está ahí, manifestándose como un temblor en mis muslos y una sequedad en mi boca. Sabe igual que entonces.

Veo a Stephanie al otro lado de la habitación, con un vestido verde sin mangas y una bebida en la mano. Hace más de once años, ella habría notado mi ansiedad y me habría susurrado algo alentador al oído. Hace diez años, estoy bastante segura de que habría preferido escupir en mi bebida y tirármela a la cara.

Como para recordarme que no estoy sola, la mano de Kon se aprieta a mi alrededor. Respiro profundamente.

—¡Dios mío, Iris!

La chica que se acerca a mí es una pequeña pelirroja con rasgos dispares y una sonrisa brillante.

Callie. Ese era su nombre. Apenas la recuerdo, pero parece saber demasiado sobre mí.

—He estado siguiendo tu carrera —comienza a parlotear de inmediato—. Ese vídeo musical era realmente sexy. La canción está en la radio aquí, sin parar.

—Ah, genial. No lo sabía.

—No pensé que fuera posible mejorar de Jake Nox —continúa mientras sus ojos se deslizan hacia Kon—. Pero parece que te las arreglas —me guiña un ojo descaradamente.

Kon asiente con algo que parece una sonrisa. Su frialdad está aumentada esta noche. Hasta yo me tiemblo.

Sin embargo, Callie no se da cuenta. —¿Eres el esposo de Iris? —chirría.

Él asiente. —Sí. Kon.

—Soy Carrie —dice, y tengo que corregir el nombre en mi cabeza. Carrie, no Callie—. Estaba un grado por debajo de Iris, pero la idolatraba.

—¿A mí? —digo estúpidamente.

Ella asiente. —Eras tan hermosa.

—¿Eres fanática, Carrie? —interrumpe Farah, acercándose a nosotros con una sonrisa emocionada en su rostro—. A Iris nunca le gustaron los halagos indebidos.

Indebidos. Qué lindo. Muy sutil. Esperaba un golpe furtivo como ese de Stephanie, pero no de Farah.

—De todos modos, Kon, no tendrás un hermano soltero, ¿verdad?

—Vaaale, entonces —se ríe Farah, agarrándome del brazo y alejándome de Carrie—. Iris tiene que socializar, Carrie. Ve a buscar una bebida. O quizá agua, en realidad.

Mientras ella tira de mí, pierdo el contacto con Kon. Sus dedos abandonan mi espalda y al instante me siento perdida. Como si me hubieran arrojado a lo más profundo, aguas oscuras cerrándose sobre mi cabeza mientras los tiburones dan vueltas debajo.

—¡Muchachos! —dice Farah, saludando a un pequeño grupo de personas paradas junto al bar con cervezas en la mano, incluida Stephanie—. Miren quien está aquí.

Los ojos de Stephanie brillan. Luego, se estrechan en rendijas amenazadoras.

He sido una perra con Kon esta noche, pero igual miro a mi alrededor, buscándolo. No necesito ni quiero hablar, no necesito que me rescate de esta situación… solo lo quiero cerca. Lo más cerca posible de mí.

Pero, de alguna manera, logró desaparecer entre la multitud. Un hombre de muchos talentos, supongo.

O quizá, dice una voz siniestra en mi cabeza, decidida a torcer las cosas, *solo te abandonó*. Si ese es el caso, no puedo precisamente culparlo después de hoy. No merezco menos.

Salgo de mi ensoñación y me concentro en los rostros de personas que pensé que nunca volvería a ver.

Dennis está aquí, parado torpemente junto a Stephanie. Recuerdo bastante bien a Jay, Manning y Jennifer, pero el tío que realmente llama mi atención es Langdon. Más que nada, porque me mira con los ojos entrecerrados y una sonrisa que está peligrosamente cerca de ser una mirada lasciva.

—Joder, Keller —dice. Siempre me llamaba por mi apellido y me resultaba irritante, sobre todo porque lo decía como si fuera algo de lo que avergonzarme—. No has envejecido ni un día.

—Quieto, muchacho —dice Stephanie con impaciencia—. Ella tiene esposo.

La mirada lasciva de Langdon se vuelve más pronunciada. —¿Qué? Solo estoy siendo amigable.

Le devuelvo la sonrisa serenamente. —Y tú no has cambiado en lo más mínimo.

Me arrepiento de las palabras tan pronto como las digo. No porque no las digo en serio… sí lo hago, bastante… sino porque, por lo que parece, esta conversación y esta noche en general están a punto de descarrilarse. El único que parece tan incómodo como yo es Dennis.

—Entonces, ¿dónde está ese famoso esposo tuyo? —pregunta Langdon, haciendo un gran espectáculo mientras mira alrededor del bar semilleno.

Pasaron quizá diez minutos desde que llegamos y ya estoy harta con esta noche. Miro a mi alrededor, tratando de distinguir a Kon entre la multitud. —Buena pregunta. Discúlpame mientras voy a buscarlo.

Me doy vuelta y me voy sin esperar respuesta. No hacen ningún esfuerzo por ocultar sus tonterías tan pronto como miro en la dirección opuesta.

—¿A quién diablos está tratando de impresionar…?

—…clásica Keller, mostrando su trasero como si fuera la cosa más sexy del mundo…

—Ella realmente se cree genial…

Doy dos vueltas por todo el pub, pero Kon no aparece por ningún lado. Sin embargo, el corazón me golpea con fuerza contra las costillas, sudo profusamente y siento una vaga especie de náusea en todo el cuerpo que se irradia desde la raíz del cabello hasta la punta de los dedos de los pies. Todo el tiempo que estoy buscando, siento ojos sobre mí.

Salgo por la puerta y al relativo silencio de la acera. —Jesús —aspiro grandes bocanadas de aire.

Ya no hay nadie afuera y estoy agradecida por eso. Necesito espacio. Necesito aire. Necesito sentir que el mundo entero no está a punto de aplastarme bajo su peso.

—¿Perdiste a tu esposo?

—Ay, joder —gimo cuando me giro y encuentro a Langdon sonriendo en mi dirección.

—Eso me suena como una invitación —dice, acercándose inapropiadamente.

Pongo mi mano sobre su pecho y lo obligo a retroceder. —¿Estás borracho? Basta.

—Jesús, relájate, Keller —se ríe—. Solo estoy jugando. Pero —continúa, haciendo los movimientos de enderezarse y componer su rostro como si ahora estuviera muy serio—, si quieres un hombre varonil más serio, también puedo serlo.

Sacudo la cabeza. —Tú no eres lo que quiero, Langdon. Nunca lo fuiste.

La sonrisa desaparece de su rostro y sus ojos se convierten en finas rendijas. —Stephanie tiene razón. Siempre pensaste que eras superior a los demás.

Me estremezco. —No pienso eso.

—Patrañas. Mírate ahí, parada con tu vestidito negro, mirándome como si fuera una puta basura. Puede que ahora seas una gran modelo de Los Ángeles, pero aquí siempre serás la puta del pueblo.

Sus ojos se apartan de mí por un momento. Es entonces cuando noto la sombra detrás de mí. Pasa a mi lado tan rápido que me hace perder el equilibrio.

Cuando vuelvo a mirar hacia arriba, Kon tiene a Langdon izado por el cuello. Los pies de Langdon mueven pedales invisibles en el aire.

—¡Jesús, Kon! —jadeo—. Suéltalo.

Langdon se toma un momento para encontrar su voz, pero, cuando lo hace, grazna un sentimiento similar. —Suél… ta… me…

La respuesta de Kon es sacudirlo tan agresivamente que escucho cómo suenan los dientes de Langdon. —¿Qué carajo le acabas de decir a mi esposa? —gruñe.

Un escalofrío de excitación recorre mi columna. Es violento y jodido. Pero lo que estoy aprendiendo de cada segundo que paso con Kon…

Es que tal vez yo también lo soy.

—Yo… yo…

—Escúchame, pequeño cabrón. La próxima vez que respires en su dirección, te cortaré la polla y te la meteré en la boca.

Deja caer a Langdon en el momento en que termina de hablar y, sin previo aviso, le lanza un puñetazo directo a la cara. Langdon intenta agacharse, pero ya es demasiado tarde. Se oye un crujido, un grito, y luego Langdon come pavimento.

—¡Mierda! —grito—. ¡Kon!

Corro hacia Langdon y me arrodillo a su lado. Compruebo su pulso, pero todavía está ahí, latiendo de manera desigual mientras galones de sangre y cerveza corren simultáneamente por sus venas. Eso es bueno.

Por otro lado, sus ojos están completamente en blanco. Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa. Eso no es tan bueno.

Kon se arregla las mangas de su camisa. —Ni siquiera lo golpeé tan fuerte.

—¡No debiste haberlo golpeado en absoluto! —grito. Afortunadamente, la música del interior del pub ahoga la mayor parte de este pequeño drama—. ¿Por qué diablos hiciste eso?

—¿De verdad buscas una explicación? —pregunta con su habitual manera implacable.

—Podía manejarlo.

—¿Como manejaste a Stephanie esta mañana? ¿Como manejaste el resto de ellos hace un momento?

—Lo hacía a mi manera.

—Con eso te refieres a ser el felpudo y dejarlos decir lo que quieran en tu cara.

—Es… complicado.

—Sigues diciendo eso, Iris —me gruñe Kon—. Max tiene razón: ya se pone aburrido.

Aprieto los dientes. Por mucho que lo intento, no puedo evitar ponerme a la defensiva. —Pero ¿dónde estabas, ah? —exijo—. Simplemente desapareciste.

—Tuve que atender una llamada —dice—. Supuse que te encantaría tener algo de privacidad con tus amigos.

—No son mis amigos.

—Entonces no sé qué carajo hacemos aquí.

Langdon se mueve incómodo. Un pequeño gemido tímido escapa de sus labios. Me pongo de pie. —Realmente lo lastimaste, Kon.

—¿Y eso te molesta porque…?

—¡Porque no es tu pelea! —grito.

Kon se me planta en la cara. —Estás equivocada —respira—. Cuando se trata de ti, *siempre* es mi pelea.

—No soy tu damisela, Kon Aminoff —gruño—. Y tú no eres mi caballero de brillante armadura. No puedes simplemente asumir que necesito ser rescatada. No puedes asumir que estaré feliz por eso.

—¿Qué *sí* te hará feliz entonces, Iris? —presiona Kon—. Dime. Si es que puedes.

Mis mejillas arden. Si alguien me hizo esa pregunta alguna vez antes, no lo recuerdo. Mi vida nunca se centró en la felicidad… sino en la supervivencia.

—Solo… solo ayúdame a meterlo dentro —suspiro.

Resopla, sus ojos se oscurecen y su expresión se vuelve negra. —Teniendo en cuenta que no quieres un caballero, te dejaré enfrentarlo sola, princesa —dice con furia silenciosa.

Luego, se da vuelta y se aleja.

—Y puedes encontrar tu propio camino a casa —dice por encima del hombro—. Mi caballo está

ocupado.

KON

—¿Sigues en el puto Wyoming?

—Sí.

—Jesús —Yefim hace una mueca—. Si estás pensando en mudarte allí, tendré que hacer una intervención.

Me burlo. —No es necesaria ninguna intervención. Prefiero bombardear esta ciudad antes que vivir en ella.

Camino por las calles. Los únicos signos de vida son las palomas que picotean los restos de las alcantarillas y las cucarachas que corretean bajo los pies.

—Hermano, ¿qué carajo estás haciendo ahí? —pregunta Yefim—. Tienes que estar aquí. La Bratva te necesita.

—Volveré pronto. Hay algunas cosas más que tengo que resolver aquí antes. Preguntas para las que quiero respuestas.

—Aquí tienes una idea —sugiere en un tono de voz que implica que está a punto de enojarme—. ¿Qué pasaría si… y sé que esto es una locura, así que escúchame… si simplemente *le preguntaras*?

Hago una mueca y pateo una botella de cerveza rota, que se desliza por la silenciosa acera. —Si solo fuera así de simple.

Al final de la cuadra hay otro pub. Este es más silencioso, más oscuro, que es precisamente el tipo de humor en el que estoy. Me dirijo hacia él.

—¿Cómo están las cosas por allá? —pregunto.

—Calladas —responde Yefim—. Un poco demasiado silenciosas para mi gusto. Tengo la sensación de que Nestor planea algo.

—Sería un tonto si volviera a atacarnos.

—Lo avergonzaste —señala—. Lo humillaste. No lo olvidará tan fácilmente.

—Tendrá que hacerlo si quiere vivir.

—Te das cuenta de que lleva mucho más tiempo siendo don que tú, ¿verdad?

—¿Se supone que eso debe asustarme?

—¡A mí me asusta! —dice Yefim—. Ese hombre tiene aliados, Kon. Tiene recursos y décadas de experiencia. Y antes de que digas…

—No me impresiona.

—Sí, antes de que digas eso. Jesús, María y José Stalin, a veces puedes ser tan terco como… —se detiene, sabiamente para variar.

—Continúa —lo engatuso con una sonrisa—. Termina tu oración. ¿Estabas diciendo que puedo ser tan terco como…?

—Como Stepan —suspira—. Tan terco como tu padre.

—Hay tercos y luego estúpidos, hermano. Decir que me parezco en algo a mi padre es lo último. Decir que no le tengo miedo al puto Nestor Kuzmin es lo primero.

—Kon —dice Yefim, prescindiendo de las bromas—, este no es el tipo de cosas por las que puedes darte el lujo de ser complaciente. Nestor no es una amenaza menor.

Puedo notar que tiene más para decir que solo eso, pero también es lo suficientemente inteligente como para no presionar cuando mi estado de ánimo es tan amargo. Me detengo justo afuera del pub. Detrás del bar, un lugareño flaco limpia vasos y sirve cervezas rancias.

—Me tengo que ir —digo—. Mantenme informado.

—¿Cuándo vas a volver?

—Cuando esté bien y listo para hacerlo.

Luego cuelgo y me meto dentro. Tomo el taburete justo delante del barman. —Vodka. Puro.

—Ya lo traigo.

Lo observo mientras prepara la bebida. Es desaliñado y corriente en todos los sentidos. Blanco pastoso, cabello fino y castaño, barba de tres días. El negro azulado descolorido de viejos tatuajes asoma por debajo de la manga de su camisa.

—Ahí tienes —dice, dejando la bebida en una servilleta frente a mí—. ¿Puedo traerte algo más? Tenemos un menú de refrigerios, si estás interesado en…

—No tengo hambre.

—Entiendo. Te dejaré en paz —dice y se aleja de inmediatp. Agradezco la discreción. No estoy de humor para hablar.

Tomo un sorbo y dejo que el licor me queme la garganta mientras baja. No es lo mejor, pero servirá por el momento.

Estoy a mitad de mi bebida cuando se abre la puerta del pub y entra una mujer y se dirige directamente al bar. Mantiene un taburete entre nosotros, probablemente pensando que es sutil.

—Hola, Bryan —dice, saludando levemente al camarero—. ¿Me das una cerveza?

—Mare —dice—. Parece que ya has bebido suficiente.

—Ni cerca de suficiente, bebé —dice, pero su mirada se desliza hacia mí cuando lo dice—. Estaba en el pequeño evento de Farah. Pero apestaba, así que decidí irme. Me di cuenta de que tú también —sus ojos se posan en mí y, por primera vez, es capaz de mirarme sin verse obligada a apartar la mirada.

—No es mi escena —digo brevemente, bebiendo mi vodka.

—La mía tampoco. Por cierto, soy Meredith —ofrece—. Todos me llaman Mare —ella espera un momento de incómodo silencio—. ¿Me dirás tu nombre?

—No planeaba hacerlo.

Mira dos veces confusa y luego se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa. —Un hombre misterioso —dice con una risita insípida—. Qué intrigante.

El camarero se queda, nervioso, al alcance del oído. —Mare —interviene—, ¿por qué no te traigo un vaso de agua?

—Solo si esa agua tiene whisky —se ríe.

Sus labios son agrios y rojos para combinar con su vestido. Es estridente y vagamente irritante… supongo que para combinar con su personalidad.

—Entonces, Bry, ¿adivina quién volvió a la ciudad? —pregunta.

—Supongo que no es el Papa.

—La que se escapó… Iris Keller.

Bryan hace una mueca. La desagradable Mare se ríe de su malestar.

—¿Iris está en la ciudad? —pregunta en voz baja—. Genial.

—Ay, no finjas que eres demasiado genial para que te importe —se burla. Luego se vuelve hacia mí—. Bryan estaba mal enamorado de la chica. Y cuando digo mal, quiero decir *mal*.

—Mare —dice Bryan, firme—, creo que debería llamarte un taxi. Necesitas llegar a casa y dormir.

—Que te jodan, Bryan. No terminé la fiesta —dice, girando su taburete hacia mí—. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres…?

—Háblame de Iris Keller —interrumpo.

Ella alza las cejas. —¿Qué es lo que te interesa tanto en ella?

—Podría preguntarte lo mismo.

Mare suspira y mira a Bryan. —Ella es irritantemente atractiva. Pero para que lo sepas, por si se te ocurre alguna idea, he oído que tiene esposo.

Bryan pone los ojos en blanco con tanta fuerza que me doy cuenta aunque no lo esté mirando directamente. —Mare, en serio. Estás borracha. Y estás haciendo el ridículo.

Sin embargo, lo dice con suavidad, como si realmente no quisiera que hiciera eso.

—Ay, Bryan, eres tan aburrido —se queja—. ¿Es solo porque tu amor perdido hace mucho tiempo ha regresado a la ciudad e igual no tienes ninguna posibilidad con ella?

Él se ríe. —¿Sabes qué? Me atrapaste. Supongo que nada cambió.

—No —dice Mare triunfalmente—. Sigues siendo un perdedor e Iris Keller sigue siendo una puta traidora —se vuelve hacia mí—. De todos modos, olvídate de Keller. ¿Qué harás después, señor…?

Suspiro y bebo el resto de mi vodka. —No eres mi tipo.

—¿Estás rechazando todo *esto*? —hace pucheros.

—Ah, tienes razón. Déjame corregirme: joder, no.

Su nariz se levanta con disgusto. —¿Eres gay?

—Lo que sea que te haga subir a un taxi y regresar a casa.

Mare se pone de pie de un salto y casi cae de espaldas sobre el suelo pegajoso y polvoriento detrás de ella. Se las arregla para enderezarse a tiempo para mirarnos a Bryan y a mí con una mirada feroz, aunque bizca. —Jódanse —dice, seguido de un eructo.

Bryan pone los ojos en blanco. —Siempre es un placer cuando pasas por aquí, Mare.

Se da vuelta y sale tambaleándose por la puerta, rebotando en ambos lados del marco de la puerta a medida que avanza. —Lo siento, hombre —dice Bryan cuando se va—. Parece una pesadilla, pero eso es solo porque… bueno, porque es una pesadilla. Más cuando está borracha.

—¿Eso pasa mucho?

—Solo para aquellos de nosotros que nunca salimos de este pueblo.

—Pero Iris se fue, ¿eh?

Él asiente, algo triste y algo orgulloso al mismo tiempo. —Iris era la única persona en este pueblo con alma. Me alegro de que haya salido cuando lo hizo.

—¿Sabes por qué se fue?

Empieza a parecer incómodo otra vez. —Iris nunca me contó lo que pasó. Ella solo… se fue. Solo he oído los rumores.

—Stephanie Jacobson —gruño.

Él asiente en confirmación. —Mejores amigas esas dos. Muy unidas. Entonces, de repente, ya no lo eran. Creo que tiene algo que ver con sus padres.

Arrugo la frente. Esa es una nueva información. —El padre de Iris es todo un personaje.

—Solía trabajar para el padre de Stephanie —dice Bryan—. Supongo que tuvieron una pelea o algo así. Por lo que he oído, el efecto dominó se volvió desagradable.

—Interesante.

—De todos modos, yo no presto atención a los chismes —dice Bryan, arrojando un trapo manchado sobre su hombro—. Simplemente dirijo mi pub y soy reservado.

Miro a mi alrededor. —¿Este es tu lugar?

—De mi papá, originalmente. Murió, me quedó a mí y no pude soltarlo. Es una mierda, pero es mi mierda.

—Es mejor que el circo más abajo de la calle.

Él sonríe. —¿Estuviste allí para la fiesta de Farah?

—Era un acompañante.

—¿Es así? —pregunta—. Honestamente, pensé que te perdiste o reventaste una llanta en tu camino por la ciudad o algo así. No pareces que encajas aquí, sin ofender. ¿Quién es tu cita?

—Iris Keller.

Los ojos de Bryan se agrandan cuando comprende quién soy. —Que me jodan. Eres el esposo.

Asiento, secretamente complacido con la forma reverente en que dice la palabra. —Lo soy.

—Espero no haberte ofendido —dice Bryan, moviéndose con cautela en su lugar.

—No lo hiciste —digo—. Pero esta ciudad sí.

Bryan resopla. —Únete al club —sirve unas cuantas bebidas más para otra mesa, pero, cuando las recoge, regresa hacia mí—. ¿Cómo está Iris, si no te importa que te lo pregunte? Oí que tiene un hijo.

—Sí, lo tiene. Tiene nueve años.

—Ahora, la gran pregunta: ¿por qué regresó?

Hago una mueca. —Un lapso de juicio —murmuro en voz baja.

La puerta del pub se abre y oigo entrar a varios hombres ruidosamente. Los hombros de Bryan se suben hasta sus orejas de inmediato, tensos por la cautela.

Me giro para mirarlos, crujiendo los nudillos mientras avanzo. Puedo oler problemas en el aire húmedo que entra por la puerta abierta. El hombre que encabeza la manada tiene un hematoma de color índigo y costras de sangre a lo largo de la mejilla. Justo donde lo golpeó el pavimento… o más bien al revés.

Yo diría que es una mejora en su rostro. Pero, por la furia en sus ojos, supongo que no está de acuerdo. Toda esa falsa bravuconería y esa vacía resolución en sus ojos sugieren que viene en busca de pelea.

Bien.

Estoy de humor para romper algo.

KON

—Langdon —saluda Bryan, asintiendo brevemente al grupo heterogéneo en un intento por evitar lo que ya puede sentir que se avecina—. La mesa de la esquina está libre. Traeré algunas cervezas.

—Sí, haz eso —dice Langdon. Pero no hace ningún movimiento hacia la mesa. En cambio, se acerca a donde estoy sentado con los puños cerrados a los costados.

Maldito tonto.

Su grupo lo sigue. Cuatro en total, todos haciendo muecas como si me importaran una mierda sus lamentables tácticas de intimidación. Tengo que morderme la lengua para no reírme en sus caras. Pero no me molesto en ocultar mi sonrisa.

—Te fuiste muy temprano —comenta Langdon, hinchando el pecho.

—No era mi tipo de fiesta.

—¿Dónde está Iris? —pregunta, mirando a su alrededor. Claramente, ella se fue antes de que él despertara de su pequeña siesta en la acera.

—No es de tu incumbencia —digo—. Pensé que había dejado claro que no debías volver a mirar a mi esposa.

Se eriza, furioso. —Quizás seas alguien de Los Ángeles —dice—. Pero esta es mi ciudad.

No puedo contener más la risa. Me río como no me he reído en mucho tiempo y tiene el efecto deseado. El rostro de Langdon se vuelve lo suficientemente oscuro como para coincidir con su hematoma. Está a punto de hablar cuando Bryan se interpone entre nosotros.

—Langdon, no quiero problemas en mi bar —dice—. Toma a los chicos y vete.

Langdon golpea a Bryan con fuerza en el pecho. —Vete a la mierda, fatigoso. Esto es entre él y yo.

Me levanto lentamente. Uno de los lacayos de Langdon traga saliva cuando ve mi altura.

—Déjame decirte algo, amigo mío —retumbo—. Cuando te acercas a un hombre y le dices cosas así… que es tu ciudad, que hay algo entre nosotros que debe resolverse… dejas salir algo de una jaula en la que no se puede volver a meter.

—¿Qué carajo eres, Sócrates? —escupe Langdon.

Lo ignoro. —Para decir esas cosas, es necesario tener poder. Necesitas tener presencia. Y tú, amigo mío, no tienes ninguna de las dos cosas.

Langdon mira sutilmente a sus amigos y se mueve en su lugar.

Me río de nuevo. —¿Te asusto?

—No tengo miedo —alardea.

Dejo quinientos billetes de cien dólares sobre el mostrador. —Quédate con el cambio —le digo a Bryan mientras me bajo del taburete—. Más algo extra para cubrir los daños.

—¿Daños…? —suelta Langdon—. ¿Qué vas a…?

No le doy la oportunidad de terminar su frase. Me lanzo hacia él, esquivo su débil intento de un golpe directo y luego uso el impulso para golpearlo de cara contra el bar. Me aseguro de que choque con el lado de su cara que aún no he destruido. Para fines de simetría. Que nadie diga que no soy un caballero.

El ruido del hueso contra la madera es como un trueno. Langdon se resbala y forma un charco en el suelo. Gime y sangra profusamente por toda la parte delantera de su camisa.

Ofrezco una mano para ayudarlo a levantarse, pero me escupe. Suspiro. —Al parecer no te golpeé con suficiente fuerza la primera vez. Un hombre más inteligente habría sabido marcharse.

Él gorgotea algo incoherente en respuesta. Satisfecho con mi trabajo, camino hacia la puerta. Sus amigos idiotas se abren como el Mar Rojo para dejarme pasar. Suena el timbre y luego se apaga. Tenía razón… se sintió bien romper algo.

Afuera, las calles ahora están aún más calladas.

Voy a buscar mi coche, que permanece aparcado en el aparcamiento de Milton. La fiesta de Farah todavía sigue y no tengo idea de si Iris está en algún lugar dentro del pub o se fue a casa.

Stephanie y su esposo están afuera, en una zona de sombra, con las cabezas juntas. A pesar de sus voces bajas, todavía puedo oírlos. Me muevo hacia atrás para que no me vean.

—¿…qué carajo la trajiste esta mañana? —exige Dennis.

—No sé. Estaba intentando… quería…

—Querías hacerla sentir mal —la interrumpe—. Querías que ella fuera humillada.

—¡Sabes lo que hizo! —grita—. No es justo que ella pueda seguir adelante con su vida. No es jodidamente justo.

—Tienes que superarlo.

—Por supuesto que dirías eso —sisea—. Siempre tuviste algo por ella. Vi la forma en que la miraste esta noche.

—¿Cómo la miré? —dice con cansancio.

—Como si quisieras follarla.

—Jesucristo, Steph. Estás borracha y sensible. Vámonos a casa.

—¡Tú vete a casa! —espeta—. Yo volveré adentro.

Ella regresa furiosa al pub y su esposo la sigue poco después. Me subo a mi coche y comienzo el viaje de regreso a mi hotel. Elegí intencionalmente un lugar a cuarenta millas de distancia. Quería alejarme lo más posible del hedor de este pueblo.

Me desnudo y me ducho tan pronto como regreso a mi habitación. La sangre de Langdon está pegada a mis nudillos. Observo cómo se escurre por el desagüe, rosada y espumosa.

Una vez que me he secado con la toalla, camino desnudo de regreso al dormitorio y me hundo en la cama. Mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesita de noche. Estoy a punto de ignorarlo… cuando noto el número.

Dejo que siga sonando. No durará mucho más. Pero persisten tres, cuatro, cinco timbres.

Finalmente, atiendo.

—Iris.

Puedo oírla respirar al otro lado, pero no dice nada. El traqueteo del viento gira en su lado de la línea, por lo que debe estar afuera.

—¿Dónde estás?

Otros segundos de silencio. Está tratando de decidir si hablar o colgar. —Yo… estoy en casa. Sentada en el jardín —suena angustiada, desequilibrada de un modo que nunca se permitió estar en mi presencia.

—¿Has estado bebiendo?

—Solo cerveza.

—Pensé que no bebías.

—No lo hago —ríe amargamente—. Pero, como está de moda aquí, pensé en darle una oportunidad.

Me siento erguido. —¿Y? ¿Cuál es el veredicto?

—Es repugnante. Pero, después de unas cuantas, dejas de preocuparte por ese sabor.

—¿Cuántas son unas cuantas?

—¿Quién cuenta? Papá trajo un paquete de doce, quedan cinco o seis… tú haz los cálculos.

—¿Está él contigo?

—No —murmura—. Se desmayó en la sala con la boca abierta. No se despertará hasta mañana.

—Creo que esa debería ser tu última cerveza, Iris.

—Tú no eres mi padre.

—No, soy tu esposo.

Ella hipa al teléfono. Es casi lamentable. Lo suficientemente tentador como para hacerme querer vestirme de nuevo y conducir hasta allí.

—*Esposo* —se burla—. No, no lo eres. Los esposos no le mienten a sus esposas. Los esposos no dejan a sus esposas en la calle.

—No debes haber conocido a muchas parejas casadas.

Prácticamente, puedo oírla poner los ojos en blanco. —¿No te disculparás por lo que hiciste esta noche?

—No. Te lo merecías. Él también.

—Realmente eres un gilipollas, Kon.

Yo sonrío. —Y, sin embargo, aquí estás, llamándome.

—Porque quería decirte algo importante.

—Estoy escuchando.

—Voy a conseguir un trabajo. Uno real esta vez. Y voy a valerme por mí misma. Max y yo no te necesitamos. No necesitamos a nadie.

Sus palabras son apasionadas. Me pregunto si recordará mucho de eso mañana.

—¿Te quedarás aquí?

—No tengo otra opción.

—Tienes muchas opciones. Solo estás siendo terca.

—¿Entonces eres el único al que se le permite ser terco? —hierve—. No eres el único orgulloso, Konstantin. Logré diez putos años sin ti.

—"Lograr" es un término relativo, Iris. Apenas "lograste" diez minutos esta noche cuando un gilipollas borracho intentó forzarte y tuve que intervenir.

—No fue… Él no… Es complicado, ¿vale?

—Realmente tienes que retirar esa frase.

—Joder —suspira—. No sé por qué volví a este pueblo.

—Creo que tenía algo que ver con huir de mí.

Se queda en silencio para tomar otra bocanada de aire embriagadora. —No puedo confiar en ti.

—Entonces, ¿por qué me llamas ahora? —pregunto.

Otro silencio. Se está mordiendo el labio, lo noto sin siquiera estar allí para verlo. Ese labio regordete y perfecto, tan suave, tan dulce y tan torturado.

—Porque… porque eres el único con quien quería hablar.

Mi polla se pone rígida de inmediato. Es increíble, de verdad. ¿Desde cuándo ese es el tipo de mierda que me excita? *Te necesito* y *te deseo*, eso es lo que me importa estos días. Pero que una mujer en un bar se arroje sobre mí con gusto no me conmueve en lo más mínimo.

Estoy arruinado para todas menos para ella.

La respiración de Iris se vuelve lenta y rítmica. El caos en su cabeza disminuye con cada segundo que pasa.

—¿Dónde estás? —pregunta suavemente.

—En mi habitación de hotel. Es un basurero, en caso de que te lo preguntes.

Empiezo a tocarme. Al principio distraídamente, luego cada vez más intencionadamente. El sonido de su voz es el único catalizador que necesito. Especialmente la forma en que suena ahora, suave y dócil.

Me la imagino sentada en el jardín. Sus brillantes ojos verdes ensombrecidos, y su cabello oscuro ondeando detrás de ella con la cálida brisa. La luz de la luna salpicando su piel.

—Supongo que esta ciudad no es a lo que estás acostumbrado.

—No, no lo es —digo sin rodeos—. Supongo que tampoco es a lo que estás acostumbrada.

—Ya no —admite—. Pero a veces me pregunto si es mi lugar.

—No lo es.

—Suenas seguro.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

Tengo que reprimir un gruñido mientras me masturbo con su voz, con sus pausas, con cada respiración que toma. La imagino sentada frente a mí, sus ojos verdes nunca abandonan mi cara.

—Tienes demasiado espíritu para dejar que este lugar te encadene al suelo, Iris.

—Érase una vez, eso es lo que yo también pensaba —se ríe. Luego, suspira. Empiezo a acariciarme más fuerte—. Sabía que eras un problema en el momento en que te vi. Vi tus ojos grises y dije en voz alta esas palabras: *Ahí van problemas*. Yo simplemente… *lo sabía*.

—¿Qué sabías?

—Sabía que me romperías.

Me río entre dientes. —Te arrepentirás de haberlo admitido por la mañana.

—Probablemente. Agrégalo a la lista.

—Iris —digo con voz áspera.

—¿Sí?

Golpeo mi polla con fuerza, cada vez más fuerte, llegando al clímax que no sabía que necesitaba esta noche. —Di mi nombre.

—¿Qué?

—Di mi nombre —le digo con los dientes apretados.

Ella no me pide que lo repita. Ni siquiera pide explicaciones.

Ella simplemente hace lo que le digo.

—Kon —susurra—. Kon.

Eso lo hace. El semen sale a borbotones de mi polla, salpicándome las piernas y parte de la sábana. Gruño sin decir nada mientras me lanzo para agarrar una toalla y limpiarme.

Ella se queda callada durante un largo rato hasta que se soluciona el desorden y yo me acomodo de nuevo en la cama. Se siente mal no tenerla aquí a mi lado. Pero soy consciente de que intentar convencerla de cualquier cosa a estas alturas es infructuoso. Tendrá que darse cuenta por sí misma a su debido tiempo.

—¿Kon? —susurra mi nombre por tercera vez, las únicas palabras que se han pronunciado en los últimos diez minutos.

—¿Sí, *kiska*?

—Debería irme.

No estoy seguro de si busca que la detenga, pero no lo hago. Ya terminé de decirle qué hacer. —Vale.

Ella duda y luego agrega—: Nunca te di las gracias.

—No —digo—. No lo hiciste. Y hazme un favor: no lo hagas. Buenas noches, Iris.

—Sí. Vale. Buenas noches, Kon.

Cuelgo, dejo el teléfono en la cama junto a mí y apago la lámpara. Pero cuando está oscuro y estoy acostado boca arriba mirando al techo, me doy cuenta de que el sueño no llegará pronto.

El recuerdo de ella diciendo mi nombre flota en mi cabeza. *Kon. Kon. Kon.…*

Como si ella *quisiera* decirlo. Como si buscara una excusa para decirlo. Como si encontrara en ello el consuelo que nunca supo que necesitaba.

Y justo así…

Estoy duro de nuevo.

IRIS

Me despierto con un dolor de cabeza desgarrador y un espacio en blanco donde debería estar mi memoria. Mi cama está húmeda de sudor, así que me obligo a levantarme. Me cepillo los dientes, me ducho y me visto, y aun así el dolor de cabeza persiste.

Cuando me bajo las escaleras, Max está jugando en el jardín y Papá está apoyado en el fregadero con un café en una mano y un cigarrillo en la otra.

Noto el distintivo sabor del brandy mezclado con el olor del café. —Es algo temprano, ¿no? —pregunto.

—¿Eres la maldita policía del tiempo? —él se queja.

Ignoro su mirada penetrante mientras abro la puerta del refrigerador y miro dentro. Me quedo allí en silencio durante treinta segundos completos antes de darme cuenta de que no tengo hambre. De hecho, la idea de comer me produce náuseas.

Cierro la puerta del refrigerador y tomo una de las tazas del tendedero junto al fregadero. Lo lleno completo de la olla. Estoy alcanzando la crema y el azúcar cuando Papá dice—: Bébelo solo. Mejor para la resaca.

—Esto no es una resaca.

—Cariño, le estás mintiendo al tío equivocado.

Parece sospechosamente lúcido y sensato. —¿Cómo es que no sientes esto? —pregunto.

—Sigue bebiendo durante el tiempo suficiente y se convertirá en medicina.

Me siento en la mesa y entierro la cabeza entre las manos. Siento como si alguien estuviera cincelándome los ojos desde atrás. Lo último que recuerdo es que dos tipos al azar cargaron y arrastraron a Langdon de regreso al pub. Ni siquiera me despedí de nadie, solo me fui.

Porque no quería ser la chica cuyo esposo anda por ahí golpeando a la gente en la cara.

Ya soy la chica que…

—¿Me vas a decir por qué apareciste anoche en un taxi? —pregunta Papá.

Miro fijamente el lago negro de mi café. —Ya terminé por la noche. ¿Qué te importa?

—Tuviste otra pelea con él, ¿no?

Estoy tratando de encadenar suficientes palabras coherentes para formar una negación cuando recuerdo algo. Agarro mi teléfono y reviso el registro de llamadas. —Tienes que estar bromeando —me quejo cuando veo que Kon es el último número marcado.

Ahora que lo pienso, recuerdo vagamente haber hablado con Kon anoche, pero el recuerdo es confuso y las palabras confusas. Quizás sea mejor así.

—¿Entonces? —persiste—. ¿Qué pasó?

—No es asunto tuyo.

—Teniendo en cuenta que ahora vives en mi casa, diría que es mi…

—No —le siseo—, y ya que estamos en el tema, ni siquiera estoy tan segura de que siga siendo "tu casa". ¿Cuánto dinero te envié durante diez putos años, Papá? ¿Cuánto pagué de tu hipoteca?

Su boca se tuerce toda amarga. —Sí, bueno, pensé que estabas tratando de aliviar tu culpa.

Me estremezco. Honestamente, preferiría que me abofeteara. Dolería menos.

—Quizá lo hice para ser… amable —digo en voz baja, tratando desesperadamente de mantener la calma—. Quizá lo hice porque eres mi padre y quería hacerlo. Si crees que estaba enmendando algo percibido…

Él resopla audiblemente. —No hay nada "percibido" al respecto, Ris. ¿Cuánto tiempo vivirás con la cabeza metida en la maldita arena? ¿Fingiendo que las mierdas no son lo que son?

—No finjo. Solo te cuento lo que realmente pasó. Igual que en ese entonces.

Apaga su cigarrillo con enojo en el cenicero al lado del fregadero y me da la espalda. Como si ya no pudiera soportar mirarme. Como si *yo* fuera el problema en su vida.

Y a pesar de que me estuve diciendo una y otra vez que su opinión no importa, todavía me duele. Me duele tanto que corro peligro de llorar.

En lugar de sucumbir a lágrimas que no cambiarán nada, tomo un gran trago de café y me estremezco cuando el sabor amargo contamina mi lengua.

—Vale —escupe bruscamente, como si no hubiéramos pasado los últimos cinco minutos hirviendo en un silencio caluroso—. No me digas una mierda; no me importa. Pero diré una cosa: no arruines esto.

—¿Disculpa?

—Tienes algo bueno con este tío. No lo arruines.

—No tienes idea de quién es ni por qué me fui en primer lugar —respondo con frialdad.

—Y si la historia sirve de indicador, tampoco me informarás. Pero, sea lo que sea, no puede ser tan malo. Lo amas, ¿no?

Lo pienso dos veces. No sabía que mi padre conocía siquiera la palabra "amor". Dios sabe que

nunca me la dijo.

—No importa —digo en voz baja mientras miro mi reflejo en el café—. Tengo que protegerme. Y a mi hijo. Especialmente a mi hijo.

—¿Quién mejor para protegerte que un hombre logrado?

—¡Ja! —me río miserablemente—. Esa es una manera de decirlo.

—Es la única manera. Ustedes las mujeres dicen que quieren tíos sensibles, pero esa es una tontería. Quieren hombres que logren las cosas. Por cualquier medio necesario. Si fuera todo suave y sensible, no le habrías dado ni la hora del día. Pero no lo es, ¿verdad? Es duro. No tiene miedo de ensuciarse las manos.

—No me des sermones sobre mi vida —susurro débilmente. Cristo, me duele mucho la cabeza.

—¿Realmente le quitarás al niño a su padre?

Por alguna razón, eso es lo que me cabrea. Me pongo de pie y la silla cae al suelo de linóleo detrás de mí. —Si eso es lo que se necesita para mantener a Max a salvo, ¡entonces sí, lo haré! Y si Kon nos vuelve a localizar, lo haré de nuevo. Y una tercera y cuarta vez, y así hasta el puto infinito. Huiré con él tantas veces como sea necesario para mantener a Kon fuera de nuestras vidas para siempre.

Escucho un chirrido desde la puerta de la cocina que da al jardín. Me detengo en seco cuando veo a Max parado allí, mirándome boquiabierto con una mirada desconsolada en su rostro, enmarcado por la pintura desmoronada de la misma puerta por la que salí furiosa cuando dejé esta ciudad por última vez.

—¿Tú… me estás alejando de Papá? —dice, ahogado.

—Yo… no, Max… Eso no es…

—Tenía razón —insiste—. Me mentiste.

—No conoces toda la historia, cariño.

—¡Porque no me la dices! —grita.

—Max, cariño…

Me levanto rápidamente y tiro la taza de café que tengo en la mano. Me quema la mano, luego la taza cae y cruje contra mis dedos descalzos.

—¡Joder! —grito. La distracción le da a Max tiempo suficiente para darse la vuelta y huir de mí —. ¡Maldita sea!

—Me alegra ver que el niño tiene cojones —comenta mi padre con toda la frialdad posible—. Me alegra ver que tiene algo de pelea en él.

—¿Qué carajo te pasa? —gruño, dándome vuelta para enfrentarlo—. ¿Sabías que estaba parado allí?

—Puede que sí.

—Tú eres… solo eres…

—¿Qué? —espeta—. Dime. Continúa entonces, di lo que te mueres por decir desde que apareciste en mi puerta.

—Eres un monstruo —le digo. Estoy demasiado enojada para pensar en algo mejor.

—Solo estoy tratando de ayudarte —dice con calma, como si yo fuera la imposible.

—¿Ayudarme? —repito—. *¡¿Ayudarme?!* Si realmente quieres ayudarme, entonces tal vez puedas encontrar la capacidad de respaldarme por una vez en tu maldita vida.

Sus ojos se estrechan. Ya sé que estoy librando una batalla perdida. Pero sigo luchando. Porque aparentemente soy masoquista.

—¿Volvemos a eso otra vez? —murmura.

—¿Volver a qué, Papá? En realidad, nunca llegamos a eso en primer lugar. Pasamos por allí una vez, me llamaste mentirosa y me fui de la ciudad. Fin de la historia.

—Estabas histérica. Malentendiste…

—No malentendí una mierda, Papá. Sé exactamente lo que pasó y, en el momento en que sucedió, llegué a casa y te lo conté. Y tú… le creíste *a él*. No tu propia hija. *A él*.

Su rostro es impasible. Un escarpado acantilado de roca, desgastado por un duro año tras otro.

—Siempre te gustó la atención —dice en voz baja.

Puedo sentir las lágrimas picar en las comisuras de mis ojos. Nunca debí haber iniciado esta conversación, porque ahora estamos demasiado metidos. Ahora tenemos que terminarla.

A menos que primero nos retorcemos la garganta el uno al otro.

—¿Qué estás diciendo?

—Todo el mundo hablaba de ti, Iris. Lo bonita que eras. “Bonita como una foto…” ¿sabes cuántas veces escuché eso? Y lo disfrutabas. Tu mamá se encerró en su habitación para que la vida no la afectara. Pero tú estabas ahí fuera, viviendo la tuya como si no pasara nada malo.

Quiero arrancarme el cabello y gritar hasta que no pueda gritar más. —Yo era una niña, Papá. Solo quería que me dejaran en paz. Nunca nadie me ha dejado en paz.

—Dices que nunca animaste lo que pasó. Eso no suena cierto, Ris. Creo que te gustaba la atención. Creo que te gustaba *su* atención y, cuando la recibiste, creo que tal vez obtuviste más de lo que esperabas.

Lo que dice es repugnante. Una reescritura tan descarada de la parte más desagradable de mi historia, como si no fuera suficientemente mala tal como sucedió.

Papá debe leer la expresión de mi rostro, porque frunce el ceño y deja caer su taza vacía en el fregadero con un ruido áspero.

—No te quedes ahí y te hagas la víctima —gruñe—. No eres una víctima. Soy yo quien perdió su

maldito trabajo.

—Sí, y he estado tratando de compensarte desde entonces —respondo a través del nudo en mi garganta—. Quizá ese fue mi error. Actué como si yo fuera culpable. Actué como si quisiera perdón. Cuando deberías haber sido tú quien lo pidiera.

Emite un sonido seco y rasposo con la garganta. Luego, toma otro cigarrillo y lo enciende. —Ese es tu problema, Iris —me dice con total naturalidad—. Actúas como si el mundo entero te debiera algo. No es así.

—No estoy hablando de todo el mundo, Papá —digo con fiereza—. Estoy hablando de *ti*. Sí, esperaba algo de ti… porque eso es lo que significa ser padre. Siempre habrá alguien esperando cosas de ti. Es la puta regla cardinal de la paternidad.

Luego me doy la vuelta y salgo corriendo al jardín, desesperada por un poco de aire porque siento que, por mucho que lo intente, no puedo respirar en esta ciudad.

La adrenalina que corre por mis venas es tóxica. No me hace sentir fuerte ni poderosa; me hace sentir inquieta y perdida. Como si quisiera atravesar una pared, pero no estuviera segura de sobrevivir a los escombros.

No tengo idea de dónde está Max. Necesito ir a buscarlo, explicarle las cosas y arreglar esto. Pero, solo por este segundo, me alegro de que no esté presente para verme desmoronarme.

Porque puedo sentir los hilos aflojándose. Puedo sentir que me deshago. No ayuda que el dolor de cabeza no desaparezca y que los escasos recuerdos de anoche se fracturen en pedazos aún más irreconocibles.

Me pregunto qué le dije a Kon por teléfono. ¿Llamé para decirle que lo amaba? ¿Que lo odiaba? ¿Llamé para hacer las paces o iniciar una pelea?

¿Llamé para decirle que se fuera de la ciudad o que me llevara con él cuando se fuera?

Empiezo a caminar con una vaga esperanza de dejar atrás a mis demonios, aunque diez años de correr aún no lo consiguieron. Efectivamente, escucho a esos mismos demonios susurrando cosas viles en mis oídos.

Ella realmente se cree genial…

Siempre te gustó la atención…

Siempre serás la puta del pueblo.

Me detengo en el lugar y cierro los ojos con fuerza durante tanto tiempo que los fuegos artificiales detrás de mis párpados cerrados comienzan a tomar forma. Veo el rostro de Langdon aplastarse contra el suelo. Veo la silueta perfecta de Kon surgiendo frente a mí, con el puño en alto y una expresión tan negra como la noche.

Dije en serio lo que le dije a mi padre… nadie me respaldó en toda mi vida.

Hasta él.

Hasta Kon.

Y hui de él. ¿Por qué? Porque estaba muy enojada.

Enojada porque lo necesitaba. Enojada porque lo deseaba. Enojada porque lo amaba.

Más que todo, enojada porque no fui lo suficientemente valiente para decir todas esas cosas en voz alta.

KON

El patio trasero está inquietantemente silencioso cuando me detengo.

Veo a Max sentado a la sombra de un frondoso olmo, pero tiene los hombros caídos y la cabeza gacha. El aire está viciado por la tensión.

—Hola, niño.

—Papá —dice sin su entusiasmo habitual.

Me siento en el suelo junto a él. —Háblame, hijo.

Parece inseguro. —Me gustaría que Mamá dejara de ocultarme cosas —dice con una especie de voz angustiada y quebrada que pertenece a alguien décadas mayor que él—. Piensa que soy un bebé.

—Eres su hijo. Siempre serás un bebé para ella.

—También soy tu hijo —señala Max—. Tú no me tratas como a un bebé.

—No hay dos personas iguales en este mundo. Ella te ama como te ama. Yo te amo como te amo. Pero ambos te amamos, Max.

Arruga la cara, enojado. Luego, como si se volviera demasiado agotador aferrarse a su frustración, suspira y se desploma a mi lado. —Ella y el abuelo pelearon esta mañana —dice en voz baja—. Creo que se trataba de ti.

—Hm —frunzo el ceño y miro hacia la casa. Las cortinas de las ventanas están bien cerradas. Nada se mueve—. Hablaré con él. ¿Dónde está tu mamá?

—Salió a caminar. No quiero verla.

Asiento y acaricio su cabello antes de entrar a ver a Roy. Lo encuentro en el sofá de la sala de estar con una cerveza tibia entre los dedos. Tiene la televisión encendida, pero la imagen es estática y confusa, y el sonido proviene de kilómetros de distancia.

—Roy.

El viejo me mira, parpadeando estúpidamente. —Ris no está aquí.

—No la estoy buscando. Te estoy buscando a ti.

No da ninguna señal de sorpresa más que un ligero tic en su frente. Me siento en el sillón andrajoso a su lado y cruzo un tobillo sobre la rodilla opuesta. No digo nada, solo lo observo.

—La televisión es una mierda ahora —dice Roy sin mirarme a los ojos—. Necesito comprar una nueva. Son caros hoy en día.

—Eso he escuchado —digo—. Apágala.

No se pierde de la orden en mi voz. La apaga inmediatamente y toma un trago extralargo de cerveza. —¿Cerveza? —ofrece.

—No.

Roy asiente. —Me alegro de que Ris te haya encontrado —dice, haciendo un intento de civilidad —. El niño necesita un hombre en su vida.

Lo ignoro y me recuesto en la silla. Necesito adormecerlo y darle una falsa sensación de seguridad. No es mi fuerte, especialmente considerando mi constitución, las cosas que me inculcaron. No soy alguien que tranquilice a la gente. Especialmente, no a los hombres a los que quiero aplastar bajo mi talón como cucarachas.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esta ciudad, Roy?

—Desde el día en que nací.

—¿Conociste a tu esposa aquí?

—Ajá. Ella era una hija de militar. Iba al infierno y regresaba cada pocos meses, ya sabes cómo es. Se mudó aquí cuando tenía diecisiete años y nos conocimos. Era la mujer más hermosa que jamás había visto. Ris se parece a ella.

—Ya veo.

Roy se levanta abruptamente, con la cerveza todavía en la mano, y se dirige a un mueble al lado del sofá. Abre el cajón y saca una pequeña fotografía enmarcada que estaba allí boca abajo.

—Esa era ella. Margaret —dice, entregándomelo con algo parecido al afecto.

Tomo la fotografía y miro la foto descolorida. Tiene razón, Iris se parece a ella. Su cabello es del mismo negro intenso, aunque los ojos de Margaret están más tristes, más hundidos. Eso hace que su belleza sea deprimente de una manera extraña. Como ver ratas y malas hierbas apoderarse de un edificio que alguna vez fue hermoso.

—¿Te casaste joven? —pregunto.

—Yo era un poco mayor que ella —admite Roy—. Ella tenía dieciocho años cuando nos casamos. Yo tenía treinta y uno. Aproximadamente un año después, llegó Iris. Margaret es quien la nombró. Quería un nombre bonito, así que eligió entre flores. Holly, Rose, Petunia, ese tipo de mierda. Iris fue el que menos odié.

Toma otro largo sorbo de su cerveza. Puedo sentir que comienza a relajarse. —Tener a Iris cambió las cosas. Margaret sufrió de… joder, ¿cómo se llama?, cuando estás triste y jodido después de…

—Depresión postparto.

—Sí, eso —dice—. Empezó a llorar mucho. Se negaba a comer, se negaba a cargar a la bebé. Se puso tan mal que la llevé a un médico. El doctor me dijo que le diera espacio, que tuviera paciencia. ¿Qué puto tiempo tenía yo para hacer todo eso y cuidar a la bebé también? Pero diablos, hice lo mejor que pude. Fui paciente con Margaret. Quizás ese fue mi error. Sí que no mejoró. De hecho, empeoró. Todas las complicaciones no ayudaron.

—¿Complicaciones?

—Su papá murió en acción —dice Roy—. Luego, unas semanas después, su hermano sufrió una sobredosis. Ella se negó a poner un pie fuera de la casa después de eso, y tampoco quería tener nada que ver con Ris. Solía quejarse de que tenía terribles migrañas cuando la bebé estaba cerca.

La bebé. Algo en la forma en que lo dice despersonaliza a Iris. La despoja de su personalidad. La convierte en un obstáculo más en la vida del hombre. Otra injusticia que ha tenido que sufrir.

No me gusta.

—Pero trabajé duro —alardea—. Mantuve la cabeza en alto y trabajé duro para ambos.

—Luego, algo sucedió.

Roy me mira con ojos astutos y entrecerrados. —¿Por qué tengo la sensación de que te estoy contando cosas que ya sabes?

No se equivoca. Conozco fragmentos. Pero la historia sigue bailando fuera de mi alcance. Quiero escucharla en su totalidad directamente de él, incluso si los años lo marchitaron hasta convertirlo en algo que no suena del todo cierto.

—¿Qué pasó después, Roy? —lo presiono suavemente.

Suspira y quita la etiqueta mojada de su cerveza. —Fui a trabajar para un hombre llamado Kyle. Kyle Jacobson.

—Conocí a su hija ayer.

—Stephanie —Roy asiente—. Linda chica. Bonita. Ella e Iris eran buenas amigas.

—No estoy tan seguro de que tengas razón en eso.

La expresión de Roy se agría. —¿Estás seguro de que ella no te contó estas cosas?

—Te estoy preguntando a ti.

Empieza a parecer nervioso ahora. Puede sentir una soga apretándose lentamente alrededor de su cuello. Pero se metió directamente en la trampa. Solo él tiene la culpa.

—Oye —frota su mano contra la pierna sucia de sus jeans—, Iris se parece mucho a su madre. Tiene inclinación por el drama. No ayudó que siempre fuera tan atractiva. La gente se fijaba en ella. Hombres, especialmente. Los hombres siempre miraban a Iris.

Puedo sentir mis cejas fruncirse con una ira que crece lentamente, pero necesito que el viejo siga hablando. Estamos tan jodidamente cerca.

—Y puede negarlo todo lo que quiera, pero le gustaba. La atención, digo. Sin embargo, no siempre le hizo muchos favores. En realidad, no tuvo muchas amigas hasta Stephanie.

—¿Qué tiene esto que ver con Kyle Jacobson?

—Digamos que ella le creó muchos problemas —dice Roy—. Al menos lo intentó.

—¿Cómo lo intentó?

—Ella… hizo una acusación. Afirmó que había sido… inapropiado con ella.

Me tenso, sintiendo que la ira sale lentamente de mis venas y llega a mi cara. Roy parece darse cuenta, porque agita su mano en el aire como si no tuviera importancia.

—Todo era mentira y patrañas —dice Roy—. No era cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conocía a Kyle. El hombre era un tío serio. Estaba felizmente casado, tenía una niña hermosa. Un verdadero hombre de familia del que no solo era amigo, sino para quien también trabajé durante casi dos décadas. Hasta que Ris arruinó todo eso, claro.

—Lo arruinó —retumbo—. Iris fue quien lo arruinó.

—Sí, diablos, sí. El tipo de cosas que ella decía romperían cualquier tipo de asociación. Logramos mantenerlo contenido entre nosotros, más o menos, pero Kyle me quería fuera de sus negocios, fuera de su vida. Ni siquiera podría culparlo.

—Así que la culpaste a ella en su lugar.

—Bueno, fue su culpa, ¿no? Ella fue la que mintió. Y, después de eso, nadie en la ciudad iba a contratarme. Pero tampoco podía costear el lujo de mudarme. Fue entonces cuando la mierda realmente se vino abajo. El dinero se acabó. E Iris… bueno, ella simplemente huyó. No pudo soportar reconocer sus propios errores —él me mira con la barbilla orgullosa—. Hay dos lados en cada historia, Kon.

—¿Te molestaste siquiera en escuchar el suyo? —gruño, mi ira brillando.

Roy duda y sus ojos se agrandan por un momento cuando se da cuenta de lo mucho que me ha cabreado. —Ella tenía… ¡mierda, hombre, tenía dieciséis años! Una maldita niña. Kyle me contó lo que pasó, lo que *realmente* pasó. Iris solo balbuceó algunas patrañas.

—Iris no miente —gruño. Mis manos aprietan los apoyabrazos, lo suficientemente fuerte como para romperlos.

—Estaba aburrida de esta ciudad. Supongo que no recibía suficiente atención. Buscó una salida.

—¿Y crees que esa fue la forma que eligió? —digo—. ¿Te parece probable?

—No sé qué esperaba.

—Para empezar, probablemente esperaba que le creyeran.

Los ojos de Roy se estrechan. —Hice lo que pude por ella. La cuidé incluso cuando no sabía

cómo. Ella…

Me levanto. —Eres un maldito cobarde, Roy Keller —le escupo—. Eres un hombrecito triste y patético, demasiado asustado para mirarse al espejo.

La ira pasa por su rostro, del tipo que precede a los puños voladores, pero ya no es un hombre joven. Sería firmar su sentencia de muerte y lo sabe. Así que se sienta en su lugar, frunciendo el ceño y fulminándose mientras el tiempo y la autocompasión le quitan todo lo que alguna vez podría haber valido la pena acerca de quién es.

—Ella está actuando para ti —insiste—. Pero tarde o temprano verás lo que quiero decir.

—Te sugiero que dejes de hablar ahora.

—Ella puede ser terca.

—Yo también puedo —le digo.

Me pongo de pie y me dirijo a la puerta. Justo antes de irme, me detengo y lo miro. Todavía está pegado al sofá, con la etiqueta de su cerveza ondeando de la botella como una lamentable bandera.

—Cuidaré de ella como tú no lo hiciste —entono.

—Cumplí con mi deber como…

—No hiciste un carajo —gruño—. No merecías nada de lo que ella te dio a lo largo de los años. No la mereces ahora.

Se levanta del sofá. La cerveza cae al suelo y, por un breve instante, veo un destello del hombre que solía ser. O, mejor dicho, el hombre que podría haber sido si no fuera tan débil.

—¡Soy su maldito padre! —brama.

—Dejaste de ser su padre el día que ella nació —entono—. Ahora, eres solo otro hombre que le falló.

Sacudo la cabeza y salgo de la casa, dejándolo retorciéndose miserablemente en el viento. Max está de pie junto a la acera, lanzando su pelota contra la pared. —Oye, Max, iré a buscar a tu madre, ¿vale?

Él asiente. —¿Y luego qué?

—Luego regresaremos a casa.

Los ojos de Max se agrandan. —¿Todos juntos?

—Todos juntos.

—¿Pero… Mamá?

—Déjamela a mí —le digo—. Sube las escaleras y haz las maletas. Volveré pronto.

Max entra corriendo a la casa. Subo a mi coche y empiezo a conducir.

~

QUINCE MINUTOS DESPUÉS, la encuentro en el parque, sentada en un banco de espaldas a la carretera. Su cabello negro flota soñadoramente en el viento, como las velas oscuras de un barco pirata.

Estaciono el coche y camino hacia ella. Ella no me nota hasta que me siento a su lado.

—¡Jesús! —jadea, tan nerviosa como siempre.

—¿En profundo pensamiento?

—No hiciste ningún sonido.

—He practicado.

Se relaja un poco, pero no del todo. Ella mira fijamente la extensión de vegetación frente a ella. Es un lindo día. Cálido, pero no sofocante. No hay nadie más aquí.

—En realidad nadie sale en esta ciudad, ¿verdad? —observo.

—Pensé que necesitaba alejarme de Los Ángeles. Pensé que necesitaba un verdadero cambio de escenario. Creo que me pasé de la raya.

—Me inclino a estar de acuerdo.

Suspira. —Te llamé anoche.

—¿Me preguntas o me cuentas?

—Supongo que solo estoy tratando de descubrir lo que te dije.

—¿No lo recuerdas?

—No suelo beber. Anoche solo fue… necesitaba… necesitaba ayuda.

—¿La necesitabas? —pregunto—. Eso es nuevo.

Ella me mira con recelo. —¿Qué se supone que significa eso?

—Normalmente no estás dispuesta a aceptar ayuda de nadie.

Sus mejillas se vuelven rosadas. Se pone de pie y comienza a caminar en círculos frente a mí. —Puedo pelear mis propias batallas —dice al fin—. No necesitaba tu ayuda anoche. Puedo manejar este lugar. A estas personas.

—Sí, tú puedes. Simplemente no lo haces. O no quieres. No estoy seguro de cuál.

Sus cejas se fruncen. —Lo he manejado perfectamente bien, muchas gracias.

—Si realmente crees eso, entonces estás delirando.

El rostro de Iris cae. —Sí, bueno, esa es una opinión popular en esta ciudad.

—Siéntate.

—No me mandes.

La alcanzo, la agarro del brazo y la pongo en mi regazo. Ella jadea por la sorpresa y trata de volver a levantarse, pero la abrazo con fuerza y me niego a dejarla ir.

—Nunca podremos tener una puta conversación si sigues peleando conmigo todo el tiempo.

—Entonces, ¿tu respuesta es obligarme a escuchar? Qué diplomático.

—No. Mi respuesta es obligarte a *hablar*.

—No tengo nada para decirte —espeta. Se retuerce de nuevo y la fricción en mi polla es casi suficiente para hacerme inclinarla sobre este banco del parque aquí y ahora.

—Tu padre tenía mucho que decir.

Sus ojos se agrandan. —¿Qué te dijo?

—¿Por qué te importa? —pregunto—. No es que te importe una mierda mi opinión.

Ella frunce el ceño y, por un momento, deja de luchar. Solo se sienta en mi regazo, mirándome como si estuviera tratando de descubrir algo.

—¿Qué te dijo? —pregunta de nuevo.

—Estoy más interesado en escuchar tu versión de los hechos.

—Ay, Dios —respira, girándose en mi regazo—. Kon…

—No más excusas, Iris —le digo con firmeza—. No puedes esperar total honestidad de mi parte si te niegas a dar lo mismo a cambio.

Su mano revolotea trémulamente cerca de mi pecho. —Mi pasado no influye en nuestro futuro.

—Patrañas —pronuncio, lo suficientemente duro como para hacerla estremecerse—. Llevas esa mierda contigo dondequiera que vayas. No solo tienes cicatrices… tienes heridas abiertas donde debería estar tu corazón. ¿De verdad crees que no habría entrado en nuestras vidas? ¿De verdad crees que ya no lo ha hecho?

Su ira se esconde detrás de una niebla de incertidumbre, combinada con inseguridad. —Kon…

—Dime.

—Kon…

—Sigue diciendo mi nombre así y te follaré la vida aquí y ahora. Y luego igual te obligaré a que me lo digas.

Ella se aparta de mí y esta vez la dejo ir. Puedo sentir la derrota en la caída de sus hombros y la tristeza en sus ojos.

Ella nunca quiso contarme esta historia.

Pero lo hará.

Algunos cortes no pueden sanar hasta que salen a la luz.

IRIS

Se levanta y se detiene frente a mí. Su mano sube a mis labios y los recorre con dos de sus dedos. Exhalo temblorosamente. Él captura mi aliento en su palma.

—Puedes contarme cualquier cosa, Iris —murmura—. Cualquier cosa.

Sus ojos grises son acero y hielo. Este hombre ha visto y hecho cosas que nunca más verán la luz del día. Si alguna vez hubiera una persona en quien pudiera confiar esta historia, sería él.

Pero el miedo irracional anidado en mis entrañas desde el día en que mi padre me dio la espalda… todavía está ahí. Gritándome que me calle, que *me calle, joder*. Que reprima la historia y entonces tal vez, con el tiempo, deje de controlar todas mis pesadillas despiertas.

—Iris.

Parpadeo con fuerza, y una lágrima cae por un lado de mi mejilla.

—¿Confías en mí?

No tengo que pensar en mi respuesta. —Sí.

Él asiente. —Bien —me limpia la lágrima con su pulgar—. Entonces, dime.

Así que lo hago.

—La escuela secundaria fue difícil para mí —empiezo, avergonzándome por mis propias palabras—. Yo… Es decir… simplemente no encajaba, más o menos.

Cierro los ojos por un momento, tratando de descubrir qué tengo que decir. Más importante aún, lo que necesito decir. De algún modo, parece que no puedo evitar los detalles de la historia.

Me hace dar cuenta de cuánta memoria conservo. Suprimir no es borrar, estoy aprendiendo. Todo está ahí, escondido en ese sitio oscuro que evité durante más de una década.

—Les gustaba a los chicos —admito—. Quizá por eso a las chicas no. Me aislaban mucho en la escuela. Era más fácil cuando era más joven. La gente sabía lo de mi mamá y eso los hacía sentir un poco comprensivos. Pero entonces, unos meses después de su funeral, la gente empezó a olvidar de nuevo. No me miraban como a la niña que perdió a su madre. Me miraban como una amenaza. Pero Stephanie no. Ella fue amable conmigo.

—¿La Stephanie que conocimos? —pregunta Kon.

Asiento. —Sé que no lo parece ahora que la conociste. Pero es solo porque todavía está enojada conmigo. Todavía está herida. Realmente no puedo culparla.

Kon frunce el ceño, pero no dice nada.

—Acababa de perder a mi madre y ella estuvo ahí para mí. De repente, ya no me sentía tan sola. Ella hizo que otras personas también estuvieran ahí para mí. No es que de repente le gustara a la gente ni nada por el estilo. Simplemente… olvidaron que me odiaban, supongo. Sobre todo, porque ella lo hacía.

Respiro, tratando de mantener la cabeza por encima del agua oscura del pasado. Pero con cada palabra que sale de mis labios, me siento un poco más ligera, un poco menos frenética. Quizás lo que necesitaba era hablar de todo esto. Quizás debí haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Así que salíamos mucho. Su casa era mejor que la mía, o por lo menos allí me sentía más segura. Papá bebía mucho después de la muerte de Mamá. Honestamente, prefería que yo no estuviera allí. Le permitía matarse lentamente en paz. Sin embargo, nada de eso malo estaba en la casa de los Jacobson. Era solo su dulce mamá horneándonos galletas y su papá burlándose de nosotras por los chicos. Cuando estaba allí, podía fingir que mi vida era normal.

—Pero las cosas cambiaron —supone.

—Sí —susurro—. Las cosas cambiaron.

Me detengo, respiro y vuelvo a sumergirme. —La primera vez que me sentí… incómoda en la casa de los Jacobson fue unos meses después de cumplir quince años. Acababan de instalar una piscina y Stephanie y yo estábamos estrenándola. Habíamos ahorrado durante meses para comprar estos bikinis que habíamos reservado en el escaparate de esta tienda del centro.

Recuerdo ese bikini claramente. Tenía lados de cuerda sobre las caderas, con una parte inferior negra y una parte superior blanca. Era sexy, probablemente demasiado sexy para una adolescente, pero no tenía padres que me dijeran lo contrario.

—Así que los compramos, y un sábado estábamos descansando junto a la piscina. Stephanie entró a la casa a buscarnos unas paletas heladas. Mientras ella no estaba, el Sr. Jacobson salió. Lo pillé… mirándome. No como solía hacerlo, como a la amiga de su hija. Me miraba como… como si fuera una mujer y acabara de darse cuenta de eso.

Dejo de hablar porque mis manos empiezan a temblar de nuevo. Kon parece tan tranquilo como siempre, pero, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que tiene las manos apretadas en puños y los nudillos blancos.

—Continúa —dice.

—Cuando notó que le devolvía la mirada, me sonrió y volvió a entrar. Pero ese momento quedó grabado en mi cabeza. Se sintió como… una invasión de mi privacidad, de alguna manera. A pesar de que yo era la que estaba en su casa, descansando junto a su piscina. Él puede mirar donde quiera, ¿verdad?

—No —gruñe Kon—. No puede.

Trago fuerte. —Luego Stephanie volvió a salir, aparté ese sentimiento incómodo y lo olvidé. La vida continuó. Me sentí estúpida por incomodarme —miro a Kon—. ¿Podemos… podemos sentarnos?

Sin decir una palabra, me tira a su lado en el banco. De repente, siento que me tiemblan las piernas y tengo la garganta seca.

—Pero luego volvió a suceder. Quizá un año después. Tenía un trabajo de medio tiempo empacando comestibles y un día él pasó por allí cuando caminaba a casa. Estaba oscureciendo, así que se detuvo y me ofreció llevarme. En ese momento, había olvidado por completo de la forma en que me miró junto a la piscina. Así que me subí, él me llevó a casa y en el camino hablamos. Me hizo un montón de preguntas sobre la escuela, mi trabajo, mi papá, el tipo de música que escuchaba. Pensé que solo conversaba. Pero…

—¿Pero?

Respiro profundamente. —Me miraba demasiado. La forma en que me sonreía era… diferente. Sentí que estaba realmente interesado en mis respuestas. Me dije a mí misma que estaba siendo estúpida, pero también quería salir del coche lo más rápido posible. Luego, cuando estacionó fuera de la casa, no abrió las puertas de inmediato. Me quedé allí sentada mientras me miraba. Me dijo que, si alguna vez necesitaba algo, podía acudir a él. Recuerdo lo que dijo textualmente: *“Siempre estaré aquí para ti, Iris. Si tu padre no puede cuidar de ti, yo lo haré”*.

Amaso mis dedos juntos. —Luego me dijo que yo era… la chica más bonita que vio en su vida.

Noto la forma en que el cuerpo de Kon se endurece. Escalofrío y rigidez de pies a cabeza.

—Y te sentiste amenazada.

—No estaba segura de cómo me sentía en ese momento —admito—. Le puse excusas. Me convencí de que todo era normal, todo seguía igual, nada cambió. Durante unos meses más, lo fue.

Sacudo la cabeza. Esa vieja y familiar sensación de arañazo en mi estómago vuelve con fuerza. —Unos meses después de cumplir dieciséis años, pasaba la noche con Stephanie. Se suponía que el Sr. Jacobson estaba en un viaje de negocios. Su mamá estaba enferma, así que se acostó temprano y estábamos solo Stephanie y yo. Entramos en el gabinete de licores del Sr. Jacobson en el piso de abajo y, entre las dos, terminamos una botella de vino. Stephanie era el tipo de borracha a la que le da sueño. Yo era del tipo que se activaba. Se desmayó en el estudio y me senté a su lado viendo programas estúpidos en la televisión durante un rato. Vi los faros de un coche por la ventana, y me di cuenta de que el Sr. Jacobson había llegado temprano a casa.

—Estaba asustada de que me atraparan, así que limpié todo rápidamente. Estaba lavando las copas de vino en el fregadero cuando él entró. Me saludó muy casual, totalmente normal. Me preguntó dónde estaban todos y luego no se molestó en escuchar la respuesta. Se acercó un poco, no demasiado pero más de lo que debería, y me preguntó si Stephanie y yo nos habíamos emborrachado.

—Me sentí tan culpable que confesé de inmediato. Él simplemente se rio, lo que me tomó por sorpresa. Luego me pidió que le preparara una taza de café. Se sentía extraño caminar por su cocina y hacerle algo que podría haber hecho él mismo.

—Quería mirarte —gruñe Kon, con los ojos oscuros por la ira.

Asiento. —Me sentí rara, pero no pensé demasiado. Todavía estaba un poco borracha y era fácil decirme a mí misma que todo estaba bien. Conocía al Sr. Jacobson desde hacía años. Él me había visto crecer. Empleó a mi papá. Yo era la mejor amiga de su hija.

—Así que nos sentamos allí en silencio. Todavía me preocupaba que se enojara por la bebida. Pero él simplemente bebió su café, me entregó la taza vacía y me pidió que la lavara.

Me detengo, sintiendo que me devuelven a ese momento. Pasó tanto tiempo desde que me permití volver a caer en ello. Y ahora que estoy a mitad de camino, siento como si tuviera un ancla atada a mis tobillos y me acabaran de arrojar al océano.

—Yo… yo lo estaba enjuagando cuando yo… lo sentí. Justo detrás de mí.

La mandíbula de Kon se aprieta. Luce aterrador, pero de alguna manera eso me consuela. Como si ese terror estuviera reservado para el resto del mundo. No para mí.

—Lo sentí respirar en mi cuello y, como, apiñándose a mi alrededor. Y pude sentir su… su erección. Tocando mi pierna. Dejé caer la taza en el fregadero e hizo un sonido enorme. Pensé que había sido ruidoso, pero nadie se despertó. Nadie vino a salvarme.

—Joder —gruñe Kon. Sus ojos se cierran con fuerza. Me duele lastimarlo así.

—Me gustaría poder decirte que luché contra él —susurro—. Pero no lo hice. Solo me quedé congelada. Sentí como si realmente no estuviera allí en absoluto. Como si estuviera tocando a alguien a mi lado y no hubiera nada que pudiera hacer más que mirar.

—Deslizó sus manos debajo de mi camisa y tocó mis senos. Cuando empecé a llorar, me hizo girar y me obligó a mirarlo. Me dijo que no me haría daño. Que cuidaría de mí. Me dijo… muchas cosas.

No llores, mi belleza.

No te voy a lastimar.

Solo voy a cuidar de ti. ¿Por qué crees que le di un trabajo a tu padre? Quería asegurarme de que él pudiera mantenerte.

Piensa en mí como tu ángel de la guarda. Piensa en mí como tu protector.

Piensa en ti misma como mía.

—Él te violó —gruñe Kon, tan bajo que lo siento más de lo que lo oigo.

Nunca antes usé esa palabra. Evité activamente usarla. Porque quizá si nunca tuviera que admitir lo que pasó, podría borrarlo de mi pasado.

Como lo hicieron todos los demás.

—Sí —asiento con cansancio—. Él me violó.

KON

En toda una vida llena de ira, esta es la furia más negra que jamás sentí.

Tanta ira recorriendo mi cuerpo que empiezo a sudar lo suficiente como para quemarme. Mis manos tiemblan descontroladas. Las aprieto en puños y me concentro en Iris.

Está pálida y distante, con la expresión perdida en viejos recuerdos y un dolor reciente. Su voz, cuando finalmente emerge de cualquier jodido y horrible abismo del pasado al que fue arrojada, es lo suficientemente suave y tímida como para romperme el puto corazón.

—¿Me… me crees?

Retrocedo ante ella. —¿Qué?

Contiene la respiración, lo noto, porque mi cuerpo refleja el suyo, en sintonía con el suyo, y mi propio aliento es pesado en mi pecho. —¿Me crees? —pregunta de nuevo.

—Por supuesto que sí —digo con voz áspera—. Por supuesto que sí.

—Nadie más lo hizo —murmura.

—¿A quién le dijiste?

—Sabes a quién se lo dije.

—Dime de nuevo.

Empieza a parecer nerviosa. Ya me conoce lo suficiente como para saber que a aquellos que me lastiman hay que mostrarles el error de sus caminos. Y hay que mostrárselos *dolorosamente*. El viejo Kon podría haber dicho que Iris no soy yo, los pecados cometidos contra ella no afectan mi propia vida.

Pero el viejo Kon era un jodido imbécil.

El nuevo Kon sabe que iría a la guerra contra cualquiera que alguna vez hiciera sentir a Iris por una fracción de segundo como si no se mereciera todo en el mundo.

—Kon, ya no importa.

—Todo importa, Iris. *Todo* importa, joder —gruño—. Dime.

Sus ojos se derriten detrás de las lágrimas. —Se lo dije a mi padre primero —susurra. Parpadea con fuerza y veo emerger sus iris, de un verde desgarrador.

—¿Qué le dijiste?

—Todo —su voz sigue siendo tan pequeña, tan frágil—. Exactamente cómo te lo dije a ti.

—¿Y él no te creyó?

—Él creyó que era…

Ella se estremece y su cuerpo parece sufrir espasmos como si no pudiera controlarlos. Quiero tocarla, mantenerla entera de la forma que necesita. Pero tengo miedo de que con la cantidad de ira que arrasa dentro de mí en este momento, la aplastaré.

—Él creyó que era sexo —fuerza—. Pero… él no pensó que fuera una… violación.

—¿Y cómo carajo llegó a esa conclusión?

—Me preguntó si luché, grité o peleé contra él. Le dije la verdad. Le dije que lloré, que me quedé congelada… Dijo que eso significaba que lo alenté.

Estoy dividido entre salir furioso a matar a Kyle Jacobson o salir furioso a matar a Roy Keller. Lo único que me mantiene en mi asiento en este momento es la mujer sentada a mi lado.

Ella me necesita para un propósito distinto al de venganza ahora mismo.

—Me dijo que olvidara lo sucedido y continuara con mi vida.

—¿Qué dijiste a eso?

—No dije nada —admite—. Lloré hasta quedarme dormida y me quedé en cama durante una semana. Stephanie me llamó mucho, pero ignoré todo. Luego empezó a venir a casa pidiendo verme. Pero no pude enfrentarla. Papá me excusaba, pero al final, ella se coló en mi habitación aproximadamente una semana y media después… después de lo que pasó. Papá estaba en el trabajo y yo estaba sola en casa. Ella quería saber qué pasó.

—¿Y?

Tiene los ojos bajos en su regazo, donde acaricia con un dedo solitario el dorso de la mano opuesta una y otra vez. —Ella era mi mejor amiga. Era la hermana que nunca tuve. Fue ingenuo y estúpido y probablemente la cosa más estúpida que hice en mi vida, pero se lo dije creyendo que ella… lo entendería.

Sus ojos se encuentran con los míos por un segundo, antes de bajarlos. —No lo hizo.

—Esa maldita perra.

El dedo errante de Iris se detiene. —Solo para que conste, no le dije que… fue… hasta el final. Le dije que me besó. Que intentó hacer algo más que besarme, pero se detuvo antes.

Se muerde el labio inferior como si quisiera quitárselo. Luego cierra los ojos por un momento. —Pero los detalles no le importaban. Ella simplemente se puso pálida. Luego se quedó en silencio. Empezó a caminar de un lado a otro y luego empezó a hablar tan rápido que apenas podía

seguirle el ritmo. Me dijo que no creía que hubiera sucedido. Que probablemente estaba borracha y había soñado todo. Le dije que no. Agarró la foto enmarcada que tenía de mi madre y me la arrojó. Luego se fue furiosa.

No puedo contenerlo más. Con un rugido enojado, golpeo mi puño contra el banco. Se astilla, basura vieja y barata, y fragmentos de madera salen volando por todas partes. Un fragmento abre el costado de mi palma. Veo sangre, pero no siento dolor. La ira es demasiado intensa para eso.

Iris mira fijamente mi sangre goteando sobre la tabla rota. *Plin. Plin. Plin*. Parece hipnotizada. —Quizá… quizá una pequeña parte ingenua de mí pensó que regresar aquí repararía algunas cosas.

—¿Qué necesita reparación?

Se encoge de hombros. —Mi relación con mi padre. Mi relación con Stephanie. Tomé como una buena señal que no me escupiera cuando me vio por primera vez.

—Hizo algo peor que eso —gruño—. Te sonrió a la cara mientras sus garras salían detrás de tu espalda.

—Está justificado.

—Le dijiste que su padre te violó…

—No, le dije…

—¡A la mierda los detalles! —rujo, levantándome con el pecho agitado—. A la mierda las X y las O de esta mierda. ¿Importa si te atacó por delante o por detrás? ¿Importa si te besó primero o solo intentó desabrocharte los pantalones? Claro que no. Te tocó sin que le dieras permiso. Arderá en el infierno por lo que hizo. Lo enviaré allí yo mismo.

En cualquier otra circunstancia, mi ira fluyendo como lava podría haber intimidado a Iris. Pero ahora mismo está al borde de la catatonia. Solo me mira desde su asiento mientras mi sangre derramada empapa la madera junto a ella.

—Él es su padre —Iris se encoge de hombros demasiado casualmente—. Ella lo ama.

—¿Y qué pasa con *tu* padre? —exijo—. Explica eso. Justifica eso. Defiende *eso*.

—Kyle era su único amigo al final. Perdió su trabajo por mi culpa.

—¡Joder, Iris! —gruño, girando sobre mis talones para caminar de un lado a otro—. Nunca debiste haber regresado a esta ciudad.

—No tenía opción.

—Tenías *todas* las opciones —le digo, furioso—. Elegiste huir de mí. Al peor lugar del mundo.

—¡Porque me mentiste! —estalla de nuevo.

—Sabías quién era —le digo—. Sabías lo que era. Nunca oculté mi apellido.

—Eso tampoco significa que lo hayas explicado. ¿De verdad pensaste que sabría exactamente lo que significa pertenecer a una Bratva, y mucho menos dirigir una?

—Pensé que tenía tiempo suficiente para enseñarte.

—Pensaste mal.

Sacudo la cabeza hacia ella. —Toda esta fuerza. Todo este fuego. ¿Dónde estaba con tu padre, con Stephanie Jacobson? ¿Con la gente que te falló? Por el amor de Dios, Iris, lo único que intento hacer es mostrarte que debes *luchar* por ti misma, porque es un maldito mundo impío y todos en él son lobos. Despelleja a los que se atreven a morderte.

El silencio es siniestro y claustrofóbico. Es como intentar respirar bajo el agua. El polvo en el aire, el crujido intermitente de la madera rota… todo eso me irrita los nervios.

—Yo… debería irme —murmura—. Max me estará esperando en casa.

—Esa no es tu casa. Tampoco es la suya.

—Es todo lo que tenemos.

Me lanzo hacia adelante y me arrodillo junto a ella. Un palo de madera destrozado tirado en el suelo me apuñala la rodilla, pero joder, no podría importarme menos. Déjalo sangrar, déjalo romper, porque el dolor es lo único que tiene sentido en estos momentos. Darlo, recibirlo… ese es el idioma que hablo. Esa es la vida que vivo.

¿Pero Iris? Iris no tiene que soportar ese peso. Por eso estoy aquí… para quitárselo. Hasta el último gramo de dolor que ha sufrido me pertenece ahora.

Bien. Lo quiero.

Ella duda un momento. Tomo una de sus manos y la atraigo hacia mí. Se acerca al círculo de mis brazos, contra mi cuerpo y la miro fijamente.

—¿De verdad crees que eso es todo lo que tienes? —susurro.

Sus ojos están brillantes por las lágrimas. Ella los aleja con un parpadeo y su color pasa de la menta al verde bosque.

—Estás demasiado aterrorizada para confiar en nadie —le digo—. Tienes miedo de que te decepcione como ellos. Por eso te sentiste tan traicionada cuando oíste sobre Anika.

—No me digas cómo me siento —espeta, aunque su voz es débil. Aparta la mirada—. ¿Podrías llevarme a casa ahora?

—¿Porque quieres ir? —presiono—. ¿O porque tienes miedo de estar a solas conmigo?

—No tengo miedo…

—Entonces, mírame.

Ella suspira y hace lo que le pido. Quiero sumergirme en esos ojos. Quiero probar ese labio hinchado. Quiero amarla en todas las formas en que debió haber sido amada desde el principio.

Se me ocurre algo. —Iris…

Ella se estremece al oír su nombre. —¿Qué?

—Después de lo que te quitó… ¿cuándo fue la próxima vez?

Ella sabe lo que le pregunto, aunque elegí mis palabras con delicadeza. Ya sufrió bastante y algunas palabras tienen dientes.

Ella contiene el aliento. Solo eso me da una respuesta. —Yo… no tuve relaciones sexuales durante mucho tiempo después de eso —admite.

—¿Cuándo?

Ella niega con la cabeza.

—Dime.

Creo que ya sé la respuesta. Solo quiero oírla decirlo.

—La próxima vez que tuve relaciones sexuales… fue contigo —hace una larga pausa y sus manos aprietan mis bíceps—. A veces, me gusta fingir que fuiste el primero. En lugar de él.

Lentamente, me levanto. Es tan pequeña y frágil en mis brazos… al menos físicamente. Pero el miedo en sus ojos es innegable. Ella piensa que es débil, piensa que está rota y, Dios mío, está jodidamente equivocada.

Ella es la persona más fuerte que conozco.

Solo tengo que hacérselo ver.

—¿Quieres que te lleve a casa? —retumbo.

Ella niega con la cabeza. —No.

En respuesta, reclamo su boca con la mía. La llevo hacia atrás, bajo la sombra de un olmo cercano, y caemos sobre la suave hierba.

Jadea cuando mis manos se deslizan por su vestido y encuentran el material suave de sus bragas. Aparto la tela y paso mis dedos por su raja. Está mojada, pero no lo suficiente para mi gusto.

Mientras sigo tocándola, suave y provocando, inclino mis labios hacia su hombro. Los tirantes de su vestido blanco son finos. Muerdo y le quito uno del hombro, luego el otro.

No lleva sujetador. Sus pechos se liberan del vestido y me inclino para llevarme un pezón a la boca. —Ay, Dios… —murmura mientras empiezo a chupar su pezón regordete.

Me giro y la pongo a horcajadas encima de mí. Su calor húmedo es una maravillosa tortura contra mi polla palpitante.

—Kon… estamos en un… ¡*joder*, un parque! —jadea cuando mis labios se mueven desde su pezón hasta la curva de su cuello.

—¿Qué pasa con eso?

—Si alguien… si alguien llega…

—Déjalos —gruño justo en su beso—. Déjalos que miren.

Luego, saco mi polla de la cremallera, la alineo y la deslizo directamente dentro suyo. Está tan mojada ahora que quedo enterrado hasta las pelotas al instante. Esperaba poder ralentizar las cosas, pero, con cada movimiento de mis caderas, quiero más de ella. Sus brazos me rodean, sus uñas arañan la parte de atrás de mi camisa, pequeños gemidos estallan en sus labios.

—Kon —jadea—. Estoy cayendo…

—No, no lo estás —le prometo entre embestidas—. Te tengo. Siempre te tengo.

Sus dedos rozan mi mejilla y puedo ver sus inhibiciones alejarse en el momento en que la saco de su cabeza. Agarro su trasero con fuerza y la arrastro a cada embestida. Nunca antes había estado tan profundo en ella.

—Yo… no puedo… —jadea—. No puedo…

La miro acercarse a su pico. Esta mujer es pura fantasía. Incluso sus clavículas están hechas de poesía.

Aprieto los dientes y trato de mantener a raya mi orgasmo. Quiero que esto dure un poco más. Quiero presenciar su desmoronamiento. Quiero verla morderse el labio inferior mientras intenta reprimir mi nombre en su lengua.

—Joder —exclama—. Joder… Kon…

Y eso es suficiente. Emite un gemido desesperado y jadeante y explota en mi polla. Cuando se corre, se siente como si una cadena de explosiones estallara en su interior. Sus piernas se aprietan alrededor de mis caderas, y su cuerpo se sacude con espasmos.

Me libero un segundo después y llegamos juntamos, nuestros cuerpos caen uno dentro del otro hasta que no puedo diferenciarlos.

Reduzco mis embestidas, dejándola descender la ola. Cuando se queda flácida, la quito de mi polla y la acomodo contra mi costado. Su pecho sube y baja, sus pezones están maravillosamente inflamados. La tela de su vestido está recogida alrededor de su cintura y su largo cabello negro ondea sobre su espalda como un cielo nocturno líquido.

Cuando su respiración vuelve a ser tranquila, empiezo a hablar. —Te di espacio. Te di tiempo. Pero esta auto-tortura termina ahora, Iris. Nos vamos esta noche. Recuperamos a nuestro hijo, nos vamos a casa y nunca jamás volvemos.

Abre la boca para decir algo, luego lo piensa mejor y guarda silencio. Sus dedos acarician el vello de mi pecho. Noto la brillante esmeralda de su anillo y extiendo la mano para tocarla.

—Nunca te quitaste esto —observo.

Parpadea lentamente, como si le sorprendiera verla allí. —No. Supongo que no lo hice.

—Iris.

Ella finalmente encuentra mi mirada. —Nos vamos esta noche —confirma.

Asiento, satisfecho, pero sus ojos todavía están llenos de intensidad. Hay algo más en su mente, y no está dispuesta a dejarlo pasar.

—Kon, lo que te acabo de decir… no puedes hacer nada al respecto, ¿vale?

Sé exactamente a qué quiere llegar. Solo no quiere darme ideas. —No sé de qué estás hablando —le digo.

—Porque lo he dejado atrás —insiste—. Lo que me hizo ya quedó en el pasado. He seguido adelante.

Asiento con la cabeza. —Vale.

Ella frunce el ceño. Su incomodidad es palpable. Quiere que le asegure que no les haré nada a las personas que la lastimaron. Pero esta vez no puedo darle lo que quiere.

A veces mentimos para escondernos de quienes amamos.

A veces mentimos para salvarlos.

IRIS

Estoy agotada de todas las formas posibles. Mi cuerpo, mi corazón, mis lagrimales.

Pero es un buen tipo de cansancio. El cansancio de correr hasta que te revientan los pulmones. Siento que crucé una especie de línea de meta.

—Ayuda, ya sabes —le digo a Kon una vez que reorganicé mi ropa—. Compartir mi historia, quiero decir. Fue más catártico de lo que esperaba. Me siento más ligera.

—Te ves más ligera —reconoce, aunque todavía puedo ver el borde de la oscuridad en sus ojos.

Cuanto más lo conozco, es cada vez más fácil notar cosas así. Es un maestro en mantener sus pensamientos y sentimientos en secreto, pero aún hay señales si sabes dónde buscar.

—No puedes hacer nada con respecto a lo que te acabo de decir, ¿vale?

Inclina la cabeza. —¿Hay alguna razón por la que sientes la necesidad de repetirlo?

—Solo tengo la sensación de que en realidad no me estás escuchando —me siento erguida, con una mano plantada en la hierba, y lo miro.

—Te estoy escuchando. Pero en esta vida se cosecha lo que se siembra. La gente siempre recibe lo que se merece.

—Muy filosófico de tu parte —digo—. No me di cuenta de que creías en el karma.

—Creo en la justicia —corrige.

—Dice el don Bratva —resoplo.

—Matar a un hombre que merece morir no es pecado, Iris. Es una misericordia. Es una limpieza.

—No puedo entender eso —admito—. No estoy segura de poder entenderlo jamás.

Él frunce el ceño maravillosamente. —Aprenderás.

—¿Qué pasa si no quiero?

—Entonces, te casaste con el hombre equivocado —no lo dice precisamente con ira, pero hay un tono brusco en su voz que me hace pensar—. Algunos errores son corregibles. Este no.

—¿Quieres decir que no me dejarás ir?

Él sonríe. —Si pensara que eso es lo que realmente quieres, lo haría.

—Eres demasiado arrogante para tu propio bien, ¿sabes? —le informo.

—Anotado —sus ojos recorren mi cuerpo. Una ligera capa de sudor cubre mi piel y briznas de hierba se pegan a mis muslos desnudos y sonrojados.

—¿Qué pasa con Max? —pregunto.

—¿Qué hay de él?

—¿Cuánto va a estar expuesto a tu mundo?

Kon levanta las cejas. —¿Es esa una pregunta seria?

—Mi hijo es lo más importante del mundo para mí, Kon —digo con firmeza—. Y pelearé con cualquiera para asegurarme de que esté a salvo. Incluyéndote. Y antes de que digas algo más arrogante, debes saber que estoy preparada para pelear sucio.

Se inclina y pasa su lengua por mi labio inferior. —Cuanto más sucio, mejor.

Lo quito de encima de mí, a pesar de que mi núcleo ya está listo para funcionar de nuevo. Pequeña perra codiciosa.

—No estás respondiendo a mi pregunta —digo, negándome a distraerme.

Se empuja para recostarse contra el tronco del árbol. —Max no es solo mi hijo, Iris. Él es mi heredero. Mi vida es su vida.

—¿Y cuál es tu vida, Kon? —exijo—. Disparos, violencia. Grandes negocios, mucho dinero. Arrogancia, impertinencia y un severo sentido de derecho. ¿Entendí todo bien? ¿Me perdí de algo? Porque, si me preguntas, esa suena como la receta para criar un monstruo.

Me mira fijamente. Sus ojos son intensos y llenos de gélida determinación. —Incluso la Bratva tiene un código.

—Qué críptico.

—No es algo que pueda enseñarte de una sola vez —suspira. Sus ojos recorren mis senos nuevamente—. Pero aprenderás. Hay tiempo.

Se pone de pie y me ofrece su mano. Siento que está evitando la conversación, pero suspiro y dejo que me ayude a levantarme de todos modos. Su mandíbula cincelada está apretada y me hace preguntarme qué está pensando exactamente en este momento.

—¿Podré alguna vez saber lo que tienes en mente sin preguntar?

Él se ríe. —Probablemente no.

—Tendrás que enseñarme cómo hacer eso —me sacudo la hierba y la tierra de las rodillas y me arreglo el cabello—. ¿Qué pasa si Max decide que no quiere ser tu heredero?

No responde de inmediato. Extiende la mano y toma un poco de polen de mi hombro, saca una hoja de mi cabello.

Cuando termina, inclina sus labios hacia mi hombro y besa la piel allí. —Tú estás viendo al niño —me susurra al oído—. Yo veo al hombre.

—Tiene nueve años.

—El tiempo tiene una forma curiosa de cambiar eso.

—Kon, yo…

—Chito —presiona un dedo enorme contra mis labios, con más delicadeza de lo que creía posible—. Lo entiendo, Iris. Tuviste el control todo este tiempo. Tenías que hacerlo. Pero ahora puedes relajarte.

—¿Por qué?

—Porque estoy yo aquí.

Lo miro fijamente, intentando con todas mis fuerzas creer en esas palabras como nunca antes creí en nada. ¿Puedo relajarme? ¿Puedo soltarlo? Contuve la respiración durante tanto tiempo que me parece mal, antinatural dejarlo ir. Es como pedir permiso para ahogarse. Como si el dolor fuera precioso por sí solo en este momento, aunque solo fuera porque lo he sostenido durante diez años interminables.

—Vamos —dice Kon, tomando mi mano—. Nuestro hijo nos está esperando.

~

SIN EMBARGO, cuando volvemos a la casa, Max no aparece por ningún lado. Caminamos hacia el patio trasero. Nada. Arriba, a su habitación. Nada.

—¡Papá! —llamo—. ¡Papá!

—¿Qué? —grita en respuesta, saliendo del baño entre su habitación y la de Max.

—¿Dónde está Max?

Se encoge de hombros mientras se abrocha el cinturón. —Qué diablos voy a saber. El niño estaba de mal humor, así que le dije que se fuera a la mierda y volviera a esta casa cuando haya arreglado su puta actitud.

Me quedo boquiabierta. —¿Hablas en serio?

—¿Por qué no lo haría?

—Jesús, tiene nueve años, Papá. ¿Por qué tengo que seguir repitiendo eso? ¡Es un niño! Es…

—¿Sabes cuál es tu problema, Iris? —frunce el ceño, hablando por encima de mí—. Tú y tu generación son demasiado blandos. El mundo es duro, así que solo se quejan y hacen pucheros para superarlo. Sí que te describe, así que no es de extrañar que hayas criado a un niño que…

—¿Que qué, Roy?

Ambos nos volvemos hacia las escaleras para ver a Kon bajando, con los ojos enfocados en mi

padre. Tiene una expresión que convertiría incluso al hombre más valiente en un cobarde.

Y mi padre está muy lejos de ser valiente.

Murmura algo ininteligible y vuelve corriendo a su habitación. La tensión persiste en el aire detrás de él. Me acerco rápidamente a Kon y me quedo al pie de las escaleras, bloqueando su camino hacia el rellano.

—Necesitamos encontrar a Max —suplico. Los ojos de Kon todavía están fijos en la puerta cerrada de mi padre. Pongo mi palma contra su mejilla y la dirijo hacia mí—. Kon. Por favor.

Él asiente de mala gana. Volvemos afuera, nos subimos a su auto y comenzamos a conducir. Todo el tiempo sigo raspándome las uñas y mordiéndome el labio inferior.

—Lo encontraremos, Iris —promete Kon.

—Nunca antes había estado solo —digo, sintiendo que mi pierna derecha comienza a rebotar encima de todo lo demás—. Tampoco conoce esta ciudad. ¿Qué pasa si está en peligro? ¿Qué pasa si lo encuentran las personas equivocadas?

—¿Quiénes son las personas equivocadas?

—¿Qué tal tu casi suegro? —chasqueo—. Seguramente querrá vengarse después de lo que le hiciste a su hija.

Sus ojos se tambalean hacia mí por un momento. —Lo encontraremos —dice de nuevo. No hace nada para calmarme.

—¿Cómo estás tan tranquilo?

—Porque tengo confianza en el niño —dice—. Es mucho más capaz de lo que crees. Cuando… *si*… algo sucede, entonces reaccionaré.

—Probablemente con dignidad y seriedad —digo con irritación.

—Mucha práctica.

—En realidad, estaba siendo sarcástica —intento respirar a pesar del pánico, pero parece que no puedo alcanzar su nivel de serenidad—. Conduce por el estanque del parque. Podría ir allí. Siempre le gustaron los patos.

Doblamos la esquina y Kon frena junto al estanque. Estoy mirando y no veo nada y los latidos de mi corazón aumentan cada vez más, y luego…

—¡Ahí!

Lo veo sentado al borde del estanque, con los zapatos quitados y un par de patos nadando en las aguas poco profundas cerca suyo. Salto del auto todavía en movimiento y corro hacia él.

Max mira hacia arriba, un poco alarmado cuando lo apresuro. Cuando me acerco lo suficiente, su barbilla cae. —El abuelo me dijo que saliera a caminar —murmura.

—Estoy segura de que fue mucho menos educado que eso —digo, desplomándome en el césped junto a él. Agarro su cabeza y la acerco a mi pecho.

—¡Mamá! —se queja, pero yo simplemente aguanto y aspiro el aroma afrutado que sale de su cabeza.

—Deja que el niño respire —dice Kon mientras se acerca—. Lo vas a asfixiar.

Respiro hondo y lo dejo ir. El alivio poco a poco se instala en mis huesos, pero la adrenalina sigue bombeando con fuerza. Kon camina alrededor de nosotros y se sienta al otro lado de Max.

—¿Caminar ayudó? —pregunta.

—En realidad no —responde Max.

—¿Por qué estás molesto?

Se vuelve hacia mí. —Me molesta que no me digas qué está pasando, aunque sé que algo está pasando. Ya no soy un niño pequeño, Mamá.

Miro fijamente el agua. Dos patos adultos guían un rastro de patitos en un gran y tranquilo circulo alrededor de la superficie. Los pequeños son suaves y peludos, pero puedo ver las plumas de adultos empezando a asomarse.

Antes de que pueda decidir qué decir, Kon comienza a hablar. —Tu mamá pasó por cosas muy difíciles en esta ciudad, Max —explica—. Perdió a su madre joven y… bueno, ya has visto cómo es tu abuelo.

Max asiente.

—Ella también tuvo dificultades en la escuela. Has visto a matones en acción, ¿no?

—Sí.

—Bueno, tu mamá tuvo que lidiar con matones así todo el tiempo. Excepto que no había una persona como tú para ayudarla.

Max y yo miramos a Kon. Él sorprendido, yo confundida. Max habla primero. —¿Cómo sabes de eso?

Kon sonríe crípticamente. —Yo sé todo, hijo.

—¡Max! —digo, sorprendida—. Nunca me dijiste que estabas siendo intimidado.

—No, Mamá, no me intimidan —corrige—. Intimidaban a otros niños. No me gustó eso, así que los detuve.

Trago un sabor en la boca que nunca antes había sentido. Y cuando miro a Max, es como si estuviera mirando una ilusión óptica que simplemente se convirtió en otra cosa. Pensé que era una cosa todo este tiempo, y ahora es algo nuevo que nunca antes había visto.

Un niño se convierte en hombre así como así. Mi corazón duele y se acelera al mismo tiempo.

—Puedo cuidar de mí mismo, Mamá.

Exhalo lentamente. —Estoy empezando a darme cuenta de eso. Eres fuerte.

Max asiente. —Igual que tú, Mami.

Dado que Kon está sentado junto a él, significa mucho más escucharlo decir eso. Lo rodeo con mi brazo.

—Lamento no haber sido honesta contigo acerca de mi pasado —susurro con fiereza—. Solo me resulta difícil hablar de ello. Estoy trabajando en ello. Un día te lo contaré todo. ¿Vale?

—Vale —dice, aparentemente apaciguado.

—Quiero que siempre seamos honestos el uno con el otro —le digo—. Sin importar nada. Así que, en el futuro, si me preguntas algo, intentaré ser lo más honesta posible. Incluso si eso significa decirte que no puedo explicar las cosas bien en ese momento. ¿Suena justo?

Inclina su cabeza contra mí y reflexiona. —¿Eso significa que yo también tengo que ser honesto?

Kon y yo intercambiamos una mirada por encima de su cabeza. —Sí, así es —dice.

Max se separa de mí y nos mira a los dos. —Entonces tengo que decir que realmente odio esta ciudad —dice—. Y quiero volver a casa. O sea, para ayer.

Kon se ríe mientras yo le doy un beso en la cabeza. —Podemos irnos a casa —digo.

—¿Juntos?

Miro a Kon. Su boca se calienta solo un grado, hasta convertirse en el fantasma de una sonrisa. Me hace temblar, como una brisa que viene de algún lugar inesperado.

—Sí —digo—. Juntos.

KON

Iris se detiene en el umbral mientras Max sube las escaleras para recoger sus cosas.

—Voy a coger mis cosas, ¿vale? —me dice, mirando por encima del hombro a su padre. El anciano está sentado en la mesa de la cocina con otra cerveza fresca entre sus manos, aunque extrañamente sin abrir—. No tardaré.

—Tómate tu tiempo —respondo.

Ella asiente y sube las escaleras, siguiendo a Max. Camino hacia la mesa y me siento junto a Roy.

—¿Cerveza? —ofrece. Su voz es plana y carente de afecto.

—No —lo miro fríamente—. Nos vamos, Roy.

Él sonríe como si estuviera orgulloso de mí por alguna razón. —Lo sabía. Finalmente encontró un hombre adecuado. Puse la cara por ti, ¿sabes? Sabía que eras bueno para ella. Pensé que era una maldita tonta por irse.

—No sabes por qué se fue.

—No importa. Ninguna mujer se aleja de un hombre como tú.

Él está dorando la píldora, y sé exactamente por qué. —¿Qué clase de hombre es ese, Roy? —pregunto, inclinando mi cabeza hacia un lado—. ¿Uno rico?

Duda de pronto, notando la advertencia en mis ojos. —Yo… bueno, no, no exactamente. Solo me refiero a un hombre de verdad, un hombre poderoso. No tiene nada que ver con el dinero.

Su sonrisa forzada flaquea y mira alrededor de la cocina como si esperara que algo salte hacia él.

—¿Puedo confiar en que seas honesto conmigo, Roy?

—Por supuesto. Soy tu suegro.

—Qué suerte —arrastro las palabras—. Ahora dime: ¿todavía tienes algún contacto con Kyle Jacobson?

Se ahoga con su propio aliento. —¿Qué? —farfulla.

—Me escuchaste —no cambio mi tono, pero bajo la voz lo suficiente para que la sienta en sus huesos.

—¿P-por qué quieres saberlo?

—Llámalo curiosidad.

Roy abandona su cerveza. —¿Qué te ha dicho? —él croa.

—Lo mismo que te dijo a ti, por lo que entiendo.

—Escucha —tartamudea—, Iris, ella siempre fue… ella… la cosa es…

—Tendría mucho cuidado con lo que estás a punto de decir sobre mi esposa —gruño.

Sus ojos se agrandan y su nuez de Adán se mueve de miedo. Mira hacia el jardín como si deseara estar ahí fuera en lugar de aquí.

—Kyle no es ese tipo de hombre —suspira finalmente—. Lo conozco. No lo es.

—¿Y qué pasa con Iris? —exijo. Mis manos están apretadas en puños, y me está costando todo mi autocontrol no voltear esta mesa sobre el viejo y usarla para aplastarlo hasta la muerte.

Sería así de sencillo. Un desastre que me encantaría hacer.

Lo único… y sí digo lo *único*… que me impide hacerlo es saber que Iris nunca me lo perdonaría. Me pregunto si debería decirle que la hija en la que se niega a creer es la última línea entre él y la muerte violenta.

—¿Conoces a Iris en absoluto? —presiono—. ¿Mentía mucho cuando era niña? ¿Era una hipócrita? ¿Engañaba y manipulaba?

La comprensión aparece en el rostro de Roy. —Acusar a alguien de v… bueno, de lo que ella le acusó… no es una acusación pequeña.

—Exacto —asiento ferozmente—. Y tampoco es poca cosa hacerle a alguien.

—Yo… yo…

—No tienes nada que decir —escupo—. No tienes defensa. ¿Te importaría saber por qué? Porque lo que hiciste fue indefendible. Ella fue a ti y te habló de la violación de confianza más despreciable que existe. Y elegiste darle a su puto *violador* el beneficio de la duda. Eres un cobarde lamentable en tu mejor día. No vales nada en tu peor.

Los ojos de Roy se ponen un poco vidriosos. La negación se le pega como un hedor que no puede quitarse. Dejarla ir lo destruiría.

—Ella… me envió dinero todos estos años —tartamudea—. Obviamente era culpa…

—No era culpa, hijo de puta ignorante —gruño—. Era amabilidad. No es que una criatura como tú sepa nada sobre eso.

Sus ojos brillan de ira. —Estás ciego a lo que realmente ocurre aquí. Ella te ha engañado…

Me pongo de pie de un salto, haciendo que mi silla caiga al suelo detrás de mí. —Ella fue a ti

porque eras todo lo que le quedaba. Y tú le escupiste en la puta cara. Todos los hombres que conoció la abandonaron… empezando y terminando *contigo*.

Su nuez de Adán sube y baja una vez más. La verdad es difícil de tragar, pero se la meteré en la garganta una y otra vez hasta que el hijo de puta finalmente la tome. No tendrá piedad de mi parte.

Me giro, tomo un lápiz y papel del mostrador y los golpeo en la mesa frente a él. —Escribe la dirección de Kyle Jacobson. Ahora.

Roy duda, pero sabe que es demasiado tarde. —¿Qué vas a hacer?

—Lo sabrás cuando lo haga —digo—. Pero créeme, parecerá un accidente. He estado haciendo esto por mucho tiempo.

Él entiende al instante. El miedo se instala en sus ojos y nunca lo abandona.

—Me oyes, ¿no, Roy? —pregunto.

—Sí —susurra.

—Bien. Porque no me gustaría que te sucediera un accidente —digo—. Eso lastimaría a Iris, y no haré nada para lastimarla. Así que, si te portas bien, creo que es seguro asumir que vivirás más tiempo. Al menos un poco más que Kyle Jacobson.

Roy me mira fijamente durante mucho tiempo. Luego, apresuradamente, garabatea en el papel. Arranco la hoja y la guardo en mi bolsillo mientras él coge su cerveza, la abre y la bebe toda de un trago desesperado. Cuando la termina, mira con nostalgia la abertura, como si la salvación se escondiera allí.

Pero no. La salvación para él no está en ningún lugar al alcance.

Escucho el sonido de pasos corriendo en las escaleras. —Max —llamo por encima del hombro, manteniendo mis ojos en Roy—. Ven a despedirte de tu abuelo.

Max avanza y le ofrece la mano a Roy. El anciano la sacude con una mirada distraída en los ojos.

—Cuídate, muchacho —murmura.

Max me mira, desconcertado. Le hago un gesto para que espere afuera. Parece muy feliz de tomar sus cosas y dirigirse hacia el coche.

Unos segundos más tarde, Iris baja las escaleras. Me acerco, le tomo las bolsas de la mano y espero junto a la puerta mientras ella se vuelve hacia su padre.

Él no la mira directamente, pero su cuerpo apunta en su dirección general. Como si eso fuera todo lo que él pudiera ofrecerle.

No es más de lo que esperaría de un tonto cobarde. Si no estuviera aquí, estoy seguro de que grabaría una cicatriz cáustica más en su corazón. Un comentario de despedida más para menospreciarla.

Pero, mientras yo esté aquí, eso nunca volverá a suceder.

—Papá —dice Iris, ajena a la conversación que acabamos de tener—. Nos vamos. Max y yo regresaremos a Los Ángeles con Kon.

Él asiente, todavía sin hacer contacto visual, todavía mirando a media distancia las cosas que solo él puede ver. —Ajá.

—Gracias por permitirnos quedarnos aquí.

—Bueno, también es tu casa.

Suspira. —¿Sabes qué es gracioso? Realmente nunca la sentí como mi casa. Ni siquiera cuando crecí en ella.

—Supongo que también piensas que eso es culpa mía.

—Yo no dije eso —luego, suspira de nuevo—. Solo quise decir que nunca encajé aquí. En este pueblo, en esta familia.

—Bueno, ahora tienes tu propia familia —dice bruscamente.

—Sí, lo sé —dice en voz baja—. La tengo.

Él se arriesga a echar una rápida mirada en mi dirección. —¿Eso significa que te olvidarás por completo de tu padre?

Sé que no pregunta por cariño. Tampoco pregunta por el deseo de permanecer en contacto. Simplemente busca el dinero que Iris le envió a lo largo de los años. Dinero en el que llegó a confiar. Lo mantuvo a flote a pesar de que las mareas del karma y sus propios pecados lo arrastraran mar adentro.

—No me olvidé de ti la primera vez que dejé este pueblo —le recuerda Iris—. ¿Por qué debería olvidarme de ti ahora?

Ella avanza y le pone la mano en el brazo. Un gesto de consuelo para un hombre sin corazón que no lo merece. Ella es demasiado buena para él por millas.

—¿Por qué no vas al coche, Iris? —interrumpo—. Me gustaría tener una última palabra con tu padre. A solas.

Ella alza las cejas. —¿Acerca de…?

—Mi gratitud por albergarte en tu momento de necesidad —digo con un sarcasmo que solo ella puede sentir.

Iris frunce el ceño, pero besa a su padre en la mejilla con bigotes, luego se da vuelta y se dirige a la puerta. Cuando sale, se queda a mi lado.

—¿Qué le dirás? —susurra.

—Le haré saber que cuidaré de él —digo con gravedad—. No quiero que tengas que preocuparte más por él. No tienes que volver a pensar en Roy Keller nunca más.

Vuelve a mirar a su padre, que nos observa a los dos con recelo. —Adelante —le digo. Sorprendentemente, ella hace caso. La miro caminar hacia el coche, admirando el suave balanceo

de sus caderas, la forma en que sus pies parecen flotar sobre el suelo que pisa.

La mujer a veces parece demasiado etérea para este mundo.

Aparto mis ojos de ella. Aterrizan en una vista mucho menos agradable.

—Entonces esto es todo, ¿eh? —dice Roy—. Mi castigo. Cortar mi línea de vida, asegurarte de que no vuelva a ver a mi hija ni a mi nieto.

—Si ella quiere verte, no la detendré —digo, en contra de mi mejor juicio—. Pero el dinero continuará.

Sus ojos se fijan en los míos. Su boca se abre y se cierra como un pez en el suelo. Solo asiento con firmeza. No me importa particularmente nada más que tenga que decir.

—Me alegro de terminar con eso. Adiós, Roy.

Luego me doy la vuelta y salgo de esta casa destartalada, dejando atrás todos los recuerdos tóxicos que se filtran en sus huesos y al anciano triste que se envenena lentamente hasta morir solo dentro de ella.

Lleno el coche con las maletas de Max e Iris y luego me siento en el asiento del conductor. Iris se vuelve hacia mí con curiosidad. —¿Qué le dijiste realmente? —pregunta.

—Exactamente lo que te dije.

Ella suspira y se ríe al mismo tiempo. Luego, mira hacia la casa mientras me alejo. —Es un mal hombre —reflexiona—. Pero sigue siendo mi padre.

—Lo entiendo —admito, pensando en Stepan—. Por eso me aseguraré de que haya dinero en su cuenta todos los meses. Ya no es tu carga.

—No tienes que defender mi honor, Kon —dice en voz baja—. No tienes que pelear mis batallas por mí.

—Soy tu esposo, Iris —le digo con firmeza—. Es mi trabajo.

KON

—Entonces, ¿dónde está la amada esposa? —dice Yefim en ese tono extrañamente ahogado que usa cada vez que hablamos de Iris.

—¿Estás tratando intencionalmente de molestarme hoy? —chasqueo.

—Nunca me propuse molestarlo, mi estimado don —dice con una sonrisa traviesa—. Es algo que surge de forma natural.

Pongo los ojos en blanco. —¿Qué está pasando con los Kuzmin?

—Hasta donde puedo decir, absolutamente nada. Las cosas están calladas en ese sentido. Tengo un equipo vigilando la hacienda Kuzmin y, según mis informes, Nestor no abandonó la propiedad desde tu visita improvisada.

—Así que asusté bien a ese bastardo.

—Como sin duda pretendías.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que no estás satisfecho? —pregunto, curioso.

Yefim se deja caer en uno de los sillones con un melodramático suspiro de cansancio. —Hace mucho tiempo que no salimos a una noche de chicos, ¿te das cuenta?

—¿Una noche de chicos? —me burlo—. Ya no tenemos veintiún años, Yef. Y estoy casado.

—Me lo sigues recordando. Sin cesar —se acaricia la barbilla—. Tatiana preguntó por ti la otra noche. ¿Recuerdas a Tatiana? La chica tenía una boca como una aspiradora.

—Siempre tan encantador, Yef. Verdaderamente, el sueño de una feminista.

Vuelve a suspirar al menos por quinta vez desde que llegó a mi oficina. —Entonces esto es real, ¿ah? —pregunta retóricamente—. Iris y tú.

—¿Hay una pregunta real allí? —pregunto.

—Silo quiero asegurarme de que ella lo valga.

Dejo a un lado mi ira incipiente y me presiono las sienes. —¿Valga qué, exactamente? —pregunto—. Te aconsejo que respondas con cuidado, amigo mío.

—Valga la pena cualquier problema que se nos presente —dice.

—Entonces, ¿no crees que Nestor realmente haya recibido mi mensaje?

—Ni por asomo.

—Bueno —digo—, no sería la primera vez que te equivocas.

—¡Disculpa! Mi historial es impecable.

Empiezo a contar con mis dedos. —El percance del atraque con los Ritornellis. La vez que pensaste que hacer banca con esos gánsteres franceses era una buena idea. El año pasado, todo el calvario con los albaneses…

—Vale, vale, vale —dice, levantando las manos—. Entendí. Dios. Menos que impecable.

—No digo que Nestor no vaya a dar un paso. Solo no voy a sentarme a esperarlo.

—¿Qué pasa si pasamos a la ofensiva?

—Los leones no cazan moscas, *sobrat*.

—Debes haber leído eso en una galleta de la fortuna —se queja Yefim—. Vale, entonces. Por ahora nos mantendremos discretos.

—Eso tampoco —gruño—. Seguiremos con nuestro negocio, ruidosos y orgullosos. Le mostraremos a Nestor quién está a cargo.

Yefim se alegra. —Me gusta ese plan.

—Bien. Ahora, vete.

Se para de mal humor. —El matrimonio te ha cambiado, hombre. Solías ser divertido.

Me río y señalo hacia la puerta de nuevo. Él se va y luego vuelvo a mis archivos. Tengo siete reuniones de negocios la próxima semana, y no estoy interesado en ninguna de ellas.

Lo único que realmente quiero hacer ahora es lanzar una pelota con mi hijo. Y, una vez que esté en la cama, follar a mi mujer hasta que suelte esta necesidad obsesiva de controlar todo lo que la rodea.

Estoy fantaseando con darme un festín entre las piernas abiertas de Iris cuando suena mi teléfono. Llamada anónima. Frunciendo el ceño, respondo.

—¿Hola?

—¿K…Kon?

Puto Jesucristo. —Anika.

Se le corta el aliento, como si acabara de empezar a llorar o estuviera a punto de hacerlo. —Sí, soy yo.

—¿Llamaste para maldecirme? —pregunto—. ¿Gritarme obscenidades? Hazlo. Aceptaré tu enojo.

—Bueno, no tengo ninguna para darte —dice con otro sollozo—. Solo dolor. Y sufrimiento —se queda en silencio durante un largo rato, interrumpido solo por sus sollozos—. ¿Es… es verdad?

Hago una mueca. Claro que la noticia ya le habría llegado. —Sí.

—¿Quién es ella?

Iris me preguntó lo mismo sobre Anika no hace mucho. —Ella es mi esposa ahora —digo con firmeza.

—¿Me estás castigando? —pregunta—. ¿Hice algo mal? Sé que mi padre no debió haber… Hizo algo terrible, lo sé, pero yo…

—No se trataba de castigarte, Anika. Quería liberarte.

—Quieres decir que querías liberarte a ti. No finjas que hiciste algo por mí —hace una larga pausa. No estoy seguro de si se está calmando o dando vueltas—. ¿Ella te hace feliz?

Me quedo callado. Cualquier respuesta que busque no la hará feliz, incluso si se la doy.

—Ella odiará tus armas y la violencia de tu mundo, ¿sabes? Ella te odiará dentro de poco.

Asiento. —Puede que tengas razón sobre eso.

—Y, cuando eso suceda, te arrepentirás de no haberte casado conmigo como se suponía que debías. Desperdiciaste el poder, pero también desperdiciaste tu propia felicidad.

—El tiempo dirá. Adiós, Anika. No me vuelvas a llamar.

La línea se corta. Dejo que el teléfono se deslice de mis dedos y caiga sobre mi escritorio. Con un poco de suerte, esta será la última vez que hablemos.

Pero últimamente la suerte escasea.

Pasaron algunos días desde que regresamos de Crosse Valley. Iris está… complicada, para usar una de sus palabras favoritas. Insistió en programar un montón de audiciones para nuevos trabajos de modelaje tan pronto como regresamos a la ciudad. Pensé en rechazarlo, pero algo en la desesperación con la que se defendió me hizo reconsiderarlo.

Lo necesita por razones que no comprendo del todo.

Sin embargo, Max se adaptó rápidamente. Está más brillante y lleno, se para más alto y me mira fijamente a los ojos cuando hablo. Esa presión en el pecho que siento cada vez que lo veo no desaparece. Estoy empezando a pensar que no quiero que lo haga.

Incapaz de concentrarme más en mi trabajo, salgo hacia los jardines. Doblo la esquina y me topo con Max.

—¡Papá! —chirría—. Venía a verte.

Le sonrío. —¿Quieres lanzar una pelota?

Mira por encima del hombro, como si estuviera nervioso. —Mamá aún no ha vuelto, ¿no?

—No, ella todavía está en una audición. ¿Por qué?

—Bueno, porque quiero hacer algo y a ella no le gustará.

Me río entre dientes. —Entonces, será mejor que no lo hagamos.

—Ay, vamos, Papá. Realmente necesito aprender.

—¿Aprender qué?

—Cómo disparar.

Levanto las cejas. —¿Un arma?

Asiente. —Estaba hablando con unos de los muchachos en el jardín, y todos tenían armas.

—Todos son hombres adultos y entrenados, expertos en disparar y con práctica en la seguridad de las armas.

—Por eso quiero que me enseñes.

Lo reflexiono un momento. —Yo tenía tu edad cuando comencé a aprender —murmuro.

—¡¿Ves?! —proclama Max, rebotando sobre las puntas de sus pies.

—A tu madre definitivamente no le gustará.

—¿Entonces quizá no se lo digamos? —sugiere inocentemente.

Reprimo una risa. Puedo ver al pequeño rebelde dentro suyo, el guerrero ansioso por probarse. Me recuerda a mí mismo a su edad. Pongo mi mano en su hombro y lo hago girar hacia el jardín.

—Está bien, niño, aprendamos a disparar.

—¿En serio? —jadea. Es como un perro que ha estado persiguiendo un coche, finalmente lo alcanza y ahora no sabe qué hacer con él.

—En serio.

—¡Sí! —grita, saltando con el puño en el aire.

Caminamos hacia el jardín y Yefim aparece por un pasillo lateral. Mira la cara del niño y comienza a reír. —Se salió con la suya, ¿eh?

—Fue persuasivo. Supongo que lo animaste.

Yefim asiente con aprobación. —Es bueno que se interese por esto. Después de todo, ahora él es el príncipe heredero.

—¿Príncipe heredero? —pregunta Max, mirándonos.

—Ignóralo —le digo a Max—. Ve a buscar tus zapatos.

Max se encoge de hombros y entra a toda velocidad en la casa.

—Es una versión en miniatura de ti —dice Yefim, viéndolo irse—. Aunque es mucho más guapo, por supuesto.

—Lo saca de su madre.

Los ojos de Yefim se suavizan. —Sé que no siempre te animé cuando decidiste que querías una relación con Max, pero ahora lo entiendo. Es un gran niño.

Asiento. —Siempre fuiste un poco lento en la asimilación.

Me saca el dedo medio. —Asimila esto, gilipollas.

Me río entre dientes. —Anika acaba de llamarme —menciono.

—No puede ser —respira Yefim—. ¿En serio?

Asiento con la cabeza. —Necesitaba un cierre.

—¿Y se lo diste?

Sacudo la cabeza. —No, no lo creo. Al menos, no como ella quería.

—Entonces, ¿qué piensas? —pregunta Yefim—. ¿Ella será un problema?

—Oh, ella será un problema. Solo no sé cómo.

IRIS

—No entiendo —digo, mirando a la joven y melancólica recepcionista. El lápiz labial negro parece coincidir con su estado de ánimo—. Tengo una cita.

—¿Tú? —pregunta. Suena excepcionalmente aburrida—. Qué extraño.

Esta agencia es pequeña y subarrienda oficinas en un edificio que también alquila a quiroprácticos y contadores. Hay un restaurante indio justo abajo, por lo que el olor a curry picante y pan naan sube por las escaleras y llega a la habitación mal ventilada.

—Iris Keller —insisto, tratando de mirar por encima del escritorio con tapa de vidrio que oculta su portapapeles—. A las tres de la tarde. Llamé ayer para confirmar. Estoy bastante segura de que fuiste tú con quien hablé.

—Ah. ¿Qué tal eso? Qué loco.

—¿Eres Madison? —miro su etiqueta con su nombre y, efectivamente, MADISON está estampado allí mismo—. Lo eres. Tú confirmaste mi cita.

—Cierto. Bueno, eso fue ayer —dice. Ella alza sus ojos entrecerrados hacia mí como si fuera la cosa más difícil que hizo en su vida.

Respiro profundamente. —Vale, bueno. ¿Puedo reprogramar?

—No.

Su respuesta es demasiado rápida. Eso es lo que me da una pista… esto no es solo una coincidencia. —¿Por casualidad un hombre llamado Atelier Sorbonne llamó a tu jefe?

—No sé quién es.

—¿Estás en la industria de la moda y no sabes quién es Atelier Sorbonne?

—Eso es lo que acabo de decir, ¿no?

Miro por encima del hombro las revistas desplegadas sobre la mesa de café en la sala de espera. —Ese es él —digo, señalando la tercera revista a la derecha.

Él es el rostro de la portada de este mes. Lo filmaron sentado en un sillón blanco sobre un fondo negro puro, vistiendo un traje rojo y un reloj de un millón de dólares con diamantes incrustados.

Todo capta la luz y de alguna manera la proyecta contra su rostro.

Es un hombre vanidoso que lo luce en todo momento.

—Debe ser importante —arrastra las palabras como si no le importara nada.

—Es malvado —corrijo con firmeza—. Es un gilipollas egoísta y controlador.

—Vaya, dime cómo te sientes realmente.

—Lo que siento es *cabreo*. Quiero hablar con tu jefe.

—Lo siento, no se puede hacer. Mi jefe ya no está interesado en encontrarse contigo.

—Joder —maldigo en voz baja—. Bueno, gracias por nada.

Salgo de la oficina enfadada y bajo la estrecha escalera. El olor a comida india llega a mis fosas nasales y se me hace agua la boca. No he comido nada en todo el día.

Salí de casa con una tostada seca y una taza de café fuerte. Esta mañana estuve nerviosa pero esperanzada. Ahora solo estoy enojada. Lo suficientemente enojada como para ignorar el ruido en mi estómago y seguir caminando.

Mi próxima cita es en dos horas y está a solo quince minutos de aquí, pero me dirijo allí de todos modos, tratando de luchar contra la sensación de hundimiento en mis entrañas. Sorbonne está haciendo la táctica de tierra quemada. Era una conclusión inevitable que hablaría con cualquiera que fuera alguien para chantajearme. Pero fue minucioso… hasta aisló a cualquiera que no fuera nadie.

Sería muy fácil levantar el teléfono y llamar a Kon. Lo resolvería todo con un chasquido de dedos. Pero soy terca hasta la médula… no quiero su ayuda. Quiero hacer esto por mi cuenta.

Me digo a mí misma lo que me he dicho una y otra vez desde que regresamos a Los Ángeles: *No necesito un caballero de brillante armadura.*

Termino yendo a una tienda de conveniencia para comprar una botella de agua y quizá una barrita energética. Deambulo lentamente por los pasillos, con los ojos perezosamente desenfocados en la fascinante pared de envoltorios de dulces brillantes, tratando de pasar el tiempo.

Al final del pasillo hay un estante con revistas de noticias de entretenimiento. Veo a Brad, J-Lo, todos los sospechosos habituales.

Luego, noto el rostro de Jake mirándome desde uno de ellos.

Luego me doy cuenta del titular.

En nauseabundas letras mayúsculas y negritas, se lee: ***LAS DIEZ EXNOVIAS DE JAKE NOX: ¡CLASIFICADAS!***

—Jesucristo —murmuro. Tomo la revista del estante y hojeo las páginas hasta que encuentro el artículo de portada.

Según el pequeño párrafo que precede al meollo del artículo, el top diez de Jake incluye seis

novias modelo y cuatro actrices. Hojeo la ridícula cuenta regresiva y encuentro una foto mía debajo del número tres.

Han utilizado uno de los retratos de la campaña de Atelier Sorbonne. Me veo bien… Sorbonne, a pesar de todos sus defectos, es muy, muy bueno en su trabajo… pero no me siento bien en este momento. Especialmente, después de leer el título que acompaña a mi foto.

***Iris Keller**. No sorprende que esta modelo relativamente desconocida haya llegado al puesto número tres de nuestra clasificación. Puede que no sea un nombre muy conocido, pero esos ojos verde esmeralda pueden penetrar hasta el alma más apática. Si los desagradables rumores de engaño del año pasado no hubieran asomado su fea cabeza, ¿quién puede decir que estos dos no seguirían juntos? Por otra parte… tal vez es mejor que Jakey se codee con personas más a su nivel en estos días.*

Tiro el trapo de basura al estante con disgusto. Ya es bastante malo que te culpen sutilmente por hacer estallar la relación y te identifiquen no tan sutilmente como una completa don nadie. Pero la presunción general es peor: que no soy más que el bombón de algún tío famoso. Que *cualquier* mujer no más que el bombón de un tío famoso.

Respiro hondo y trato de recordar que ser famosa nunca estuvo en mi lista de deseos. Se trataba de salir de Wyoming, valerme por mi cuenta y cuidar de Max lo mejor que pudiera.

Lo cual he hecho. Mejor en algunos momentos y peor en otros, pero *lo hice*, maldita sea.

Elijo una barrita proteica y una botella de agua al azar y me acerco a la caja. La chica del mostrador me mira dos veces cuando me ve.

—No puede ser —dice—. Eres la ex de Jake Nox, ¿verdad?

Normalmente, lo negaría. Hoy simplemente no tengo la energía. —Sí —suspiro—. Llámame la "Número Tres".

Ella me mira confundida, pero simplemente le agradezco, pago y me dirijo a mi próxima cita. Cuando salgo, noto un hermoso coche negro estacionado justo afuera de la tienda. Parece muy fuera de lugar en esta modesta parte de la ciudad.

Estoy al final de la calle cuando noto que el coche gira hacia la misma calle. Extraño pero inofensivo, estoy segura. Eso no impide precisamente que mi corazón lata un poco más rápido.

Llego a mi destino y me meto en el gélido vestíbulo. Es decididamente mejor que el anterior. Las sillas están llenas de otras modelos aquí para la cita.

—¡Hola! —chirría un tío flaco con corbatín detrás del mostrador de recepción—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Hola —digo—. Soy Iris Keller. Estoy aquí para la cita.

—Por supuesto —dice mientras mira de reojo el portapapeles que tiene en la mano—. Déjame solo… Ah.

Prácticamente me lanzo sobre su escritorio antes de que pueda decir lo que sé que está a punto de decir. —Escuche, Sr… Anderson —digo, leyendo la etiqueta con su nombre—, sé que hay una

marca negra al lado de mi nombre…

—Bueno, yo no diría…

—Sé que te han dicho que me elimines de la lista por cualquier motivo, pero, te lo digo ahora mismo, no me iré sin ver a tus superiores.

Tira de su corbatín, como si de repente estuviera demasiado apretado. —No estoy seguro de que eso sea posible, Srta. Keller.

—Hazlo posible —ordeno, sorprendiéndome por lo mucho que sueno como Kon—. Entraré en esa habitación de una manera u otra. Incluso si tengo que forzar la entrada.

Me mira con clara incomodidad. —Em, realmente no tengo fuerza en la parte superior del cuerpo para pelear contigo.

Sonrío con simpatía. —Entonces, sugiero que no peleemos en absoluto.

El chico suspira. —Veré lo que puedo hacer.

—Gracias.

Deja su escritorio vacío y usa su tarjeta de acceso hacia la habitación al otro lado de la puerta arenada. Me siento junto a una chica con un ajustado vestido rosa confeccionado con la última y horripilante tendencia del látex, algo que no tiene ningún sentido en un estado que recibe trescientos sesenta y cuatro días de sol al año.

Parece nueva y nerviosa. Recuerdo esos días. Yo estoy nerviosa ahora, pero de una manera diferente y por una razón diferente.

—Soy Iris —digo.

—Ah —dice. Parece sorprendida de que siquiera me esté presentando—. Kira.

Por lo que parece, Kira no puede tener más de dieciocho o diecinueve años. Examino la habitación solo para darme cuenta de que probablemente yo sea la mayor aquí. También soy la que usa menos maquillaje y más ropa.

Mi conjunto es sencillo, con jeans de tiro alto y una blusa blanca de gran tamaño debajo de un chaleco negro ceñido a la cintura. También llevo mi par de botines favoritos, los mismos con los que iniciaron mis aventuras con Kon hace diez años. Dios, esa noche todavía parece que fue ayer. Me pregunto si siempre me sentiré así.

—¿Has estado en esto por mucho tiempo? —pregunto.

—¿Modelando? —pregunta—. Unos seis meses. Es… difícil.

—¿Alguien te dijo que era fácil?

Frunce el ceño. —Bueno…

—Déjame adivinar. ¿Todos en tu ciudad natal te dijeron que seguramente te contratarían porque eras tan hermosa? —su risita nerviosa es toda la confirmación que necesito—. Hay muchas chicas bonitas por ahí, Kira. Y todas vienen aquí.

—¿Me estás diciendo que me rinda? —pregunta en un tono que ya se retuerce por la amargura.

—Te digo que, si lo deseas con todas tus fuerzas, no *puedes* rendirte.

Ella asiente, como si necesitara eso más de lo que sabe expresar. —Sé que no puedo. Tengo una hija de tres años —susurra.

Mis cejas se levantan. —Debes haber sido joven.

—Quince —confirma—. Mi novio y yo estábamos perdidamente enamorados. Nosotros… diablos, ni siquiera sé por qué te cuento esto.

Le doy unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo. Sé mejor que nadie que algunas historias deben compartirse para que no se conviertan en una piedra de molino colgada del cuello. —Estoy escuchando —digo—. Sigue.

Se muerde la mejilla, luego continúa. —Pensamos que era algo bueno. La bebé, quiero decir. Incluso nos casamos. Fuimos al juzgado y todo eso —hace una pausa por un momento—. Luego abandonamos la escuela secundaria, nos mudamos al garaje de sus padres, tuve a mi hija y… lentamente, poco a poco, las cosas empezaron a desmoronarse. Un día ya no éramos nosotros tres. Solo éramos mi bebé y yo contra el mundo. Es por eso que estoy aquí. Por ella.

Le doy a Kira una sonrisa que intenta decir todas las cosas que desearía que alguien me hubiera dicho cuando yo estaba en su lugar.

Que será difícil, pero valdrá la pena.

Que debes saborear los pequeños momentos de perfección, porque es fácil dejar que se pierdan en un océano de amargura.

Que no puedes dejar de luchar ni por un segundo.

Que no puedes dejar de amar ni siquiera por un suspiro.

Noto que el recepcionista vuelve a entrar a la habitación con los labios fruncidos. Sé lo que eso significa, así que decido pasar al Plan B. —Fue un placer conocerte, Kira. Llámame si alguna vez quieres tomar una taza de café o algo así.

Garabateo mi número en un trozo de papel, se lo doy y luego me dirijo directamente hacia el recepcionista. Su cara cae cuando me ve venir.

—¿Bueno?

—Hoy están muy ocupados —dice, disculpándose—. Me temo que…

Me muevo rápidamente. Agarro el cordón que cuelga de su cuello y corro hacia la puerta. Me grita, pero no le presto la más mínima atención.

Paso la tarjeta por el escáner. En el momento en que la luz de seguridad parpadea en verde, cruzo la puerta y entro en una gran habitación blanca, frente a un sofá en el que hay tres personas con distintos grados de horrible cirugía plástica.

El recepcionista corre detrás de mí. —¡Lo siento mucho! Ella… robó mi tarjeta de acceso.

Se la devuelvo. —Lo siento —le digo—. Pero te lo advertí —luego me acerco a las tres personas asombradas que me miran fijamente y me siento en la silla vacía frente a ellos.

—Hola —anuncio—, soy Iris Keller. Pero creo que eso ya lo saben.

Los tres intercambian miradas. La primera en hablar es la mujer del extremo izquierdo del sofá. Sus brillantes ojos azules me miran con curiosidad detrás de unas gafas enjoyadas.

—Srta. Keller, cancelamos su cita.

—Excepto que no me dijeron eso hasta que entré aquí —digo—. Y, cómo están viendo modelos, pensé, ¿qué tiene una más, no? Especialmente, cuando esa una más tiene una cita.

—Em… Srta. Keller —interviene el hombre de la derecha con voz aguda—. Esto es muy irregular.

—¿Con quién de ustedes habló?

Nuevamente, los tres intercambian miradas. Pero esta vez es la mujer sentada en medio del sofá la que habla.

—Me llamó a mi—suspira. No puedo evitar admirar su honestidad—. Soy Lucille Perego; soy dueña de esta agencia. Es solo que… No es personal, Srta. Keller.

—Es todo personal, Srta. Perego —digo con fiereza—. Esta es mi vida.

Suspira de nuevo y casi creo en su simpatía. —Desearía poder ayudarte.

Por mucho que se disculpe o no, definitivamente no cederá. No se arriesgará a involucrarse conmigo. Y, sabiendo de lo que es capaz Sorbonne, no puedo precisamente culparla. Solo entré aquí para descubrir hasta dónde llega la podredumbre. Bueno, parece que encontré mi respuesta: hasta el final.

Recojo lo que queda de mi orgullo y me pongo de pie. —Gracias por escucharme —digo—. Por cierto, hay una chica esperando ahí. Se llama Kira. Ella sería genial para ustedes.

Luego camino hacia la puerta donde Anderson está de pie rígido, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Me acompaña de vuelta al vestíbulo y mantiene abierta la puerta de cristal de la salida con una mirada penetrante. Saludo levemente a los atónitos ocupantes del vestíbulo y luego salgo rápidamente.

Estoy perdida en mis pensamientos por un tiempo. Quiero caminar, aclarar mis pensamientos, así que eso es lo que hago.

Probablemente por eso recorro media milla antes de darme cuenta de que el coche negro que había notado antes me sigue.

Me pregunto si es Kon quien me sigue. Parece el tipo de actitud sobreprotectora que tendría, incluso después de que la primera noche que regresamos le dije que era importante para mí hacer esto por mi cuenta.

Como mi estado de ánimo ya está al borde del colapso, me doy vuelta y camino hacia allí. Las ventanillas están tintadas, por lo que no puedo ver a nadie más que al conductor con cara de

acero a través del parabrisas. Paso junto a él y me detengo en la parte de atrás. Luego, golpeo con fuerza los nudillos contra el cristal.

Después de un momento, la ventanilla baja. Se me eriza la piel, aunque todavía no sé por qué.

Hay una mujer adentro. Me mira con los ojos azules más bonitos que vi en mi vida y un halo de ondas rubias perfectamente peinadas. Lleva un impresionante vestido gris y una especie de odio concentrado en su rostro que hace que mi estómago se retuerza por la incomodidad.

—Me has estado siguiendo —digo, negándome a mostrar mi nerviosismo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quería ver a la mujer por la que me abandonó.

IRIS

Joder.

—Sé que esto debe ser un shock para ti —dice.

—Yo… em, sí —tartamudeo—. Podrías decirlo.

La mujer sale del coche y sube a la acera a mi lado. El satén gris acerado del vestido resalta el azul de sus ojos. Vengo de una habitación llena de modelos profesionales y ella avergonzaría a cada una de ellas.

El vestido, las joyas, el cabello, el maquillaje… todo debió costar una fortuna.

Pero apuesto a que Anika Kuzmin no dedica mucho tiempo a pensar en el coste de las cosas.

Se mete un mechón de cabello rubio detrás de la oreja y sonríe agradablemente. —Es una esmeralda hermosa —dice, mirando mi anillo—. Apuesto a que la obtuvo porque coincide con tus ojos.

Sin embargo, no suena amargada ni resentida, como esperaba. Solo suena… herida.

Dejo caer mi mano. —Escucha… es Anika, ¿verdad?

—Sí, Iris. Mi nombre es Anika.

—Solo quiero que sepas que no tenía ni idea de que existías. No descubrí que existías hasta… bueno, el día en que nos casamos. En realidad, justo después de la ceremonia.

Frunce los labios. —No sé si eso me hace sentir mejor o peor.

—Si lo hubiera sabido…

—¿Qué? —dice bruscamente, y de repente—. ¿No te habrías casado con él?

Vacilo. —Al menos, lo habría pensado dos veces —admito.

Ella asiente mientras lo asimila, volviéndose para ver el horizonte antes de volver a mirarme. —Yo… probablemente no debería estar haciendo esto en absoluto —admite—. Pero tenía curiosidad. Supongo que creí que, si te viera, entonces quizá yo… —se detiene—. En realidad, no sé lo que pensé.

—Yo también tenía curiosidad por ti —digo con timidez.

Parece tan perdida y frágil y, sin embargo, peligrosa al mismo tiempo. —¿Qué te dijo sobre mí?

—Que eras hermosa y exitosa y… criada en el mismo tipo de familia que él —le digo.

Ella frunce el ceño, escéptica.

—No miento —prometo—. Eso es lo que me dijo. Y por lo que parece, tenía razón.

Ella me da la más pequeña de las sonrisas. —Así que eres hermosa *y* amable —dice—. Eso lo hace mucho peor.

—Anika…

—¿Quieres almorzar conmigo? —pregunta abruptamente—. ¿Por favor? Sé que es mucho pedir. Sé que esto es completamente una locura. Pero yo solo… necesito un cierre. Necesito poder dejar esto atrás.

—¿Cómo ayudará el almuerzo con eso? —pregunto.

—No estoy segura —se encoge de hombros—. Quizá si me gustas sea más fácil dejarlo ir.

—Eso implica que, si no te agrado, me apuñalarás con un cuchillo de mantequilla —me río nerviosamente.

Ella sonríe. Una verdadera sonrisa esta vez. Es luminiscente. —Bueno, no tienes que preocuparte —dice—. Ya me empiezas a gustar.

—Aunque todavía estoy tratando de descubrir por qué querrías eso —digo—. ¿No sería más fácil odiarme?

—Se podría pensar —asiente solemnemente—. Ciertamente se podría pensar.

Parpadeo mientras proceso todo esto. Ni siquiera puedo empezar a imaginar cómo reaccionará Kon ante la noticia de que almorcé con su ex prometida, la hija del hombre que asesinó a su padre.

Aun así, *ella* no tuvo nada que ver con esa política, ¿verdad? Ella era un peón tanto como yo. Si alguna vez fui siquiera un peón para empezar.

—Por favor, Iris —dice en voz baja—. Una hora.

Una hora. Es difícil discutir eso. —Vale —suspiro—. Almorcemos. Una hora.

Ella sonríe. —Excelente. Entra.

Vuelve al coche y se desliza para hacerme espacio. Dudo en la puerta. —No vas a llevarme a algún lugar remoto y luego matarme, ¿verdad? —pregunto con otra risa ansiosa.

Ella se ríe. —Si así fuera, no estaría en escena —dice—. Dejo que otras personas maten por mí —me mira a la cara y su expresión se torna de horror—. ¡Solo estoy bromeando, Iris!

—Joder —jadeo, poniendo una mano sobre mi corazón—. Por un segundo…

—No deberías creer todo lo que lees en las novelas de mafia.

—¿Existe tal cosa? —pregunto.

—Te daré mi lista de lectura —dice con un guiño muy de amiga—. ¿Vas a entrar?

Respiro hondo y me subo al coche. Huele a cuero caro y a perfume cítrico. —Este es todo un coche —comento.

—Fue mi regalo de cumpleaños número veintiuno.

—Dios mío.

Ella se estremece. —¿Fue algo desagradable decir eso? Mierda, lo fue, ¿no?

—No —digo con una sonrisa—. En tu caso, es solo un hecho.

Anika se retuerce las manos en el regazo. A pesar de lo hermosa y serena que era cuando llegó por primera vez, sigo vislumbrando a una niña nerviosa escondida bajo esa aura confiada.

—Espero que esto no parezca espeluznante —dice de pronto mirándome y luego desviando los ojos.

—No, normalmente encuentro que el acoso es halagador —bromeo.

Vuelve a estremecerse, pero se ríe. —Así que realmente no sabías nada de mí —dice asombrada.

—Realmente no lo sabía.

Su expresión escéptica da paso a una creencia a regañadientes. —Supongo que no debería estar enojada contigo —dice—. Él fue quien tomó la decisión.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿De mujer a mujer?

Ella asiente. —Adelante.

—¿Por qué seguir con esto? —pregunto—. ¿Por qué pasar tanto tiempo lamentando una relación que no era real?

Su frente se arruga y aparta la mirada de mí por un momento tenso. En lugar de responderme, abre la ventana que nos separa del conductor.

—Mick, gira en la siguiente esquina. Hoy tengo ganas de Genova.

Genova. Conozco ese nombre. Es un lugar real y, por lo tanto, probablemente no sea el escenario de una posible ejecución al estilo mafioso.

Eso espero.

El conductor se detiene justo delante de las puertas dobles del elegante restaurante. Salgo del coche y espero a Anika. Sale con gracia, como una mujer a la que le enseñaron exactamente cómo moverse en cada situación.

Cuando está en la acera junto a mí, se alisa el vestido y se pasa los dedos por el cabello. Todos los que están en la fila la miran boquiabiertos.

Mientras tanto, yo miro boquiabierta a todos los que están en la fila. —Quizá tengas que elegir otro lugar —observo—. Parece que hay una larga espera.

Anika sonríe. —Siempre hay una mesa reservada para mí —explica.

Sería fácil resentirse por su evidente privilegio si no fuera tan agradable con todo ello. No pretende hacerme sentir inferior… o sea, sí lo hace, pero no pretende hacerlo… es solo la declaración de un hecho. *Compré esta limusina absurdamente extravagante para mi cumpleaños veintiuno. El mejor restaurante de la ciudad tiene una mesa reservada para mí. Tanto el presidente como el Papa me desearon felicitaciones por FaceTime cuando me gradué de la escuela secundaria, y Drake fue DJ en mi primera comunión.*

La sigo como un patito feo hasta el restaurante. Nos saludan como a la realeza e inmediatamente nos sentamos con una gran cantidad de reverencias, bebidas de cortesía y múltiples coros de «Qué bueno verla, Srta. Kuzmin».

—Quiero ensalada de nueces —le dice Anika al camarero después de habernos limpiado las manos con toallas con aroma a lavanda—. Y mi amiga necesitará el menú.

—Eh… en realidad no tengo mucha hambre.

—No has comido nada en todo el día —señala—. Te he estado acosando, ¿recuerdas?

Me río torpemente. El camarero está a nuestro lado, atento pacientemente. —Em… entonces tomaré lo mismo que ella.

—Excelente, señora. Volveremos con eso de inmediato —desaparece, dejándonos solas en nuestro pequeño rincón tranquilo y rodeado de flores.

Anika toma un pequeño y delicado sorbo de su agua con limón. —Fue amable de tu parte aceptar mi invitación. Pensé que era una posibilidad remota.

—Esta mañana te habría dicho lo mismo —concuerdo—. Pero tuve un día increíble, así que a estas alturas todo es posible.

Ella asiente. —¿Cómo estuvieron tus citas?

Me pregunto si se da cuenta de que es espeluznante la forma en que me pregunta estas cosas. Por la expresión de su cara, diría que no. Igual que con el coche y la reserva, para ella es natural saber lo que quiere, conseguirlo. Es como si estuviera hablando con un extraterrestre que no está familiarizado con el concepto de límites.

—Técnicamente hablando, fueron visitas, no entrevistas.

—¿Hay una diferencia?

—Tal vez una pequeña —digo—. Pero no importa. Se negaron a verme.

—¿Qué? —Anika exige de inmediato, aparentemente indignada por mí—. ¿Por qué?

Le hago un gesto para que lo olvide. —No es importante.

—Podría llamar…

—¡No! —dejo escapar—. No, eso es muy dulce de tu parte, pero no. Todo estará bien.

Se recuesta en su asiento, aunque permanece con el ceño fruncido. —No estás acostumbrada a esta vida, ¿verdad? —pregunta en voz baja.

—No, en realidad no. Todo y todos en ella son prácticamente incomprensibles para mí.

Anika vuelve a asentir, más pensativa que nunca. —¿Es ingenuo de mi parte pensar que podríamos ser amigas?

Mis ojos se agrandan por la sorpresa. —¿Por qué siquiera querrías ser mi amiga, Anika?

Se encoge de hombros. —Supongo que no sabía lo que quería cuando vine a buscarte hoy. Pero ahora parece que una amistad sería la forma más madura de manejar esto.

—¿Por qué quieres manejar esto en absoluto? —pregunto.

—Lo amo desde hace una década —explica suavemente—. No puedo simplemente apagarlo ahora que sé que ya no es una opción.

—¿Cómo puedes amar a una persona que ni siquiera conoces?

En el momento en que hago la pregunta, me siento hipócrita. ¿No me enamoré de Kon después de un par de horas con él? ¿Puedo permitirme juzgar a Anika por la profundidad de sus sentimientos, cuando los míos no estaban tan lejos al principio?

—Esa es la cuestión… siento que sí lo conozco. Conozco su vida, su crianza. Entiendo su mundo. Sé lo que necesita un hombre como él. Sé cómo ser su esposa, Iris. Me entrené para ello desde que era niña.

—¿No quieres ser más que la esposa de alguien?

—Nunca quise ser la esposa de *alguien*. Quería ser *su* esposa. Desde el principio.

Entonces, el camarero regresa con nuestras ensaladas. Me siento en silencio hasta que desaparecen. Me muero de hambre, así que empiezo a comer, pero Anika está sentada con las manos cruzadas remilgadamente en su regazo, la viva imagen de la elegancia.

Mastico, trago y vuelvo a dejar el tenedor. Siento como si estuviéramos al borde de algo importante de alguna manera, aunque toda esta interacción está tan fuera de lugar que podría estar completamente equivocada al respecto.

—¿Qué principio? —pregunto.

Ella sonríe como si estuviera contenta de que se lo pregunte. —El día que nos conocimos. Bueno, en realidad no nos conocimos ese día, pero yo lo vi. Me escondí junto a la escalera y lo observé con nuestros padres. Tenían una reunión. Se suponía que yo debía estar en la cama.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce —dice.

—Doce —respiro—. Tan joven.

—En la Bratva maduramos rápido —afirma con cierto orgullo.

Pero tengo la sensación de que eso no es precisamente cierto. El mero hecho de que se aferre a la idea de Kon incluso después de todo lo que pasó me hace creer que no ha madurado más allá del punto de odiar la palabra “no”.

—Mi padre me había sentado antes y me dijo que estaba tratando de llegar a un acuerdo con su amigo y aliado de nuestra Bratva. El acuerdo implicaba que algún día me casara con el hijo de su amigo.

—Suena como una de esas novelas que mencionaste.

Se ríe. —También pensé lo mismo. Pero, aun así, me pareció… romántico. Y luego lo vi y lo supe…

—¿Supiste qué?

—Que lo quería —dice, con un aire de posesividad que me pone la piel de gallina—. Era el hombre más hermoso que jamás había visto.

No puedo precisamente culparla. Tuve un pensamiento similar cuando vi a Kon por primera vez. Pero igual empiezo a sentir que se me encoge el estómago por los celos.

—Pero no fue solo eso —continúa—. No se trataba solo de su apariencia. Era la forma en que se comportaba. La forma en que hablaba. No se sentía intimidado en lo más mínimo. Mi padre lo bombardeó con una pregunta tras otra, y él las tomó todas con calma. Él respondió a todas. Él nunca vaciló. Kon sabe quién es, Iris. Siempre lo ha hecho.

Juego con el dobladillo del impecable mantel blanco. De pronto siento unas náuseas extrañas.

—No viste el acuerdo tal como era —digo en voz baja, más para mí que para Anika.

—¿Cómo era?

—Una trampa. Una jaula. Una que bien podrías superar. Pero nunca te iban a dar la llave.

—Siempre supe que iba a ser una esposa Bratva —dice, desafiante.

—Saber es una cosa —señalo—. Querer es otra.

—Supongo que lo que quiero ya no importa —dice—. Él tomó su decisión.

—Y murió gente —digo—. Hay dolor en ambos lados, Anika. Un hombre murió…

Suspira con tristeza. —Siempre me gustó Stepán. Él era un buen hombre. Fuerte, como mi propio padre —luego se relaja y toma el tenedor para empezar a comer su ensalada—. Espero que tengas lo necesario.

Arrugo la frente. —¿Qué quieres decir?

Anika se encoge de hombros. —No es fácil manejar a hombres como Kon.

—Sabes, estoy empezando a darme cuenta de eso.

Ella me ofrece una pequeña sonrisa. —¿Quizás pueda ayudarte?

—¿Por qué siquiera querrías hacerlo?

Ella suspira. —Porque lo entiendo ahora.

—¿Qué entiendes exactamente?

—Por qué te eligió en primer lugar.

Suena como un cumplido. Por lo menos, así me parece al principio. Pero luego se tuerce y me pregunto si hay algo más acechando debajo de la superficie. Una amenaza que no puedo ver.

Una espina escondida debajo de los pétalos de una rosa.

KON

Max y yo estamos comiendo blinis en la cocina cuando Iris llega a casa. Tiene una expresión extraña. Como si intentara ocultar algo de su cara, pero leer la mía al mismo tiempo.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunto.

Se sienta en la mesa, pero permanece sentada en el borde de la silla, lista para salir corriendo en cualquier momento.

—Fue… interesante —dice.

—¿Conseguiste trabajo, Mamá? —pregunta Max entusiasmado mientras toma su tercer pastelito.

—No, cariño, no lo hice. Hoy fue un fracaso. Pero está bien —añade con un guiño—. Los cansaré.

Ella me lanza otra mirada. Me gusta incluso menos que la primera. —Max —le digo—, ¿por qué no vas a darte una ducha? Fue un día largo para todos nosotros.

Max se encoge de hombros, se mete la mayor parte de un cuarto pastelito en la boca y sale corriendo hacia las escaleras. Últimamente parece más largo, más delgado. Lleno y completo. Es extraño mirarlo y ver los contornos borrosos del hombre en el que pronto se convertirá.

Hoy fue un tirador natural en el campo de tiro. Llevamos a Yefim a dar un paseo y él estaba tan orgulloso como yo. Todo lo que el niño necesitaba eran algunos consejos y al final de las dos horas, estaba disparando directo al objetivo.

—¿Fueron juntos a algún lugar hoy? —pregunta Iris con curiosidad cuando la cocina vuelve a estar en silencio.

—Sí. Paracaidismo, lucha con espadas, lucha con caimanes.

Pone los ojos en blanco. —Estoy demasiado cansada para las bromas, Kon.

Tomo un sorbo de mi café negro y la miro. —Fuimos a dar una vuelta, Iris. Eso es todo.

—Ah. Vale —deja que sus ojos caigan hacia donde sus dedos juegan con la cremallera de su bolso.

—Parece que tienes algo para decirme —le digo cuando no ofrece la información por su cuenta.

Vacila. —Te lo diré, pero tienes que prometer que no perderás el control.

—Oh-oh.

—No es gran cosa —dice rápidamente—. De hecho, resultó ser en su mayor parte inofensivo.

Mi cuerpo se pone rígido al instante. —¿Nestor? —joder, sabía que debí haberle asignado seguridad. Tengo su teléfono rastreado, pero si ese hijo de puta se acercara…

—No, no —dice apresuradamente. Luego deja caer los hombros y añade—: Aunque cerca.

—No querrás decir…

—Anika.

—Jesucristo —gruño—. ¿Qué pasó?

—Ella… bueno, me invitó a almorzar. En realidad, fue muy cordial. Me atrevería a decir que es dulce.

Entrecierro los ojos hacia ella. —Espera… ¿me estás diciendo que realmente dijiste que sí?

Iris tiene la presencia de ánimo para parecer culpable. —O sea, ella fue bastante insistente, y solo parecía…

—¿Qué? —exijo, enojado—. ¿Ella parecía qué?

—Como si necesitara una amiga —termina con un suspiro de cansancio.

Aprieto mi taza con tanta fuerza que es un milagro que no se rompa. —¿Y no crees que es una gran coincidencia que la persona de la que quiere ser amiga también sea mi puta *esposa*?

—Relájate, ¿vale? —dice Iris, su tono se vuelve brusco e impaciente—. Ella solo buscaba un cierre.

—¿Y tú eres la persona de la que intentó sacárselo?

—No creo que tú lo ofrecieras precisamente en bandeja de plata, Kon.

Me levanto de la mesa y la miro fijamente. —No volverás a hablar con esa mujer nunca más. ¿Se entiende eso?

—No volverás a hablarme *a mí* así nunca más —responde. Sus ojos brillan con un fuego nuevo —. ¿Se entiende *eso*? No puedes decirme con quién puedo y con quién no puedo hablar.

—Ese anillo en tu dedo dice que sí puedo.

De inmediato, ella comienza a quitárselo. —Aquí lo tienes de vuelta, entonces. Qué tonta… pensé que era un anillo de bodas, no una correa de perro.

Rodeo la mesa y agarro su mano antes de que logre quitarse el anillo. —Cuando te ponga una correa, lo sabrás —gruño—. Ahora deja de ser terca y escúchame.

—¿Qué tal si tú me escuchas a mí por una vez?

—Lo haría, si no insistieras en ser tan estúpida todo el tiempo.

—Ser tan… *¿disculpa?* —grita furiosamente—. Eso es tan jodidamente irónico.

Todavía tengo mi mano alrededor de su muñeca. Su pulso golpea contra mi palma y el anillo se clava en mi piel, un recordatorio afilado de todo lo que está en juego aquí.

—Entonces, ¿volver corriendo a Papi fue una decisión inteligente? —digo con ira.

—¡Actúas como si tuviera muchas opciones! —alza la voz—. ¡¿A quién más tenía?!

—¡A mí! —rujo, acercándola contra mí—. ¡Me tenías *a mí*, maldita sea!

—¡No! Anika te tenía. Y tú me tenías como tienes una mascota o un sofá… como un objeto para usar y desechar a tu antojo. Así que no, Kon, no te tenía. No tenía a nadie. Nunca tuve a nadie.

—Esa es tu puta culpa. Pasaste la vida alejando a cualquiera que jamás haya intentado ayudar.

Sus ojos verdes se agrandan y reacciona sin pensar. Su mano corta el aire. Veo venir la bofetada, pero igual no hago nada para detenerla. Ni siquiera me aparto de su camino. Dejo que me golpee.

Ella necesita esto más de lo que puede entender.

En el momento en que hace contacto con un lado de mi cara y el sonido de la violencia resuena en la silenciosa cocina, jadea horrorizada. Mira su mano como si fuera responsable de actuar por sí sola.

—Ay —susurra. Luego, quizá dándose cuenta de lo asustada y vulnerable que parece, levanta sus ojos hacia los míos—. ¿Es así entonces? —pregunta—. ¿Es este el momento en que finalmente te deshaces de mí?

La miro durante mucho tiempo. Luego, sacudo la cabeza. —No, *kiska*. Cuando alguien me desafía, no me deshago de él. Lo castigo.

Mi amenaza tarda un momento en asimilarse. Pero cuando lo hace, sus ojos verdes estallan de color y trata de alejarse de mí. Aunque no lo suficientemente rápido. Ni siquiera cerca.

La agarro y la levanto sobre mi hombro con un movimiento rápido. —¡No! —grita—. ¡Kon! ¡Suéltame!

Subo las escaleras hasta mi dormitorio de dos en dos. Un par de sirvientas huyen por el pasillo del segundo piso tan pronto como nos acercamos, desapareciendo en las habitaciones contiguas sin hacer ruido.

Cierro la puerta de una patada con un ruido ensordecedor. Iris me golpea la espalda con los puños, aunque es tan inútil como cualquier otra cosa que haya intentado. La dejo sin contemplaciones sobre el colchón.

El cabello ondea alrededor de su cabeza y veo un destello de esos sensuales ojos verdes. —Ah, entonces *así* es como se hacen las cosas —gruñe salvajemente—. ¿Es así como habrías manejado a Anika si se hubiera defendido? ¿O estoy recibiendo un trato especial?

—Anika lo habría sabido mejor.

—¡Porque es una *niña*! —grita Iris—. Nació y fue criada para ser tu pequeño juguete. Eres un enfermo por jamás haber aceptado que eso suceda.

Con eso, salta de la cama y comienza a caminar hacia la puerta. Pero me deslizo suavemente en su camino.

—Apártate de mi camino —gruñe.

—Oblígame.

—¿Estás intentando que te abofetee otra vez?

Me inclino un poco y le susurro al oído—: Tal vez me gusta cuando te defiendes.

Se sacude en mis manos, pero no la suelto. En lugar de eso, la giro en su lugar para que mi polla quede presionada contra su trasero. Inhalo su aroma. Es una droga para mí. Mi polla se endurece, mi pulso se acelera, mi respiración se vuelve más rápida y superficial.

—Hueles delicioso —le digo con voz áspera.

—Probablemente sea el perfume de Anika —dice con amargura—. No es de extrañar que te guste.

—No volverás a verla.

—Realmente necesitas dejar de decirme qué hacer.

—Realmente necesitas empezar a actuar racionalmente —gruño—. Esta mujer no es la inocente muñequita de porcelana que parece ser. Ella es peligrosa.

—Tiene veintidós años.

—¿Sabes cuántos hombres había matado cuando tenía veintidós años? —pregunto en voz baja.

Ella se tensa en mi alcance. —¿Se supone que eso debe impresionarme?

—Es un hecho, Iris. Tú eres quien controla lo que significa para ti —me acerco, encuentro la hebilla que sujeta su chaleco y la libero. Luego le arranco la prenda del torso.

—Suéltame —dice de nuevo, con la voz entrecortada por partes iguales de furia y desesperación.

—Te soltaré cuando esté bien y listo.

Ella se sacude contra mí, pero lo único que hace es apretar su trasero contra mi erección. Al mismo tiempo, deslizo mi mano debajo de su ondulante camisa blanca.

—Sin sujetador —observo—. Interesante.

Se le corta el aliento cuando mis dedos rozan sus pezones. Intenta darme un codazo, pero la empujo contra la pared y su cara se estrella contra la superficie lisa.

—¿Realmente estás haciendo esto? —pregunta.

—Tus pezones están duros, tus ojos están dilatados y estoy bastante seguro de que, si toco tu coño ahora mismo, estarás mojada.

—No te atrevas a…

Se interrumpe cuando le rasgo los pantalones hasta los muslos, dejando al descubierto la tanga negra de encaje que lleva puesta. Cuando le doy una palmada en el trasero, grita… no de dolor, sino de lujuria.

—Eres un gilipollas —se retuerce debajo de mí.

—Eso dices, una y otra vez.

—Sí, bueno, vale la pena repetirlo.

La rodeo y deslizo mis dedos dentro de sus bragas. Jadea de nuevo y su cuello se arquea hacia atrás. Acaricio sus pliegues una vez, luego retiro mi mano y llevo los dedos brillantes a mis labios. Chupo sus jugos lentamente. Dulce y salado. Puta dicha.

—Justo como pensaba —digo con voz áspera—. Empapada para mí.

—Kon…

—¿Es esto lo que temes que hubiera hecho con Anika? —pregunto mientras encuentro su clítoris y empiezo a trazar círculos lentos y perezosos a su alrededor—. ¿Te preocupa que la tocara así?

Ella gime y esta vez el sonido es inconfundible. Hay un ardiente deseo entre sus respiraciones. También hay rabia, pero la lujuria la ahoga como si nunca hubiera existido.

—Joder… —gime. Mi polla golpea contra sus nalgas y ella se estremece.

—¿Te preocupa que la hiciera gemir como te estoy haciendo gemir a ti ahora mismo?

—Mmm… tú… gilipollas…

—Inténtalo de nuevo, bebé —le gruño al oído—. Usa tus palabras. Dime qué te asusta.

Muevo mis caderas contra su trasero y ella deja escapar este pequeño gemido estrangulado, que casi me hace abandonar mi plan y sumergirme dentro suyo aquí y ahora.

Pero no soy más que decidido.

Deslizo dos dedos dentro suyo, manteniendo mi pulgar sobre su clítoris.

—Ay, Dios… —lloriquea mientras yo sigo—. Ay, Dios…

—¿Te preocupa que la hiciera correrse así? —pregunto mientras su cuerpo se mueve y se retuerce.

—Sí… sí…

Y luego, justo antes de que se rompa el orgasmo, quito mi mano y la libero de una vez. Sus manos golpean contra la pared y sus rodillas se doblan, pero logra mantenerse en pie.

Cuando se da vuelta, sus ojos son penetrantes, salvajes y desgarradoramente desesperados. Solo le sonrío. —Te lo dije, Iris: no me deshago de la gente. La castigo.

—Espero poder devolverte el favor algún día —me gruñe.

—Ah, sí. Esa es la receta para un matrimonio feliz.

Me giro, ajusto mi polla dolorida en mis pantalones y camino hacia la puerta. Detrás de mí, la oigo resoplar y jadear mientras lucha por volver a ponerse la ropa.

Ella pasa junto a mí una vez que está vestida, pero se detiene en la puerta y mira hacia atrás. Sus ojos son brillantes, su cabello revuelto, el desafío emana de cada poro…

Y nunca la he deseado más.

—¿Crees que eres el último en reír? —exige, antes de que sus ojos se fijen con conocimiento en el bulto visible en mi entrepierna—. Volveré a mi habitación y me tocaré hasta correrme sobre tus costosas sábanas de algodón egipcio. Y tú no eres el hombre en el que pensaré cuando lo haga. Disfruta de tus pelotas hinchadas, Konstantin. Durarán toda la vida.

Cierra la puerta de golpe y me deja riendo para mis adentros.

La mujer pelea sucio.

Tal y como me gusta.

IRIS

Hago exactamente lo que le prometí a Kon que haría. De vuelta en mi habitación, tratando desesperadamente de fastidiarlo con mi propia liberación.

Pero no pude correrme pensando en otro hombre. Simplemente no pude. Aunque no por falta de intentos.

Me quedo dormida muy enojada. Me despierto sintiendo esta extraña hambre. Pero no tiene nada que ver con mi estómago. Hay hambre en mi piel, en mi cuerpo, entre mis piernas.

Quiero a Kon.

Y mis dedos simplemente no llenan el vacío. Sin juego de palabras.

Me hundo en el suelo de la ducha y me siento allí mientras el agua caliente cae sobre mí. Es como una cascada tropical, exuberante y privada. Desafortunadamente, eso vuelve demasiado fácil dejar que mi mente se pierda en fantasías.

Fantasías sexuales, por supuesto, pues la perra codiciosa entre mis piernas no puede tener suficiente por mucho que mi cabeza le grite que se cierre la cremallera. Pero también es más que sexo. Incluso las fantasías que comienzan de esa manera tienen otro elemento.

Por lo general, ese elemento implica que yo finalmente tome la delantera. Kon prueba algunas de sus cosas habituales de Kon y se la devuelvo. Soy *yo* quien lo atrapa. Soy *yo* quien lo tienta. Soy *yo* quien está a cargo sin esfuerzo.

Pero, si nos guiamos por la historia, eso nunca será más que una fantasía. Y todos esos pequeños y hermosos sueños terminan de la misma manera… con el cuerpo desnudo de Kon flotando dominantemente sobre el mío, listo para devorarme por completo.

—Joder —murmuro mientras levanto la mano para cerrar el agua.

Me seco con enojo y me visto con jeans cortos y una camiseta gris ajustada. Luego, me trago mi orgullo y bajo las escaleras. No es que pueda evitarlo para siempre. Tenemos un hijo en común que cree que todavía estamos casados.

Max está en la cocina con Imogen, la chef. Está sentado en la encimera, mirándola freír unas salchichas en la sartén. El olor es delicioso. Es mucho decir, pues no tengo mucho apetito en este momento.

—Buenos días, Sra. Aminoff —saluda Imogen.

—Llámame Iris, Imogen.

—No puedo hacer eso, señora.

Suspiro. —Bueno, entonces Srta. Keller está bien.

—Pero Sra. Aminoff suena bien, ¿no? —pregunta Kon, entra y me provoca un espasmo.

Obstinadamente rígida, me giro y me sirvo un vaso de agua de la jarra que está en el refrigerador. Puedo sentir sus ojos sobre mí, esperando el próximo acto de desafío.

—Esas salchichas huelen increíble, Imogen —digo intencionadamente, sin siquiera mirar en dirección a Kon.

—Gracias, señora. Son una vieja receta familiar.

—¿Y la desperdicias con tu empleador actual?

—Me paga bien —dice con descaro.

—Apuesto a que sí —murmuro. Cuando me doy la vuelta, Kon está sentado a la cabecera de la enorme losa de roble carbonizado que sirve de mesa del comedor. Max se sienta en un asiento contiguo. Tomo el más lejano posible.

—¿Puedo traerles a todos algo de beber? —pregunta Imogen mientras se acerca a nosotros.

—¡Jugo de naranja! —chirría Max.

—Café para mí, Imogen —retumba Kon—. Negro.

—Max buscará su propio jugo, Imogen —le digo, mirando a mi hijo hasta que se levanta de la silla—. Y puedo prepararme una taza de café yo misma.

—No es necesario, señora —dice Imogen, incómoda—. Para eso estoy aquí.

—Tienes las manos ocupadas preparando el desayuno. No te preocupes por las bebidas.

Ella mira a Kon, que le da un asentimiento que estoy segura comunica algo que realmente me enojará. Con una reverencia respetuosa y sin decir una palabra más, Imogen regresa a la cocina.

—¿Tratas de demostrar algo? —me pregunta Kon.

—Que no somos mocosos mimados como tú claramente eres.

Por supuesto que eso no parece molestarle en lo más mínimo. —No me disculparé por mi estilo de vida.

—Quizás deberías.

Él alza las cejas. —Explícate.

—Solo digo que tienes mucha riqueza. ¿Por qué no compartirla? Hay grandes organizaciones benéficas a las que puedes donar. Programas que ayudan a personas desfavorecidas y minorías

en dificultades. Ese tipo de cosas. Mucha gente mataría por las cosas que tiras a diario.

—Interesante —dice—. Lo tendré en consideración.

Lo miro hasta que me duele la mandíbula por apretarla con tanta fuerza. —Max —digo sin dejar de mirar a Kon—, ¿por qué no vas a ver si Imogen necesita ayuda en la cocina?

Escucha el tono serio en mi voz, así que se levanta de la silla y entra a la cocina para ayudarla. Los escucho entablar una conversación ligera, salpicada de risas. Mientras tanto, agarro el borde de la mesa con tanta fuerza como para romperla.

—Crees que puedes convertirnos en lo que quieres que seamos —empiezo a gruñir—. Crees que puedes…

—¿Te das cuenta de que todas nuestras conversaciones son círculos gigantes? —interrumpe, tan casualmente como puede—. Damos vueltas y vueltas y siempre aterrizamos en el mismo lugar. Es agotador, para ser franco. Y bastante inútil.

—Solo digo…

—No —empuja su silla hacia atrás y se pone de pie. Mantiene las manos plantadas sobre la mesa, abiertas como las armas que son—. Solo intentas crear más fricción. Más chispas para alimentar el fuego en el que estás tan desesperada por seguir ardiendo.

—¿*Más* fricción…?

—Creo que es más fácil para ti pelear conmigo que simplemente estar conmigo. Estás tan aterrorizada de volver a lastimarte que intentas mantenerme a distancia porque Dios no permita que me acerque. Luego ¿qué pasaría? Horrores invisibles, estoy seguro. Material de pesadillas.

Parpadeo, con la boca abierta. —No estoy… No estamos… Eso no es lo que…

—¿Por qué no me lo explicas, entonces? —arrastra las palabras—. Soy todo oídos.

Estoy farfullando de ira. No porque esté equivocado, sino porque tiene una razón exasperante. Quizás esa sea la razón de todo esto: él siempre tiene la razón, siempre está a cargo y siempre sabe lo que quiere y lo que hace.

¿Pero yo? He estado indefensa y retorciéndome en el viento durante diez años…

No, durante doce, desde la noche en que Kyle Jacobson me pidió que le preparara una taza de café…

No, durante quince, desde que mi mamá se encerró en esa habitación y nunca volvió a salir…

No, por más tiempo, desde siempre, desde el día en que nací, desde que el odio de mi padre y el dolor de mi madre me fueron transmitidos antes de respirar por primera vez, conectados a mi ADN de una manera que no puedo y no escaparé por mucho que lo intente…

Kon no lo entiende. No sabe cómo se siente eso.

Le digo esas palabras en voz alta. —No lo entiendes —le susurro—. No sabes lo que se siente estar perdido.

—No estás perdida, Iris —suspira, se endereza y deja que esa marea de violencia regrese a cualquier agujero en su corazón en el que la guarda—. Estás justo donde debes estar. Eres demasiado terca para verlo.

Con eso, se da vuelta y se va. Me quedo temblando. Mil emociones diferentes tiran de mí como anzuelos durante unos largos minutos antes de hundirme en mi asiento.

Mi teléfono empieza a sonar en ese momento. Se siente un poco como una intervención divina cuando miro hacia abajo y veo el nombre de Anika aparecer en mi pantalla. Respondo con cautela.

—¿Hola?

—Hola, Iris —dice Anika, alegre—. ¿Cómo estás?

—Estoy… bien.

—Solo quería llamarte y agradecerte por ser tan amable conmigo ayer.

—No tienes que agradecerme por eso, Anika.

—No, sí tengo que —insiste—. No todo el mundo sería tan amable con la ex prometida de su esposo.

—No hiciste nada malo.

—Aun así, la dinámica es extraña.

—Es la historia de mi vida —murmuro.

Ella ríe, despreocupada. —Escucha, no te llamé solo para agradecerte. Te llamé porque concerté una reunión para ti. Una “visita”, como lo llamaste. Con Lorraine Corale.

Mis ojos se agrandan por la sorpresa. —¿Acabas de decir Lorraine Corale?

—Ajá. ¿La conoces? Ella diseñó algunos vestidos para mí y nos hicimos amigas a lo largo de los años. Mencioné que tenía una amiga que era modelo y ella accedió a reunirse contigo. Lanzará una nueva campaña este otoño y busca caras frescas.

—No estoy segura de ser tan fresca.

—Te estás subestimando. Eres hermosa.

Arrugo la frente. —Anika… ¿por qué haces esto? —pregunto.

—Porque… me gustas —dice en voz baja—. Y si puedo ayudarte en tu carrera, estaré feliz de hacerlo. Finalmente puedo hacer un buen uso de todos mis contactos. Se siente bien ser útil.

Puedo sentir mi corazón latiendo de manera desigual. Realmente quiero esto. Necesito sentir que puedo valerme por mí misma, sin Kon. No soy una damisela en apuros, por mucho que el universo siga intentando convertirme en una.

—Puedo entender por qué podrías dudar —interviene Anika cuando todavía no he respondido—. No tenemos que contarle a Kon sobre esto si no quieres. Solo haré presentaciones. No hay nada

de malo en una pequeña charla amistosa, ¿verdad?

Respiro profundamente y miro hacia arriba. No hay señales de Kon. Solo están Max e Imogen saltando por la cocina, cocinando una tormenta.

—Vale, entonces —digo—. Hagámoslo.

—Genial —dice Anika—. Te enviaré un mensaje de texto con los detalles.

Asiento con la cabeza. —Gracias.

Cuelga y dejo el teléfono sobre la mesa con cuidado. Paso mis dedos a lo largo de la veta de la madera mientras me hago la misma pregunta una y otra vez, sin siquiera el indicio de una respuesta a la vista.

¿En qué diablos me he metido?

KON

La mesa redonda nunca deja de hacerme reír. Los dones de la ciudad se reúnen alrededor de una mesa donde nunca nadie se sienta a la cabecera. Es un trato igualitario, es caballeroso… y muy jodidamente estúpido.

Porque los demás pueden fingir ignorarlo todo lo que quieran, pero hay una jerarquía específica en esta ciudad: yo estoy en la cima de la cadena alimentaria y todos los demás están debajo de mí.

—¿Otro cigarro? —viene una voz desde mi derecha.

Tomo el cigarro que me ofrece Gorvic Magellan. Mattias Kostas se inclina para encenderlo. Inspiro y dejo que el dulce humo llene mi boca antes de exhalar una nube sobre la superficie de la mesa.

Los ojos de Magellan permanecen fijos en los traseros de las camareras mientras recogen las fichas de póquer y vuelven a llenar nuestras bebidas. Érase una vez, habría hecho exactamente lo mismo. Solía encontrar este tipo de cosas emocionantes. Ahora lucho contra los bostezos.

Lo único que realmente me interesa es la información que vuela a través de la mesa.

Cada hombre aquí es un aliado confiable. O, al menos, lo más confiables que puedan ser sin ser un Vor con la marca Aminoff en el pecho. Durante décadas, siguieron nuestro ejemplo. Pagaron nuestro homenaje. Pelearon nuestras guerras. Tienen mucho que perder si la Bratva Aminoff flaquea.

Hasta ahora, sin embargo, los hombres parecen más interesados en hablar de mi matrimonio y del caos que siguió que de cualquier otra cosa. Estoy casi al límite de mi paciencia y apenas llevamos aquí una hora.

—Así que, ¿cuándo conoceremos a tu esposa? —pregunta Kostas.

—Todavía no —digo brevemente, dando otra calada a mi cigarro.

—Espera —dice Magellan, alzando las cejas hacia Kostas—. ¿Quieres decir que no sabes quién es ella?

—¿Debería?

—Ella es modelo. Solía salir con alguna estrella de rock idiota.

—¿Una modelo? —dice Kostas, mirándome con celos—. Me gusta tu estilo, Kon.

Magellan levanta su teléfono y veo que muestra una foto de mi esposa. Ha elegido la foto más modesta, probablemente porque no es un completo idiota.

—Bueno, vaya —silba Lennon—. Tenía que haber una buena razón por la que dejaras de lado a Anika Kuzmin. Tiene sentido ahora.

Los otros hombres también intervienen.

—Ella es un diez.

—Sexy como el pecado.

—Piernas por días.

Miro a Magellan y él guarda su teléfono con una sonrisa tímida. —No estamos aquí para hablar de mi esposa —digo con firmeza. Eso silencia la mesa de inmediato—. Estamos aquí para hablar de negocios.

Chasqueo los dedos hacia las mujeres que flotan a nuestro alrededor. Se animan al instante y están listas para hacer cualquier cosa que les pida. —Todas ustedes. Afuera.

Las mujeres salen de inmediato, una tras otra, hasta que no queda nadie más que los ocho hombres en la mesa. —¿Alguna noticia procedente del campo de Kuzmin? —pregunto.

Magellan asiente. —Vi al propio Nestor fuera de casa hace unos días.

—¿Dónde?

—La Suite Negra —dice Magellan—. Estaba entregándose a un par de prostitutas. También tenía un montón de cocaína en su mesa, del tamaño del Everest.

Kostas resopla. —Me suena a tocar fondo.

—A mí me suena a patrañas —corrijo—. A Nestor no le gustan ese tipo de indulgencias. E incluso si lo hiciera, no lo haría donde pudieras verlo.

—¿Crees que está tratando de despistarnos? —pregunta Yefim.

—No lo sé, Kon —reflexiona Magellan—. Parecía bastante cabreado por encontrarse conmigo.

Jax Carver da una larga calada a su cigarro. —Según mis fuentes, el hombre ha estado cagándose desde que lo visitaste. Reforzó su seguridad, apenas sale de casa, etcétera. Pensó que era hombre muerto.

Kostas se vuelve hacia mí con ojos astutos y vigilantes. —¿Por qué *no* fue hombre muerto ese día? —preguntan. Los otros hombres gruñen de acuerdo con la línea del interrogatorio.

Me recuesto en mi asiento y jugueteo con el cigarro. —Decidí ser misericordioso.

Más gruñidos, algunos de ellos escépticos. Podría levantarme fácilmente y recordarles a estos gusanos para quién carajo trabajan. Pero decido tomar la ruta diplomática.

—¿Cuántos de ustedes sabían que mi familia estaba muy endeudada con la Bratva Kuzmin?

El silencio de sorpresa que me recibe me da la respuesta: ninguno de ellos.

Asiento. —Stepan nos metió en un hoyo. No era tan profundo como para que no pudiera sacarnos, pero era lo suficientemente profundo como para que fuera necesario formar nuevas alianzas. Era necesario tomar decisiones difíciles. La razón original de mi compromiso con Anika Kuzmin fue tanto el pago de esa deuda como una alianza política entre dos Bratvas aliadas.

—Joder… —alguien dice.

—Nestor Kuzmin está vivo hoy por dos razones: en primer lugar, porque invirtió dinero en los Aminoff cuando no tenía ninguna seguridad concreta de que lo recuperaría. Y continuó haciéndolo durante años, sin nada más que la palabra de mi padre que lo respaldara. Y la mía.

—Yo rompí mi palabra cuando hice de otra mujer mi esposa. Las acciones de Nestor fueron injustificadas, pero su enojo no. Por eso salió vivo de allí. Ahora, los Aminoff están libres de deudas, todos los saldos están liquidados y cualquier atentado contra mi vida o mi Bratva de ahora en adelante se enfrentará con lo habitual: mano de hierro y sin piedad.

Los hombres murmuran su aprobación.

—¿Crees que intentará algo? —pregunta Agassiz. Es el hombre más callado en la mesa, por lo que quizá retiene la mayor cantidad de información. Sus ojos vigilantes captan todo.

—Nestor es un hombre orgulloso —digo—. Los hombres orgullosos no se dejan intimidar tan fácilmente.

—Especialmente por un tío al que solía ver en pañales —susurra Yefim con una risa suave. Tomo nota mental de golpearlo tan fuerte como pueda cuando termine la reunión. Por ahora, lo ignoro.

—El punto es permanecer alerta —les digo a todos—. Si escuchan algo, si ven algo, infórmenmelo. De inmediato.

—¿Qué pasa con la chica? —pregunta Kostas—. ¿La chica Kuzmin?

—La chica también —digo—. Quizá incluso especialmente la chica.

Yefim me mira con las cejas arqueadas. Todavía no mencioné su pequeño almuerzo con mi esposa. —¿Anika? —pregunta, sorprendido—. No pensé que quisieras incluirla en esto.

—Eso fue antes de pensar que ella sería un problema.

—¿Cómo es que ella es un problema? —presiona Yefim.

—Eso está por verse —digo con desdén—. Creo que este juego casi llega a su fin. En cuanto al negocio normal, asegúrense de que los pagos se entreguen antes del final de la semana. Reunión terminada.

Los hombres se levantan de sus asientos y se dirigen hacia la puerta negra. El único que se queda atrás es Yefim, aunque mira con nostalgia la salida.

Sonrío. —Nadie te retiene aquí.

—Ese ceño fruncido en tu cara lo hace —suspira—. ¿Hay algo que no me estás contando sobre Anika?

Apago los restos de mi cigarro. —Ella se puso en contacto con Iris.

—No puede ser —dice Yefim. Suena demasiado intrigado—. ¿Se conocieron?

—Ella localizó a Iris en la calle. Almorzaron.

Se congela y su sonrisa se vuelve incierta por un momento. —No puedo notar si estás bromeando o no.

—No lo hago.

—Jesús —respira—. ¿Fue como una situación de almuerzo a punta de pistola?

—No. Iris fue de buena gana.

Me mira fijamente por un momento y luego una risa aguda se escapa entre sus dientes apretados. —Entonces, estás diciendo que tienes la oportunidad de tener un trí…

Le doy el puñetazo que le prometí hace unos minutos, fuerte en el hombro. Yefim aúlla de dolor.

—Anika busca algo —digo mientras él gruñe maldiciones en voz baja en ruso rápido.

—¿Puedes estar seguro? —pregunta, todavía frotándose el hombro.

—No, pero es mejor tener un plan de contingencia. Anika podría simplemente estar pescando, buscando caminos para regresar a mí. Quizás ella realmente sea sincera. No lo sé, pero no quiero que vuelva a ver a Iris.

—¿Le has dicho eso a Iris?

—Por supuesto. Todo salió tan bien como se podría esperar.

Yefim me mira, con expresión a la vez divertida y curiosa mientras toma su bourbon.

—¿Qué? —exijo.

—Es simplemente gracioso, eso es todo. Tu esposa pasa la mitad de su tiempo intentando arrancarte la polla de un mordisco.

Suspiro y me recuesto en mi asiento. Mi voz suena casi reverente, aunque no era mi intención. —Ella es lo primero real para mí en mucho tiempo, Yefim. Lucharé contra cualquiera para mantenerla cerca. Incluso ella.

—¿No te preocupa perder?

—Yo nunca pierdo.

—Tampoco pensé que te casarías y, sin embargo, aquí estamos.

—Algunas cosas cambian —murmuro—. La mayoría no.

Yefim asiente solemnemente y alza su copa. —Por tu nueva esposa y tu ex prometida —dice—.

Y su nueva amistad. Y, ya sabes, quizá si toman unas cuantas copas y se sienten con la mente abierta una noche, puedes ver si quieren…

Le tiro un posavasos de metal a la cabeza. —Eres un imbécil —gruño, aunque incluso yo me estoy riendo.

Yefim se ríe mientras se recupera de su esquivo. Se bebe rápidamente lo que queda de su bebida. —*Blyat'* —jadea, haciendo una mueca de dolor—. Eso arde.

—Espero que te fría las cuerdas vocales.

—No tener sexo te vuelve irritable.

—No, mi segundo al mando me está poniendo irritable. Hay una diferencia.

—Sí, bueno, por eso me pagas tanto dinero —dice, imperturbable—. La siempre útil espina clavada en tu costado. Puedo vigilarla, ¿sabes? Asegurarme de que la sigan dondequiera que vaya. Podemos decir que es protección.

Sacudo la cabeza. —No. Ahora no. Ahora necesitamos establecer confianza. Necesita sentirse segura y conservar algo parecido a una vida normal. Si cambio demasiado y demasiado rápido, comenzará a retroceder.

—Creo que su almuerzo con Anika demuestra que ya lo está haciendo, amigo.

Lo miro. —¿Te he dicho alguna vez cuánto desprecio cuando analizamos mi vida juntos?

Él se ríe. —Creo que me perdí de mi vocación como psicólogo.

Pongo los ojos en blanco y me pongo de pie. —Necesitas encontrar una vida para no estar tan concentrado en la mía.

—¿Te apetece otra bebida? —pregunta Yefim mientras se pone de pie junto a mí.

—Sigue sin mí. Me voy a casa.

Yefim levanta las cejas. —¿A una esposa que no quiere follarte?

Sonrío con complicidad. —Puede que te sorprenda, pero no follar es parte del juego previo.

Niega con la cabeza. —Solo tú puedes no tener sexo y aun así lograr ponerme celoso —su expresión vuelve a tornarse curiosa—. ¿Quién hubiera pensado que serías capaz de tener un amor monógamo?

—Han sucedido cosas más extrañas.

—Estoy seguro de que sí. Pero ahora mismo no puedo pensar en ninguna.

IRIS

Nadie nunca me cree en esto, dada mi elección de profesión, pero normalmente no soy el tipo de mujer que se encuentra mirando su reflejo en el espejo. Normalmente no me pregunto si estoy usando lo correcto. Preocupándome si luzco lo suficientemente bonita, lo suficientemente delgada, lo suficientemente buena. No pienso demasiado en nada de eso.

Hoy se siente diferente. Hoy parece un punto de inflexión.

Quizás por eso me esfuerzo. Realmente pensé en cada prenda de vestir que me puse. El vestido es un abrigo de seda color topo con un escote en V profundo que deja entrever un escote tentador. La cinta alrededor de mi cintura es delgada, negra y ligera. Una pizca de color para romper el beige brillante.

Dejé mi cuello al descubierto. Pero llevo unos pequeños aros y una pulsera hecha a mano a juego, que, como el resto de mis joyas, compré en un mercadillo hace años.

También he cuidado mi maquillaje. Una ligera capa de base, una pasada rápida de rímel y un chorrito de caramelo lechoso como sombra de ojos. El lápiz labial, rubor rosa, es otro toque de color en medio de todo.

Me giro lentamente en el lugar, buscando fallas que pueda resolver. Quizá es por eso que normalmente no me quedo mirando mi propio reflejo… es demasiado fácil buscar mis partes con cicatrices. Pero cada vez que siento la necesidad de odiarme a mí misma en este momento… odiar lo que le ha pasado a este cuerpo, lo que ha hecho, lo que le han hecho… respiro profundamente y fuerzo a mis ojos a seguir vagando.

Es la única manera de mantenerme cuerda.

Cuando termino con mi pirueta, suspiro y reviso mi teléfono. Nada. Sin llamadas ni mensajes.

He estado esperando una cancelación de mi cita toda la mañana, pero, hasta ahora, todavía sigue en pie. Decido tomar el silencio como una buena señal. Me pongo el bolso en el hombro y me giro para irme…

Cuando veo su silueta perfecta apoyada contra la puerta.

Jadeo y me detengo bruscamente. Una de las piernas de Kon está doblada hacia atrás y su pie descansa contra el marco de la puerta. Lleva una sutil sonrisa que hace que mis entrañas se retuerzan.

—¿Eres un fantasma? —me quejo, mi corazón corriendo a un kilómetro por minuto—. Ni siquiera te oí entrar.

—Estabas un poco ocupada mirando tu reflejo.

Lucho contra el sonrojo. —Debiste haber tocado.

—¿Por qué? —se burla—. ¿Tienes un hombre escondido debajo de la cama?

—¿Y si lo tuviera?

—Lo mataría —dice Kon, tan simplemente que me provoca escalofríos por la espalda.

—¿Existe alguna razón real por la que estás aquí? —pregunto—. Aparte de hacer amenazas innecesarias a personas imaginarias, claro está.

—Vine a decirte que programé una reunión para Max en la Academia McMillian para el martes.

—¿Un qué en el dónde?

Kon se ríe. —Una reunión. En la Academia McMillian. Es la mejor escuela de la ciudad —explica.

—Sé lo que es —espeto—. Max ya va a la escuela.

—No a una como esta.

—¿Ibas a consultarme sobre esto?

Él se encoge de hombros. —Considérate consultada.

Me quedo sin palabras.

Kon, sin embargo, no. Se endereza. —El martes. A las 10 de la mañana. El director nos mostrará los alrededores.

Entrecierro los ojos hacia él. —¿Cuánto tuviste que pagar por esta entrevista?

—Nada.

—Entonces, ¿a quién tuviste que lastimar? Simplemente no “se entra” en la Academia McMillian.

—Eso es cierto para la mayoría de las personas —dice Kon—. Pero no soy la mayoría de las personas. Y ahora, tú y Max tampoco lo son.

—No estoy segura de cómo me siento al respecto.

Kon suspira con cansancio. —No todo tiene que ser difícil, Iris.

—¡Nada debería ser tan fácil! —protesto—. Si hay algo que sé más allá de toda duda razonable es que, siempre que sucede algo bueno e inesperado, hay una trampa. Siempre hay una trampa, Kon. Siempre.

Abre los brazos. —Entonces, ven a cachearme —sugiere con un brillo perverso en sus ojos—. A

ver si encuentras una.

Me sonrojo de nuevo y trato de ocultarlo dándole la espalda. —Realmente no tengo tiempo para esto —digo—. Tengo otra cita hoy.

—¿Es por eso que estás tan bien vestida?

Me doy vuelta y me arreglo el cabello en el espejo. El calor en mi cara por el inevitable efecto de Kon sobre mí es suficiente para empezar a correrme el maquillaje. —Ciertamente no es para ti —resoplo.

—Mentirosa.

El susurro está justo en mi oído. Salto y sofoco un grito.

—Jesucristo —jadeo. De alguna manera, se acercó sigilosamente desde la puerta hasta quedar a una distancia susurrante sin que yo me diera cuenta—. Voy a conseguirte un collar con una campana. Necesitas hacer ruido cuando te mueves.

—¿Por qué? —pregunta, invadiendo mi espacio con su embriagadora presencia—. ¿Para que puedas huir de mí?

Su mano se desliza por mi brazo. Apenas me toca. Solo tienta. Como si me tuviera que ganar algo más que esto. Prácticamente puedo escuchar los pensamientos que pasan por su cabeza: *Las chicas buenas reciben más que toques ligeros como una pluma. Las chicas buenas consiguen cualquier cosa. Todo lo que tienen que hacer es pedirlo.*

—Debí haber huido hace mucho tiempo —murmuro.

Pero realmente no estoy pensando en lo que digo en absoluto. Las palabras suben a mi lengua y las suelto sin pensar.

—¿Cuándo exactamente? —pregunta—. Si hubieras podido huir, ¿cuándo habrías elegido?

—Cuando te vi por primera vez en esa fiesta.

No parece molesto. De hecho, sonríe. —Te fijaste en mí, ¿eh?

—Eres un gigante. Es difícil no fijarse.

—¿Qué más notaste?

—Tus labios.

Vale. Definitivamente no pensé en esa declaración antes de lanzarla a la naturaleza.

Su sonrisa se profundiza mientras trato de pensar en una manera de retractar esas palabras. Dios sabe que su cabeza no necesita inflarse más.

—Hablabas mucho —murmuro.

Él no se lo cree. Puedo ver la chispa en sus ojos, tan desafiante como incrédula. —¿Qué decía?

—No puedo recordarlo ahora. Fue hace mucho tiempo.

Me tenso cuando sus dedos bailan sobre mi clavícula. Por extraño que parezca, lo siento justo en mi estómago. Profundo y tan firmemente arraigado que me araña las entrañas, desesperado por algo más que la provocación que me está infligiendo.

Pero no me inclinaré. No abriré los labios. No me lanzaré sobre él, incluso cuando cada pequeña fracción de mi cuerpo me grita que haga exactamente eso.

Porque es lo que *él* quiere y no es justo que siempre obtenga lo que quiere. Me lo quitará todo si se lo doy… mi libertad, mi independencia, mi cordura.

Me quitará amor también.

Eso es lo más aterrador.

Arrastro mi mirada hacia arriba para encontrar la suya. Sus ojos arden inusualmente brillantes en este momento. Es como mirar un eclipse, pero no puedo mirar hacia otro lado.

—Estás hermosa —retumba con esa voz suya, excepcionalmente áspera y excepcionalmente suave al mismo tiempo.

Sus dedos rozan el costado de mi cara. A mi pesar, mis labios se abren. *Bésame,* escucho llorar la voz en mi cabeza. *Por favor, solo bésame*.

Pero no lo hace.

Soy yo quien retrocede primero. —Me tengo que ir. Tengo una cita.

—Yo te llevo.

—No es necesario —digo, dirigiéndome hacia la puerta para no ceder y seguirlo hasta la boca del infierno—. Pero puedes recoger a Max de la escuela. Puede que tarde en volver.

—Eso haré.

Asiento y me detengo en la puerta. No tengo ninguna razón para quedarme más que mirarlo unos segundos más. Luego salgo y corro escaleras abajo.

Yefim está parado en el vestíbulo, lanzando y atrapando las llaves del coche en el aire. Él me ve y me da una gran sonrisa. —¿Lista para salir?

Arrugo la frente. —¿Salir a dónde?

—Donde sea necesario —explica—. Soy tu chofer por hoy.

—¿Dónde está Roscoe? ¿No está esto un poco por debajo de tu nivel salarial?

—Para nada. Eres la Sra. Aminoff. Transporto una carga preciosa.

—No soy una carga, y sí que no soy la Sra. Aminoff. Soy Iris. Srta. Keller, si realmente insistes en la formalidad.

—Tantas reglas —suspira Yefim—. Y muy mandona. Quizá, después de todo, tengas las cualidades de una verdadera esposa Bratva.

Frunzo los labios para ocultar mi sonrisa mientras nos dirigimos hacia el garaje. No estoy del

todo contenta con que Yefim sea mi chófer, pero no tengo dudas de que Kon fue quien lo metió en esto. Si hago un gran escándalo al respecto, sospecharán.

Me siento en el asiento de pasajero y le envío un mensaje de texto rápidamente a Anika, haciéndole saber que voy en camino a reunirme con Lorraine, y agradeciéndole nuevamente por organizarlo.

—Te ves bien —dice Yefim mientras cruza las puertas—. ¿Cita caliente?

Pongo los ojos en blanco. —Esa es una pregunta bastante obvia para un espía.

—¿Qué te hace pensar que soy un espía?

—¿Te refieres aparte de tu aura general y tu historia de décadas con mi espo… con Kon?

Yefim se ríe. —Culpable de ambos cargos. Aunque no estoy espiando. Solo manteniéndote a salvo. Él es protector contigo, en caso de que no lo hayas notado.

—¿Protector? —me burlo—. ¿Es esa la palabra que usa estos días?

—Una de ellas. Le dije que "hiper obsesivo" probablemente sería más exacta, pero no le gustó demasiado.

Resoplo. —Estoy segura de que le dijiste eso.

—Lo hice —insiste—. Siempre soy honesto con Kon. Incluso cuando no le gusta. Demonios, especialmente cuando no le gusta.

—Nombra una vez.

—Como cuando le dije que no se involucrara contigo.

Me giro hacia él bruscamente. —¿Tú… hiciste eso?

Él asiente sin disculparse. Tengo que admirar su franqueza. —Sí. Pensé que arruinaría su vida desairando a Anika. Y resulta que tenía razón. No es que se arrepienta. Es el bastardo más testarudo que jamás haya aparecido sobre la faz de la tierra, y la próxima vez que admita que está equivocado será la primera. No significa que no lo está, por supuesto. De vez en cuando.

No estoy segura de qué hacer con eso. No hay duda de que me dice la verdad. Es una persona directa, lo puedo notar. ¿Pero está bien que sus palabras duelan un poco? ¿Algo más que un poco, en realidad?

—Quizá al final consigas lo que quieres —digo, porque no puedo decir nada más—. Quizá me vaya y él pueda volver a como se suponía que debían ser las cosas.

Yefim me mira, pero no dice nada. No tengo idea de lo que está pensando. Parece ser un rasgo distintivo de la Bratva. Uno claramente irritante.

—¿Cuál es tu problema? —pregunto de pronto.

—Ay, cariño, no tenemos tiempo para eso.

No puedo evitar reírme. —Quiero decir, ¿tienes esposa? ¿Una novia? ¿Un novio?

—Tengo un trabajo —corrige—. Estoy casado con la Bratva.

Alzo las cejas. —Eso suena solitario.

Agita una mano desdeñosa. —Nunca estoy solo cuando no quiero estarlo. De hecho, anoche disfruté de la compañía de una joven muy hermosa y atrevida. Su nombre era Courtney. O quizá era Cassie. No estoy muy seguro.

—Qué encantador.

—No quiero complicaciones —explica Yefim—. Me gusta dedicar mi tiempo a las mujeres que entienden eso. Con. Dentro de. Tú entiendes.

—¿Incluso si no recuerdas sus nombres después?

—Es lo que más me gusta de ellas. No les importa cómo las llame.

—¿Mientras les pagues cuando terminen?

Él se encoge de hombros. —¿Qué importa si algo de dinero salta de mi billetera a la de ellas? Consigo lo que quiero y ellas también. Todos ganan.

—¿Y no te importa que ella finja estar interesada en ti solo para conseguir dinero?

—No.

Arrugo la frente. —¿Kon también era así?

Él alza una ceja escéptica. —¿Qué te hace pensar que algo cambió?

Siento mi corazón estremecerse dolorosamente en mi pecho. Supongo que es muy posible que Kon se acueste con otras mujeres… simplemente nunca consideré esa idea.

Cuando estamos juntos, todo se siente tan… intensificado. Intenso. Profundo. No parece que haya lugar para otra persona en el calor de ese fuego.

O tal vez solo estoy proyectando. Tal vez estoy atrapada en una fantasía tan ingenua que he logrado convencerme de que él siente lo mismo.

Puedo sentir a Yefim mirándome mientras conducimos. Sus ojos se clavan en un lado de mi cara, pero no le doy ni siquiera una mirada.

—Pareces molesta —comenta mientras dobla la esquina que conduce al edificio de oficinas de Lorraine.

—No lo estoy —espeto—. Puedes dejarme en la acera e irte. No sé cuánto tiempo llevará esto.

—No me importa esperar. Ya despejé mi agenda y todo.

—Es en serio. No necesito que me lleven de regreso. Encontraré mi propio camino a casa.

—*Sí* estás molesta —decide. Suena más divertido que arrepentido.

—Solo estoy tratando de encontrar el espacio mental adecuado para esta entrevista y necesito algo de tranquilidad.

—Yo diría que pareces enojada, no nerviosa.

—Es parte de mi proceso.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás mintiendo?

—¿Alguna vez dejas de hablar?

—Casi nunca.

—Jesucristo —me quejo mientras salgo del coche y le cierro la puerta—. En serio, vete. Estoy bien.

Él asiente con la cabeza y se aleja rápidamente. Apenas resisto la tentación de arrojarle algo a su elegante coche. Tengo la sensación de que aparcará fuera de mi vista, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

Haciendo una mueca, levanto mi bolso y entro al edificio. Inmediatamente me abofetea el aroma floral a lavanda y lujo. Todo es blanco, y no solo blanco, sino *blanco*, ese tipo de marfil reluciente cuyo mantenimiento cuesta una fortuna.

Me dirijo hacia la recepcionista cuando escucho que alguien dice mi nombre. —¡Iris!

Me giro y encuentro a Anika caminando directamente hacia mí. Lleva un minivestido amarillo con elegantes mangas abullonadas y un dobladillo corto que deja ver sus largas piernas bronceadas.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

Ella me mira, disculpándose. —Lo siento muchísimo —dice—. Lorraine me llamó hace un rato. Ella… ella canceló la cita.

El corazón se desploma en mi pecho, llevándose consigo los últimos vestigios de esperanza. —Ah —murmuro.

Ella toma mi mano. Tengo que esforzarme mucho para no alejarme de su alcance. —Traté de preguntarle por qué, pero…

—Yo sé por qué —digo.

Anika me mira con ojos muy abiertos y curiosos. —¿Qué quieres decir? ¿Tienes alguna historia con Lorraine?

—No, tengo historia con otra persona —respiro profundamente—. Gracias por tu ayuda, Anika. Creo que volveré a casa ahora.

—Espera… Iris —ella corre y bloquea mi camino hacia la puerta—. Si esperas aquí, puedo intentar contactar a Lorraine nuevamente. Puedo resolver…

—Te lo agradezco, pero no hay nada que resolver, Anika. Ella no me verá. Simplemente asumí que ella era lo suficientemente grande por derecho propio como para tomar sus propias decisiones. No que él las tome por ella.

Anika frunce el ceño. —¿De qué estás hablando?

Sacudo la cabeza. —No importa.

—Sí importa —dice con fervor—. Quienquiera que sea este hijo de puta, no puedes dejar que se salga con la suya —parece pensativa por un momento—. No puedo creer que Kon no haya hecho algo al respecto antes de ahora.

—Él no lo sabe —admito—. Nunca se lo dije.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ser la damisela en apuros —susurro tímidamente. Odio cómo suena en voz alta—. No quería que me rescataran. De nuevo. Como siempre.

—Basta —dice con firmeza—. ¿Siempre te rindes tan fácilmente?

—Peleé esta pelea durante mucho tiempo, Anika. Estoy tan cansada de perder el control.

—Entonces déjame ayudarte.

Me obligo a mirarla a los ojos, aunque me parece casi imposible. —¿Por qué? —pregunto sin rodeos—. ¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Sigues preguntándome eso.

—Porque sigues evitando la pregunta.

Anika suspira. Sus bonitos ojos azules brillan un poco. —Porque es demasiado vergonzoso admitirlo —dice finalmente—. Es patético, de hecho.

—Pruébame. Soy la reina de lo patético.

Ella suspira y mira sus dedos de los pies perfectamente cuidados. —No tengo muchos amigos, Iris —dice—. De hecho, eres la primera mujer con la que me siento cómoda en años. Es irónico, considerando con quién estás casada. Pero en cierto modo… ayuda. Me hace entender mejor las cosas.

—Anika…

Ella niega con la cabeza, rechaza mi simpatía. —No quiero lástima. Quiero que seamos amigas —dice con firmeza—. Supongo que por eso quiero ayudarte. Porque eso es lo que hacen las amigas.

La miro durante unos segundos, preguntándome si confiar en ella o salir corriendo gritando hacia las colinas.

Sé lo que se siente no tener a nadie. Nadie a quien llamar, nadie en quien confiar, nadie que te seque tus lágrimas. La amistad no es algo que haya vuelto a arriesgar después de lo que pasó con Stephanie. Así que tal vez hoy sea el día.

—Vale —digo—. Seamos amigas.

KON

Max y yo estamos al pie de las escaleras, ambos de traje y corbata, cuando Iris emerge en el rellano de arriba.

Tengo que esforzarme mucho para controlar mi expresión. Lleva una elegante camisa blanca con cuello debajo de una chaqueta negra que sigue la curva de su torso. La falda lápiz negra a juego abraza sus caderas y la hace parecer como si se deslizara, y el brillante espejismo de sus pantorrillas bronceadas con zapatos de tacón nude me hace agua la boca.

Ya sea que se dé cuenta de que estoy boquiabierto o no, baja flotando las escaleras como la realeza. Cada paso es una obra maestra.

—¿Están listos, muchachos? —pregunta con una sonrisa tensa, sin mirarme a los ojos.

Está extraña desde su visita del otro día. Me dijo que no fue buena y se negó a dar más detalles. Yefim solo informó que entró y salió en cuestión de quince minutos. En lugar de presionarla para obtener respuestas, decidí esperar. Ella vendrá a mí.

Pero maldita sea… si sigue viéndose así, quizá tenga que ir a ella.

Y *dentro* de ella.

—Sí —dice Max, su voz gorjea nerviosamente. También está un poco extraño desde que le hablé de la reunión de hoy con el director de McMillian. Heredó parte del miedo de su madre de que todo lo bueno es solo el preludio de otro ataque de dolor.

Pero yo le enseñaré. Les enseñaré a ambos.

Le doy una palmada en el hombro y nos conduzco a todos hacia el vestíbulo. Cuando pasamos junto al espejo con bordes dorados que cuelga de la pared, miro hacia arriba.

En realidad, es un momento desconcertante y desgarrador. Somos todo un retrato familiar. Me inclino sobre ambos, pero de alguna manera, el cuerpo esbelto de Iris es un complemento perfecto para mi corpulencia vestida de oscuro. Max es lo mejor de los dos. Y los tres juntos, en un momento como este, libres de discusiones, libres de miedo…

Es perfecto de una manera que nunca supe que necesitaba.

Se acaba demasiado pronto. Max se mueve inquieto, Iris se aclara la garganta y todos nos dispersamos. Los sigo detrás para verlos caminar hacia el coche frente a mí, admirando la forma

en que se balancean las caderas de mi esposa mientras la falda moldea su trasero a la perfección.

Mientras Max sube al asiento trasero, Iris se gira hacia mí y me pilla en el acto de comérmela con los ojos.

—Supongo que apruebas mi atuendo —dice en un tono falso de reprimenda con un leve atisbo de risa.

—Me pregunto cómo puedes caminar con eso.

Se vuelve hacia mí y señala la raja en su muslo derecho. —Para eso se crearon las rajas.

Solo arqueo la ceja. —Los chistes se escriben solos cuando dices cosas así, Sra. Aminoff.

Sus mejillas se sonrojan de color y sus ojos se estrechan. Luego se sube al coche y me cierra la puerta. Riendo para mis adentros, camino y me siento en el asiento del conductor.



TREINTA MINUTOS MÁS TARDE, atravesamos unas puertas de hierro y subimos por el camino inclinado hacia la escuela. Una estatua de mármol se encuentra en el centro de una fuente y el agua brota de la punta del paraguas tallado en su mano. Es tan pretenciosa como parece.

Pero no estoy aquí por la arquitectura. Estoy aquí por mi hijo. Y este es el mejor lugar para él.

—¿Listo, niño? —le pregunto a Max mientras todos salimos del coche.

Noto que desliza su mano en la de Iris. Ella parece tan sorprendida por el gesto como yo, porque se pone rígida de inmediato y luego procede a no moverse, como si le preocupara asustarlo y que él la soltaría.

Él asiente. —Listo.

Voy primero. Subimos las escaleras del colegio. Esperando en la entrada hay una mujer mayor, baja, con un traje de falda y lápiz labial rojo brillante. —Ustedes deben ser los Aminoff —dice con una sonrisa cálida—. Vaya, qué familia tan guapa son.

—Buenos días —le ofrezco mi mano—. Soy Kon Aminoff. Este es mi hijo Max y mi esposa Iris.

Iris no dice nada mientras le da la mano a la recepcionista.

—Soy Renee Connington, secretaria personal del director Howell —dice—. Él los estaba esperando. Déjenme ir a buscarlo. Por favor tomen asiento.

Nos lleva al interior, a un rincón decorado con un sofá gris humo y una mesa de centro moderna de mediados de siglo. Max se sienta en un mullido sillón de cuero y parece cada vez más que va a enfermarse.

Iris parece notar lo mismo, porque va a sentarse a su lado. —Oye —susurra, su tono bajo y reconfortante—. Estarás bien, Max-un-millón. Solo sé tú mismo.

—Eso nunca funciona realmente.

—Sí, funciona. Y funcionará para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres increíble. Y también eres el niño más inteligente que conozco.

Él sonríe a través de sus nervios. —Tú eres mi mamá; tienes que decir eso —murmura con una risa ahogada.

—No, no tengo que. Si no fueras tan inteligente, te diría lo guapo que eres.

Él se echa a reír y veo que la tensión se desliza de sus hombros. Él se inclina y ella lo abraza con fuerza, al mismo tiempo que le planta un beso en la cabeza.

—Te amo —murmura.

—También te amo, Mamá.

Los miro a ambos, sintiendo una extraña mezcla de emociones. Orgullo y protección, por supuesto. Y algo más debajo. Algo suave, tierno y lleno de esperanza.

La puerta se abre de nuevo. Renee reaparece acompañada por un caballero mayor con traje a cuadros y corbata de seda. Sus ojos azules parecen posarse en nosotros tres al mismo tiempo. Primero me da la mano, antes de volverse hacia Iris.

—Es un placer conocerlos, Sr. y Sra. Aminoff —dirige su atención a Max, parado en estricta posición firme justo al lado de Iris—. Y este debe ser nuestro joven candidato. Has heredado la apariencia de tus padres.

Max se sonroja y se inquieta en su lugar. —Gracias —responde torpemente.

Howell aplaude y sonríe. —Pensé en comenzar con un pequeño recorrido por los terrenos. ¿Qué te parece, Max?

—Suena bien —dice en voz baja y tímida.

El director Howell le da una sonrisa reconfortante y se agacha. —Sé que este lugar puede parecer un poco intimidante a veces, pero créeme, pronto será un segundo hogar para ti. Vayamos a explorar.

Nos guía por la escuela y comienza a señalar esto y aquello. Principalmente habla con Max, involucrándolo en la conversación como si el recorrido fuera para él y solo para él. Eso me viene muy bien, especialmente porque coloca a Iris a mi lado. Ella todavía intenta desesperadamente ignorarme.

—Está nervioso —observo.

—¿Puedes culparlo? —susurra en respuesta—. Mira este lugar.

—¿Me estás diciendo que tú también estás intimidada?

—Tal vez un poco.

—Venga. ¿Pensarías que le daría a Max algo menos que lo mejor?

Ella me mira. —¿Cuánto cuesta la matrícula?

—No tienes que preocuparte por eso.

—Quiero contribuir.

—Puedes hacerlo una vez que consigas un trabajo.

No lo dije como un golpe para ella, pero hace una mueca como si lo fuera. Su expresión se queda en blanco por un momento y me hace pensar que oculta algo.

Suspiro. —Hasta el orgullo tiene sus límites, Iris.

—Tú prefieres mujeres sin orgullo, ¿verdad, Kon? —pregunta fríamente.

Frunzo el ceño, desconcertado por el hielo en su tono. Espero que sea terca. Espero que pelee. Pero hay un tono de desesperación en esta réplica que de alguna manera parece incorrecta.

—¿Hay alguna razón para que suenes tan enojada en este momento? —pregunto calmado.

Me lanza una mirada asesina. —Solo creo que es irónico que me presentes como tu esposa.

—La última vez que lo comprobé, eso es exactamente lo que eras.

Howell nos está esperando con Max en la siguiente curva del pasillo, por lo que nuestra pequeña discusión se ve obligada a hacer una pausa. —Y esto —anuncia, señalando a través de un enorme ventanal de cristal—, es una gran vista de nuestras instalaciones deportivas. Tenemos un campo de fútbol, dos canchas de baloncesto, media docena de canchas de tenis y dos piscinas en el terreno. Además, justo allí hay un centro de artes escénicas, con teatro, estudio de música y laboratorios de arte.

—Tiene una gran escuela aquí, director Howell —dice Iris con una sonrisa forzada.

Él inclina la cabeza y sonríe. —Hacemos nuestro mejor esfuerzo, Sra. Aminoff.

Su mandíbula se aprieta ante el título, pero no lo corrige.

—¿Puedo ver el estudio de música, director Howell? —pregunta Max entusiasmado, claramente relajado en este punto.

—¡Por supuesto, jovencito! Me encanta ver a un estudiante interesado en la música. Yo mismo soy partidario de la batería…

Suben las escaleras y su conversación se desvanece mientras Iris y yo nos quedamos atrás. Espero hasta que Max y el director entren al estudio de música, antes de agarrar el brazo de Iris y girarla para que me mire.

—Dime qué te pasa —gruño.

Frunce el ceño. —Nada. Suéltame.

—Patrañas —digo, manteniéndola como rehén con mis ojos en su rostro y mis manos en sus caderas—. Odio todas estas tonterías pasivo-agresivas. Si tienes algo que decirme, ten valor y dímelo en la cara.

—Suél. Ta. Me.

Con un gruñido, la giro para que su espalda quede frente a mí y la inmovilizo contra la pared más cercana. Su trasero con esa falda lápiz ajustada es una tortura contra mi erección.

—¡Suéltame! —llora de nuevo—. Max y el director podrían volver en cualquier momento.

Aprieto mi agarre sobre ella. —Entonces, será mejor que hables rápido.

—Kon…

—Di mi nombre otra vez, *kiska* —le gruño al oído—. Realmente ayuda a mejorar la situación.

—Estás demente.

Me empuja con su trasero, pero, antes de que pueda sacarle más respuestas, escuchamos pasos. Doy un paso atrás rápidamente. Iris hace lo mismo, alisando su arrugado traje y tratando de sonreír a través de sus mejillas acaloradas.

Max reaparece primero, seguido de Howell. —¡Mamá, Papá! —chirría Max—. ¿Dónde estaban? ¡El estudio de música es increíble! Y súper grande.

—Estoy segura de que lo es, cariño. Solo estábamos… admirando la vista aquí —dice Iris.

El director nos mira con ojos astutos, pero no dice nada sobre nuestro evidente estado de incomodidad. Nos hace un gesto para que volvamos al lugar donde comenzó el recorrido.

—Sr. y Sra. Aminoff —dice, deteniéndose afuera de su oficina—, si les parece bien, me gustaría tener una pequeña charla individual con Max aquí. Son más que bienvenidos a esperar en mi oficina, y estaremos con ustedes en breve.

Asiento y miro a mi hijo. —Sé bueno con él, niño —le guiño un ojo. Max se ríe y nos separamos.

Renee espera en la puerta de la oficina. —¿Puedo traerles un poco de té o café? ¿Agua? ¿Un refrigerio?

—Nada para mí —dice Iris.

—Yo también estoy bien. Gracias.

Ella se inclina cortésmente y sale de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella.

La habitación es exactamente lo que esperarías de la oficina del director de una escuela privada ridículamente exclusiva en Los Ángeles. Llena de caoba y libros encuadernados en cuero. Iris se dirige directamente a las ventanas contra la pared del fondo. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda arqueada, recta y rígida.

—Iris.

Ella no se da vuelta. —No quiero hablar contigo.

Cruzo el espacio entre nosotros en tres largas zancadas. —Pregúntame lo que realmente quieres preguntarme.

Ella duda por un segundo. Sus ojos se posan en los míos y luego se alejan de nuevo. —Solo mentirás.

—No te mentiré —le digo—. Pruébame.

Por fin se gira para mirarme y sus hombros se desploman hacia adelante por el cansancio. Su voz suena quebrada, irreparable. —Esto… ya no sé qué es. ¿Qué eres tú para mí? ¿Qué soy yo para ti? Es solo que… me estuve ahogando en quizás y respuestas a medias durante tanto tiempo, Kon —dice, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas—. Solo quiero algo seguro. Una certeza. ¿Es mucho pedir?

Extiendo la mano para tomar su barbilla en mi mano. Tiembla por la fuerza que necesita para no llorar. Dejo que esas vibraciones me atraviesen y, en su lugar, devuelvo fuerza. Solidez. Los cimientos de roca que tanto anhela después de una vida completamente desprovista de ellos.

—Aquí hay una certeza, Iris, la única que importa: soy tu esposo —le digo—. Para bien o para mal, hasta que la muerte nos separe. Y no hay hombre, mujer o bestia en este planeta que pueda alejarte de mí.

KON

El viaje hasta el restaurante que elegí para cenar esta noche es tranquilo. Paso la mayor parte del tiempo intentando sin éxito no imaginar a Iris desnuda debajo de mí.

Ella está sentada a mi lado. Está callada desde que dejamos McMillian. Todavía no estoy seguro de qué tipo de silencio es. Pensativo, deprimido o desconfiado.

Cuando llegamos, el valet abre la puerta del coche de su lado. Ella sale con gracia, toda piernas y actitud, y le ofrece al niño picado de cicatrices una sonrisa deslumbrante. Se sonroja y casi tropieza con la acera.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Iris, poniendo una mano en su hombro.

—Uh, yo… em… sí, señora.

Ella lo suelta y él la mira fijamente mientras ella se aleja. Por casualidad, su mirada se dirige a mí y me mira dos veces cuando ve la expresión sedienta de sangre en mi rostro. Tan pronto como eso sucede, el sonrojo palidece ante el miedo. Se apresura alrededor del coche y entra. El motor acelera con fuerza y desaparece hacia el aparcamiento.

Iris me está esperando afuera de las puertas. La mitad superior de su vestido está hecha de encaje negro transparente, con nada más que dos pezoneras negras impidiendo que el mundo vea sus tetas. Desciende hasta un dobladillo brillante justo por encima de sus rodillas.

Lleva maquillaje de ojos negro ahumado, un lápiz labial ruborizado, y su cabello cae por la espalda como una cascada de obsidiana. Sus tacones de aguja negros son lo suficientemente afilados como para matar.

—Ten —dice mientras me acerco. Miro hacia abajo y veo que me ofrece un pañuelito.

Arrugo la frente. —¿Para qué es esto?

—La baba en la comisura de tu boca —bromea.

Es bueno ver el brillo de una sonrisa en sus labios. Golpea el pañuelito contra mi pecho, obligándome a aceptarlo, y luego se dirige sola al restaurante. Me río con asombro mientras la veo irse, sin ninguna vergüenza de comérmela con los ojos.

Por supuesto, mi único problema con su atuendo es la reacción que genera de otros hombres. Las mujeres también la miran pasar, pero los hombres no son tan sutiles. Silenciosamente empiezo a

agregar nombres y caras a mi lista de asesinatos.

El camarero nos muestra nuestra mesa. —Champán —le digo mientras saca nuestros asientos—. El mejor que tengan.

—¿Champán? —pregunta Iris—. ¿Estamos celebrando algo?

—Max entró en la Academia McMillian.

Su nariz se arruga. —Si estamos celebrando eso, ¿no crees que él debería estar aquí?

—No. Especialmente, no contigo usando ese vestido.

La comisura de su boca se curva en una extraña sonrisa. —¿Tienes algún problema con mi vestido?

—Al contrario, lo estoy disfrutando mucho —digo, mis ojos parpadean hacia sus pechos—. Simplemente no estoy seguro de que un hijo aprecie ver a su madre así.

—¿Cómo así exactamente?

—Como si un sexo andante.

Ella sonríe como si hubiera cumplido su misión. —¿Es una distracción?

Miro alrededor del restaurante y veo al menos dos pares de ojos fijos directamente en Iris. Ambos desvían la mirada tan pronto como los veo. —Ciertamente es una distracción para todos los que están aquí.

—¿Es un problema para ti?

Me inclino hacia delante y apoyo los codos sobre el mantel blanco. —¿Es esto venganza?

—Quizá —dice con un brillo en los ojos—. ¿Funciona?

Meto la mano debajo de la mesa, agarro su mano y la coloco sobre mi polla de acero. —Dímelo tú.

Ella grita deliciosamente y retira su mano. Pero ese sonrojo… joder, iría a la guerra solo para verla sonrojarse así.

El camarero regresa acompañado del sommelier, ambos con un cubo plateado de champán sobre hielo entre ellos. Mientras el sommelier sirve, el otro comienza a describir el menú.

Lo ahogo y me concentro en Iris. Ella me mira de vuelta, sus ojos oscuros y seductores. Es el epítome mismo de una sirena. Puedo imaginarme a un hombre que acoge felizmente la muerte si se la ofrece en sus manos. Dios sabe que yo lo aceptaría sin dudarlo.

Me toma un momento darme cuenta de que el camarero dejó de hablar y está esperando nuestra respuesta. —Tú elige por nosotros —le digo.

Hace una reverencia, dice—: Muy bien, señor —y se retira.

Bebemos nuestro champán y nos sentamos en silencio un rato. Es sorprendentemente fácil hacer eso con ella. No hay nada que se necesite decir.

Pero entonces, algo flota en el frente de mi conciencia. Algo que erosiona mi calma como un picahielos.

—¿Lo volviste a ver alguna vez? —pregunto.

Por su tenso lenguaje corporal, sé que sabe exactamente de quién hablo. Pero, por supuesto, finge que él es lo último que tiene en mente.

—¿De quién estás hablando?

—Sabes quién —gruño con los dientes apretados.

Hablar del hijo de puta que violó a mi esposa me da ganas de usar mis propias manos para destruir cosas. Hace diez años, podría haber partido la mesa por la mitad. Pero la edad cambia a un hombre. Hoy puedo sentarme aquí y mirar a Iris con calma. Aunque mientras tanto sigo planeando todas las formas en que puedo despellejar vivo a ese bastardo.

Ella se estremece visiblemente y sus ojos se mueven de un lado a otro. —Una vez —confiesa—. Justo antes de dejar Crosse Valley para siempre.

—¿Y?

—Él miró a través de mí —continúa. Su voz es apenas más que un susurro—. Como si yo no existiera en absoluto —parpadea y una sorprendente lágrima se desliza por su mejilla.

En el momento en que siente la humedad, se la limpia como si estuviera avergonzada. Mira alrededor del restaurante con timidez, como si el acto de llorar en público fuera una vergüenza que no puede soportar.

—Lo hizo a propósito —gruño—. Para hacerte sentir como si la loca fueras tú. Para hacerte creer que lo inventaste en tu cabeza. O peor, hacerte sentir que lo pediste.

Asiente. —Lo sé. ¿Y sabes qué? Logró todo lo que quería y más. Supongo que ese fue el momento en que me di cuenta de que ya no podía quedarme en ese pueblo. Él siempre sería la sombra que se cernía sobre mí. Nunca estaría libre de él si me quedara.

—¿Y ahora? —pregunto.

Sus cejas se juntan. —Ahora… él todavía está ahí —admite—. Una pequeña parte de cada duda que tengo en la cabeza. No estoy segura de poder liberarme realmente de él.

—Tengo otra pregunta.

—No presiones tu suerte —dice con una risa a medias.

—¿Por qué elegiste acostarte conmigo esa noche?

Aparta su mirada de mí, tratando de ocultar cualquier emoción en sus ojos. —No lo sé.

—Sí, lo sabes. Quiero oírte decirlo.

Suspira. —Quería… una buena experiencia —admite finalmente—. Quería un buen recuerdo para borrar el malo. Pensé que quizá podría fingir que todo lo que pasó antes… nunca sucedió en absoluto.

—¿Y funcionó?

—Sí —admite—. En realidad, funcionó bastante bien —luego me mira a través de sus largas y sensuales pestañas. Una mirada así debería estar prohibida, con ese vestido suyo—. Nunca te agradecí por eso.

—Estabas un poco ocupada peleando conmigo.

Ella casi sonríe. —Lo pusiste fácil.

Nos miramos a los ojos por un momento. Como el silencio anterior, es fácil. No hay el menor deseo de apartar la mirada, de hablar, de romper el hechizo. Podría simplemente sentarme y mirar y sentarme y mirar para siempre, y estar perfectamente contento con eso.

Luego algo detrás de mí llama la atención de Iris y el hechizo se hace añicos. —Joder —murmura. Justo así, la tensión vuelve a sus hombros.

—¿Qué pasa? —pregunto, mirando a mi alrededor.

Entonces, veo lo que ella ve.

Jake Nox se encuentra en el centro de un séquito variopinto que acaba de entrar por las puertas. Entre ellos hay mucho cuero negro, cinturones plateados, camisas de seda con pecho al descubierto y tatuajes caros. Desde la última vez que lo vi, Jake ha cambiado su melena oscura por un corte de pelo rubio decolorado que me hace querer poner los ojos en blanco ante lo desesperadamente que grita por atención.

—Con suerte, él no me notará —dice Iris, deslizándose un poco más en su asiento.

—Todos en el restaurante te notaron —retumbo.

—¿Iris?

Efectivamente, ahí está. Siento su presencia. Él se acerca a su lado de la mesa sin siquiera molestarse en saludarme, luego se inclina y choca sus mejillas con ella. Mis nudillos ya se mueven inquietos.

—Maldita sea —canta, mirándola de arriba abajo. Iris me mira y eso parece alertarlo de mi presencia. Se da vuelta y palidece cuando me ve—. Tú.

Le doy una sonrisa descuidada. —Yo.

Señala con la cabeza hacia Iris. —¿Ustedes dos están aquí… juntos? —pregunta, claramente tratando de descubrir qué pasa entre nosotros.

—Eres inteligente, ¿no? —pregunto condescendientemente.

—Es un placer verte, Jake —dice Iris—. Pero no quiero alejarte de tus amigos.

—Me esperarán —dice abruptamente, antes de volverse hacia mí con los ojos entrecerrados—. ¿Fue eso algún tipo de amenaza velada?

—Pido disculpas —digo—. No estaba destinada a ser velada.

—Maldito…

—¡Jake! —dice Iris, lanzándose hacia adelante y agarrando su brazo. No me gusta mucho eso, pero lo deja caer tan rápido que decido ignorarlo—. Basta. Este es un buen restaurante y no quiero montar una escena.

—¿Por qué no le dices eso a tu amiguito?

—En realidad, soy su esposo —digo, disfrutando verdaderamente el sabor de esa palabra cuando sale de mis labios.

—¿Te casaste con este… este *matón*? —le espeta a Iris.

—¿Es así como llamas a cada hombre que te da una paliza? —reflexiono en voz alta.

—Cuidado, hombre —dice Nox, con esa falsa bravuconería suya.

—¿O qué?

—O haré que te arrepientas de haberme presionado.

Me río lo suficientemente fuerte como para que sus amigos se den cuenta y presten atención. —Adelante. Tú primero.

—Kon —dice Iris en tono de advertencia.

La ignoro y me pongo de pie. Me alzo sobre él. —Creo que has interrumpido nuestra cena por suficiente tiempo. Es hora de irse, Jim.

—Es Jake.

—No estarás aquí el tiempo suficiente para que yo recuerde la diferencia.

Es sorprendentemente fácil hacer que este imbécil se enoje. Más aún porque ahora tenemos audiencia. Algunos teléfonos apuntan en nuestra dirección general.

—Jake —sisea Iris—, la gente está mirando. Por favor, aléjate. Kon, siéntate.

Ninguno de nosotros la escucha. —Sí, John —digo—. Aléjate. ¿O necesitas ayuda para ponerte en marcha?

—¿Por qué no lo intentas? —escupe.

Doy un paso adelante y el idiota decide tomarme por sorpresa lanzándome el primer golpe. Agarro su puño en el aire antes de que llegue a la mitad de mi cara.

Yo suspiro. —Haces que sea muy fácil lastimarte.

Luego, con un movimiento cruel, le arranco el brazo por detrás de la espalda y le golpeo la cara contra la mesa. Los cubiertos suenan y los espectadores jadean en estado de shock.

—¡Jesús, Kon! —grita Iris—. ¡Basta!

La ignoro y me inclino cerca de Jake para poder susurrarle al oído. Da vueltas como un pez en el suelo, pero lo tengo ensartado justo donde lo quiero. Ninguno de sus amigos en mi visión

periférica está particularmente ansioso por intervenir.

—Esta no es la primera vez que vienes hacia mí —gruño suavemente—. La última vez te dejé ir sin demasiado daño. Esta vez no tienes tanta suerte. Pero soy un hombre generoso, así que te daré una opción. ¿Preferirías tener una mano rota o una nariz rota?

—Kon, no puedes hablar en serio —sisea Iris.

Sigo ignorándola. —Elige, Jack.

—¡Suéltame! —jadea.

—Elige —presiono—. ¿Tu mano o tu nariz? Uno hiere tu orgullo; el otro perjudica tu carrera. ¿Qué es más importante para ti? Soy amable al darte una opción.

—¿Puedes detener esto por favor? —Iris suplica.

Pero estoy demasiado enojado para escuchar. Muchos hombres creen que pueden reclamar a mi esposa. Muchos hombres creen que pueden tocar lo que es mío. Estoy a punto de aclararle al mundo… un bastardo engreído a la vez.

Jake niega con la cabeza. Me encojo de hombros. —Como quieras. Elegiré por ti —luego lo levanto, lo hago girar y le golpeo la cara con la frente. Escucho el satisfactorio crujido de los huesos al romperse.

Cuando lo suelto, cae al suelo. La gente a nuestro alrededor grita. Me importa una mierda.

Esta es una lección… para él, para ella y para todos ellos.

Nunca jodas con el don.

IRIS

En el momento en que estamos afuera, me aparto y lo miro con furia. —¿Qué demonios fue eso?

—¿Qué parte te perdiste exactamente?

Estoy a punto de arrancarme el cabello de raíz. —¡La parte en la que ese ridículo concurso de medición de pollas estuvo remotamente justificado!

Kon simplemente pone los ojos en blanco. —Ese pavo real de peluche necesitaba ser puesto en su lugar.

—¿Es así? —exijo—. ¿O se trata simplemente de reclamar lo que crees que es tuyo?

—¿Supongo que tú también tienes algún problema con eso?

—¡Por supuesto que tengo un problema con eso! —grito—. ¡No soy tu propiedad!

Se inclina hasta que su aliento me hace cosquillas en la nariz. —¿Quieres apostar, joder?

En ese momento, el coche se acerca. Kon gruñe mientras toma mi mano y me empuja hacia el asiento del pasajero. Cuando recobro el aliento, él está en el asiento del conductor y las puertas están cerradas.

—¡Pedimos la cena! —le recuerdo. No es que realmente importe, pero estoy enojada por todo en este momento.

—Haré que nos la manden.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —se burla con incredulidad—. No me impongas esto. Esto es culpa tuya.

Mis ojos se agrandan por la sorpresa. —Disculpa… ¿cómo es posible que tú le pegues un puñetazo a mi exnovio en medio de un restaurante elegante y sea “mi culpa”?

—Sigues abriendo la puerta cuando deberías cerrársela en la cara.

Levanto mis manos en el aire. —¿Por qué estás realmente enojado, Kon? —pregunto—. ¿Estás enojado porque tuve una vida después de que nos separamos? ¿Porque seguí adelante con otro hombre? ¿Porque yo… ay, qué *audacia*… que me acosté con otro hombre?

Sé que es un camino peligroso. Ya está enojado, pero hay infinitos niveles de cuán furioso puede llegar a estar. Apenas estamos arañando la superficie.

Aun así, no puedo detenerme.

—¿Esperas que crea que pasaste los diez años que estuvimos separados suspirando por mí? —digo, incapaz de evitar que las palabras salgan de mí. Me río sin una gota de humor—. Sí, puedo verte, despreciando a cada chica con la que te cruzabas en la calle porque esperabas el día en que te reunirías conmigo. Qué santo eres. Qué… ¿sabes qué? A la mierda esto. Para el coche. Quiero salir.

Él me ignora.

—¡Detén el puto coche!

Con un bramido, frena tan fuerte como puede y se detiene en medio de cinco carriles de tráfico. Los coches que nos rodean tocan sus bocinas con horror.

—¡Jesucristo! —grito—. Así no. ¡No puedes solo detenerte en medio de la carretera!

Kon está completamente impasible. —Puedo hacer lo que quiera, Iris.

—Lo sé —susurro—. Eso es lo que me asusta.

Me mira con expresión inquisitiva, aunque solo Dios sabe para qué. Diez años no han supuesto una gran diferencia, pero, si miro con suficiente atención, puedo ver los pequeños cambios. La forma en que sus pómulos se hunden un poco más. Cuánto más prominente hace eso su mandíbula. Las nuevas líneas en su frente. Su cara esculpida.

—Solo llévame a casa —suspiro por fin—. Ya no quiero estar aquí.



CUANDO LLEGAMOS A LA CASA, Kon y yo subimos juntos las escaleras. Está en silencio y no tengo idea de qué hacer con su estado de ánimo. Demonios, no tengo idea de qué hacer con *mi* estado de ánimo.

Se detiene al pie de las escaleras. Yo también dudo. Lo miro. —Bueno, buenas noches.

Él se acerca y toma mi mano. Sus ojos lucen espeluznantemente azules bajo las lámparas parpadeantes que cubren las paredes.

—No —dice con voz áspera—. Aún no.

Cuando me lleva escaleras arriba, por el pasillo y hasta su habitación, voy con él, sin ofrecer ninguna resistencia. Dejo que me lleve a la cama. Empieza a desvestirse y yo solo lo miro.

Se quita la camisa y la tira a un lado. Luego se quita los pantalones. La V de sus abdominales inferiores desciende hasta perderse de vista debajo de la banda de sus calzoncillos negros. Con una sutil sonrisa, toma un pañuelito de su mesita de noche y me lo entrega.

—¿Para qué es esto? —pregunto, tomándolo con confusión.

—La baba en la comisura de tu boca.

Mis ojos se estrechan instantáneamente y él se ríe para sí mismo mientras se mete en la cama. Ni siquiera intenta tocarme. Solo otro juego mental. El último de una guerra de diez años que ninguno de nosotros está cerca de ganar.

—¿Por qué me trajiste aquí? —grazno.

—Parecía que no querías estar sola —responde—. Si eso es cierto, entonces puedes dormir aquí. Pero, si me equivoqué… bueno, ahí está la puerta.

Espera pacientemente, con los ojos fijos en mí, sin una pizca de timidez. Pero tiene razón… no quiero estar sola. Ya he tenido suficiente soledad para toda la vida.

Asiento lentamente y alcanzo detrás de mi espalda el cordón largo que sujeta el vestido en su lugar. Cuando suelto el nudo, se cae de mis pechos. Me quito las pezoneras, haciendo una mueca por la irritación, y muevo el vestido por mis caderas. Luego, me escabullo hasta la cama y me deslizo debajo de las sábanas, asegurándome de subirlas hasta la barbilla.

Kon me mira, pero todavía no intenta tocarme. Puedo sentir el calor proveniente de su lado de la cama. Es extraño… incluso cuando estoy furiosa con él… lo fácil que es relajarse aquí, a su lado. Es sorprendente cómo los nudos en mi espalda y cuello parecen derretirse.

—No puedo creer que le hayas dado un puñetazo —le susurro al oscuro techo—. Le rompiste la nariz como si nada.

—No *fue* nada.

—Es una estrella de rock con acceso a los mejores abogados del país —le recuerdo—. Fue mucho más que nada.

—Mis abogados se comerán a los suyos en el desayuno.

—¿Cómo se siente? —pregunto—. ¿Hacer lo que quieras sin pensar en las consecuencias?

—Siempre hay consecuencias, Iris —dice en voz baja—. La única pregunta es si estás preparado o no para lidiar con ellos.

Me tomo un minuto para digerir eso. —¿Por qué no te detuviste cuando te lo pedí?

Se vuelve hacia mí. No solo su cara, sino todo su cuerpo. La sábana cae hasta su cintura y puedo ver todas las hendiduras de sus abdominales en la penumbra. Está tallado en piedra, cada parte de él. Cuerpo. Mente. Corazón.

—Porque ese cabrón no merecía ser protegido. Especialmente, no por ti. Y en el fondo —añade —, creo que lo sabes.

Hago una mueca. —Aun así… causó una escena innecesaria en un lugar agradable. Se suponía que iba a ser una noche agradable. *Fue* una noche agradable, hasta que pasó todo eso.

—¿Crees que estaba tratando de demostrar algún tipo de punto?

—¿No lo hacías?

—Iris, no soy el tipo de hombre que detendrá algo solo porque tú me lo dices. No daré marcha atrás solo porque no te gusta la confrontación. No cambiaré quién soy por ti. Esto es lo que tendrás.

Él extiende la mano y retuerce un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. Me tenso, esperando a que se demore, se incline y me bese.

No hace ninguna de esas cosas. En cambio, se desploma sobre la almohada. —El mundo da miedo, Iris —me dice—. Simplemente tienes que dar más miedo.

Después de eso no intercambiamos más palabras. Me quedo dormida en algún lugar entre pensamientos sobre Jake y pensamientos sobre Kon. Quizás no sea una sorpresa que me estén esperando pesadillas. Son espinosas, oscuras e implacables.



UNA VEZ, me despierto en mitad de la noche con un gran brazo rodeándome. —Chito —me susurra al oído—. Estoy aquí. Vuelve a dormir.

Así que lo hago. No vuelvo a soñar.



PERO, cuando me despierto, el lado de la cama de Kon está vacío. Suspiro, bostezo y me visto con una de sus camisas de gran tamaño que encuentro en la cómoda. Mientras le hago un nudo, escucho una vibración de la cartera negra que traje con nosotros anoche.

Supongo que no debería sorprenderme tanto ver el nombre de Jake en la pantalla de mi teléfono. Es más sorprendente que haya esperado tanto para llamar.

Considero ignorarlo, pero en el séptimo timbrazo, decido simplemente tragar lo que venga.

—Buenos días, Jake.

—Habla por ti —suena nasal y también súper cabreado. Ambas partes tienen sentido—. ¿De verdad estás con ese cabrón?

—Estoy casada con él, si eso es lo que estás preguntando.

—Jesucristo.

—Tú fuiste quien se acercó —le recuerdo.

—¡Solo quería saludar!

—No, querías armar lío.

—¡Me rompió la nariz! —grita. Su tono se eleva con indignación—. Todos vieron.

—Todos te vieron dar el primer golpe, Jake —le recuerdo—. O al menos, te vieron intentarlo.

Guarda silencio durante unos tormentosos segundos. —¿Qué estás haciendo con él? —pregunta, como si fuera yo la que tiene poco juicio.

—No tengo que explicarte ni justificar mis decisiones, Jake.

—¿Te obligó? Porque, si lo hizo… quiero decir, investigué un poco a este idiota y…

—Sé con quién me casé, Jake —lo interrumpo—. Y también sé a quién dejé atrás. Estabas borracho anoche. No te preocupes, no se lo diré a tu manager ni a tu patrocinador, pero te lo olí. Estabas borracho y estabas siendo estúpido y querías montar una escena. Si hubiera estado con cualquier otro hombre, podría haber funcionado. Pero Kon no es un hombre cualquiera. Así que sí, lo conozco, Jake. Lo elegí. Ahora necesito que cuelgues y pierdas mi número. Esta es la última conversación que espero tener contigo.

Espero. Un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Cuatro.

Luego, él cuelga.

Doy un suspiro de alivio. Acabo de dejar mi teléfono cuando comienza a vibrar de nuevo. —Maldita sea —gruño, mirándolo, esperando ver el nombre de Jake en mi pantalla nuevamente.

En cambio, veo el de Anika.

—Oye, Iris, ¿estás sola? —pregunta cuando respondo.

Miro alrededor de la habitación para asegurarme. No parece haber moros en la costa. —Sí. ¿Qué pasa?

—Tengo una cita programada para ti hoy. A las nueve.

—¿A las nueve? —me resisto y miro el reloj—. Son las 8:20.

—Lo sé, lo sé. Es una locura avisar tarde, lo siento. Pero tuve que mover muchos hilos para conseguirla, así que no te la pierdas, ¿vale? —dice—. Será enorme. La dirección es 22 Westham Drive. La oficina al final de la calle. Ponte algo de modelo.

—Bueno…

—Lo siento mucho, me tengo que ir. Llego tarde a algo. Llámame después y cuéntame cómo te fue.

Cuelga sin esperar a que me despida. Vacilo durante un minuto antes de tomar mi decisión. Luego, corro hacia el armario y empiezo a sacar posibles opciones de vestimenta.

Me decido por una falda de seda rosa rubor y una camiseta negra con cuello redondo. Lo dejo todo sobre la cama, luego me meto en el baño, me ducho rápidamente y me aplico un poco de maquillaje. Nada exagerado. Solo una nueva capa de lápiz labial, pues mi maquillaje de ojos de anoche se ha mantenido bastante bien.

Me visto, agarro mi confiable bolso y salgo corriendo de la casa.

Esto será todo.

Tiene que serlo.

TOCO UNA VEZ la puerta del edificio de oficinas en el 22 Westham Drive. Se abre de inmediato. Supongo que será una mujer, pero la persona del otro lado es un hombre mayor, de rostro amargado y con una inquietante mirada lasciva.

—Adelante —murmura.

Doy tres pasos hacia la oficina, sorprendida por lo oscura y austera que es. —Em, estoy aquí por un…

Antes de que pueda terminar mi frase, una bolsa de tela negra cae sobre mi cabeza. El pánico aprieta su mano alrededor de mi garganta con tanta fuerza que ni siquiera puedo gritar.

Esto no puede ser todo.

No puede serlo.

KON

El mensaje de texto fue simple y directo. ***Ven a verme a mi casa. Tenemos que hablar. — Nestor Kuzmin.***

Yefim se mostró escéptico, pero lo vi tal por lo que era… el último intento de un anciano por salvar su lamentable vida y su legado.

Dejé a Iris durmiendo y me dirigí a la hacienda Kuzmin. —¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —pregunta Yefim por enésima vez mientras estacionamos enfrente.

—Pregúntame de nuevo y te encerraré en el coche —luego salgo y subo los escalones de dos en dos.

Nestor es lo primero que veo cuando entro a su oficina. Está mirando por la ventana el amplio horizonte de su propiedad, dándome la espalda.

Levanto el brazo y lanzo una bala directamente a través del cristal.

Se deja caer, protegiéndose con los brazos de las astillas de la ventana que estallan por todas partes. Cuando se levanta y se vuelve hacia mí, sus ojos están muy abiertos, con una furia apenas contenida.

—Será mejor que empieces a hablar, Nestor —gruño—. De lo contrario, la próxima bala hará contacto con tu cráneo.

—Un final apropiado —dice secamente—. Considerando que así es como le quité la vida a tu padre.

Se quita unos cuantos fragmentos de vidrio del cabello. Su piel ya está luminiscente con manchas de sangre, pero apenas parece darse cuenta.

Un vistazo rápido a la habitación me dice que él es el único aquí. —¿Dónde están todos tus hombres? —pregunto.

—Esperando en los jardines.

—¿Para qué?

—Por ti —responde—. Por su nuevo don.

Ladeo la cabeza hacia un lado. —¿A qué juegas aquí, Nestor?

—Me gustaría reclamar el mérito, pero lamentablemente no tuve nada que ver con este juego. Se jugó a mis espaldas. Es lo que me obligó a actuar. Lo que me impulsó a redactar estos documentos.

Coge algo de su mesa. Tiene que desempolvar más fragmentos de vidrio, pero los papeles parecen intactos. Sosteniéndolos en alto, explica—: Estos documentos te transfieren la propiedad de mi Bratva y todos mis bienes personales, propiedades y transacciones.

Lo miro con incredulidad. —¿Así de simple?

—Así de simple —asiente con confianza—. Una vez que firmes, es todo tuyo.

—Esto es una artimaña —dice Yefim, acercándose por detrás de mí—. No dejes que este viejo cabrón se te meta en la cabeza.

—¿Por qué ladra tu perro guardián? —espeta Nestor, encendiendo una chispa de su antiguo fuego.

Yo sonrío. —Ahí está el viejo don que solía conocer —digo—. Yefim tiene razón. No hay forma de que quieras entregarme tu legado, así de simple.

—Al contrario —responde—. Es exactamente lo que quiero hacer. De buena fe.

—¿Por qué ahora?

Nestor se acerca al sofá en el centro de la habitación y se sienta. Luego arroja los papeles sobre la mesa de café con tapa de cristal frente a mí.

—Porque tengo una condición.

Me río en su cara. —Realmente me importan un carajo tus “condiciones”, Nestor. Quizás te sorprenda saber que tomar tu Bratva nunca fue uno de mis objetivos. Tengo la mía. Es suficiente para mí.

—Entonces no eres como tu padre —dice con frialdad—. Nunca nada fue suficiente para él. ¿Dónde está tu ambición? Hay miles de millones ahí para tomar. Todo lo que tienes que hacer es firmar.

—Tengo mucha ambición. Pero hay un límite de lo que puedes hacer con el dinero —levanto mi arma—. Estás poniendo a prueba mi paciencia, Nestor.

Yefim avanza y martilla su propia arma. —Dime cuándo cortarle la puta cabeza —gruñe.

—No me pareces el tipo de hombre que quiere soportar un final doloroso, Nestor —le digo—. ¿Y por qué deberías tener que hacerlo? Eres un don y un aliado de por vida de mi familia. Mereces el respeto de una muerte honorable y estoy dispuesto a dártelo. Siempre y cuando me des lo que quiero.

—Pero yo no tengo lo que quieres —dice—. Alguien más lo tiene.

Nuevamente escucho la desesperación en su voz. Me da pausa.

Miro hacia Yefim, que parece tan confundido como yo. Se acerca a mí y sus ojos recorren la habitación. Siento la vibración de mi celular en mi bolsillo. Tengo la intención de ignorarlo, pero entonces veo que Nestor arquea una ceja.

—Yo respondería eso si fuera tú, amigo mío —sugiere.

Arrugo la frente. Manteniendo mis ojos y mi arma apuntando hacia él, saco el teléfono de mi bolsillo y contesto la llamada. —¿Hola?

—Konstantin Aminoff —ronronea una voz que esperaba no volver a escuchar nunca más—. Tengo a tu linda esposa. ¿Corto tu nombre en ella? ¿O el mío?

La línea se corta de inmediato. El aire muerto nunca se sintió más horrible.

Nestor sacude la cabeza con tristeza. Él sabe muy bien lo que me acaban de decir. —Tuve tres esposas —reflexiona, sonando como el anciano triste cuyos días restantes están desapareciendo demasiado rápido como arena entre sus dedos—. La primera fue estéril. Mi segunda tuvo tres abortos espontáneos antes de divorciarme de ella. Pero mi tercera esposa me dio a Anika. Ella fue y es la joya de mi vida. La joya de mi Bratva. Nunca le negaron nada. Y estaba seguro de mi propia posición, de mi propia riqueza. Lo que ella quisiera, yo podría conseguirlo. Hasta… ti.

—La gatita tiene garras —gruño mientras junto las piezas—. Ella hizo esto.

—Puedes tenerlo todo —dice Nestor—. Todo. Simplemente deja vivir a mi hija.

Mi corazón está en estampida en mi pecho. —¿Dónde está?

Los ojos de Nestor se tuercen de dolor. —Sé dónde está —dice—. Dónde está tu esposa también. Pero necesito que me des tu palabra de que perdonarás a mi niña.

—No negociaré con un hombre muerto.

—Entonces, nunca las encontrarás.

—Oh, sí, lo haré. Y, cuando lo haga, será mucho peor para Anika.

Nestor palidece. —Por favor…

—No ruegues, Nestor. No te conviene. Preguntaré una vez más. ¿Dónde carajo está mi esposa?

Suspira y me da una dirección. Lo reconozco al instante… una propiedad de Kuzmin en las afueras de la ciudad. Con un gruñido, me giro y camino hacia la puerta.

Antes de que pueda irme, escucho su voz gorjear hacia mí. —¿Me dejarás vivir? —pregunta Nestor.

Asiento con gravedad. —Sí, lo haré. Creo que deberías ser el último en escucharla gritar.

Entonces, me voy. Mi mano está en la puerta de mi coche cuando mi teléfono vuelve a sonar. Lo agarro y empiezo a gruñir—: Escucha, maldita per…

—Don Aminoff.

No es la persona misteriosa que llamó antes. Es Roscoe. El guardia de seguridad principal de

Max.

—Acabo de subir para ver cómo estaba Max —susurra—. Él no está aquí. Nosotros… hemos buscado por todas partes, jefe. No está.

IRIS

Tres pares de manos me arrastran desde el edificio hasta una camioneta y luego desde la camioneta hasta otro edificio. No puedo ver nada a través de la espesa negrura de la bolsa que todavía está abrochada sobre mi cabeza. Cuanto más lucho, menos respiro. Cuanto menos respiro, más me palpita la cabeza. Cuanto más me palpita la cabeza, más me pregunto cuánto tiempo más podré aguantar así.

Cuando llegamos a donde diablos me llevan, estoy atada de pie, con las muñecas y los tobillos atados como el Hombre de Vitruvio.

Una vez que mis brazos y piernas están asegurados, me arrancan la bolsa de la cabeza, llevándose consigo un doloroso mechón de cabello. Escupo saliva agria de mi boca y parpadeo frente al bombillo descubierto y cegador.

Al principio, duele verlo. Cuando mis ojos se enfocan, las cosas empiezan a tomar forma, un detalle intrascendente a la vez.

La alfombra bajo mis pies es de un rojo intenso y profundo, el color de la sangre seca. Hay un espejo de cuerpo entero en la pared opuesta, pero está alejado de mí, por lo que no puedo ver mi reflejo. Las persianas de las ventanas están cerradas, por lo que la única luz proviene de los focos empotrados que apuntan directamente hacia mí. Estamos en la casa de alguien y el aire irradia vibraciones inquietantes.

—Perdón por traerte aquí así —suena una voz familiar desde la esquina—. Pero siempre me gustó un poco de drama. Hace la vida más interesante.

Levanto mi cuello dolorido y hago contacto visual borroso con quien habló. Ella me ofrece una sonrisa enfermiza, dulce.

—¿An… Anika?

—¿De verdad pensaste que querría ser tu amiga? —ríe.

Sacudo la cabeza. —Cometí un error —murmuro. Mis labios se sienten gordos y lentos.

—Cometiste muchos —dice—. Casarte con Kon fue clave entre ellos.

—No sabía que existías —digo—. ¿Cómo es esto justo?

Anika avanza y me abofetea con fuerza en la cara. —La vida no es justa, perra —uno de sus

muchos anillos me abre la mejilla. Siento el cálido hilo de sangre. Solo eso al principio. Luego el dolor y el shock.

La sangre se filtra en mi boca y la escupo en el suelo, evitando por poco el brillante tacón de aguja negro de Anika.

—Golpéame del otro lado —jadeo con una bravuconería imprudente que solo pretendo sentir—. Balancéame.

Su labio se tuerce en una mueca. Luego, me da un revés desde la otra dirección. Los anillos cortan más profundamente esta vez. De hecho, puedo sentir la piel abrirse debajo de los bordes metálicos afilados.

—Gracias —digo con voz áspera cuando termino de jadear por el dolor—. Mucho mejor.

Todavía siseando como una víbora, saca un cuchillo y apoya la punta contra mi frente. Me quedo quieta al instante, temblando contra la fría hoja.

—Me pregunto si él te verá tan bonita cuando termine con tu cara —reflexiona en voz alta.

—Hazlo. De todos modos, siempre fui una modelo de mierda.

Ese labio suyo comienza a temblar de nuevo, señal de que se acerca otro latigazo de ira. Redobla su agarre sobre el mango del cuchillo y está a punto de empezar a tallar cuando…

—¡Suficiente!

Miro hacia la puerta cuando un hombre alto irrumpe en la habitación. Por un segundo, creo que estoy salvada. Entonces, veo quién es y mi corazón finalmente cae del todo.

Está impecablemente vestido con un traje color burdeos intenso que casi combina con la alfombra. Sus gemelos… dos calaveras de bronce sonrientes; qué caricaturescamente villano de su parte… brillan bajo la luz artificial. Su cabello es fino, fibroso y sus pómulos están más delgados que la última vez que nos vimos. No estoy segura de si es el entorno lo que lo hace lucir tan espeluznante, o si pensaría lo mismo si me cruzara con él en la calle. Parece que ese bastardo podría cuajar la leche con solo mirarla.

Atelier Sorbonne.

—Prometiste no tocarla —añade, mirando a Anika con irritación.

—Ella estaba hablando demasiado.

Se vuelve hacia mí y la sonrisa vuelve a su rostro. —Hola, Iris —dice.

—Atelier.

—¿Ella realmente te llama así? —pregunta Anika, sonando disgustada.

—Lo prefiero —dice Atelier—. Y nuestra invitada aquí es muy educada. Fría como un glaciar. Terca como una mula. Pero siempre indefectiblemente educada.

—Esto es un crimen, ¿sabes? —anuncio, mirándolo directamente—. No puedes secuestrar personas y llevarlas a tu repugnante guarida. —Quizás sea tonto decirlo, pero me abofetearon un

poco y quiero seguir hablando, seguir luchando hasta el final.

Seguir luchando por Kon.

Y si no por Kon, entonces por mi hijo.

Y si no por mi hijo, entonces… por una vez en toda mi puta vida… quiero seguir luchando por mí misma.

Sorbonne se ríe. —Esta "guarida" no es mía. Anika tuvo la amabilidad de recibirnos esta mañana. También programó tu cita.

Ella me sonríe lindamente. —Eras tan fácil de manipular. Fue ridículo.

—Si eres tan buena manipulando, ¿por qué no pudiste convencer a Kon de que se casara contigo? —me burlo.

El labio va primero. Luego se mueve y se lanza hacia delante para arrancar otro mechón de cabello ensangrentado de mi cuero cabelludo. No puedo evitar gritar cuando el dolor me hace llorar.

—¡Calma, mujer! —ladra Atelier—. Tienes que calmarte. Al menos hasta que yo termine con ella. La quiero de una sola pieza. Por ahora.

Vuelvo mis ojos hacia Atelier, quien se acerca sigilosamente a mí, con los ojos brillantes de deseo. —Qué belleza eres —dice suavemente—. Esa cara… es una obra de arte. Siempre lo dije en serio, ¿sabes? Pensaste que mentía para desnudarte, pero no era así.

—No lo entiendo —dice Anika con irritación—. Ella es repulsiva.

—Venga, venga, Anika —dice Atelier sin quitarme los ojos de encima—. Los celos son un rasgo impropio de una mujer. Tendrás que controlar eso cuando estés con Konstantin.

Mis ojos se dirigen a Anika. —¿Aún crees que puedes tenerlo? ¿Incluso ahora? Cristo, eres incluso más tonta de lo que pareces.

—Una vez que estés fuera de mi camino, será fácil —se burla—. No tendrá nada que perder y mucho que ganar. Toda Bratva necesita un heredero.

—Kon tiene un heredero —digo. Me maldigo en el momento en que esas palabras escapan de mis labios.

Los ojos de Anika se oscurecen. —Ah, sé todo sobre tu pequeño enano. Pero no te preocupes: también tengo un plan para él.

—¡No te atrevas a tocar a mi hijo! —gruño, saliva sangrienta salpicando mis labios.

—¿Ves? —dice Atelier, casi orgulloso de mí—. Tan luchadora. Es una de las cosas que me convenció de ti, Iris. Incluso en tus fotografías brilla ese espíritu. La mayoría de las modelos tienen ojos muertos. Los tuyos siempre estuvieron llenos de color. De vida. De desafío.

—No se saldrán con la suya —les digo a ambos—. ¿Creen que Kon dejará vivir a alguno de los dos?

Anika y Atelier intercambian miradas. Ella habla primero. —Ay, estaremos bien —se ríe—. Papi esperó toda su vida para caer sobre la espada por su pequeña.

La miro con los ojos muy abiertos. —¿Estás traicionando a tu padre?

Ella no dice nada y se deshace fácilmente de su culpa. —Alguien tiene que cargar con la culpa, ¿no? Tengo el resto de mis días por delante. Papi es viejo. Vivió su vida. Estoy lista para empezar a vivir la mía.

—Jesús —susurro, mirando entre Atelier y Anika—. Ustedes dos son monstruos.

Atelier se acerca aún más a mí. Presiona su nariz contra mi cabello y respira profundamente. Me alejo de él, pero por lo atada que estoy, solo puedo llegar hasta cierto punto.

—Algo sugiere que te gustará el monstruo que hay en mí, Iris —dice.

Me giro hacia él y golpeo mi cabeza hacia adelante, de la misma manera que vi a Kon hacer con Jake. Hago contacto, pero no lo suficiente. Solo lo hace retroceder unos pasos en lugar de caer al suelo como esperaba.

Levanta la cara y me gruñe. Veo una pequeña gota de sangre en el borde de su fosa nasal. Dios, se siente bien ver eso.

Hasta el diablo puede sangrar.

Anika se ríe en un rincón, pero Sorbonne no se ríe en absoluto. Tan pronto como recupera sus sentidos, se lanza hacia adelante y envuelve ambas manos alrededor de mi garganta.

Aumenta la presión poco a poco, mientras su aliento rancio se nubla en mi cara. —No me importa un poco de lucha. Pero muérdeme demasiado fuerte y te devolveré el mordisco.

—Kon hará…

—Kon ni siquiera sabrá que estuve involucrado. Culpará al padre de Anika, llorará por ti y, eventualmente, se dará cuenta de que Anika es la esposa perfecta. Ese será el final de esto. En cuanto a ti… bueno, déjame decirte exactamente lo que pasará. Primero probaré el dulce néctar de tu carne. Luego te entregaré a esta pequeña rubia psicópata. Lo que ella haga contigo después de eso depende de ella. Aunque no esperaría mucha misericordia.

—Kon se dará cuenta de esto —lucho contra mis ataduras—. Es demasiado inteligente para cualquiera de ustedes.

—Si fuera realmente tan inteligente, nunca te habría mirado dos veces —grita Anika desde un rincón.

—Ya basta de hablar —dice Sorbonne, extendiendo la mano hacia abajo para ajustar su erección —. ¿Quieres quedarte al espectáculo, Anika? Cuanto más, mejor.

Siento que el vómito sube a mi garganta y amenaza con estallar. Se baja la cremallera de los pantalones y se los baja por las caderas, luego se los quita con una patada. Dando un paso adelante, aprieta su erección contra mi muslo.

No pienso; solo actúo. Hago lo que debí haber hecho hace doce años, cuando Kyle Jacobson

puso las manos donde no debía: me inclino y muerdo con fuerza.

Su piel se rompe bajo mis dientes. Siento el sabor de la sangre. Algo más… ¿músculo? ¿Hueso? …se agrieta repugnantemente. El grito que sigue es pura agonía.

—No peleé la primera vez —respiro mientras él aúlla y cae al suelo—. No volveré a cometer el mismo error.

Anika chilla desde la esquina—: ¡Deja de ser un cobarde y hazlo! ¡Quiero oírla gritar!

Pero, un segundo después, es ella quien grita.

Cuando la puerta se abre de golpe y una figura alta y de hombros anchos irrumpe entre el humo.

KON

Los cabrones la tienen atada. Los cuatro miembros atados como un cordero para el sacrificio. Su cabello oscuro cae sobre sus hombros, como si alguien acabara de pasar sus manos por él.

El hombre que lucha por ponerse de pie frente a ella es inquietante. Su rostro tiene la cualidad estirada y anémica de una revista retocada.

Pero no es su cara lo que me preocupa. Es más bien el hecho de que ya no tiene pantalones. Sus calzoncillos son ajustados y negros y hacen poco para ocultar el hecho de que su polla está firme y apunta directamente a mi esposa.

Su rostro pierde color cuando se gira. El peso de todas sus malas decisiones lo alcanza de inmediato. Sus ojos se dirigen a la segunda figura en la habitación, de pie a varios metros de distancia de Iris.

La maldita Anika Kuzmin.

Se ve incluso más pálida que el violador retocado. Un poco más pálida y no podré diferenciar entre su cara y su cabello.

Está vestida como si fuera a un cóctel. Su vestido es de seda gris y envuelve su cuerpo como una segunda piel. Ella me mira y corre hacia adelante, agarrando mi brazo con sus manos.

—Ay, Kon —dice sin aliento—. Gracias a Dios llegaste a tiempo. Él… nos engañó… nos secuestró…

—Estás tan llena de mierda, Anika —se burla Iris—. Por no decir que eres estúpida. ¿De verdad piensas que te cubriría?

El labio de Anika tiembla. —Solo hice lo que él me obligó a hacer. Me dijo que si cooperaba…

—¡Perra descarada! —exclama el hombre—. Tú…

Levanto mi arma y apunto directamente a su cara. —Muévete. Ahora mismo, carajo.

Alejo a Anika de mí al mismo tiempo. Ella se mueve hacia atrás, tropieza y cae sobre la alfombra, justo a los pies de Iris.

Donde pertenece, joder.

Retrocede como un cangrejo, con los ojos muy abiertos por el miedo. —Por favor, Kon, tienes que creerme. No tuve nada que ver con esto. Es un plan. El plan de Papi. Todo el tiempo, él…

Sacudo la cabeza. —No soy él. No creas que puedes manipularme tan fácilmente —miro hacia el hombre esqueleto rubio—. Pensé que te había dicho que te alejaras de mi esposa.

Sus ojos se estrechan. —Konstantin Aminoff —dice. Da un pequeño paso lejos de Iris.

—Tú eres el del nombre estúpido.

—Atelier Sorbonne, a su servicio.

Pongo los ojos en blanco. —Me importa un carajo —le digo, antes de centrar mi atención en Iris —. ¿Te lastimaron?

Ella niega con la cabeza, pero puedo ver que está inquieta y puedo ver la sangre que corre por sus mejillas.

—Esto realmente parece ser un asunto de familia… —sugiere el hombre, acercándose poco a poco a la puerta.

—Mis hombres están haciendo guardia justo afuera —le digo—. Si sales, te dispararán.

Sus ojos se congelan de pánico. Disfruto su miedo. Todo lo que quiero hacer es avivar las llamas hasta que lo consuman.

—Tengo curiosidad: ¿qué planeabas hacer? —pregunto con calma.

Él niega con la cabeza. Ningún sonido sale de sus labios finos e incoloros.

Qué lástima. Esta era su última oportunidad de salvarse. Apunto casualmente y disparo. La bala le atraviesa el pie y cae gritando sobre una rodilla como si estuviera a punto de ofrecer una retorcida propuesta de matrimonio.

Gracioso. Sombrío, pero gracioso.

—¡Joder… joder! —grita. Se cae y se agita. La sangre vuela por todas partes. Las gotas salpican el vestido de Anika y estropean el maquillaje perfecto de su rostro.

—Te daré algo de tiempo para que te recompongas —le digo mientras se deja caer de un lado a otro. Mi atención se centra en Anika—. Tú. Desata a mi esposa.

No discute. Se levanta inquieta y desata a Iris con dedos temblorosos. En el momento en que las cuerdas de Iris se sueltan, Anika se aleja como si Iris fuera una amenaza para ella y no al revés.

—Bien. Vuelve a sentarte. Justo allí. Lidiaré contigo en un momento —una vez más, hace exactamente lo que le ordeno—. Ahora… ¿dónde estábamos? —le pregunto al cabrón de los calzoncillos negros. Está tendido inmóvil en el suelo, su cuerpo se va apagando lentamente ante la embestida del dolor.

—¿Me matarás? —farfulla.

—¿Estás negociando?

—Sí.

—No.

—¿No a dejarme vivir? —pregunta, respirando con dificultad—. ¿O no a la negociación?

—Ambos, supongo.

Vuelve a abrir la boca, pero no estoy particularmente interesado en nada más que tenga para decir. Me levanto y le descargo una bala en el estómago.

Emite un sonido húmedo y carnoso mientras sus entrañas se destruyen. Anika grita, Iris se estremece. Sorbonne está demasiado cerca de la muerte para pronunciar una sola palabra.

—Honestamente, escucharte hablar… —suspiro—. Es repugnante.

Debajo de mí, gorgotea incoherentemente.

Me agacho a su lado. —Apunté al estómago porque solo quiero asegurarme de que sientas este dolor. Quiero que entiendas que te quedan unos cuantos minutos de vida y que cada uno de ellos te dolerá.

Su maquillaje corre por sus mejillas, mezclándose con el chorro de sangre. Parece que su cara se está derritiendo.

—I… I… Iris… —murmura.

—Si vuelves a decir su nombre, haré que te duela aún más.

Está descomponiéndose ante nuestros ojos. No se merece menos. Durante dos o tres tensos minutos, la habitación está en silencio. Nadie se mueve excepto Sorbonne, y lo hace cada vez menos a medida que pasa el tiempo.

Luego, llega un punto en el que ya no se mueve en absoluto. Nunca más se moverá.

Me levanto, camino alrededor de su cuerpo y me detengo frente a Iris. No la toco… todavía no. No hasta que esté lista.

Pero aparentemente la subestimé, porque corre hacia adelante y golpea mi cuerpo. Respiro su aroma natural y disfruto de su sensación, de su calidez, de su forma. Sus extremidades tiemblan, pero la mantengo entera como siempre juré que lo haría.

—Viniste…

—Por supuesto que vine —le digo—. Juré que siempre lo haría.

Ella se retira y toma mi cara con ambas manos. Sus ojos verdes parecen el océano después de la lluvia.

Se pone de puntillas y me da un beso en los labios. Es profundo y desesperado, como si quisiera asegurarse de que realmente estoy aquí. Le devuelvo el beso para que pueda sentir lo realmente aquí que estoy.

Soy yo quien rompe el beso. Pero solo porque puedo sentir los ojos de Anika sobre nosotros

mientras avanza lentamente hacia la puerta. Levanto mi arma, el sabor de Iris aún fresco en mis labios.

—Detente.

Anika se detiene junto a la puerta. Sus ojos están muy abiertos, inocentes. Pero ya no me lo creo. —Eras mejor actriz de lo que pensaba.

Niega con la cabeza. —No actuaba.

—Entonces también eres más sociópata de lo que pensaba. ¿Dónde carajo está mi hijo?

Iris vuelve su rostro hacia mí y comienza a temblar de nuevo. —¿Max? —jadea—. Lo tienen… ¿Tienen a nuestro hijo?

Los ojos de Anika se dirigen a la puerta, y luego a nosotros. —Déjame ir y haré que mis hombres lo liberen.

—¿Tus hombres? —pregunto, sombríamente divertido—. Creo que te refieres a *mis* hombres.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu padre intentó hacer otro trato conmigo —dice—. Él no estaba tan emocionado con tu pequeño plan.

Ella simplemente me mira fijo, con el rostro en shock. —Él… él…

—No le llevó mucho tiempo darse cuenta. Él supo de lo que eras capaz antes que yo. Pero también sabía que eras solo una aficionada. Una niña torpe, estúpida y mimada. Sabía que te encontraría y sabía que te castigaría cuando lo hiciera. Y, a pesar de todo lo que sabía, igual suplicó por tu vida. Me ofreció todo si te dejo vivir.

—Kon, por favor —suplica—. Por favor, no me hagas daño. Por favor, déjame ir.

—¿Por qué? —demanda Iris, saliendo de debajo de mi brazo—. ¿Para que puedas aparecer de nuevo y tratar de destruir mi vida, mi familia? ¡¿Dónde carajo está mi hijo, perra?!

—¡Nunca volverás a ver a tu hijo a menos que me dejes salir de aquí con vida! —Anika grita en respuesta, con los ojos llenos de desesperación.

Iris retira la mano y le da una bofetada a Anika en la mejilla. El sonido es un trueno en la habitación silenciosa.

—Sentí pena por ti —dice furiosa mientras Anika se agarra la mejilla herida—. Culpé a Kon por tratarte como lo hizo. Pero demostraste que merecías que te trataran de esa manera.

Sus ojos se dirigen a Iris. Me muevo hacia adelante, pero ya es demasiado tarde.

Veo el destello de acero. El desenfoque del movimiento. Luego, antes de que pueda apretar el gatillo, Anika presiona el cuchillo contra la garganta de Iris.

—Si me matas, la mataré —grazna Anika.

Sé que lo haría. Ella no tiene nada que perder.

—Anika… —gruño.

—¿Crees que será una buena esposa Bratva? —exige Anika—. Mírala. ¡Mírala! Yo soy quien te habría hecho sentir orgulloso.

—Déjala ir.

—La dejaré ir solo cuando esté a salvo y lejos de ti —escupe.

Dejo caer el arma de mis manos. —Déjala ir entonces —le susurro—. ¿Ves? No más armas.

Ella asiente, viciosamente complacida, y luego comienza a arrastrar a Iris de regreso a la puerta. Me quedo ahí, furioso, pero sin querer arriesgar la vida de mi esposa. Los pies descalzos de Iris se arrastran por el suelo.

Anika comienza a decir—: Ni se te ocurra…

BANG.

Otro disparo.

Por un momento, estoy más que desconcertado. Mi arma todavía está a mis pies.

Así que ¿quién disparó?

¿Y a quién le dispararon?

Miro hacia mi estómago. Espero ver la sangre florecer como rosas rojas.

Pero es Anika la que cae.

Su rostro palidece mortalmente, su cuchillo cae al suelo y la sangre brota de esos labios perfectamente pintados.

Iris y yo nos volvemos hacia el tirador al mismo tiempo. —Ay, Dios mío —suspira al ver la figura pequeña y desafiante parada allí en el umbral con el brazo levantado y el arma todavía apuntando a la mujer muerta—. ¿Max?

IRIS

Max mira directamente al cuerpo tembloroso de Anika. Es entonces cuando me doy cuenta de que todavía no está muerta.

Me interpongo entre ellos para que él ya no tenga que verla. Quizás no pueda alejarlo de la fealdad del mundo por mucho más tiempo. He hecho un trabajo terrible hasta ahora en su vida. Pero por ahora, al menos por un segundo más…

Voy a intentarlo.

Tomo su mano y lo saco al pasillo. Yefim se encuentra con nosotros allí. Sus ojos se agrandan por la sorpresa cuando ve a Max.

—¿Qué… ¿Cómo… ¿Dónde…?

Kon gruñe sin decir palabra y nos arrastra a los dos más allá de su tartamudo teniente hacia una habitación contigua. —Limpia ese desastre de ahí —le ladra a Yefim antes de cerrarle la puerta en la cara.

Es un milagro volver a ver la luz del sol después de esa habitación oscura y horrible. Entra por las ventanas como oro hilado. Un regalo que no sabía que necesitaba.

—Vale —digo, todavía agarrando fuerte la mano de Max. Siento que tengo tanta información que procesar que está provocando un cortocircuito en mi cerebro—. ¿Podemos empezar desde el principio?

Max mira a Kon. Puedo ver el fantasma de un secreto que pasa entre ellos. —Cariño, ya estoy más allá de enojarme —insisto—. Solo cuéntamelo todo.

—Le enseñé a disparar —explica Kon para que Max no tenga que hacerlo—. Acordamos no contarte nada al respecto.

—Vale… —digo, procesando eso. En términos generales, parece relativamente inofensivo. Pero es un largo camino para explicar todo esto.

—Cuando desperté, recibí un mensaje de Nestor, pidiéndome una reunión. Yefim y yo fuimos, y mientras estábamos allí, recibí una llamada diciendo que Anika te había secuestrado. Después de eso… bueno, Max es el único que sabe lo que sucedió después de eso.

Todos lo miramos. Max traga saliva, pero luego sostiene su pecho con orgullo y fija su mirada en

nosotros. Verlo así es como escuchar el primer rugido verdadero de un cachorro de león. ¿Se hizo más alto cuando yo no miraba? ¿Se le ensancharon los hombros?

Cualquier rastro de un niño pequeño ha desaparecido.

Él es Kon ahora, de principio a fin.

—Escuché a Roscoe en el pasillo de la casa —explica Max—. Hablaba con otro guardia y le dijo que te pasó algo malo, Mamá, y que tenían que ir todos a ayudar. Así que hice un ruido como si estuviera en la sala de juegos, pero en realidad estaba escondido en el pasillo y me subí a la parte trasera del coche cuando el guardia no miraba. Y luego… terminamos aquí. Escuché gritos, así que saqué un arma del coche… pero mantuve el seguro puesto hasta que llegó el momento de disparar, lo prometo, ¡tal como me enseñaste, Papá!

Lo miro boquiabierta, en estado de shock. Bien podría haberme dicho que le crecieron alas y voló hasta aquí. Tendría el mismo sentido.

—Max —le susurro—, podrías haber resultado gravemente herido.

Las lágrimas nadan en sus ojos. —No podía permitir que te pasara algo malo, Mamá —gime—. Siempre me dijiste que yo era tu pequeño protector —su sonrisa flaquea mientras mira la puerta cerrada—. ¿Es… esa señora va a estar bien?

Miro con miedo a Kon… quien, para mi sorpresa, asiente. —Yo me encargaré de ello, hijo.

Él asiente. —Vale. No podrá volver a lastimar a Mamá, ¿verdad?

—Correcto —dice Kon—. E incluso si lo intentara, ya no tienes que preocuparte. Te tengo.

Con eso, más conversación parece inútil. Agarro a Max y le doy el abrazo más fuerte que jamás le he dado. Siento la mano de Kon descansando ligeramente sobre mi espalda.

Es suficiente para mí.

Finalmente, el abrazo se desvanece. Dejo ir a Max de mala gana, aunque mantengo sus manos. Ambos miramos a Kon simultáneamente.

—Voy a ir a encargarme de todo —dice—. Espérenme abajo. Estaré ahí pronto.

Sale de la habitación y regresa a la que dejamos. Max y yo vamos en la otra dirección. Bajamos de puntillas las escaleras de la vieja casa decrépita, como si Anika o Atelier pudieran salir de un rincón en cualquier momento. Solo cuando llegamos a la puerta principal y podemos ver el mundo exterior empiezo a sentirme un poco mejor.

—No me gusta esta casa —dice Max mientras cruzamos la puerta y nos acomodamos en los escalones.

—No —concuerdo—. A mí tampoco.

—¿Sabes a quién pertenece?

—No estoy segura —admito—. Ahora podría pertenecer a tu padre.

Max frunce el ceño. —¿Cómo?

Me encojo de hombros. —Es complicado. Ni siquiera estoy segura de entenderlo.

—¿Están ustedes dos listos para regresar a casa? —pregunta Kon, apareciendo en la puerta. Suda, pero no veo ningún signo de sangre en él.

Quiero preguntarle qué hará con los cuerpos, pero no quiero discutir nada delante de Max. Ya ha sido suficiente adulto por un día. Kon parece sentir cómo me siento. El viaje de regreso a casa es silencioso excepto por la música que suena en la radio.

Miro por la ventana y veo cómo el cielo pasa de un azul brumoso a naranjas quemados y rosas apagados. Cuando llegamos a la casa de Kon, ya está oscuro y Max se queda dormido en el asiento trasero.

Estacionamos y Kon saca a Max del asiento trasero y lo lleva arriba a su dormitorio. Empiezo a seguirlo, pero cuando pasamos por el dormitorio principal, Kon se gira y me mira. —Ve a cuidarte —susurra—. Puedo acostar a nuestro hijo.

Me muerdo el labio para contener las lágrimas, luego asiento y me deslizo hacia el dormitorio. Quiero deshacerme de mi ropa. Quiero un baño agradable y tibio. Quiero volver a sentirme yo misma.

Estoy en el proceso de quitarme los calcetines empapados de sudor cuando la puerta se abre una vez más.

—¿Te interrumpo? —pregunta Kon con un brillo feroz y protector en sus ojos.

Antes de que pueda responder, da un paso hacia mí y comienza a desnudarme él mismo. Siento mi piel arder cada vez que me toca. Me quita la ropa hasta dejarme desnuda.

Luego toma mi mano y me lleva al baño. Observo cómo sus músculos se contraen mientras camina. Es imposible no perderse en este hermoso movimiento. Quizás esto sea una reacción traumática, centrándose en detalles como este. Todavía recuerdo, cuando Kyle Jacobson estaba haciendo lo peor conmigo, que el grifo de su cocina seguía goteando, una gota de agua cayendo a la vez. Así es como se siente.

El susurro de la ropa. El chorro de agua del cabezal de la ducha. El fresco azulejo bajo mis pies. Detalles que no importan en absoluto. Detalles que recordaré por siempre.

Kon se detiene en los lavabos, agarra una toalla, la mantiene bajo el chorro de agua durante unos segundos y luego coloca la toalla en mi sien. La pasa por mi cara con cuidado, sus ojos grises fríos y su expresión nublada de mil maneras diferentes.

Es extraño quedarse aquí y dejarlo hacer esto. He estado luchando duro contra él estos últimos meses. No es que la pelea me haya abandonado. Estoy contenta con la paz por ahora.

No estoy segura de si este es un momento singular. Podría cambiar mañana. Pero por ahora… la paz es algo que puedo aceptar.

Pasa la toalla por los cortes que Anika dejó en cada mejilla. Hago una mueca ante el agudo estallido de dolor.

—¿Sigue viva? —pregunto en voz baja.

Kon hace una mueca y deja escapar una exhalación cansada.

—Por favor, solo dímelo. Tengo muchas ganas de saber.

—Ella ya no será un problema.

—¿Qué significa eso? —presiono—. Puedo manejarlo. No soy tan frágil como crees.

Él solo suspira de nuevo. Sus dedos encuentran los míos casi distraídamente, automáticamente. —El disparo de Max… le dio en la columna. Estará confinada a una cama por el resto de su vida.

Me estremezco y decido no hacer más preguntas. No quiero saber nada más. —¿Y Atelier?

—Fue devuelto a su casa. Hicimos que pareciera un robo. Su muerte será noticia mañana por la mañana. La gente hablará de él durante unas semanas, y luego lo olvidarán.

—No merece ser recordado —digo con amargura.

—Debiste haberme hablado de él, Iris. Sobre lo mal que estaban las cosas.

—Habrías intentado rescatarme.

Agarra mi mandíbula y me atrae hacia él. —Eres mi esposa. Ese es mi puto trabajo.

—Sin embargo, siempre tú haces el rescate. El campo de juego no está nivelado.

—Como diablos que no lo es. Tú también me rescataste.

—¿Cómo?

—Al volver a mi vida —dice simplemente—. Al darme a mi hijo. Me mostraste un mundo que no sabía que me estaba perdiendo, Iris. Así que sí, te rescaté esta noche. Y lo haré una y otra vez, y otra vez, si eso es lo que hace falta. Nunca dejaré de salvarte. Ese es el juramento que hice. Ese es el voto que hice.

KON

El último de los cabos sueltos está casi atado.

—Es una verdadera vergüenza —dice Yefim, mirando el cuerpo de Anika, envuelto en blanco en la parte trasera de la camioneta—. Ella realmente habría sido una buena esposa Bratva.

—Podías tomarla —resoplo.

—Ella quería al príncipe —responde—. No el…

—¿Bufón de la corte?

—Que te jodan.

—Ella no me quería —digo—. No precisamente. Ella tampoco quería lo que le quedaba de vida. Por eso eligió esta salida.

Ambos miramos su cadáver. Será entregada a su padre para un entierro digno de su estatus. No es menos de lo que le debo al viejo. Intentó hacer las cosas bien, incluso cuando ya era demasiado tarde para marcar la diferencia.

Miro hacia su casa. Es tan estridente como siempre, pero ahora hay algo en ella que parece melancólica.

—Quédate en el coche —le digo a Yefim, como la última vez que estuvimos aquí.

—No hay manera en el infierno.

—Nestor ya no es una amenaza para mí.

—¡Patrañas! Él es…

—Es un anciano afligido que acaba de perder a su única hija —lo interrumpo—. Puedo imaginar cómo es ese dolor. Incapacitante. No moverá un dedo contra mí. Ahora sé un buen chico y quédate. Vuelvo enseguida.

Yefim me saca el dedo medio mientras subo las escaleras y entro a la mansión de Nestor. Ahora no hay mayordomo, aunque los retratos de los antepasados de Kuzmin están exactamente donde estaban la última vez que estuve aquí.

Vuelvo sobre mis pasos hasta su oficina metálica. Está sentado allí en la oscuridad, sus ojos son

orbes amarillos de desesperación. La ventana que disparé no ha sido reemplazada, por lo que un viento extrañamente frío entra a través de los huecos irregulares.

—¿La encontraste? —pregunta sin levantar la vista.

—Sí.

—¿Y?

—Intentó matar a mi esposa —digo, permitiendo que mi ira brille en un destello de fuego.

Él ve esa llama y traga. —¿Ella muerta?

El silencio es agudo y quebradizo. —Te respeto lo suficiente como para decirte la verdad, Nestor —le digo—. La bala le dio en la columna. No habría podido caminar. No por el resto de su vida.

Sus ojos están muy abiertos, pero esperan.

—Le di la opción de volver a casa contigo —continúo—. Pero ella… no estaba interesada.

La esperanza parece abandonar su cuerpo de repente. Casi lo veo físicamente, un fantasma saliendo por cada poro. —Ella pidió la muerte —adivina con voz oscura y arruinada.

Asiento con la cabeza. —La conocías bien.

Se estremece. Vio venir este momento… no es tonto. Pero eso no hace que duela menos.

—Por supuesto que la conocía. Ella era mi hija.

—Le di una muerte indolora, Nestor. Una misericordia que no merecía. Lo hice por respeto hacia ti.

Él asiente. —Te creo.

Los papeles que transfieren la propiedad de todo su imperio todavía están sobre la mesa, donde los dejé ayer. Los ojos de Nestor se detienen en ellos por un segundo.

Luego, su mano desciende y agarra el arma que no había visto escondida a su lado.

Estoy a punto de sacar mi propia arma, pero, antes de apuntar, el arma que sostiene Nestor vuela hasta su sien. No duda.

Aprieta el gatillo y su cuerpo queda inerte.

Su sangre gotea de la mitad destruida de su rostro sobre el sofá blanco. Ese es el único ruido.

Me quedo allí durante mucho tiempo, contemplando los restos de la vida de un hombre. Al final, es tan rápido y biológico. No importa cuántas veces veas morir a alguien, siempre te sorprende su brutalidad.

Luego tomo los papeles de la mesa de café y les doy la espalda a los Kuzmin para siempre.

Yefim y mis hombres están en el vestíbulo, alrededor del cuerpo de Anika. —Escuchamos un disparo —dice Yefim, acercándose a mí—. ¿Está hecho?

—Sí. Lo hizo él mismo.

La boca de Yefim se abre. Le pongo los papeles en las manos. —Cuida su cuerpo. Entiérralos juntos en esta propiedad.

—Entendido, jefe —dice Yefim mientras me dirijo a la puerta.

—¿A dónde vas?

—¿Yo? —pregunto, sin mirarlo—. Voy a estar con mi familia, Yefim. Ahí es donde voy.

Me subo a mi coche y empiezo a conducir hasta llegar al hotel. Recibo una actualización de Roscoe, me informa que acaban de salir de la casa. Iris llegará unos cinco minutos después que yo.

Una vez que el aparcacoches se marcha con mi coche, me paro delante y espero. Llegan cuatro minutos después. A través de la ventana, puedo ver los grandes ojos verdes de Iris contemplar la fachada del hotel al que ninguno de los dos ha regresado jamás… y que ninguno de los dos ha olvidado jamás.

Mi respiración se entrecorta en mi pecho cuando ella sale del vehículo. Lleva un top negro y una falda azul eléctrico ceñida. Sus piernas son largas y elegantes, con tacones plateados y cordones alrededor de sus tobillos.

Veo el reconocimiento en su rostro inmediatamente cuando lee el letrero en lo alto. *Hotel Carnegie*.

—Es lógico —le explico—. Aquí es donde todo empezó.

Ella asiente, pero hay algo en su expresión que me hace detenerme. —Kon… mi padre me llamó hace un rato.

Mi expresión permanece estancada. —¿Sí?

—Él… él me dijo algo.

—¿Que te dijo?

Ella traga, incómoda. —Me dijo que Kyle Jacobson falleció esta mañana —sus ojos recorren mi rostro, escudriñando—. Aparentemente, tuvo una sobredosis de analgésicos.

—Hm. Parece que le salió fácil —comento.

Se muerde el labio inferior. —¿Tú… tú…? —sin embargo, no se atreve a decir las palabras.

—He estado aquí todo este tiempo, *kiska*.

Ella me mira entrecerrando los ojos. —Kon.

No evito su mirada. —Si alguna vez decides que realmente quieres la respuesta, te la daré honestamente.

Yo espero. Ella piensa en ello.

—Merecía morir —dice finalmente—. Eso es suficiente para mí.

Extiendo mi mano hacia ella. —Entonces, digo que es hora de que vivamos.

Ella asiente y sonríe… temblorosamente al principio, luego ganando fuerza mientras toma mi mano. —Sí —dice en voz baja—. Vivir suena tan esperado.



NO INTERCAMBIAMOS otra palabra hasta que estamos en la habitación del hotel que reservé para pasar la noche. No una suite de hotel cualquiera, sino la misma que compartimos la noche que nos conocimos.

—No puede ser —respira Iris mientras entra—. Esto es como una cápsula del tiempo.

Cierro la puerta detrás de nosotros y observo cómo ella entra en la habitación, girando la cabeza de un lado a otro. Luego, lentamente, se da vuelta para mirarme. Su expresión es suave y sus ojos están oscuros por el deseo.

—Lo recuerdo todo —susurra.

Asiento. Luego arroja su bolso de mano sobre el sofá lateral y camina hacia mí. Sus manos agarran mi camisa y vuelve sus ojos hambrientos hacia mí.

—Quítate la ropa —ordeno con voz ronca.

Ella da un paso atrás y hace exactamente lo que le ordené. Sin embargo, lo hace lentamente, un largo destello de piel que aparece y luego desaparece. Se quita la falda y se gira para mostrarme la delicada curva de su trasero. Las bragas se mueven por sus caderas, se suelta el top y pronto es una sirena desnuda frente a mí, toda piel pálida y cabello largo y oscuro que quiero tirar hasta que grite mi nombre.

Lo único que no se quita es el anillo que lleva en el dedo.

Su cuerpo es impecable. Cada ondulación de la piel, cada cicatriz, cada estría, cada peca. Ella es una obra de arte… y es toda mía.

Iris da un paso adelante y luego se arrodilla frente a mí. Pone sus manos en mis piernas, cerca de mis rodillas dobladas y luego se desliza hacia abajo aún más. Me desabrocha los pantalones y los baja por mis piernas.

Siento su lengua contra mi polla dolorosamente dura y me estremezco. El placer me agarra por las pelotas y me toma como rehén. Esta es una pelea que estoy dispuesto a perder.

Me la chupa lentamente, tomándose su tiempo. Estoy luchando contra un orgasmo todo el tiempo que ella está de rodillas. No ayuda que pueda ver su culo perfecto rebotando con su esfuerzo y todo lo que quiero hacer es enterrar mi cara entre sus muslos.

Me toma hasta la base. Estoy gimiendo y acercándome peligrosamente a perder el control. Pero no puedo permitirlo… todavía nos queda una larga noche por delante.

La aparto de mí y ella grita de sorpresa. La ignoro, me agacho y la levanto en mis brazos como si no pesara nada.

Abro la puerta del dormitorio de una patada, nos dejo caer a ambos sobre el colchón y la coloco encima de mí. —Quiero verte montarme —jadeo—. Quiero ver cada puto segundo de tu orgasmo.

Ella se alinea, con las rodillas plantadas a cada lado de mis caderas, y cae lentamente sobre mi longitud. Su tensión me traga mientras la lleno. Es suficiente para hacerme ver estrellas. Solo cuando estemos alineados cadera con cadera podremos finalmente respirar de nuevo.

Al principio me monta lentamente mientras juego con sus pezones. Pero apenas ha pasado un minuto y ya no me basta.

Levanto mis caderas y empiezo a golpearla desde abajo. —Ay, Dios… —Iris jadea, sus ojos se cierran mientras su boca se abre.

Empiezo a follarla furiosamente. Ella pierde toda sensación de control mientras su cuerpo sufre espasmos con un orgasmo. Grita de manera ininteligible mientras sigo desatando toda la frustración reprimida que cargo dentro de mí desde el día de nuestra boda.

—Córrete para mí, Kon —me ruega mientras se aferra a mí para salvar su vida—. Córrete dentro de mí.

Le meto un pulgar en la boca y ella lo chupa mientras yo la penetro tan fuerte como puedo. Muerde cuando se corre la segunda vez. Incluso sus pezones parecen temblar.

Luego exploto dentro suyo, tan fuerte e implacable que uno pensaría que no me había liberado en meses. Más de mí de lo que jamás creí posible se derrama en ella. Ella jadea, gime y ronronea todo el tiempo, los ruidos más deliciosos que he oído jamás.

Cuando estoy completamente agotado, me siento y lamo el sudor de sus pechos. Ella se aferra obstinadamente, sus uñas recorren mi cuello y su aliento canta mi nombre.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —pregunta con avidez.

Sonrío en su dulce cabello. —¿Hasta que mi polla esté en funcionamiento nuevamente? —digo —. Cinco minutos, como máximo. Pero, mientras tanto…

La pongo boca arriba y me deslizo entre sus piernas.

—¡Kon! —jadea, como si tuviera algo importante que decir.

Pero en el momento en que mi lengua aterriza en su raja, las palabras se disuelven en gemidos. De todos modos, no importa. Tiene el resto de nuestras vidas para decirme lo que quiera decirme.



Epílogo Extendido

La historia continúa nueve años en el futuro. ¡Mira cómo ha crecido la familia de Iris y Kon en este Epílogo Extendido especial!

DESCARGA EL EPÍLOGO EXTENDIDO AQUÍ